



HISTORIAS IMPOSIBLES

ZORAN ŽIVKOVIĆ

Lectulandia

Viajes en el tiempo como remedio para la desesperanza, encuentros con Dios y pactos con el diablo, seres de ultratumba y alienígenas, libros que cobran vida... El autor trabaja todos estos temas clásicos de la literatura fantástica y la ciencia ficción desde un punto de vista eminentemente posmoderno, haciendo que lo maravilloso irrumpa en situaciones cotidianas del presente y del pasado, y las ilumine de forma que las historias conecten íntimamente con las experiencias e inquietudes del lector. Esta antología reúne un relato y cinco conjuntos de cuentos con un denominador común que conforman una novela corta (al estilo de Crónicas marcianas), y ofrece una amplia panorámica del universo literario del autor.

Lectulandia

Zoran Živković

Historias imposibles

ePub r1.1

SoporAeternus 04.12.16

Título original: *Historias imposibles*

Zoran Živković, 2004

Traducción: Luisa Fernanda Garrido Ramos & Tihomir Pistelek

Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LOS REGALOS DEL TIEMPO

Al querido misántropo

EL ASTRÓNOMO

I

Tenía que huir del monasterio.

En realidad no tenía que estar allí, nunca había deseado tomar los hábitos, se lo había dicho a su padre, pero este fue inflexible, como siempre, y su madre no tenía valor para oponérsele aunque sabía que las inclinaciones y el talento de su hijo se orientaban hacia otras cosas. Desde el principio, los monjes fueron malvados con él, lo maltrataban, lo humillaban, lo obligaban a realizar los trabajos más sucios, y, cuando empezaron las visitas nocturnas, no pudo soportarlo más.

Se dio a la fuga, y tras él salió una horda de hermanos frenéticos con las caras crispadas por la ira, las antorchas en alto y las túnicas recogidas, gritando groseramente, seguros de que no podía escapárseles. Sus piernas se volvían cada vez más pesadas mientras se esforzaba por alcanzar el portón del monasterio, que parecía retroceder deliberadamente, alejándose de él a cada paso.

Y entonces, cuando casi lo habían atrapado, los monjes se detuvieron de repente como petrificados, su clamor obsceno se convirtió por un instante en un grito de socorro. Comenzaron a santiguarse temblorosos y a señalar algo delante de él, pero él no veía nada salvo el portón abierto, detrás del cual se extendía el sereno cielo nocturno. Ya no retrocedía, y de pronto se sentía otra vez raudo y ligero.

Lo inundó un alivio inmenso cuando se halló bajo el arco de las grandes puertas. Sabía que ya no podían apresararlo, que se les había escapado. Dio un paso hacia el exterior, al encuentro de las estrellas, pero su pie no se posó en suelo firme, como debería haber sido. Penetró en algo blando y viscoso y empezó a hundirse, como en arenas movedizas. Agitó los brazos a su alrededor, pero no logró encontrar ningún asidero.

Adivinó, primero por el olor nauseabundo, en qué lugar había caído. Se trataba de la profunda fosa al pie de los muros del monasterio en la que, a través de una trampilla de madera podrida, los cocineros tiraban cada día las vísceras inservibles de los animales degollados. Los crueles frailes a menudo habían amenazado al aterrado muchacho con arrojarlo allí si no satisfacía sus deseos perversos. La fosa, desde luego, no debería hallarse a la entrada del edificio santo, pero ese sacrilegio extremo no le pareció ni extraño ni inadecuado, aunque no habría sabido explicar por qué.

Empezó a precipitarse rápidamente a través de la espesa maraña de intestinos hinchados, y cuando esta casi le llegaba a los hombros, lo embargó el horror. Unos instantes más y se hundiría del todo en aquel revoltijo viscoso. Impotente para hacer otra cosa, elevó la mirada, desesperado, y advirtió, frente al brillo de las antorchas lejanas, los contornos de una figura desnuda y huesuda, acurrucada al borde de la fosa, que lo contemplaba con malicia y se mofaba de él.

No veía los cuernos y la cola, pero incluso sin esos signos distinguió fácilmente de quién se trataba; comprendió, cuando ya era demasiado tarde, a quién habían vislumbrado los ojos aterrados de los monjes. Se contrajo instintivamente ante esa contemplación taimada, deseando de pronto desaparecer cuanto antes bajo la superficie pegajosa, esconderse. La sangre y el hedor dejaron de provocarle náuseas; ahora le resultaban inestimables, como el último refugio ante el más terrible de los destinos.

Y, en efecto, nada más hundirse en la masa fluida, quedó de manifiesto que en absoluto eran despojos de cerdo, oveja o cabra, como parecía, sino las entrañas maternas, cálidas y blandas. Se encogió en ellas, flexionando las rodillas debajo de la barbilla, mientras lo embargaba una beatitud sin límites. Allí ya no podían cogerlo, estaba seguro, protegido.

Pero la visión paradisiaca no estaba destinada a durar demasiado. La mirada diabólica, como una aguja punzante, penetró a través de la carne ajena hasta su minúsculo ser acurrucado. Intentó retirarse a lo más hondo del útero, hasta lo más profundo, pero el perseguidor no cejó en su empeño. La fina membrana que orlaba su cobijo se rasgó en el mismo instante en que apoyaba la espalda en ella; sin tener ya adonde ir, él también salió al exterior, a la realidad.

Y tras él, del sueño, salieron los ojos que continuaron mirándolo penetrantes.

No podía verlos en la oscuridad absoluta, pero su contacto inmaterial era casi palpable. Se desveló en el acto y supo que había alguien más en la celda. No lo había oído entrar, aunque la puerta chirriaba de manera terrorífica porque, probablemente durante años, nadie había encontrado apropiado engrasarla. Era insólito que hubiera caído en un sueño tan profundo; la noche antes de la ejecución solo logran dormir los criminales más despiadados, para los que la conciencia no supone una carga, y menos aún la idea de la muerte inminente, y él, desde luego, no era de esa especie.

Levantó un poco la cabeza y, confuso, echó un vistazo alrededor. Pese a que había presentido que no estaba solo, el corazón le empezó a latir más de prisa cuando vislumbró los contornos de un hombre corpulento que estaba sentado en las tablas desnudas del camastro vacío de enfrente. De no ser por los débiles resplandores de la antorcha que llegaban oblicuos desde el pasillo a través de la estrecha hendidura de la puerta guarnecida de hierro, iluminando titilantes un trozo de hábito negro, no habría podido verlo. E incluso así, lo único que distinguía con claridad eran las manos blancas juntas sobre el regazo, mientras que la cabeza en la sombra parecía no existir.

Se preguntó desconcertado quién podría ser. Un cura, según todos los indicios.

Solo a ellos les estaba permitido visitar a los reos antes de que partieran al patíbulo. ¿Acaso había llegado la hora? Rápidamente alzó la vista hacia la alta ventana de barrotes herrumbrosos, pero allí no advirtió ni la más mínima señal de la aurora. La noche era lóbrega, sin luna, de modo que el orificio se distinguía como un rectángulo de oscuridad apenas más pálido que el interior de la celda.

Sabía que no lo llevarían a la hoguera antes de que amaneciera, de modo que, vacilante, clavó la vista en la figura inmóvil. ¿Por qué había llegado tan temprano? ¿No irían a quemarlo más pronto, antes de que se reuniera la muchedumbre? No, eso carecía de sentido. Precisamente, ellos organizaban las ejecuciones públicas de herejes para mostrarle a la chusma analfabeta de la manera más aparatosa posible lo que les aguardaba a los que osaran enfrentarse a la religión. La escena del condenado cuyo cuerpo, atado o clavado al poste, se contraía en una agonía horrible, mientras a su alrededor serpenteaban las lenguas de fuego, tenía, a decir verdad, un efecto desalentador, incluso en los espíritus más intrépidos y rebeldes.

O, tal vez, aquello fuera el último intento de convencerlo para que renunciara a su descubrimiento. Para la Iglesia, eso sería, naturalmente, lo más conveniente, pero él no tenía ninguna intención de hacerles el juego. Justo al contrario. ¿Acaso había llegado tan lejos para renunciar en el último momento? Si eso era lo que pretendían, se esforzaban en vano.

—¿Ha soñado algo malo? —dijo la cabeza invisible.

La voz le era desconocida. No se trataba de nadie con quien se hubiera encontrado durante el interrogatorio y en el juicio. Sonaba suave, pero podía ser un truco. Conocía de sobra la hipocresía de los clérigos. Los peores contratiempos los había tenido con los que parecían razonables y gentiles, y de pronto mostraban su cara inmisericorde.

—¿Por qué lo cree? —El condenado respondió con una pregunta a la par que estiraba los miembros entumecidos en la manta sucia y ajada que era toda su ropa de cama.

—He estado observando cómo se agitaba inquieto mientras dormía.

—¿Me ha observado en la oscuridad más absoluta?

—Los ojos, si pasan el suficiente tiempo en la oscuridad, se acostumbran a ella y acaban viendo bien.

—Hay ojos y ojos. Unos se acostumbran, otros no. Yo he llegado aquí porque he rechazado acostumbrarme a la oscuridad.

Los dedos en el regazo se entrecruzaron ligeramente, y el reo comprendió en ese momento que le habían parecido de un blanco fantasmal porque el sacerdote llevaba guantes blancos, prenda que formaba parte de la vestimenta de los altos dignatarios eclesiásticos, lo que significaba que en la celda no se hallaba un simple cura como los que suelen enviar para que acompañen a los condenados a la hoguera. Así pues, aún no era la hora.

—¿Cree que va a iluminar la oscuridad con el resplandor de su pira? —El tono no

era cínico; más bien sonaba compasivo.

—No lo sé. No he conseguido imaginar otro modo.

—Pero al mismo tiempo es la forma más dolorosa. Ha presenciado alguna vez cómo arden las personas, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto. Cuando vivía en el monasterio, en varias ocasiones nos llevaron a ver la ejecución de unas desdichadas acusadas de brujas. Es una parte obligatoria de la educación de los jóvenes frailes, como bien sabe. Nada inspira más una devoción ciega por la fe que el miedo.

—Sí, el miedo es un arma poderosa en los asuntos de la Iglesia. Pero parece ser que usted no ha sucumbido a su influencia.

El condenado se frotó el cuello agarrotado. Podía soportar el aguachirle con el que lo alimentaban, el olor de las cosas rancias y de la humedad que lo rodeaban, el chillido y los arañazos de los hambrientos roedores que, según había oído, eran capaces de morder las orejas o la nariz de los presos incautos. Pero nada llevaba peor en esa mazmorra mohosa que la falta de almohada.

—¿Qué espera que le responda? ¿Que no temo al fuego? ¿Que soy indiferente al dolor que no tardaré en experimentar? Solo un imbécil no se asustaría de eso.

—Pero usted no es un imbécil. Entonces ¿por qué no ha evitado semejante final?

—No he tenido elección.

—Se entiende que sí la ha tenido. Tan solo se le ha pedido que abjure públicamente de sus convicciones y que se arrepienta, que es la exigencia más moderada del Tribunal de la Inquisición cuando se trata de graves transgresiones heréticas. Si lo hubiera hecho, conservaría el título de astrónomo real, y le sería permitido continuar enseñando a los estudiantes.

—¿Quién acudiría a las clases de un astrónomo real que por miedo ha renunciado a sus descubrimientos?

—Existe una pregunta anterior. ¿Por qué era necesario que los diera a conocer? ¿Qué deseaba conseguir con ello?

—¿Qué debía hacer: guardarlos en secreto, solo para mí?

—Usted era consciente de que se contradecían con las enseñanzas de la Iglesia. Tenía que haber considerado que ella haría todo lo posible por protegerse.

—Por supuesto que lo consideré. Pero esperaba que tuviera las manos atadas hasta cierto punto.

—Pues no lo parece, a juzgar por la condena que le han impuesto.

—Oh, de sobra sabe que la hoguera no era lo que la Iglesia pretendía. Ha sido un gesto forzado, ya que todos los intentos de obligarme a colaborar han fracasado.

—A la vista del estado en que se halla, yo no diría que se ha intentado todo. No tiene el aspecto de haber pasado por el proceso completo de la Inquisición.

—Es que no soy una bruja. No era necesario coaccionarme para que admitiera una acusación absurda. Yo no he negado en absoluto mi culpa. Por eso el interrogatorio ha transcurrido como una suerte de persuasión amistosa, aunque,

seguramente para impresionar, al fondo se hallara todo el ejército de aparatos para mutilar, descuartizar, cortar, despedazar y machacar. Pero ni siquiera me amenazaron con ninguno de ellos, y mucho menos los utilizaron. No se tortura a alguien que resulta valioso como aliado. ¿Qué efecto causaría tener como astrónomo real a una persona mutilada o ciega?

—¿Cree que no lo torturarían ni siquiera cuando la alianza se ha roto irrevocablemente? La Inquisición, en verdad, no puede alardear de la virtud del perdón y de la misericordia.

—Porque es célebre por su paciencia y astucia. La condena ha sido dictada, pero a mí no me han quemado todavía. Aún hay tiempo. Hasta el último momento, ella no renunciará a ganarme para su causa. Por lo demás, esa es la razón de su presencia aquí, ¿no es cierto?

De algún lugar al fondo del pasillo llegó primero un rumor impreciso, seguido del ruido áspero de la llave en una cerradura, luego alguien gimió dolorosamente mientras, como si fuera un saco, lo arrojaban a una celda. Los instructores de la Inquisición trabajaban en general por la noche. La sala principal de interrogatorios se hallaba en el sótano, desde donde, pese a los gruesos muros, de vez en cuando llegaban gritos espantosos, que debilitaban los últimos restos de voluntad y resistencia de los demás presos que esperaban su turno para ser llevados abajo. Al alejarse, después de cerrar de un portazo la mazmorra, uno de los guardias dijo entre dientes algo al otro, que se rio estrepitosamente. Sus risotadas, como un trueno, retumbaron un buen rato en el pasillo de piedra.

—Pero usted, por supuesto, no va a ceder —preguntó la voz desde la oscuridad una vez que el eco se extinguió.

—Por supuesto.

—¿Cuál es la verdadera razón?

—¿A qué se refiere?

—Usted no es de ninguna manera un cándido idealista al que le ha sorprendido todo esto porque no entiende cómo actúa el mundo ni qué fuerzas lo mueven. Al contrario. Todo lo que ha hecho desde el principio aparenta haber sido meditado con mucho cuidado. Ha encendido un fuego que solo usted puede apagar. Hace falta mucho ingenio para vencer a una institución experimentada como es la Inquisición, para, como usted dice, atarle las manos. Así como el coraje de un fanático, que siempre les falta a los idealistas en el momento decisivo; la disposición de ir hasta el final, a cualquier precio. A usted, es natural, le repugna el dolor que lo aguarda en la hoguera y, sin embargo, irá hacia ella solo porque causará a la Iglesia el mayor daño imaginable. ¿Qué le ha hecho para irritarlo tanto?

El reo se esforzó por sentarse en el duro camastro, sintiendo un hormigueo a lo largo de la espalda entumecida. Mientras lo hacía, a la superficie de su recuerdo afloró de repente una escena del sueño anterior. Era muy viva, aunque inmóvil como un cuadro monstruoso: la cara deformada de los monjes que avanzaban libidinosos

hacia su figura menuda e impotente.

—¿No es aún pronto para la última confesión?

—No estoy aquí para confesarle.

—Ah, sí, por poco se me olvida. Está aquí para convencerme de que lo piense mejor. Pero si de verdad cree en lo que acaba de decir, debería saber que eso es imposible.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué pierde el tiempo?

No hubo una respuesta inmediata al otro lado de la celda. Un brazo se levantó del regazo y se extendió hacia algo que descansaba invisible en el camastro de madera. Un segundo después, la mano volvió al resplandor trémulo de la antorcha del corredor. Sostenía un fino bastón negro con una figura blanca tallada en la empuñadura.

—Tengo tiempo de sobra. —La voz sonaba ahogada, como si viniera de muy lejos.

—Pero yo no. Mis horas están contadas.

—Así es. Pronto vendrán para llevarlo a la hoguera, pero antes tendrá una última oportunidad de aceptar la oferta de la Iglesia, que, como ya sabemos, usted rechazará, aunque en realidad da igual.

—No da igual. Si aceptara, todo quedaría en agua de borrajas.

—No es cierto. El daño ya se hizo en el instante en que permitió que corriera el rumor sobre su hallazgo, y eso ya no puede deshacerse. Deberían haber impedido el aleteo de las alas de la mariposa antes de que provocara la tormenta. Incluso si la Iglesia tuviera ahora en usted un aliado sincero, solo podría retrasar las perniciosas consecuencias.

—¿Acaso cree que eso basta para que me retracte? Esperaba que ideara algo más convincente.

—No tengo intención alguna de hacer que se retracte. Pero así son las cosas. La herejía se ha sembrado en un suelo fértil. Ni la hoguera ni el arrepentimiento podrán disuadir a sus discípulos. Empezarán a propagar el conocimiento prohibido, a ampliarlo. Una vez en marcha, esa corriente es imparable, aunque la Inquisición haga todo lo posible por frenarla. Ha sacado al genio de la botella, y ya no regresará a ella. La Iglesia verá por fin que ya no hay marcha atrás, pero será tarde.

El reo se inclinó para ver a través de las densas tinieblas el rostro oculto, pero no lo consiguió, pese a que sus pupilas estaban completamente dilatadas.

—¿No es inapropiado que un hombre de la Iglesia tenga tan poca fe en su futuro?

—¿Por qué piensa que soy un hombre de la Iglesia?

Un manto de profundo silencio descendió de pronto sobre la celda. El condenado tardó unos segundos, aunque le parecieron muy largos, en advertir qué era lo que no encajaba. Había pasado muchas noches en aquel lugar y siempre se oía algún ruido: los gemidos de una de las celdas vecinas, el chirrido de los goznes herrumbrosos, el

cuchicheo de los centinelas, el lamento del sótano, el rumor de las ratas y de los ratones, el crujido de las tablas en las que se acostaba, el sonido lejano del mundo exterior. Ahora, todo eso había desaparecido misteriosamente.

—¿Quién es usted? —aventuró por fin para romper el silencio sepulcral. La oscuridad permaneció muda, y el reo de repente volvió a sentir los pinchazos de la mirada penetrante que lo había acompañado desde el sueño—. ¿El diablo? —La palabra apenas se oyó, de modo que no supo si la había pronunciado o solo pensado.

—¿Y por qué habría de molestarle si lo fuera? —La suavidad del tono siguió invariable—. Si fuera el diablo, entonces estaríamos en el mismo bando. Tendríamos un enemigo común.

—¿Por qué... por qué está aquí? ¿Qué quiere de mí? —Tuvo la tentación de santiguarse, pero en el último momento le pareció que no sería oportuno.

—No quiero nada. Al revés, tengo un regalo para usted. Una suerte de prenda para sellar nuestra alianza. Un viaje.

—¿Un viaje?

—No se preocupe. No abandonará esta celda y regresará a tiempo, antes de que vengan a buscarlo.

—Pero ¿qué viaje será ese si no salgo de aquí?

—El único posible, dadas las circunstancias: un viaje a través del tiempo.

El reo parpadeó. Aquello no estaba ocurriendo de verdad. Estaba soñando. Sin embargo, no se produjo el despertar que invariablemente sigue a esa certeza. Se llevó una mano a la cara y se pellizó con fuerza la mejilla. El dolor era real, incluso excesivo.

—No deseo... ir... a ninguna parte.

—Pero le gustará. Estoy seguro. El futuro tiene sorpresas agradables para usted.

—¿El futuro?

—Sí, más o menos dentro de trescientos años.

—¿Por qué voy a ir yo... al futuro?

—Pues por curiosidad, ante todo. ¿No le interesa comprobar si de verdad ha conseguido ganar en astucia a la Iglesia? Aunque, desde luego, parece seguro de sí mismo, aún debe albergar una sombra de duda. ¿Qué pasa si el sacrificio es en vano?

—Pero ha dicho que no lo era. Que mis discípulos...

—Hace un instante eso le ha sonado poco convincente. Y, además, ¿puede confiar en la palabra del diablo, incluso aunque esté en el mismo bando que él?

—¿Y con qué podría persuadirme el futuro? ¿Qué es lo que voy a ver allí? —Mientras hacía la pregunta, ya se sintió estúpido. Había dejado que lo enredaran fácilmente en una conversación imposible, alocada. ¿Qué había sucedido con el sentido común del que tan orgulloso se sentía? ¿Había perdido el juicio quizá? Había oído que eso le ocurría de vez en cuando a la gente que iba a ser quemada. El miedo es capaz de volverte loco.

—Más oportuno sería preguntar lo que no va a ver. Ante todo, no habrá monasterio en la cima de esta colina. Es decir, permanecerán los muros, pero en el interior ya no habrá mazmorras húmedas y oscuras, ni los pasillos manchados por el hollín de las antorchas, ni una cámara de tortura en los sótanos.

—¿El monasterio estará en ruinas?

—No, al contrario. Se habrá transformado.

—¿En qué puede transformarse un monasterio?

Un breve silencio precedió a la respuesta, como si testimoniara cierta vacilación, un titubeo.

—Supongo que podría reconocerlo al final sin mi ayuda, aunque indudablemente le parecerá... extraño. No obstante, mejor será que lo prepare. No va a tener mucho tiempo, y el futuro puede resultar perturbador. En la época que va a visitar, aquí, en lugar de un monasterio, se elevará un observatorio astronómico.

Sabía que debía replicar algo, que eso era lo que se esperaba de él, pero no era capaz de pronunciar una palabra. Le temblaban las cuerdas vocales al formar las confusas preguntas que se le agolpaban, pero se le había hecho un nudo en la garganta, de modo que ningún sonido podía salir de ella. Se limitaba a mirar al vacío con la boca abierta.

En el silencio abismal que reinó de nuevo, un guante blanco dejó el bastón entre las rodillas y desapareció entre los pliegues del hábito negro. Estuvo rebuscando unos segundos, y luego reapareció con algo redondo y plano en la palma de la mano. Del objeto grabado surgieron destellos dorados. Un pulgar se deslizó por el borde y se levantó una tapa.

La mano del visitante se tendió hacia el condenado, pero él se quedó inmóvil. No era indecisión. El espasmo que había cerrado su garganta ahora se había extendido a todo el cuerpo. Deseaba moverse, hacer algo, lo que fuera, no podía quedarse así, agarrotado, para siempre, pero los músculos se negaban a obedecerlo.

—Sí, antes de que parta, hay una cosa aún que debe saber. Le complacerá, estoy seguro. El observatorio llevará su nombre.

Tras el ademán con el que aceptó el reloj que le tendían no estaba su voluntad. Le parecía que era otra persona la que recibía el regalo del diablo, que él solo era un observador que, en buena ley, debería advertir al pecador irreflexivo de que no lo hiciera, de que se trataba de una locura, pero este no iba a escucharlo, faltaría más; su alma ya estaba perdida, así que daba igual, pues ya no había manera de ayudarlo.

La esfera con números irradiaba una intensa blancura. En la oscuridad de la celda, era un faro que atraía a los navegantes, la llama de una vela que cautivaba a un insecto zumbón, la estrella que fascinaba al ojo del telescopio. Y a través de ella, dos agujas trabajadas formaban en ángulo recto una «L» mayúscula.

II

Sin pestañear, absorto en la refulgente superficie, no notó el comienzo del cambio. Algo chisporroteó en la celda, unas sombras más transparentes que un fantasma cruzaron por ella, y en un instante, el espectro del camastro de enfrente se descompuso en la inexistencia. El repentino claror en el elevado marco enrejado atrajo su atención.

«¿No es pronto aún?», se preguntó, levantando confuso la vista. Pero el tiempo de los milagros solo acababa de empezar. Apenas había deslizado los párpados sobre el globo ocular y en la ventana volvía a estar oscuro. El astrónomo que había en él abrió la boca para cuestionar lo evidente, pero lo silenció la potente voz de un niño que no se preocupa de si algo es posible o no, siempre que parezca mágico.

Los breves relevos entre luz y oscuridad se sucedieron en gran número antes de que el pequeño se hartara de ese caleidoscopio monótono, permitiendo por fin que el científico se dedicara a resolver el enigma. Solo había una explicación, naturalmente. Sin embargo, para admitirla era indispensable aceptar lo imposible casi como un acto de fe.

Ante él se sucedían veloces los días y las noches, pero no podía plantear las preguntas que su juicio exigía. Había perdido ese derecho en el momento en que cogió el reloj. Por otro lado, ¿importaba «cómo»? Si esa era la forma de viajar al futuro, que así fuera.

Finalmente, se cansó del relampagueo hipnótico de las imágenes negras y gris azulado en el marco de piedra. Echó un vistazo a su alrededor y en un primer momento tuvo la impresión de que la vertiginosa carrera a través del tiempo se había detenido. No se movía nada, y todo parecía estable, fijo. Pero luego se dio cuenta de que era mera apariencia. Allí no podía haber cambios rápidos: las paredes del monasterio estaban construidas para desafiar a los siglos.

No obstante, en la celda había pocas cosas hechas de un material menos duradero. Como si fuera víctima de un encantamiento, observó cómo las tablas del camastro de enfrente, expuestas a una humedad perenne, se iban hinchando paulatinamente para después resquebrajarse y caer al suelo, sobre el que acabarían convertidas en un montón amorfo.

Saltó de su catre cuando se le ocurrió que la misma suerte correrían las tablas en las que él estaba sentado. Y, en efecto, también aquellas terminaron como una pila de serrín podrido. Sin embargo, él no sintió nada: si no le hubiera asaltado ese pensamiento, continuaría tranquilamente sentado sobre la nada en medio del aire.

La madera de las puertas tenía mayor grosor, pero también acabó sucumbiendo a los efectos de la descomposición. Primero cayeron los pernios de acero, luego cedieron los herrajes, aparecieron las grietas, los agujeros, hasta que por último no hubo nada que le impidiera salir al pasillo. La celda dejó de ser una mazmorra. Pero al otro lado del umbral, la libertad se mostraba como una oscuridad opaca, porque ya

nadie encendía antorchas que la ahuyentaran.

La idea de la libertad le recordó los numerosos presos que después de él debían de haber malvivido allí. A la velocidad a la que se movía a través del tiempo, naturalmente no podía verlos, aunque aquí y allá tenía la impresión engañosa de que había alguien más dentro con él. Durante los instantes de oscuridad que representaban las noches, le parecía que en el camastro de enfrente sobresalía un bulto, pero esa ilusión no duraba lo suficiente como para poder apreciarla bien. En el fulgor de los relámpagos que eran los días, algo temblaba delante de él de vez en cuando, cierto indicio de movimiento, pero parecía tan imposible de atrapar como un rayo visto por el rabillo del ojo.

El techo desapareció tan repentinamente que no le dio tiempo ni a suspirar. En un instante estaba allí y al siguiente se había esfumado sin dejar rastro, como si un gigante hubiera arrancado la tapa que cubría el edificio del monasterio. Al mismo tiempo fueron eliminados todos los tabiques divisorios, de modo que solo quedaron los firmes muros exteriores en los que ya no había vanos.

El espectáculo de las rápidas alternancias entre el día y la noche era incomparablemente más emocionante ahora, cuando sobre su cabeza se había desplegado toda la bóveda celeste, que antes, cuando solo lo seguía en una pequeña sección del firmamento. Como si todo el universo le susurrara apremiante un mensaje enigmático...

Pero no tuvo oportunidad de dedicarse a descifrarlo. De la misma forma mágica en que se había perdido, la tapa regresó unos minutos después a su sitio, aunque no era la antigua. Se hallaba en un inmenso recinto cerrado sobre el que se elevaba una cúpula maciza. Techos semejantes solo se construían en las catedrales, pero aquello evidentemente no era una catedral, porque las cúpulas de estas no tenían ese gran corte que las hendía por el medio, y menos aún un tubo que saliendo por él apuntara hacia las alturas.

No se dio cuenta en seguida de que el viaje había finalizado porque sucedió de repente, sin que hubiera un descenso gradual de la velocidad. Su mirada se dirigía a la abertura despejada en la bóveda que se extendía sobre su cabeza, pero transcurrieron muchos latidos de corazón antes de que hasta su conciencia se abriera paso la certeza de que ya no había parpadeos de luz y oscuridad. El cielo nocturno que se estabilizó ante sus ojos estaba cuajado de estrellas, como solo pueden verse en el aire puro de las cumbres montañosas.

Del estado de estupor en que se hallaba lo sacó un chasquido en la mano. Se había olvidado por completo del reloj, aunque todo el rato lo había tenido en la palma abierta. Ahora estaba cerrado porque ya había llevado a cabo su trabajo mágico. Primero pensó guardárselo en el bolsillo, pero luego decidió dejarlo donde estaba. Le parecía que guardarlo sería una falta de respeto inadmisibles.

Lenta y tímidamente empezó a darse la vuelta en la penumbra de la gran sala. Mientras en su campo visual entraban cosas extrañas, cuyo uso no podía ni

imaginarse, recordó las palabras del diablo; le había dicho que, al final, él mismo se daría cuenta de que se encontraba en un observatorio astronómico. Debía de haberlo sobrevalorado mucho. Allí no había nada que pudiera reconocer: ni telescopio, ni sextantes, ni mapas celestes, ni un modelo de latón del sistema planetario.

En lugar de eso, la pared circular estaba cubierta en su mayor parte de ventanas insólitas. Refulgían multicolores, pero seguramente no era luz del exterior, porque fuera estaba oscuro. Algunas rayas se movían por ellas, y se acercó con cautela a un lado de la pared para poder examinarlas mejor. Resultaron ser series de números amarillos que corrían al infinito en filas horizontales sobre un fondo azul o rojo, saliendo por un extremo para desaparecer por otro, aunque no se veía ninguna pluma que los anotara.

Habría permanecido un buen rato con la vista clavada en esa representación pirotécnica cuyo significado ni siquiera podía intuir, si a sus espaldas no hubiera oído voces quedas. Se llevó un susto tremendo. En el primer momento de confusión solo sintió la necesidad instintiva de esconderse en algún lugar, pero no había tiempo para ello. Cuando se dio la vuelta, vislumbró a unos pasos de él dos figuras altas, un hombre y una mujer, vestidos con largos hábitos blancos, que caminaban en su dirección hablando muy bajo.

Tenían que haberlo visto, era inevitable, pues estaba delante de ellos, rígido y asustado. Pero se limitaron a pasar por su lado sin prestar ninguna atención a su presencia manifiesta, como si fuera invisible del todo. Se quedó inmóvil un buen rato, intentando acostumbrarse como fuera a semejante hecho imposible, mientras sentía un virulento tamborileo en las sienes.

Las figuras de blanco se acercaron a una ventana más grande que las otras y que no estaba iluminada, y empezaron a toquetear en unas protuberancias que sobresalían en la parte de abajo. La ventana resplandeció de repente, pero no aparecieron en ella las líneas de números que había en las otras, sino una escena a la que el condenado, a la postre, halló cierto sentido. El campo estrellado parecía mucho más denso, más brillante y más nítido, pero en lo esencial no se diferenciaba de los que él tenía oportunidad de ver a través de su pequeño telescopio.

Pero ¿cómo la imagen en la ventana podía ser la misma que la del telescopio? ¿Qué ventana era aquella? La respuesta llegó rápidamente, pero su disposición para creer era mucho más lenta. Las figuras continuaron manipulando las protuberancias y la escena comenzó a cambiar poco a poco. El cambio en sí mismo lo entendía, pero no entendía cómo se producía. Él conseguía el mismo efecto cuando levantaba despacio el telescopio: unas estrellas desaparecían por el borde inferior mientras otras aparecían por el superior. Sin embargo, allí no había ningún desplazamiento de la ventana.

Entonces, a su espalda, oyó un zumbido. Era muy débil, como el rumor de un moscardón distante. Probablemente no se habría vuelto si no lo hubieran obligado a ello unos pinchazos que sintió en la nuca: la tensión del presentimiento. Algo sucedía

detrás de él, algo importante.

El pesado tubo, que estaba dirigido hacia la parte inferior de la abertura en la cúpula, se elevaba lentamente hacia el cénit, aunque no se veía nada que lo moviera. Como si lo hiciera por sí mismo, sin ayuda de cordajes ni grúas.

Adivinó de qué se trataba antes de que se detuviera en un ángulo de unos setenta grados. El diablo, a pesar de todo, quizá no lo había sobrevalorado. Por lo demás, la cosa allí era cuestión de proporciones. Aunque gigantesco, el telescopio mantenía su forma original. Lo que, sin embargo, no lograba concebir era el desplazamiento del ocular. En vez de encontrarse en el único lugar donde podía estar, en el extremo inferior del tubo, estaba en la pared, como una gran ventana por la que todos podían mirar.

La imagen se quedó fija por un breve instante y luego se sucedieron nuevos cambios. Las estrellas empezaron a derramarse por los bordes, como si por un hechizo el telescopio se precipitara hacia lo alto a una velocidad inimaginable, aunque de nuevo descansaba inmóvil y penetraba más y más en la extensión negra, intentando alcanzar el infinito inaccesible.

La sensación era embriagadora, cargada de emoción. Y entonces, como si eso no bastara, sonó la música. La mujer de blanco se acercó a una de las ventanas pequeñas y tocó algo. Al instante, por todos lados tintinearón sonidos cristalinos de armonía celestial. No veía a los músicos, no había instrumentos, no entendía nada, pero le daba igual. En realidad, estaba viviendo lo que, quizá, solo se vive una vez: la gloria.

Dos momentos culminantes se fundieron en uno. Un punto en el centro de la imagen empezó a crecer, a aumentar. Al principio era una estrella, igual a las incontables que la rodeaban, luego un pequeño círculo, después un anillo, y por fin estalló en una flor de encaje que llenó toda la ventana. En el instante en que esta abrió sus pétalos rojizos, tejidos de una materia brumosa, la música se elevó, saludando en un impulso de alegría la aparición del núcleo amarillo, el ojo oculto del propio Creador.

No sintió frustración cuando a su alrededor de pronto todo se quedó paralizado en medio de la rigidez y del silencio. Sabía que eso tenía que suceder, que la tapa del reloj volvería a abrirse. El momento en que se inició la vuelta atrás fue perfecto. Justo cuando la Epifanía se había acabado. ¿Acaso podía haber esperado algo más grande?

La vuelta siempre parece más corta que la ida. Ya no había sorpresas ni maravillas que demoraran el tiempo. Aunque experimentaba un profundo respeto mientras observaba el orden inverso de las secuencias ya vistas —la desaparición de la cúpula, el regreso de la abertura con barrotes, la colocación del techo y de los tabiques divisorios, las puertas y camastros que recobraban su forma, el parpadeo del día y la noche—, sus pensamientos estaban en otra parte.

Pensamientos confusos que poco a poco daban paso a una pregunta decisiva.

De nuevo la parada fue repentina, igual que cuando había llegado al futuro. En un primer momento, mientras sus ojos estaban aún cegados por la sucesión de destellos,

no pudo vislumbrar a nadie al otro lado de la celda. Dedos helados de espanto le ciñeron el pecho. ¿Qué pasaría si ya no estaba ahí, si solo había jugado con él? Eso sería característico del diablo. Entonces nunca sabría...

—¿Y? —La oscuridad se dejó oír suavemente.

Intentó sofocar el suspiro de alivio, pero en el silencio sordo de la noche era un esfuerzo vano.

—Dijo que el observatorio llevaría mi nombre, ¿verdad? —No tenía tiempo para andarse con rodeos; había que entrar en seguida en materia.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿Por mi descubrimiento o porque moriré en la hoguera por no abjurar de mi ideas?

—Oh, por ambos motivos, aunque quizá más por el sacrificio. ¿Sabe usted?, en la época que ha visitado su descubrimiento tiene solo valor histórico. No ha sido refutado, ciertamente, pero es secundario, carece de importancia. Casi se ha olvidado. Las cosas, como ha visto, han avanzado mucho. Pero la muerte en la hoguera se recordará siempre.

De algún lugar en las entrañas del monasterio llegó un ruido de pasos plúmbeos. No eran solo de dos guardias. Un grupo grande caminaba por los pasillos.

—¿Eso significa que no tengo elección? —preguntó con apremio el reo—. Si el observatorio lleva mi nombre porque ardí en la hoguera, la conclusión evidente es que de ningún modo pude evitar correr esa suerte. Pero aún tengo oportunidad de hacerlo. Aún tengo el libre albedrío. Helos aquí, ya vienen. ¿Qué ocurriría si respondo afirmativamente cuando me pregunten si renuncio a mi hallazgo? Eso me ahorraría la hoguera pero cambiaría el futuro, ¿no es cierto? Sin embargo, el futuro no se puede cambiar, lo he visto con mis propios ojos.

Los pasos se detuvieron un momento, y luego a lo lejos retumbó el ruido bronco de las puertas de barrotes de los corredores.

—En efecto, lo que ha visto no puede cambiarse. Pero solo ha visto lo que es incuestionable, aquello sobre lo que ya no puede influir. No obstante, no ha visto que el observatorio lleve su nombre.

El preso abrió la boca para decir algo, pero no logró emitir ningún sonido. Entretanto había recobrado la vista, de modo que ahora, a la turbia luz del alba que se derramaba por la ventana, pudo distinguir mejor los contornos de su interlocutor. Su cabeza parecía alargada, como si llevara algo alto en ella.

—No, no lo he engañado, si eso es lo que está pensando —continuó—. El observatorio llevará de verdad su nombre si muere en la hoguera. Pero si no es así, llevará el nombre de cualquier otro. De alguno de sus discípulos, digamos, que será más valiente que usted. No hay predestinación. Su libre albedrío determinará lo que vaya a suceder. Usted elegirá entre una muerte terrible en las llamas y la vida

arrepentida de un astrónomo real bajo la égida de la Iglesia, cuya molicie solo se verá molestada por el desprecio de un puñado de estudiantes y, quizá, por el peso de la conciencia. Entre la satisfacción de la propia vanidad y el conocimiento sabio de que, en realidad, da igual el nombre que lleve el observatorio. No lo envidio. La elección no es fácil.

Los pasos sordos se detuvieron delante de la puerta de la celda y la llave sonó dentro de la enorme cerradura.

—Usted sabe lo que voy a elegir —dijo el reo de prisa y en voz baja. Era más una afirmación que una pregunta.

—Lo sé —respondió la voz suave.

Los goznes sin engrasar chirriaron bruscamente y en el pequeño recinto entró primero el robusto carcelero con una antorcha, y tras él dos instructores de la Inquisición con los hábitos morados de los altos dignatarios de la Iglesia. Un soldado entró el último llevando también una antorcha. Dentro ya no cabía nadie más, de modo que los otros tres soldados tuvieron que esperar en el pasillo.

En la claridad ahumada, el reo pestañeó en dirección a la figura del camastro opuesto. El extraño objeto de su cabeza era una especie de gorro cilíndrico de ala ancha cuya sombra oblicua le ocultaba la cara.

No esperaba que permaneciera allí. ¿Dejaría que los otros lo vieran? Pero ninguno le prestó atención, como si no estuviera, como si fuera invisible. En otras circunstancias, eso lo habría turbado, pero teniendo en cuenta su reciente experiencia, lo aceptó como algo natural.

—Lazar —el primer sacerdote se dirigió a él con tono oficial—, por última vez te preguntamos: ¿abjuras de tu herejía y aceptas arrepentido las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia?

El reo no apartaba la vista de la figura de negro, que se había convertido en una estatua. Seguía sentado, encorvado, mudo, como un viejo adormecido, con las manos blancas apoyadas en la empuñadura del bastón. Parecía indiferente, como si aquello ya no guardara relación con él, como si no lo afectara en nada. El silencio empezaba a pesar a causa de la tensa expectación.

Y entonces, el astrónomo real, se volvió por fin, lentamente, hacia los inquisidores, y pronunció su respuesta monosilábica.

LA PALEOLINGÜISTA

I

En el silencio sordo, la llamada en la puerta resonó como un trueno que la sobresaltó.

No había oído los pasos acercándose al despacho. Debía de haberse dormido otra vez. Las gafas de lectura, de montura metálica redonda, le habían resbalado hasta la punta de la nariz, porque la cabeza se le había inclinado hasta apoyarse en el pecho. El libro seguía abierto en la mesa de trabajo delante de ella, a la luz de la lámpara, pero recién despertada no podía ni acordarse del título. Dormirse así era algo que le sucedía cada vez con más frecuencia, y luego se sentía incómoda. No porque alguien pudiera sorprenderla en esa posición inapropiada. No tenía ningún miedo de eso. Prácticamente ya no la visitaba nadie. Los estudiantes no, desde luego, y menos los colegas. Simplemente se sentía incómoda consigo misma.

Los golpes en la puerta se repitieron. Breves y un tanto contenidos, vacilantes. De ninguna manera tan ruidosos como le habían parecido la primera vez. Miró a su alrededor perpleja, preguntándose qué hora sería. La única ventana del despacho daba a un patio de luces, pero esa denominación era del todo inadecuada, porque en ese estrecho hueco, que atravesaba el centro del edificio del tejado al sótano, incluso en los días más soleados reinaba la penumbra.

Había una forma más simple de saber la hora que era, pero pasarían unos cuantos minutos antes de que lograra encontrar su reloj de pulsera entre la multitud de objetos grandes y pequeños que cubrían en desorden el escritorio. Y no podía permitirse que el visitante, fuera quien fuese, esperara tanto tiempo. Las visitas eran escasas y por eso mismo muypreciadas.

—Adelante —dijo ella. Y luego, convencida de que lo había dicho muy bajito, repitió más alto—: Adelante.

No reconoció la figura que apareció en la puerta. La luz de neón del pasillo la iluminaba por la espalda, pero, aunque la luz hubiera llegado desde la parte delantera, ella habría distinguido poco sin las gafas de lejos, que también andaban perdidas en algún lugar de la mesa. Lo único que pudo deducir con certeza a partir de los contornos borrosos fue que se trataba de un hombre alto con una capa oscura.

Reflexionó unos instantes, pero no se le ocurrió nadie que concordara con esa

descripción. No obstante, eso no significaba nada. El recuerdo, tal como con el transcurso de los años había constatado inexorablemente, era un apoyo poco fiable. Sobre todo cuando tenía que ver con el pasado reciente. El lejano se mostraba mucho más nítido, lo que no era de extrañar, teniendo en cuenta a qué se dedicaba. Pero daba igual. Todo se aclararía en cuanto el visitante empezara a hablar. Ella nunca recordaba bien las caras, pero en cambio no olvidaba una voz. Jamás. Probablemente, la senilidad, caritativamente, la había dispensado ahí de su velo humillante.

—No es fácil encontrarla. Está usted muy apartada, aquí en los subterráneos. — No había oído aquella voz anteriormente. Sonaba grave y arrastrada, casi melodiosa. Era imposible no recordarla. Incluso sin el don que ella tenía.

—Oh, bueno, no pasa nada. Cuando nadie la busca a una, entonces da igual dónde se halle. Pero ¿está usted seguro de que ha venido al lugar correcto?

—Este es el despacho de paleolingüística, ¿no es cierto? —Era más una afirmación que una pregunta.

—Sí, es decir, lo que queda de él. En los buenos tiempos teníamos incluso una placa de latón que lo confirmaba, pero desde que nos hemos trasladado aquí, nadie se ha preocupado de ponerla. A no ser que esperen que la ponga yo.

Todavía de pie en la puerta, el visitante echó un vistazo a la penumbra del pequeño cuarto. Tres paredes estaban cubiertas de estanterías de hierro, y los libros y revistas, más que ordenados, estaban amontonados, incluso tirados de cualquier manera. En una parte de la cuarta pared, junto a la ventana, hasta el techo bajo con las tuberías del agua caliente, se alzaba una vitrina estrecha, repleta de diminutas estatuas mutiladas, pedazos de cerámica y restos de rudimentarias herramientas de piedra. También esos objetos estaban descolocados, a menudo unos sobre otros, como si la vitrina fuera una suerte de almacén. Debajo de la ventana, junto a la mesa, en una banqueta medio oculta por una pila de periódicos, se hallaba un hornillo y encima una minúscula tetera negra. Unas cuantas bolsitas usadas de té yacían sobre los periódicos como peces de acuario que se hubieran ahogado en terreno seco.

—A decir verdad, es tal como me lo imaginaba —dijo el hombre por fin.

—¿Se imaginaba *esto*? —preguntó ella, vacilante.

—Sí, su despacho. El lugar en el que trabaja.

Entornó los ojos, intentando aguzar la vista.

—¿Es eso un cumplido o una burla?

—Un cumplido, por supuesto. ¿Cómo iba a ser otra cosa? Yo soy admirador suyo.

En un primer momento no supo qué decir. Con gesto lento se quitó las gafas de leer y las dejó sobre la mesa. Cuando por fin abrió la boca, en su voz había un asomo de reproche.

—Si se trata de una broma, tengo que decirle que está fuera de lugar.

—¿Por qué cree que es una broma?

—Yo no tengo admiradores. Jamás los he tenido.

—Pero su trabajo desde luego los merece.

Se levantó del sillón; sintió el entumecimiento que le había producido estar largo rato sentada, y empezó a remover las cosas de la mesa buscando las otras gafas. Durante unos segundos lo revolvió todo, y después, al no encontrarlas, hizo un ademán enfadado con la mano, dirigió la vista empañada hacia la puerta y, más nerviosa de lo que habría querido, dijo:

—Bueno, entre de una vez. No podemos hablar mientras está en el pasillo.

Él entró, cerró la puerta y se quedó parado, indeciso, sin saber dónde situarse. Delante de la mesa había otro sillón, pero estaba invadido por un montón de carpetas destrozadas, sobre las que se asentaba una figura de piedra, en la que con mucha imaginación podían reconocerse las redondeces de un torso femenino.

—Póngalo en cualquier sitio, en el suelo, da igual —dijo ella, notando que no sabía cómo actuar.

Él lo hizo con cuidado, como si tuviera en las manos una reliquia. Cuando se sentó, los muelles del sillón gimieron desatinadamente.

Ahora estaba más cerca de ella, y el halo de la lámpara de mesa lo iluminaba a medias, de modo que incluso sin las gafas de lejos podía apreciar algunas particularidades que antes no había advertido. Él posó en su regazo un sombrero de copa, un bastón de empuñadura labrada y un par de guantes blancos. Ella nunca había dado mucha importancia a su atuendo ni había prestado atención a la ropa de los demás, pero aquello, no obstante, le pareció raro. Como si hubiera salido de una antigua obra de teatro, pensó, riéndose para sus adentros.

El hombre permaneció sentado, sin palabras, y la observó. Ella pronto empezó a agitarse bajo su mirada inquisitiva. Con gestos inconscientes, trataba de arreglar los mechones desordenados de cabello cano, mientras pensaba en lo que iba a decir al desconocido. ¿Por qué lo había invitado a pasar? ¡Un admirador! Como si ella fuera tan crédula o tan vanidosa.

—Así que ¿le interesa la paleolingüística?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

No respondió en seguida. Pasó los dedos suavemente por el ala lisa del sombrero.

—Una pregunta insólita por parte de alguien que ha dedicado su vida a ese campo —dijo por fin.

—En absoluto es insólita —replicó ella—. Precisamente porque he dilapidado mi vida con la paleolingüística tengo todo el derecho a preguntárselo.

—¿Cree que es una vida dilapidada?

Se quedó mirando fijamente su cara imprecisa, fuera del halo de luz. No podía calcular qué edad tenía. La voz, en ese caso, no era un indicador fiable. Si solo se guiaba por ella, el hombre podía tener veinte años, pero también cuarenta. Por su bien, esperaba que fuera lo primero. Soportaría mejor la pérdida de la ilusión. Ya le habría gustado a ella que cuando tenía esa edad alguien la hubiera hecho entrar en razón.

—Pues mire usted a su alrededor. Se halla en un cuartucho subterráneo que en otros tiempos servía de despensa al portero. Y volverá a serlo cuando yo me jubile dentro de unos meses. Como no tengo posibilidades de llevarme estas cosas, libros y demás quincalla, lo tirarán todo, por inútil. Y aunque me las llevara, no habría mucha diferencia. También acabarían en el basurero después de mi muerte. Ya ve, esa es la mejor medida del éxito de una vida consagrada a la paleolingüística. Escuche mi consejo: dedíquese a otra cosa, lo que sea. Olvídese de la lengua primitiva y del pasado remoto. ¿A quién le importa todavía eso en el mundo moderno? No arruine sin razón su futuro.

—El pasado y el futuro, sí —contestó pensativo el visitante. Hizo una pausa breve, y a ella le pareció por una fracción de segundo que en su cara había titilado una sonrisa, pero no estaba segura—. Creo que hay otros criterios para valorar sus logros —dijo con determinación, como un hombre experto en la materia.

Le lanzó una mirada curiosa.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Si no fuera por usted, aquí jamás se habría fundado un departamento de paleolingüística.

—Probablemente, pero ¿de qué sirve? ¿Sabe usted cuál ha sido el máximo número de estudiantes matriculados en primero que he tenido durante todos estos años?

Él, evidentemente, no lo entendió como una pregunta, de modo que no respondió. Ni siquiera se encogió de hombros.

—Ocho. Y fue hace mucho, ha pasado casi un cuarto de siglo. El promedio de alumnos matriculados era de tres y medio y hacia el final llegaban dos como mucho. A menudo ninguno. Pero no porque mis asignaturas fueran muy difíciles de aprobar. Al contrario, tenía fama de ser... —se detuvo buscando la palabra justa— una profesora muy complaciente en el examen, debido a lo cual los colegas me criticaban bastante. Los jóvenes pronto desistían, en general desilusionados, aunque yo hacía todo lo posible por atraer su interés. No hablaba solo de los aspectos eruditos del surgimiento de la lengua, sino también de una asignatura mucho menos árida: las comunidades humanas primitivas. Por lo demás, son temas inseparables. Pero no sirvió de nada. Jamás entendí lo que esperaban cuando se matriculaban en paleolingüística. Nadie los obligaba a elegirla.

—No puede culparse de la floja respuesta de los estudiantes. Usted misma ha dicho que vivimos en una época que no siente una inclinación especial hacia el pasado.

Lo miró parpadeando, y luego continuó el curso de sus pensamientos, sin tomar en consideración las palabras de consuelo que él le había dirigido.

—En los últimos cuatro años, en mi departamento no se ha matriculado nadie. ¿Y cómo mantener el puesto de profesor si no tienes a quién dar clase? Solo gracias a que la administración hace la vista gorda. No deberían hacerlo. Probablemente no lo

habrían hecho si no fuera por respeto a mi edad. Me he quedado aquí solo porque el decano intercedió de manera razonable, aunque lo más natural habría sido que me despidieran. Él sabía que en ese momento no tenía adonde ir. Yo también lo sabía, así que me tragué el orgullo y acepté que me metieran en este cuchitril. A caballo regalado no se le miran los dientes, y menos cuando te lo dan por compasión. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Calló, preguntándose por qué le contaba todo eso a un desconocido. Se estaba poniendo a sí misma en una situación incómoda, y a él también. Pero bueno, también a él le concernía el asunto. Había llegado allí con una imagen idealizada de la paleolingüística, ¿no era cierto? Entonces, ¿acaso sería honrado dejar que se fuera y no informarle de la otra cara de la moneda? No, claro que no. Además, hacía tiempo que no tenía la oportunidad de charlar con alguien, de lamentarse. Ya no tenía alumnos y hacía mucho que los colegas la rehuían de un modo más o menos abierto.

—Ahora estoy en un año sabático. Era la última posibilidad de permanecer en este puesto hasta la jubilación. Mi ausencia fue aprobada fácilmente. A decir verdad, me lo han regalado. Ni siquiera tuve que presentar el proyecto sobre el que iba a trabajar, que es lo habitual. Nadie me lo pidió. Ya no se espera nada de mí.

—Pero usted ya ha hecho mucho. Ha escrito varias obras fundamentales para la paleolingüística. ¿Es que eso no basta?

Ella dejó que su vista turbia paseara por la multitud de objetos que ocultaban la mesa. Si hubiera sabido que iba a tener visita habría ordenado un poco el despacho. Además, hacía tiempo que se reprochaba a sí misma el desorden que la rodeaba, pero no había forma de que se decidiera a colocar las cosas. Le faltaba un estímulo. ¿Para qué, si se iba a ir de allí al cabo de unos meses? Sin embargo, ¿no podía aplicarse esa pregunta a toda la vida? ¿Para qué esforzarse por conseguir algo, si al fin y al cabo todo era temporal? Antaño había sabido la respuesta, le parecía evidente e incuestionable, pero con el correr de los años, esta había empezado a empañarse más y más, a volverse más y más oscura.

—¿Quiere un té?

El hombre no respondió en seguida. Daba la sensación de que lo estaba pensando.

—No, gracias —dijo por fin.

Solo entonces se acordó de que no tenía más que una taza. Si él hubiera aceptado el ofrecimiento, tendría que haberse privado del té ella. No le habría resultado fácil. Se había convertido en una auténtica adicta. Cuando hacía unos años el médico le había recomendado que renunciara al café debido a la hipertensión, se había pasado al té para satisfacer la costumbre de tomar constantemente algo caliente. Se dio cuenta de que se estaba excediendo cuando constató que tomaba siete tazas al día, pero ya era tarde.

—Yo tomaré uno, ¿no le molesta?

—De ningún modo.

Con movimientos tambaleantes se dirigió hacia el pequeño lavabo de cerámica

agrietada que se hallaba junto a la ventana, a la vez que cogía la tetera de la silla. Aunque veía muy mal sin las gafas de lejos, no las necesitaba para preparar té. Había realizado tantas veces esa serie de movimientos sencillos que podría hacerlos en una completa oscuridad.

—En realidad, no hay nada fundamental en mis obras —dijo con voz ahogada después de encender el hornillo y regresar al sillón—. En el mejor de los casos, no son más que conjeturas eruditas.

Durante unos instantes, solo se oyó el ruido del agua que en dos o tres puntos corría en pequeños chorros por la parte exterior de la tetera salpicada, evaporándose al tocar la resistencia incandescente del hornillo.

—¿A qué se refiere? —inquirió por fin el visitante.

—¿Sabe lo primero que les digo a los estudiantes, para que desde el principio sepan a qué atenerse? Que la paleolingüística no es una ciencia exacta. No puede serlo, puesto que, en sentido estricto, está privada del objeto de estudio. La lengua primitiva hace mucho que está muerta. No tenemos ningún testimonio directo de ella y los indirectos son muy escasos. Todo lo que nosotros barajamos son reconstrucciones más o menos dudosas. Intentamos recomponer un mosaico cuya apariencia primigenia nos es desconocida, y ni siquiera estamos seguros de si utilizamos las teselas adecuadas.

—Pero ¿acaso no ha demostrado usted convincentemente que tanto las lenguas vivas como las muertas que se han conservado contienen rastros de la lengua primitiva? Lo que, por lo demás, es natural. Todas han surgido de ella, ¿no es cierto?

—Convincentemente, sí. Quizá. Sin embargo, existe una persona a la que nunca he logrado persuadir del todo. La única que de verdad me importaba.

—¿Quién es?

—Yo misma, por supuesto.

La tetera se puso a silbar de repente. La mujer se levantó pesadamente, desenchufó el hornillo tirando del cable, sacó una bolsita de una caja amarilla medio vacía que estaba en la banqueta, alzó la pequeña tapa y retiró rauda la mano para no quemarse; esperó a que se disipara la nube que salió a borbotones y depositó el té en el agua hirviendo.

—Dicen que no hay que poner la bolsita en seguida. Si el agua está demasiado caliente, mata el aroma del té. Pero yo no tengo paciencia para esperar.

—Es injusta consigo misma. No puede dudar de toda su vida. Piense solo en el enorme esfuerzo que ha hecho.

—¿Qué otra cosa me queda? ¿Recurrir al autoengaño? ¿Repetir en mi fuero interno que no todo va a ser vano por el único motivo de que me he esforzado hasta lo indecible? El esfuerzo en sí mismo no es una garantía de éxito. No obstante, existe algo peor que la duda. Lo que peor llevo es no poder quitármela de encima, no tener ningún modo de saber cuánto me he acercado realmente a la lengua primitiva. Pero no le echo la culpa a nadie. Desde el principio sabía que esa era la principal

maldición de la materia a la que elegí dedicarme.

—Salvo en el caso de que pudiera volver al pasado.

Le dirigió una sonrisa breve.

—Sí, salvo en el caso de que volviera al pasado. Conozco a muchos que sin vacilación venderían su alma al diablo por una oportunidad semejante. Los historiadores de todo tipo. Gente como yo, obsesionados por un tiempo que ya ha expirado. Pero o bien el alma no es una recompensa suficiente o ni siquiera el diablo es tan poderoso. Más bien será lo último. Por desgracia no hay regreso al pasado.

—Y si lo hubiera, ¿aceptaría usted la oferta del diablo?

Lo observó sin palabras durante un tiempo, luego se levantó otra vez para lavar la taza y servirse el té. Cuando volvió, en el periódico que cubría la banqueta con el hornillo quedaba un nuevo pececillo que agonizaba humeante.

—No creo que el diablo me eligiera. ¿Qué provecho obtendría de un alma tan pobre y gastada como la mía?

—Quizá no pidiera su alma.

—Oh, no sea ingenuo. El diablo no es generoso. No va por ahí haciendo regalos.

—Estoy de acuerdo. Él siempre cobra sus servicios. Pero hay otras compensaciones, además del alma, que podrían resultarle atractivas.

—¿Qué otra cosa podría esperar de mí a cambio?

—El diablo ante todo es un sádico. Se regocija con los sufrimientos de la gente. Si la ayudara a viajar al pasado, la pondría ante un suplicio doble.

Tomó un sorbo de té ávidamente. Sabía que aún estaba caliente, que le iba a quemar la sensible mucosa bucal, pero la adicta que era de nuevo carecía de paciencia. La conversación con el desconocido empezaba a ser bastante absurda, aunque también la divertía de una manera un tanto extraña.

—¿Doble? —repitió inquisitiva.

—Sí. Imagínese que viaja al pasado y, allí, sobre el terreno, establece fehacientemente cómo eran las cosas. ¿Qué haría con esos conocimientos?

—Pues no sé. Probablemente, los publicaría de inmediato.

—Pero usted es una científica. ¿Sería capaz de arruinar su credibilidad contando que había conseguido sus conocimientos gracias a un viaje al pasado logrado mediante un pacto con el diablo? En el mejor de los casos, la tacharían de charlatana. En el peor, acabaría en un manicomio.

Antes de contestar sorbió un poco más de té. La taza ya estaba medio vacía.

—Entonces no lo publicaría. El diablo, a pesar de todo, no tendría ninguna razón para cantar victoria. Ya le he dicho que lo que de verdad me interesa es convencer a una única persona, para lo cual no sería preciso publicar nada. Ella lo sabría sin necesidad de eso, de primera mano. —Hizo una breve pausa sonriendo de nuevo—. Oigamos ahora la segunda trampa que me ha preparado el diablo.

—¿Cuál es la premisa básica de su disciplina, es decir, de todas las ciencias que se dedican al estudio del pasado? —El visitante hizo caso omiso de su tono burlón.

La voz del hombre seguía siendo igual de seria que antes, y ella pensó que tenía un timbre bastante agradable. Distinguido. Era una pena no haber encontrado las gafas de lejos. Un hombre con semejante voz probablemente debía de tener un rostro atractivo.

—La inmutabilidad de lo que ya ha sucedido, si es a eso a lo que se refiere.

—En efecto, el pasado es inmutable. Sin embargo, podría verse amenazado si apareciera en él alguien del futuro. El diablo, por sus servicios, profanaría algo que es antiquísimo y que debería ser inviolable. ¿Qué provecho se puede extraer de conocer el pasado de primera mano si este ya no fuera definitivo?

—¿Por qué cree que el visitante del futuro estropearía el pasado? Si se trata de un científico, y hablamos de esa clase de viajero a través del tiempo, ¿no es cierto?, no tendría ningún interés en destruir. Al contrario. Tendría todas las razones para comportarse como un observador que pasara inadvertido.

—Sí, las tendría, pero ¿serían suficientes? La tentación de influir en el curso de los acontecimientos podría ser muy grande. Imagínese, por ejemplo, un historiador que viaja hasta un momento crucial del pasado. Si permaneciera solo como observador, las cosas seguirían su curso conocido, cuyo resultado sería el fallecimiento de un gran número de inocentes. Por otro lado, todo esto podría evitarse con alguna intervención suya. En ese caso, ¿quién pesaría más en él: el científico imparcial o el hombre que reconoce que, si no hace algo, la conciencia le remorderá con la carga insoportablemente gravosa de la culpabilidad? No sería una elección fácil, y eso brindaría al diablo un placer inmenso.

Ella se quedó mirando fijamente el fondo de la taza vacía antes de responder.

—Cualquiera que viaje al pasado no tiene por qué enfrentarse necesariamente con esa difícil decisión. Existen períodos tranquilos, sin convulsiones. Si yo, por ejemplo, llegara a la época que he estudiado, podría dedicarme sin ninguna angustia a observar de manera imparcial, porque nada me impulsaría a interferir en el curso de los acontecimientos, a cambiar el futuro. Desde el punto de vista histórico, fue una época absolutamente inofensiva. Me temo que aquí el diablo saldría con las manos vacías.

—No hay épocas inofensivas —dijo en un tono más bajo que el utilizado hasta entonces, como si se tratara de algo confidencial, secreto—. ¿Sabe lo que es el efecto mariposa?

Había oído hablar de ello, pero no lograba acordarse de lo que era. Incluso si tuviera la memoria en mejores condiciones, era probable que su mente no hubiera retenido el asunto. Jamás le habían atraído las novedades de ese estilo. Su ciencia era clásica, simple. Intentó evitar responder levantándose de la silla para llenar otra vez la taza de té, y él aguardó a que regresara a la mesa.

—Una mariposa emprende el vuelo de repente, impulsada por no se sabe qué y absolutamente inconsciente de que con ello quizá se inicia una cadena de sucesos cuyo último eslabón será una catástrofe de magnitud continental en el otro extremo del mundo. El batir de unas alas diminutas pone en acción una ecuación de caos cuya

solución puede ser del todo desproporcionada respecto al impulsor infinitesimal. Una causa minúscula a veces conlleva consecuencias incalculables.

—Sí, ya lo sé —replicó ella—, pero no veo la relación con lo que hablábamos.

—Por muy resuelta que estuviera a no modificar el pasado, eso no dependería solo de usted. En general, no cabe excluir que de manera involuntaria, únicamente con su presencia, provocara el efecto mariposa. Incluso en un sentido literal. Imagínese que su aparición repentina allí agitara al insecto que hasta ese instante se posaba ocioso en una flor y asustado, emprendiera el vuelo precipitadamente; y que, unos cuantos días después, lejos de allí, en una tormenta sucumbiera alguien que de ningún modo debía morir. Alguien en quien descansaba la pirámide inversa del futuro. Usted puede confiar en que semejante resultado sea más que improbable, pero el diablo, como jugador experimentado, no vacilaría ni un segundo en aceptar la apuesta. En realidad, sería jugar sobre seguro. El caos, al fin y al cabo, es su imperio.

—Pero si las cosas están así, si el diablo no puede perder, ¿qué le impide aparecer con su oferta? A mí no me ha visitado, y tampoco ha visitado a nadie de mi especialidad, por lo que yo sé. Y entre nosotros hallaría las víctimas más prometedoras.

Esperó la respuesta del otro lado de la mesa. Pero no llegó. Su mutismo se condensaba en la oscura habitación subterránea, de modo que se podían oír los ruidos lejanos y confusos del nivel superior.

—Volvamos donde habíamos empezado. —Ella interrumpió por fin el silencio—. Evidentemente el regreso al pasado no está en poder del diablo.

—Quizá sí. —De nuevo se dejó oír la voz cantarina—. Pero aunque le brindara a alguien ese regreso, quizá no obtuviera la recompensa deseada. Tal vez por eso no existan sus ofrecimientos.

Ahora fue el turno de ella de no responder. Desconcertada se concentró en la figura borrosa de enfrente.

—Si no hubiera ni tentaciones ni posibilidades de que el pasado se modificara, tampoco habría el tormento del viajero que se cobraría el diablo.

—Pero ¿cómo sería posible? ¿Acaso de su historia sobre las mariposas no se deduce que el cambio del pasado es inevitable por el solo hecho de penetrar en él?

—Sí, se deduce, pero solo si el viaje al pasado fuera físico. Y, sin embargo, no tiene por qué serlo.

Ella se llevó la taza a los labios, pero el té ya estaba casi frío y así no le gustaba. Le parecía insípido. Encontró un pequeño espacio vacío en la mesa delante de ella y depositó allí la taza.

—Pues, entonces, ¿cómo?

—¿Qué hace cuando mira un documental? —El visitante respondió con otra pregunta—. Vuelve al pasado sin la posibilidad de cambiarlo. Es posible, en efecto, recurrir a ciertos trucos de montaje, pero no cuentan: se trataría de una falsificación, y no de una modificación real del pasado. El espectador de un documental está en la

posición de observador ideal: de ninguna manera puede influir en el pasado.

—Sí, pero eso solo sirve cuando hablamos de la historia reciente. Ahí sí que podemos volver al pasado. Al menos en parte. El reportaje filmado solo evoca la imagen y el sonido, pero la realidad es mucho más rica. Bien, al margen de ello, tengo que recordarle que de la época que a mí me interesa, por desgracia, no se filmaron documentales.

Si percibió la ironía en la voz de ella, no dejó que se trasluciera en su tono.

—Por supuesto que no. No había pensado en esa clase de vuelta al pasado, que, como usted misma dice, es, además, incompleta. Pero la comparación con una película es bastante adecuada. Imagínese una especie de documental del pasado que actuara sobre todos sus sentidos, no solo sobre la vista y el oído. Una filmación en la que se sintiera como en la realidad, salvo por el hecho de que no pudiera tomar parte en ella, no pudiera cambiarla. Se hallaría en el papel de un espectador sin trabas que puede verlo, oírlo, sentirlo todo, mientras que él es invisible, inaudible, imperceptible.

—Yo a eso lo llamaría un fantasma —dijo ella, entornando los ojos.

El visitante emitió una risa sonora y serena.

—Sí, el espectador sería un fantasma desde un punto de vista práctico.

—Todo eso es muy bonito, pero no existen esas películas del pasado. Nadie las grabó.

Creó que llegaría algún comentario desde el sillón polvoriento, pero solo le respondió un nuevo silencio. Por un instante cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, pensando que era hora de que la conversación tocara a su fin. ¿Qué más se podía añadir? Ya habían llegado hasta los fantasmas, ¿verdad? Aunque había sido agradable que alguien la visitara, se sentía cansada. Uno no puede ser demasiado blando con los admiradores.

—Me pregunto qué hora es. Tengo el reloj perdido entre este desorden de mesa. No puedo llevarlo en la muñeca todo el rato, me roza, y luego nunca me acuerdo de dónde lo he puesto.

Supuso que se miraría la muñeca izquierda, pero él metió la mano en la capa y sacó un reloj de bolsillo. Unos destellos dorados y mates surgieron de él, y ella pensó que era muy extraño. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había visto un reloj así. ¿Volverían a estar de moda? No tenía ni idea, pero ¿cómo iba a tenerla si jamás salía, si no se reunía con nadie y pasaba los días enteros entre aquellas cuatro paredes subterráneas?

Él le tendió el reloj. Ella lo cogió con un movimiento involuntario, simplemente porque se lo habían ofrecido. Solo cuando ya lo tenía en la mano se preguntó por qué no le había dicho sin más la hora que era en lugar de dejar que la viera por sí misma.

Se llevó el objeto a los ojos, muy cerca, para poder mirarlo sin gafas, pero no levantó en seguida la tapa, pues una incisión poco profunda grabada en la superficie abombada atrajo su atención. Era una E mayúscula adornada con una serie de bucles

en los extremos, como la inicial de alguna escritura arcaica. Se le ocurrió que era realmente extraño. Una E de Eva. «Como si me estuviera destinado.»

Entonces movió el pequeño resorte y la tapa saltó.

II

El reloj no tenía agujas. No tenía números. Solo una esfera resplandeciente con una imagen, pero no era una imagen fija, sino que temblaba como si estuviera viva. Perpleja, se acercó aún más el reloj a los ojos para verlo mejor, pero, cuando quiso detener el movimiento, la aproximación continuó por sí misma, sin su intervención. La esfera empezó a aumentar, como una fisura redonda en la realidad, y se fue ampliando rápidamente delante de ella, ahuyentando con su resplandor la penumbra subterránea del cuarto, hasta que la expulsó por completo fuera de los bordes del mundo.

En un primer momento la deslumbró. Sus pupilas, acostumbradas a la escasa claridad del despacho, necesitaron un tiempo para adaptarse al brillo del sol del mediodía. En cambio, el resto de sus sentidos comenzaron de inmediato a absorber las impresiones del nuevo entorno. La asaltaron olores desconocidos de vegetación salvaje, exuberantes e intensos, pinchándole y pellizcándole las membranas de la nariz, como si alguien le hubiera arrojado a la cara un puñado de polen. Rumores ondulantes de tallos altos y frágiles de hierba curvándose inundaron sus oídos, así como el zumbido de la multitud de himenópteros ensimismados en sus danzas ceremoniales. La brisa llegaba a su piel a intervalos irregulares, acariciando su cara y sus manos con el más tierno de los contactos.

Sabía lo que iba a ver antes incluso de recuperar la vista, pero no por ello la sorpresa fue menor. Se hallaba en medio de un campo que en suaves pendientes se extendía por todas partes, hasta donde alcanzaba la mirada, pero lo que los sentidos del olfato, el oído y el tacto no habían podido comunicarle de ningún modo eran las incontables mariposas que cubrían la extensión a su alrededor, como una alfombra colorida y titilante. Volaban bajo entre el manto de plantas o descansaban sobre él, absolutamente entregadas a sus ingenuos quehaceres de los que, sin embargo, tal como no hacía mucho había sabido, podían surgir desastres desproporcionados.

Solo de pensarlo, se quedó paralizada. ¿Qué sucedería si las inquietaba con su presencia? ¿Si emprendían el vuelo de repente, perturbando aquello que de ninguna forma debía ser perturbado? Contuvo la respiración cuando un insecto se apartó de

una flor violeta de pétalos gruesos y voló serpenteante hacia ella, agitando perezosamente las alas moteadas. En el instante en que se halló junto a su cara, cerró los ojos de manera instintiva, esperando impotente que en cualquier momento chocara con ella. Pero no se produjo ningún choque. Cuando los abrió, la mariposa ya no estaba. Primero pensó que en el último segundo se había desviado. La segunda posibilidad era tan improbable que simplemente se negó a aceptarla.

Sin embargo, un poco después, cuando un soplo de aire más fuerte levantó una nube exultante de insectos, no le quedó más remedio que aceptarlo. Volaban a través de ella, como si no estuviera ahí, como si estuviera hecha de un tejido etéreo, transparente, inexistente, irreal.

Al principio permaneció inmóvil, confusa, observando cómo la nube atravesaba su cuerpo. Sentía esa marea como un débil picor, como un dulce escalofrío que electrizaba su piel. La nube se había disipado cuando por fin salió del letargo y extendió un brazo hacia las últimas mariposas. Podía tocarlas mientras volaban; la experiencia del tacto fue innegable, aunque parcial: las delgadas alas se entregaban imperceptiblemente a sus dedos invisibles con todos sus trémulos impulsos multicolores.

Permaneció indecisa un tiempo, una vez que el último insecto se desvaneció. Desde una parte de su conciencia surgían preguntas difíciles y angustiosas, pero en seguida sofocó esa voz aburrida que turbaba el hechizo. ¿Qué importaba que fuera imposible, si ejercía un influjo tan fascinante y embriagador?

No obstante, había una pregunta que exigía respuesta. ¿Y ahora qué? Podía quedarse allí —tanto como quisiera, a decir verdad— rendida por completo a los olores que brotaban de la tierra, a la calidez bienhechora que se derramaba de la bóveda celeste, a la caricia del viento que despertaba en ella alegrías reprimidas hacía tiempo. Pero no toda la eternidad. Incluso los jardines del Edén al final acaban perdiendo el encanto.

Carecía de razones para tomar una dirección concreta, así que simplemente empezó a caminar hacia adelante. Lo hizo de forma inconsciente, dando un paso, pero la planta, en lugar de posarse de nuevo en la hierba, como debería haber sido, se quedó en el aire.

No se dio cuenta de inmediato de que flotaba. Por un instante creyó que había perdido el equilibrio y que se iba a caer, pero no se cayó. Estaba suspendida en el aire, sin ningún punto de apoyo, asustada, porque siempre había temido a las alturas, aunque la distancia a la que se hallaba del suelo apenas llegaba a medio metro. Presa del pánico, quiso bajar, y al segundo siguiente ya descansaba sobre tierra firme.

Pasó un rato antes de que comprendiera que volvía a caminar. Pensó que parecía un niño que intentaba con torpeza dar sus primeros pasos. Esta vez no fue necesario que adelantara un pie y luego otro, bastaba la voluntad de hacerlo: quiso volar, y en el acto se encontró en el aire infinitamente ligera, incorpórea.

Primero adoptó la postura de un pájaro, extendiendo los brazos como alas, pero

pronto vio que la imitación era innecesaria. En realidad, indigna. Teniendo en cuenta su edad, era más adecuado que se comportara en el aire igual que en la tierra, así que se puso recta, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si estuviera en un pedestal invisible.

El miedo desapareció sin que lo percibiera, dejando lugar al entusiasmo. La experiencia del vuelo sin trabas había sido mágica, vertiginosa. Primero se impulsó muy alto, hasta que alcanzó la sustancia lanosa de la que estaba formada una pequeña nube, y luego, conteniendo a duras penas las ganas de gritar por la excitación, comenzó a precipitarse hacia abajo disfrutando del espectáculo de la alfombra verde que se aproximaba velozmente a ella. Se detuvo justo encima sin ningún esfuerzo, sin siquiera agitar el enjambre de bichos zumbones que se afanaban pendencieros en torno a un manojito de flores amarillas y rojas.

Cuando volvió a elevarse hacia el cielo, advirtió algo que durante el primer vuelo se le había escapado. La sorpresa, no obstante, fue doble, de modo que se quedó parada de golpe en medio de la nada. Justo en el momento en el que divisó una fina columna de humo que se erigía distante, en el horizonte, se dio cuenta de que la distinguía perfectamente y sin embargo ¡no llevaba las gafas de lejos! Se habían quedado en el despacho, en la mesa, debajo de algún montón de cosas. Pero, a todas luces, en su nueva forma no las necesitaba. Incluso sin ellas percibía con agudeza y nitidez el rastro ondulante de un fuego.

Corrió en esa dirección como si fuera un águila que se abalanzara sobre su presa, impulsada por la impaciencia y un presentimiento. Las preguntas ahogadas emergían a la superficie de su conciencia. Si realmente se hallaba donde creía estar, aunque todo aquello estaba más allá de su capacidad de comprensión, entonces había llegado a su destino.

La tribu era pequeña, contó solo doce miembros. En el lugar donde ardía el fuego se encontraban dos ancianas, un viejo y cuatro niños de diferentes edades. Los cinco adultos que quedaban —¡qué poco desarrollados estaban!— formaban un amplio círculo alrededor de ese hogar provisional, atareados en las labores que ocupaban la mayor parte del tiempo de los hombres de esa era primitiva, es decir, recogiendo con mucho trabajo alimentos, bayas diversas, raíces, frutas desmedradas, pequeños roedores.

No descendió directamente a la hoguera. Lo hizo un poco más lejos, sintiendo que el corazón batía sordamente en el pecho intangible. Las voces de los viejos y de los niños llegaban sofocadas e indistintas, pero eso era lo que ella quería. Aún no estaba preparada. Cuando lo estuviera, se introduciría entre ellos, un espectro que ya por las primeras palabras que oyera sabría si su vida había tenido sentido o no.

Se preguntó cuál sería el castigo que debería sufrir por ese privilegio único. Desde luego, no sería la certeza de que de allí no había regreso. Incluso aunque tuviera aquel reloj imposible, ¿volver, adónde? ¿A malvivir en solitario en aquella oscura choza subterránea? ¿A las humillaciones que traen el abandono y la vejez? ¿A

las inevitables dudas que la perseguirían funestamente hasta el final? No, permanecer allí sería un premio y no un castigo. Pero entonces, ¿qué?

La respuesta llegó con el viento. Una corriente de aire trajo a sus fosas nasales inmatériales el aroma ardiente del vapor del agua que en una vasija tiznada bullía sobre el fuego. No muy lejos, las viejas limpiaban unas hierbas secas, preparándolas para hervir, mientras charlaban ociosamente, igual que se haría en innumerables siglos posteriores.

Té, ¡por supuesto!

A la adicta se le escapó un grito mudo. No sentía hambre ni sed, lo que sería natural en semejante estado. El deseo de una taza de té caliente que de repente la invadió era algo mucho más fuerte que las necesidades físicas. Y, sin embargo, la sensación ilusoria de que por la boca fluía la antigua excitación, el conocido presentimiento de que pronto calmaría la necesidad imperiosa, actuaba verdaderamente como un dolor.

En un primer momento de desesperación, pensó que, quizá, si hubiera sabido el precio que debía pagar, no habría aceptado. Aunque en realidad no había tenido elección. Sin embargo, después de serenarse un poco, llegó a la conclusión de que no había vuelta atrás. El precio estaba pagado, aunque de mala gana. Solo le quedaba coger lo que se le brindaba a cambio.

Y se dirigió hacia el fuego, al encuentro de los sonidos de la lengua primitiva que le contarían una verdad simple.

EL RELOJERO

I

Los relojes dieron la seis de las tarde al mismo tiempo, tal como corresponde a un ilustre taller de relojero. Los oídos habituados del viejo, que durante años habían seguido atentamente el anuncio, no detectaron ningún desajuste: ninguno de los cuatro relojes que adornaban las paredes del recinto no demasiado grande de la planta baja se adelantaba o se atrasaba. Sin embargo, era el único acuerdo que los ligaba, porque después proseguía un desacuerdo absoluto.

El gran reloj de péndulo, con la caja de caoba ya rayada y la puerta de cristal ricamente tallado, gruñía con un bajo grave y solemne, como un bigotudo comandante de granaderos que da órdenes para un desfile. El hombrecillo de latón, que con su gastado martillo golpeaba la barra de bronce, producía un sonido agudo y cortante similar al de un campanario lejano. El piar del pájaro de madera, que surgía rauda por el agujero redondo de la casita alpina multicolor, hacía años que había perdido su entusiasmo inicial, y se había vuelto ronco y áspero. Por último, el par de bailarines de cerámica, desconchados y vestidos para una fiesta, se animaba girando sobre el pedestal a los primeros sonos de un antiguo vals.

Aunque empezaban a la vez, los sonidos que marcaban la hora en punto no finalizaban al mismo tiempo. Primero enmudecía el pajarillo, de repente, como en un estertor; daba la sensación de que alguien poco amable, con los nervios destrozados o sin oído para su canto cansado, le hubiera retorcido el cuello. El vals y las campanadas tenían casi la misma duración, rivalizando hasta el último acorde en una competición absurda. Los que más tardaban en cumplir su tarea eran los prolongados tonos del reloj de péndulo que, dado su tamaño, era lógico que tuviera la última palabra.

Cuando sonó el último gruñido del bajo de granaderos, el viejo se palpó con gesto acostumbrado el pequeño bolsillo izquierdo del chaleco. Sacó su reloj bañado en oro pendiente de una gruesa cadena, levantó la tapa —en cuya parte interior estaba grabado con letras gruesas e historiadas «Para J. de M.»— y asintió con la cabeza, convencido realmente de que eran las seis. No era una expresión de desconfianza hacia los otros relojes que apenas un segundo antes le habían comunicado el mismo dato de manera bastante ruidosa y precisa. Era un ritual que cumplía todas las tardes

desde hacía más de un cuarto de siglo, antes de cerrar el taller y marcharse a casa, en señal de respeto hacia un recuerdo y un dolor.

Pero no era su destino irse esa tarde de la forma habitual: cerrar la puerta; un corto paseo por la calle a menudo desierta hasta el pequeño piso ordenado en exceso, en una buhardilla en la que nadie lo esperaba; preparar una cena sencilla y en general insípida, que seguramente solo podría satisfacer a los solteros y solitarios, e irse a descansar. Un descanso que en raras ocasiones aportaba confortación u olvido, obsequiándole sobre todo sueños agitados que lo devolvían al pasado. Era imposible evadirse del pasado, ni siquiera en sueños.

Después de colocar de nuevo el reloj macizo en el bolsillo del chaleco y extender la mano para tirar de la fina cadena con anilla plateada que servía para apagar la lámpara de pantalla verde de la mesa de trabajo detrás del mostrador, la apertura repentina de la puerta sacudió el manojó de campanillas que colgaba sobre ella. Aunque suave en comparación con el coro disonante de los relojes de pared, este repiqueteo de cascabeles, puesto que era inesperado, lo sobresaltó. Era muy raro que alguien entrara en su taller tan tarde.

Alzó la vista, pero lo único que consiguió distinguir en la penumbra fueron los contornos de un hombre alto, cuya silueta se recortaba contra el turbio brillo de la farola callejera. El hombre llevaba un sombrero, de copa probablemente, una capa muy larga y en la mano izquierda sujetaba un bastón. Se quedó junto a la puerta, sin acercarse al mostrador, como si algo lo hiciera vacilar.

El viejo se colocó las gafas redondas de montura metálica en medio de la nariz y, esforzándose por sonar servicial, preguntó:

—¿Qué desea el señor?

El hombre no respondió en seguida. Primero echó un vistazo por el taller, como si quisiera convencerse de que estaban solos; sus ojos se entretuvieron un poco más en el reloj de péndulo, que en una mitad de su trayectoria quedaba en la sombra, mientras que en la otra, el extremo redondo titilaba reflejando la luz mortecina que llegaba del exterior.

El visitante rezagado se colocó el bastón bajo el brazo y por fin caminó hacia el mostrador con paso firme, sacando a la vez algo de uno de sus bolsillos interiores. Cuando se le acercó, el viejo vio que el hombre llevaba guantes de piel blanca; tenía unos dedos largos y finos, como de pianista. Su mano izquierda estaba cerrada y la posó sobre el mostrador, cubierto por un fieltro tensado; iluminada por el haz de la lámpara de la mesa de trabajo parecía desprender un resplandor poco natural en su blancura sobre el fondo verde y la oscuridad circundante. El relojero tuvo de pronto la sensación de que delante de él estaba un mago que se disponía a realizar un truco.

Sin embargo, no hubo tal truco, porque, cuando abrió el puño, en la palma apareció una visión absolutamente adecuada: un reloj de bolsillo. El viejo se subió las gafas en el puente de la nariz y se inclinó para observarlo mejor. Hasta ese momento estaba convencido de que le bastaba una mirada para reconocer no solo la marca sino

también el modelo de cualquier reloj, incluso el año de fabricación. Hacía ya casi cuarenta años que se dedicaba a ellos exclusivamente. Los conocía a fondo, podría decirse. En particular los de bolsillo; era un auténtico experto en ellos. Conocía cada muelle, cada rueda dentada, cada tornillo, cada tuerca, cada aguja, cada esfera.

Pero en este caso, una sorpresa lo aguardaba. El primer vistazo no fue suficiente. Estaba absolutamente seguro de que no había visto nunca antes uno de esa clase. El viejo, incrédulo, frunció el ceño y se inclinó aún más. Experimentó el fuerte impulso de coger el reloj de la palma blanca, tocarlo, abrirlo, pero el decoro se lo impidió. Continuó mirándolo, escondiendo las manos impacientes tras la espalda. Se afaná cuanto pudo para ver alguna particularidad que le permitiera reconocerlo, pero lo único que consiguió fue constatar con su ojo avezado que se trataba de un objeto de calidad suprema. No le cabía la menor duda. La creación de un verdadero maestro de su oficio, un maestro del que jamás había oído hablar.

Hizo un ademán, se irguió y miró inquisitivo al visitante. La cara del hombre seguía sumida en la sombra bajo el ala del sombrero, de modo que no pudo adivinar nada. De repente sintió un leve escozor en la base del cuello, el ralo vello gris erizado. Había algo de irreal en la alta figura que tenía ante él, algo que lo llenaba de malestar, de inquietud.

Esa impresión no se desvaneció cuando el visitante por fin habló.

—Me gustaría que examinara este reloj —dijo con voz ronca, señorial, que no podía elevarse ni al dar órdenes. Extranjero, dedujo el relojero de inmediato. Aunque se esforzaba por pronunciar las palabras correctamente, el acento lo traicionaba, algo así como si las arrastrara, pese a que no era típico de los viajeros del norte, que eran los forasteros más frecuentes en aquellos parajes. No se podía determinar de dónde procedía.

—Naturalmente, naturalmente, señor —respondió él—. ¿Y cuál es el problema? Quiero decir, ¿qué es lo que no funciona? El reloj, evidentemente, es muy valioso, aunque...

Iba a confesar que no había visto antes uno igual, pero se contuvo en el último momento, temiendo que eso disuadiera al cliente y no se lo confiara. Fuera como fuese debía tener ocasión de estudiarlo más de cerca.

—No, no hay ningún problema —lo interrumpió el extranjero—. El reloj funciona a la perfección, pero creo que sería una buena idea que lo examinara.

—Desde luego, señor. Tiene usted razón. Un poco de precaución nunca está de más. Al contrario. La prevención siempre viene bien. El señor ha actuado sabiamente al traer el reloj para un examen. Incluso los mejores relojes necesitan un mantenimiento regular. A decir verdad, la gente no suele tenerlo en cuenta, se conducen con descuido, y no solo con los objetos, por desgracia, cuántos desastres podrían evitarse si se actuara con precaución...

—No hay precaución que pueda frustrar el azar. —El hombre dijo eso con voz uniforme, como si manifestara algo evidente, incluso trivial. El relojero parpadeó

hacia la cara invisible; aunque la declaración, en principio, sonaba general, existía algo en el tono del forastero que la dotaba del peso y de la convicción de una experiencia personal.

—Claro, claro. El señor entiende el asunto perfectamente. El azar, sí. Eso sobre lo que no se puede influir por mucho que uno se esfuerce. En los relojes es la acción del polvo. Aún no he visto un reloj al que el polvo no haya afectado, y en mi larga vida profesional muchos han pasado por mis manos. Puede protegerlo cuanto quiera, incluso cerrarlo herméticamente, pero nada ayuda. El polvo encuentra su camino, y basta una mota, una única mota, para dañar el delicado mecanismo. El señor no puede ni imaginarse la pesadilla que esto supone para los relojeros.

—Sí, una mota de polvo —repitió el visitante arrastrando las palabras, pensativamente—. El aleteo de una mariposa...

En la mirada del viejo anidó la sospecha. ¿Qué podía significar aquello? ¿Qué aleteo...? Quizá quería decir algo completamente diferente, pero se expresaba con torpeza en un idioma extranjero. Aunque parecía que no lo hablaba mal, al menos lo hacía con fluidez y corrección, si bien con acento. ¿Y si se trataba de un excéntrico? No albergaba prejuicios hacia los extranjeros y sostenía que eran muy exageradas las historias que podían oírse sobre sus rarezas y extravagancias. Pero nunca se sabía. Gente extraña la había en todas partes, por lo demás, y aquel lugar no iba a estar libre de ellos precisamente.

Tuvo la impresión de que se esperaba que él respondiera algo, pero no sabía qué. Bueno, «las alas de las mariposas»... ¿Qué podía decir que fuera amable, cortés? De esa situación incómoda lo sacó el paso repentino de un carruaje por la calle. Al tocar los adoquines de la calzada, el cerco de hierro de las ruedas produjo un agudo tintineo, aderezado con el martilleo de los cascos del tiro doble. El visitante pareció estremecerse ante estos sonidos y se volvió hacia la calle. Pero el carruaje desapareció en seguida y el denso silencio de la tarde se tragó su eco cada vez más débil.

—Sí —dijo el relojero cuando el extranjero dirigió de nuevo su rostro invisible hacia él—, el señor tiene toda la razón. Contra el azar jamás se puede luchar.

—Oh, no he dicho eso. Lo que he dicho es que no es posible frustrarlo, prevenirlo. Pero eso no significa que no se pueda luchar contra él.

El viejo, afligido, sintió un nudo en la garganta.

—Disculpe el señor, pero me temo que no lo entiendo muy bien —contestó estupefacto.

Antes de responder, el visitante depositó por fin el reloj de bolsillo en el fieltro del mostrador; como si solo en ese momento algo le hubiera hecho concluir que podía dejar sin peligro una pieza tan valiosa en manos del relojero. Cuando el guante blanco se retiró del halo de la lámpara, al viejo le pareció que tras él había dejado un rastro resplandeciente que aún duró unos segundos. Con la mano libre, el extranjero aferró hábilmente el bastón que sostenía bajo el brazo, giró despacio sobre sus talones y

señaló los relojes en las cuatro paredes del taller.

—Todo esto es cosa del tiempo, fíjese —dijo después de dar una vuelta completa y encontrarse otra vez cara a cara con el relojero. Su voz había recuperado la cualidad uniforme que indicaba un conocimiento de causa, una experiencia propia.

El viejo se limitó a asentir, sin palabras, como si con esa declaración todo quedara explicado. Con las personas excéntricas hay que tener cautela, no es muy conveniente llevarles la contraria.

—¿Qué hace al azar tan poderoso? Pues que es imposible preverlo. Si supiera exactamente cuál es la mota de polvo que estropeará el mecanismo del reloj, podría eliminarla a tiempo. Pero no lo puede saber hasta que no se produce la avería, por supuesto.

—Por supuesto —repitió el relojero como un eco y asintiendo de nuevo.

—Causa y efecto —prosiguió el visitante—. Una mota se convierte en causa justo cuando se produce el efecto: el daño. Nunca antes. Por eso los oráculos y demás charlatanerías engañosas carecen de sentido. El futuro no puede predecirse, porque entonces podría modificarse. Y si cambiara, ya no sería el futuro vaticinado. Usted no puede profetizar: esta mota es la causa de una avería futura, y quitarla, porque entonces no habría avería, ni su vaticinio tendría valor. No, los efectos han de cumplirse en todos los casos. Además, es lo que sucede. Usted mismo ha dicho que no existe reloj en el que no haya penetrado el polvo. Y seguro que ha tomado todas las medidas pertinentes, que ha hecho todo lo que estaba en sus manos, para evitarlo.

—Las he tomado, sí, siempre las he tomado, naturalmente. Que al señor no le quepa la menor duda. Aunque no está bien que lo diga yo, este taller de relojería goza de prestigio debido a su celo. El señor se convencerá por sí mismo de ello, espero. Aquí no se deja nada al azar...

El viejo se detuvo, mordiéndose la lengua; nada más acabar de pronunciar la última frase, advirtió que la expresión utilizada quizá podría sonar inconveniente, a tenor del asunto de la conversación. Sin embargo, como el visitante no reaccionó, continuó, agitado:

—Ahora bien, y le ruego al señor que no tome en cuenta mi escasa perspicacia, no logro comprender de qué otro modo se podría luchar contra el azar, tal como el señor gusta de expresarse, si las consecuencias tienen que darse de todos modos.

El extranjero no respondió en seguida. Guiado por un inesperado impulso, lanzó el bastón al aire, no muy alto, recogéndolo hábilmente en su caída, entre el pulgar y el índice, por la empuñadura y empezó a balancearlo ante su pecho, imitando un péndulo. Solo entonces el viejo reparó, por el destello suave y lechoso, en que la empuñadura era un reloj de arena muy estilizado. A juzgar por su aspecto, dedujo que de marfil. El cliente, sin duda alguna, era acaudalado. Probablemente, este tipo de personas eran las únicas que podían permitirse el lujo de ser excéntricos.

—Todo es cosa del tiempo, como ya he dicho. —El visitante reanudó la conversación sin dejar de mecer el péndulo de madera—. Así es, no se puede influir

en la causa *antes* de que se produzca el efecto, pero por eso mismo existe otra posibilidad: quizá pueda hacerse una vez que este se ha producido.

El viejo parpadeó de nuevo tras la montura metálica de las gafas. Los relojeros son como médicos, pensó, compadeciéndose de sí mismo y consolándose: no gozan del privilegio de elegir a los clientes. ¿Qué pasaría si un médico dejara de asistir a un paciente solo porque este tiene creencias extrañas? ¿Acaso debía él rechazar atender a ese, evidentemente, rico extravagante, propietario de un reloj rarísimo, solo porque tenía ideas estrambóticas? Eso iría contra la ética profesional, y sobre la cortesía mejor no hablar, y no digamos de las ganancias, al fin y al cabo.

—¡Oh! —exclamó el viejo, esforzándose por no demostrar demasiado asombro.

—Sí —continuó el visitante—, aunque la idea es bastante insólita, en el fondo es muy simple. Regreso al pasado. El movimiento contracorriente por el río del tiempo, por decirlo de un modo pintoresco. Si regresara al pasado, tendría la oportunidad de eliminar la causa y con ella el efecto.

—Por supuesto —convino el relojero sin titubear—. Así de simple, como dice el señor... Regresar al pasado y eliminar la causa... Nada más fácil, por decirlo de algún modo. No hay causa, no hay efecto. El señor lo ha explicado muy bien, de manera concisa.

Pasaron unos minutos sin que el extranjero dijera nada, y el viejo tuvo la incómoda sensación de que los ojos, invisibles para él, lo observaban desconfiadamente bajo el ala del sombrero. «¿Habré dicho algo que no debía? —se preguntaba—. Quizá habría sido mejor callarme. Nunca se sabe cómo conversar con esta clase de gente.»

—No es tan fácil como tal vez usted crea. —En la voz del visitante sonaba un leve reproche—. He aquí un ejemplo: imagínese que regresa al pasado y por casualidad provoca la muerte de su padre o de su madre antes de que usted fuera engendrado. Eso significaría que no llegaría a nacer, de modo que tampoco podría regresar al pasado ni frustrar su propia concepción. Pero si ha nacido, y ha retornado al pasado... etcétera. *Reductio ad absurdum*. Una paradoja.

El viejo, sin pestañear, clavó los ojos en la figura oscura que tenía delante, sintiendo de pronto que le sudaban las manos. «¿De qué habla? ¿Provocar yo la muerte de uno de mis progenitores? ¿Cómo puede imaginar algo así? ¿Acaso este es un tema del que hablaría un señor con un desconocido, aunque fuera un excéntrico? Pero ¿y si no fuera un rico extravagante, sino un loco que se ha escapado de un manicomio extranjero y se dedica a robar y quizá a matar? Aunque entonces, ¿de dónde habría sacado esa ropa distinguida, el valioso reloj, el bastón con empuñadura de marfil? ¿Pretenderá también agredirme a mí? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo hay que comportarse con los locos peligrosos? ¿Debería darle la razón en todo, adularle? De ninguna manera debe adivinar que me he dado cuenta de que está loco. Pero se dice que los locos pueden ser muy perspicaces... Si al menos estuviera encendida la lámpara del techo, ¡maldita sea la tacañería senil!»

—No, no hay solución para las paradojas, no mientras se atenga a la visión común del tiempo como una corriente única. Lo que ha sucedido no puede modificarse de ninguna manera. El curso del tiempo es como el granito en el que los acontecimientos se tallan para siempre. Los efectos igual que las causas. No es un palimpsesto que se puede borrar y de nuevo escribir sobre él tanto como se desee.

Siguió otra corta pausa, y entonces el extranjero detuvo repentinamente el monótono balanceo del bastón. Lo sostuvo unos instantes en alto, como si no supiera qué iba a hacer con él, y volvió a colocárselo bajo el brazo con un movimiento seco. Por delante asomaba solo la figura tumbada del reloj de arena, una mancha lechosa en el fondo oscuro.

—Pero ¿y si no existe un solo curso del tiempo, una inscripción en granito? ¿Y si hay más, incontables, en realidad? Imagínese el tiempo, no como una corriente única, sino como un tronco enorme con innumerables ramas y numerosas ramificaciones. Las ramificaciones brotan allí donde ha cambiado el pasado. Una rama es el curso original, en el que la causa produjo el efecto; eso es definitivo, tiene que permanecer invariable, tallado, pero por eso de otra se han eliminado la causa y el efecto.

El visitante se interrumpió, como si quisiera comprobar cuál era la impresión que sus palabras producían en el interlocutor. El viejo seguía sin pestañear, con la vista clavada en él y la boca abierta. En el silencio repentino, el tictac de los relojes de pared se elevó unas cuantas octavas.

—Y usted existe en las dos ramas, en las dos versiones, si es que puede decirse así. Tiene una especie de doble, bueno, en realidad, más de uno, cuyo camino en la vida se diferencia de algún modo del suyo. Quizá de algún modo esencial. Así podría librarse del efecto de un incidente trágico y desagradable.

Guardó silencio, y el viejo empezó a debatirse sin saber si debía replicar algo o no. En esos instantes, que parecían larguísima, no fue capaz de idear algo.

—Qué ingenioso —acertó a decir por fin, tratando de que la voz no le temblara—. ¡Qué imagen tan insólita! El señor tiene unas ideas brillantes. Un tronco, las ramificaciones, ¡hasta un doble! Muy gráfico, impresionante, sin duda. Seguramente a mí no se me habría ocurrido.

—¡Qué raro! Diríase que ha tenido ocasiones y motivos para pensar en ello.

—¿A qué se refiere el señor? Me temo que no lo entiendo muy bien.

El visitante cogió otra vez el bastón con la mano derecha y trazó con él un gran arco hacia adelante.

—¿Acaso esto no es una oportunidad? Mire a su alrededor. Se ha pasado la vida entera en medio de relojes. Está rodeado de cronómetros. Se halla usted en el corazón del tiempo, permítame que me exprese así, en una posición privilegiada. No puedo creer que nunca, a lo largo de todos estos años, se haya preguntado por su naturaleza, ni sobre cómo actúa, sobre las singularidades relacionadas con él. ¿Quién va a hacerlo sino usted?

—Creo que el señor me sobrestima. Yo no soy más que un vulgar relojero.

Diligente, eso sí, probablemente hasta bueno, al menos es lo que dicen, pero nada más allá de lo que es mi oficio. No tengo talento para semejantes... reflexiones..., como el señor. Para mí, que el señor no me lo reproche, el tiempo transcurre como transcurre, y si un reloj no lo mide como es debido, yo lo arreglo. De eso soy capaz. Pero es todo. Los relojes están aquí para medir bien el tiempo, ¿no es cierto?

—Sí, de acuerdo, pero ¿qué haremos con el motivo?

—¿Con qué motivo, señor?

El extranjero no continuó en seguida. El relojero soportó de una forma casi física la penetrante mirada de los ojos envueltos en sombras.

—¿Acaso nada en su vida le ha inducido a desear regresar al pasado y cambiar algo? ¿A eliminar una causa imprevisible que ha tenido sobre usted efectos adversos? ¿A anular la acción de una casualidad de la que ha sido víctima usted o alguien que le era muy próximo y querido? ¿Ha existido alguna vez un hombre que no haya tenido ese deseo?

«¿Quién es este hombre?», se preguntaba el relojero asustado, sintiéndose de repente acorralado, como en una trampa. A sus espaldas estaba la pared y delante de él se erguía la figura amenazante, una voz que desde la oscuridad planteaba preguntas vedadas, imposibles. Su mano buscó inconscientemente el reloj en el bolsillo del chaleco. No se trataba de un excéntrico o de un loco. Ah, no. Algo distinto había ahí, algo irreal, como un sueño. «¿No estaré soñando?», pensó esperanzado. Sin embargo, no se produjo el despertar que siempre sigue en el sueño a semejante pregunta.

—¿Y de qué me habría valido desearlo, señor? Es imposible. Pienso, de acuerdo, quizá el tiempo no es, como el señor lo ha descrito, una corriente, no lo cuestiono, sino que... el tronco... con ramificaciones y todo lo demás. Dos ramas... un doble. Pero ¿cómo tener la oportunidad de cambiar algo...? ¿Cómo retornar al pasado?

No hubo respuesta de la sombra. Pasaron los segundos, largos, silentes, henchidos de expectativas. Y entonces, de forma inesperada, en lugar de al extranjero se oyó el ronco cuarteto mural, rompiendo el tenso silencio y llevando al viejo a sobresaltarse por primera vez en su vida ante el anuncio coordinado de la hora en punto, que en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en un barullo desafinado de gruñidos, piales, campanillas y valeses.

El visitante permaneció inmóvil hasta que se extinguió el último eco del bajo de granaderos, y luego con un gesto veloz posó la empuñadura del bastón junto al reloj de bolsillo que descansaba en el fieltro iluminado del mostrador.

—Le echaré un vistazo, ¿verdad?

Al viejo se le escapó un suspiro. Como si alguien le hubiera quitado de la espalda una carga demasiado pesada. Sus manos impacientes se apoderaron por fin del valioso objeto; empezaron a darle vueltas y a manosearlo, examinándolo con el mismo cuidado con el que lo harían los ojos.

—Naturalmente, naturalmente. El señor puede estar tranquilo. Ea, ahora mismo. Aún es pronto. Si el señor es tan amable de volver por la mañana... En cuanto abra,

estará todo hecho. A su servicio, señor. Lo trataré con mucho esmero, se lo garantizo.

El extranjero se volvió enérgicamente y no advirtió la humilde reverencia del relojero. El rumor de la tela rígida de la capa se fundió con el tintineo de los cascabeles y el portazo al cerrar. La sombra alta se deslizó rauda por el cristal del escaparate y desapareció calle abajo.

El viejo se sentó con movimientos lentos en la silla junto a la mesa de trabajo y depositó el reloj en la superficie de goma. Permaneció unos segundos absorto contemplándolo y dándole vueltas, y luego se dispuso a abrir la tapa.

Pero el gesto quedó inacabado, porque en ese instante reparó en que debido a la anterior agitación se le había olvidado algo: no le había dado al cliente un resguardo de recepción del objeto. Inexcusable, pensó. Era la primera vez que le sucedía. Bueno, se había sentido confuso por la inusual aparición del visitante, por su extraña historia, ¡no obstante...! Una omisión imperdonable para un relojero que se jactaba de su prestigio. ¿Qué pensaría el extranjero de él?

Cogió del mostrador el bloc de recibos y un lápiz, y con movimientos torpes corrió hacia la salida. Agitadas repentinamente, las campanillas sobre la puerta protestaron desabridas. Fuera hacía frío y soplaba el viento: una tarde de noviembre en las faldas de un macizo montañoso ya coronado por la nieve. Tiritando, el relojero buscó con la mirada al visitante a lo largo de la fila de farolas callejeras, pero no vio a nadie. Perplejo, se volvió hacia el otro lado, también desierto.

Se quedó un rato delante del taller, mirando a izquierda y derecha incrédulo, y luego entró. ¿Adónde habría ido? ¿Lo esperaba quizá en las cercanías un carruaje? Pero no, no había oído nada. Permaneció un poco más en la puerta, y por fin se encogió de hombros. Pediría excusas al extranjero por la omisión cuando este fuera al día siguiente a recoger el reloj. Por lo demás, ya daría igual. Lo más importante era que mientras tanto él hiciera su trabajo.

Retornó a la mesa de trabajo detrás del mostrador, entrecruzó los dedos y con un crujido los estiró, como hacen los pianistas antes de actuar, luego arrastró la banqueta, que chirrió. Antes de apretar el resorte que abría la tapa, se frotó con la punta del pulgar las yemas de los otros dedos.

Primero, la vista se le fue a la parte interior de la tapa. Fue sin querer, un reflejo condicionado: era lo que siempre hacía con su reloj de bolsillo, del que jamás se separaba. También en este había una inscripción grabada, que de inmediato le resultó conocida. «Para J. de Z.», ponía en el dorado círculo cóncavo, pero pasaron unos largos minutos antes de que el viejo cayera en la cuenta de lo que era. La forma de las letras, ¡naturalmente! La misma caligrafía de trazo grueso e historiada como en... Aunque ¿cómo era posible?

Y ya no hubo tiempo para el asombro corriente, porque en la cima de la guirnalda tejida con doce números romanos alargados, dos agujas negras iniciaban su disparatada danza.

II

Como si dispusieran de voluntad propia, empezaron a moverse por sí mismas, pero en sentido contrario. Giraban hacia atrás, como si midieran el pasado, primero despacio, de manera que se podían seguir con la vista, y luego más de prisa. El relojero apartó instintivamente las manos del reloj vivo, pero sus ojos permanecieron clavados en la esfera.

Sin pestañear, observó cómo la aguja grande aceleraba y dejaba de distinguirse, convertida en un círculo enloquecido; parecía que a través de la superficie blanca de la esfera se hubiera extendido una membrana. El giro de la aguja pequeña pudo verse un poco más, hasta que se fundió en un velo turbio.

Debido a la fuerza de ese movimiento mareante, el reloj empezó a temblar sobre la superficie de goma. Por un instante, al viejo se le ocurrió que quizá podría interrumpir el encantamiento cerrando la tapa, pero no se atrevió a tocarla. Se agarró firmemente al borde de la mesa, sintiendo que las vibraciones cada vez más frecuentes del reloj se transmitían a su cuerpo, de manera que ahora él también temblaba como si tuviera fiebre.

Y entonces la tiritona cesó de golpe, porque el reloj se apartó del tablero de la mesa y se quedó flotando a poca altura. Aunque desde arriba lo iluminaba el fuerte halo de la lámpara, debajo no se percibía ninguna sombra, como si fuera transparente. De él empezó a surgir un silbido alto y agudo, casi en el umbral superior de la audición; había algo enervante en ese sonido, y el viejo deseó taparse los oídos con las manos, pero no fue capaz de hacerlo.

Como si estuviera hechizado, no podía dejar de mirar el objeto flotante delante de él, que comenzó a elevarse despacio hasta que llegó a la altura de sus ojos. Se quedó ahí unos segundos, oscilando, como si meditara sobre lo que iba a hacer, y luego se puso a girar sobre su eje transversal. Igual que había pasado con las agujas, la rotación se aceleró, de modo que ante el rostro incrédulo del boquiabierto relojero, pronto tomó forma la ilusión de una pequeña pelota.

Como si estuviera tallada con varias facetas, la pelota reflejó primero el brillo centelleante de la lámpara de la mesa, para luego empezar ella misma a irradiar luz, en tanto que simultáneamente, el silbido se intensificaba. Para alivio del viejo, el insoportable sonido no tardó en superar el umbral audible para el oído humano, dando paso a un silencio sordo, casi tangible.

En unos segundos, el gris turbio se fundió en una llamarada rojiza que alcanzó un estado de incandescencia amarilla, y finalmente, en una rápida secuencia, empezaron a alternarse gradaciones ígneas de blanco apresurándose hacia la culminación inexorable, el acto de la liberación. El viejo aguardaba este orgasmo de luz con los ojos abiertos de par en par, incapaz incluso de bajar los párpados; por otra parte, ¿qué protección podían proporcionarle esas pielecillas finas y arrugadas ante el frenesí salvaje del sol estival a una distancia de no más de un palmo de su cabeza?

Aunque quedó absolutamente cegado por la ráfaga de luz, no experimentó ningún dolor, ni siquiera malestar. Solo tuvo la extraña impresión de que de repente se hallaba en medio de un vacío infinito, opaco y mudo; se precipitó por él sin hallar resistencia, porque no existía obstáculo ni punto de apoyo que lo retuviera. Era como si el cuerpo hubiera perdido todo su peso y, con él, hubiera desaparecido la sensación de dirección: arriba podía ser abajo, pero también hacia un lado, no era capaz de determinarlo.

«¿Será esto la muerte?», se preguntaba. Si lo era, entonces era muy suave, incluso agradable. Como un sueño. No se la había imaginado así. En realidad, no se la había imaginado de ningún modo. ¿Quién se imagina qué aspecto tiene la muerte? De alguna manera, era consciente de que debería estar asustado, pero en lugar de miedo o al menos sumisión, lo embargaba solo una curiosidad infantil. ¿Dónde estaba? ¿Se quedaría para siempre en aquel estado incorpóreo? ¿Transcurría allí el tiempo? ¿Por qué no oía ni veía nada?

Como una respuesta a la última pregunta, empezaron a llegar sonidos desde una gran distancia. No los reconoció en un primer momento: resultaban bastante apagados e imprecisos. Al principio semejaban el rumor áspero de los guijarros que hacen rodar las olas de la playa, luego el tamborileo de la lluvia sobre las hojas del bosque en los húmedos crepúsculos primaverales. Y a la postre, algo en el ritmo le pareció no solo conocido, sino íntimo: una repetición monótona, regular, armoniosa en el acorde introductorio, luego absolutamente disonante...

Se sucedieron siete golpes desde el instante en que, por instinto, comenzó a contar las campanadas de la hora en punto en cuatro registros dispares. ¿Cuántos había dejado pasar antes de darse cuenta de lo que era? ¿Tres o quizá más? Solo había una forma de comprobarlo, aunque no sabía muy bien por qué era importante constatar ese dato. Se tocó el bolsillo del chaleco, ajeno por completo a que carecía de cuerpo. Sin embargo, el bolsillo estaba allí, real y palpable, igual que el chaleco, es decir, la mano, como todo lo demás, salvo el reloj que María le había regalado aquel día... ¡El reloj no estaba!

¿Cómo era posible? Hacía un momento... Presa del pánico, bajó los ojos hacia el chaleco y fue consciente, solo al verlo, de que había recobrado la vista. Ya no estaba ciego ni lo envolvía un vacío opaco. Se quedó contemplando un rato su cuerpo, lleno de incredulidad, y luego lentamente elevó los ojos y miró en derredor.

No advirtió en seguida qué era lo que había cambiado. En apariencia todo era normal: las cosas se hallaban en su sitio, la mesa de trabajo, a cuyo borde seguía agarrado con una mano crispada, el mostrador cubierto por un fieltro verde, el antiguo perchero en un rincón, del que colgaba su abrigo, los dos sillones tapizados de rojo y, entre ellos, la mesita de té redonda, de patas finas y retorcidas, el gran reloj de péndulo, el espejo con marco negro de hierro forjado en la pared opuesta...

Solo después de observarlo todo en detalle se le ocurrió que justo ahí residía el problema: era imposible que pudiera ver nada. La única iluminación del taller

provenía de la pequeña lámpara de pantalla verde delante de él, y su halo apenas llegaba al mostrador. Ahora, sin embargo, lo veía todo claramente, como si fuera de día...

¡De día!

A través del gran cristal del escaparate, donde con enormes letras azules formando un arco estaba escrito «Relojero», se derramaba la marea de la luz diurna. Era intensa y brillante, como en ese lugar solo lo es a finales de primavera y durante el verano fugaz, y de ningún modo a mediados de noviembre. Pero fuera tampoco reinaba el invierno temprano, porque cuando delante del taller pasó saltando la silueta de una niña, el relojero advirtió confuso que llevaba un vestido de rayas de manga corta fruncida.

Se levantó de la mesa de trabajo, apartando por fin la mano entumecida del borde, y se dirigió con paso lento, indeciso, rodeando el mostrador, hacia la puerta de entrada. Cuando llegó al centro del recinto, por el rabillo del ojo observó un movimiento en la parte derecha y despacio se volvió hacia allí, enfrentándose con su propio reflejo en el espejo alargado.

Parpadeó sin poder retirar la vista de su propia figura, negándose a creer lo que estaba contemplando. Era él, no cabía duda, pero diferente, cambiado, rejuvenecido. La persona que le devolvía la mirada desde la superficie de cristal no era un viejo: encorvado, con la frente llena de arrugas, canoso y medio calvo. Era un hombre joven, que apenas había entrado en la treintena, de porte erguido, piel lisa y pelo oscuro y espeso.

Se acarició el rostro con cautela, temiendo que pudiera deformarse bajo la presión más leve, cual una máscara de cera, y recobrar la mueca anterior de decrepitud. Sus dedos resbalaron sobre sus labios, su barbilla, sus mejillas, esforzándose por hallar la trampa, pero no había engaño alguno: la juventud era real, en la misma medida en que todo lo demás parecía real.

Se quedó mirando aún en el espejo la imagen olvidada hacía tiempo, mientras su confusión se replegaba ante el embate del entusiasmo, cuando en su conciencia estalló como un rayo un sentimiento que en las raras ocasiones que lo había experimentado nunca había sido tan vehemente. La impresión de un *dejà-vu* invadiéndolo todo era irresistible: él había estado de pie en aquel mismo lugar, mirándose al espejo, y en un día estival igual de resplandeciente.

Se le hizo un nudo en la garganta al comprender lo que iba a suceder en el minuto siguiente. No lo dudó ni un instante mientras se volvía raudo hacia la puerta de entrada. Las campanillas que colgaban encima tintinearón ruidosamente. Solo ella entraba así: como una brisa de bucles rubios, el vestido largo susurrante, la sonrisa que embriagaba con su luminosidad y placidez...

¡María!

Sabía que ella no reaccionaría ante sus ojos desencajados, que no notaría que se había quedado paralizado, que ni siquiera oiría el latido atronador de su pulso, el cual

batía tan fuerte en sus oídos que tenía la sensación de que todo el taller retumbaba. Sabía que se dirigiría apresurada hacia uno de los sillones para soltar en él el montón de cajas multicolores que había traído.

Sus palabras le resonaron en la cabeza antes de que las pronunciara, como un eco invertido que precede al sonido original en lugar de seguirlo.

—Hace un calor horroroso, y abajo, en el centro, aún más. Y qué muchedumbre. No te lo puedes imaginar. Como si todos hubieran salido a la calle. Tenías que haber venido conmigo. Pasas demasiado tiempo sentado ahí dentro. Eso no es bueno. Podrías haber cerrado el taller hoy. Incluso aquí en el barrio hay mucha gente. Deberías ver la de carruajes que hay en la plaza. ¡Dios mío, lo que he sudado! Y estoy muerta de sed.

Empezó a rebuscar impaciente en el enorme bolso de tela impermeable estampado de flores que siempre estaba lleno y ahora parecía verdaderamente inflado. Pasó un minuto entero antes de que ella encontrara lo que buscaba. La caja pequeña estaba envuelta en papel verde brillante y atada con cinta turquesa de extremos rizados.

No tenía que abrirla para saber lo que había dentro. Sin embargo, lo hizo con la misma curiosidad con que antaño lo había hecho, porque lo impulsaba a ello la presión inexorable de lo ya sabido. Después de levantar la tapa del reloj de bolsillo y examinar la inscripción grabada, profirió, con una amplia sonrisa, la frase que iba en ese lugar.

—Es precioso. Gracias.

No se aventuró a ser más expresivo esta vez con los agradecimientos, aunque lo deseaba con vehemencia. El objeto que tenía en la mano significaba para él mucho más que el regalo de compromiso: era una reliquia de incalculable valor de la que no se había separado en el curso de tantos años transcurridos posteriormente. Y, no obstante, prevaleció el temor de provocar, pronunciando otras palabras, una alteración inevitable y perder así la sensación de *dejà-vu* que lo guiaba.

María le devolvió la sonrisa y se le acercó, se puso de puntillas y lo besó. Fue una caricia de los labios somera, fugaz, justo en la comisura, en el límite de lo admitido, teniendo en cuenta la hora y el lugar, y a pesar de todo, a él le produjo un escalofrío. María, incómoda por un instante, echó un vistazo hacia la puerta para ver si alguien se disponía a entrar, y luego empezó a recoger el montón de cajas del sillón. Cajas repletas de cosas hermosas que había elegido para ofrecer un aspecto radiante en la inminente ceremonia.

—Me voy a llevar esto y a cambiarme. Estoy toda pegajosa del sudor. ¡Qué calor! Tú también deberías ponerte algo más liviano. Te vas a asar. Vamos a comer a la Jarra de Oro, ¿quieres? Es el sitio más fresco, en el patio, bajo los tilos. De tanto comprar me ha entrado un hambre feroz.

Le sonrió otra vez, una suerte de mezcla de afecto y justificación, y luego, entre frufrús y como un torbellino, se dirigió hacia la puerta, al encuentro de lo ineludible.

El curso de los acontecimientos estaba ante él perfectamente claro, iluminado por el halo poderoso de lo ya visto. La música salvaje de los cascabeles que por un instante ahoga el pataleo de lo que se aproxima rápidamente, la salida presurosa a la acera a la vez que un carruaje salta enloquecido por los adoquines de la calzada, el cruce irreflexivo de la calle en el momento en que ya nada puede parar a los caballos inquietos sin cochero, abandonados demasiado tiempo al sol y asustados por Dios sabe qué, el horror petrificado de él en el momento en que advierte que no hay vuelta atrás, un grito desde la acera de enfrente que parece durar una eternidad, y luego las cajas multicolores que salen volando, se abren y esparcen sus entrañas ocultas: un traje suntuoso de color limón con profusión de encajes, un sombrero amarillo de amplias alas y un ancho lazo, unos zapatos de hebillas grandes y brillantes, abundante lencería de seda que desde luego no debería mostrarse a la vista así sin más; la desnudez absurda de la muerte.

—¡María!

Tuvo que dominar la fuerte corriente para pronunciar esa palabra, arañar con las uñas la capa superior del palimpsesto, agarrar el martillo y el cincel para grabar una nueva inscripción en la superficie virgen del granito. El hechizo del *dejà-vu* se disipó en un momento, en él no había lugar para esa llamada, su papel debía ser permanecer mudo, seguirla solo con la mirada hasta la calle. Al salirse de la función en la que había estado actuando involuntariamente, se halló de repente en la vorágine del tiempo, sin un guía que le iluminara el camino, pero sin la inexorabilidad de lo predeterminado.

Ella se detuvo en la puerta y se dio la vuelta.

—¿Sí, Josif?

No sabía qué decirle. De ningún modo podía enredarse en explicaciones. Sobre todo porque él mismo apenas entendía algo. Por eso solo se le acercó y la abrazó, abarcando también las cajas que llevaba en las manos. Fue un apretón torpe pero firme, calculado por adelantado para retenerla, para impedirle salir. Sabía que podía provocar sus sospechas, porque nunca habían sido propias de él semejantes manifestaciones públicas de intimidad, pero entre los dos males, eligió el menor.

—Oh, Josif, querido, alguien podría entrar —dijo con un tono en el que el reproche solo era aparente—. Todavía debes tener un poco de paciencia...

Desde un extremo de la calle, en dirección a la plaza, empezó a oírse un estruendo sordo que se aproximaba veloz, mezclándose con el estrépito de las ruedas que brincaban. El ruido era similar al de un trueno que se oyera al revés, primero los últimos estertores para llegar a la descarga inicial. María intentó desasirse para mirar hacia el escaparate, pero Josif no aflojó el abrazo.

—¿Qué es eso? —preguntó curiosa, ladeando la cabeza.

—Nada... Seguramente algún carruaje que va como loco...

Aunque la frase tuviera un final, se perdió en el estampido ensordecedor, en la descarga del trueno. Un tiro de caballos desenfrenados, como la sombra de una nube

baja, se precipitó en un instante por la calle delante del taller del relojero semejante a un remolino de cascos, ruedas, crines, con el asiento del cochero vacío, los belfos cubiertos de espumarajos, con los ejes girando a toda velocidad, los ojos desorbitados, las riendas arrastradas por el suelo, las grupas sudorosas, y tras su paso, el ruido recuperó su curso natural.

—Podría llevarse a alguien por delante y matarlo —dijo María, después de que el abrazo de Josif cediera. Él presentaba ahora un aspecto de arrepentimiento total, de pie a su lado, sin saber qué hacer con los brazos con los que hasta hacía un instante la había estrechado como si fueran unas tenazas—. Los cocheros se han vuelto tan desconsiderados, tan prepotentes. Y en la ciudad, no digamos. Van como locos, y cómo azotan a los pobres animales. Es terrible.

—Nadie va a morir hoy, María. Ya no.

Ella lo contempló recelosa, desconcertada por el tono distinto de su voz. Lo había dicho muy serio, como si pronunciara un juramento. Y, sin embargo, mientras lo decía, él era consciente de que se trataba solo de palabras vacías de consuelo, similares a esas con las que se tranquiliza a un niño cuando por primera vez plantea una pregunta sobre la muerte.

Naturalmente que moriría. El grabado de la losa de granito no podía borrarse. En alguna otra rama del árbol del tiempo, él estaba corriendo a la calle y se inclinaba contraído por el dolor sobre un cuerpo inmóvil, mientras que alrededor revoloteaban rubios mechones sueltos. Podía fingir que eso ya no le afectaba, que ahora ya estaba seguro en esta rama donde María se erguía como la encarnación de la exuberancia de la vida, sudorosa, sonriente, sedienta. Pero, aunque no entendía gran cosa, la certeza de que los dos cursos eran igual de reales le resultaba terriblemente amarga en su interior.

El nítido recuerdo de la agonía que había experimentado mientras levantaba a María del pavimento ensangrentado, más pesada debido a la ausencia de vida, el embotamiento desesperanzado en el que se hundió después durante mucho tiempo, la lenta sucesión de meses y años, llenos del olvido ilusorio que trae el trabajo monótono; pero también las noches solitarias, repletas de pesadillas en las que el pasado lo había estado visitando despiadadamente hasta esa noche de noviembre en que las campanillas sobre la oscura puerta anunciaron la inesperada entrada del cliente misterioso; esa nitidez, esa certidumbre consistente del recuerdo, era el precio que tenía que pagar por el privilegio único que, quién sabe gracias a qué mérito, le había sido concedido: volver a un tiempo pasado y deshacer la acción del cruel azar.

Sabía que a causa de ese privilegio no tenía derecho a la insatisfacción. Al contrario. La sombra sobre la felicidad revivida era un velo muy delgado, transparente. No obstante, a lo largo de los años posteriores, solo la serenidad embriagadora, contagiosa, de María conseguía apartar la máscara de tristeza que de vez en cuando, en apariencia sin razón, ocultaba el rostro de Josif.

LA PINTORA

I

Abrió la puerta y entró en la habitación.

Si no hubiera sido por las rejas en la ventana, el cuarto no se habría diferenciado del estudio de un artista. La ventana entornada, con gruesos cortinajes y visillos fruncidos, era tan alta que llegaba hasta el techo, de modo que durante el día la luz entraba a raudales. Pintados de blanco, los barrotes no resultaban demasiado llamativos, pero era imposible no verlos. Se hallaban allí no para frustrar una fuga, porque aquello no era una cárcel, sino para impedir la última retirada que el juicio del morador de la habitación podía buscar para salir de la propia oscuridad.

El mobiliario del cuarto era escaso. A la derecha de la ventana, había un caballete inclinado, salpicado de rastros incrustados de pintura, sobre periódicos extendidos, amarillentos por la larga exposición al sol. Al lado del caballete de madera se hallaba una silla alta, estilizada, con respaldo bajo y reposapiés. La parte inferior de la pared cercana estaba oculta tras una estantería desmontable que almacenaba los utensilios de pintura en desorden: en general tubos de colores exprimidos, frasquitos medio vacíos de disolventes, pinceles de pelo de distinto grosor, paletas sucias, cantidades ingentes de lápices y carboncillos gastados, paños de franela manchados, grandes libretas de esbozos, montones de lienzos enrollados, unas cuantas latas destapadas con chillonas etiquetas.

La única fuente de luz era un reflector sujeto a un soporte corto que descendía desde el centro del techo. Un estrecho haz luminoso cabía sobre la tela del caballete, reflejándose en la multitud de capas de colores frescos. Los bordes del haz que llegaban hasta el suelo desnudo creaban destellos sobre el pulido parquet.

Se encaminó hacia el lado opuesto de la habitación y se sentó en un extremo de la angosta cama de latón, junto a la puerta que daba al pequeño cuarto de baño. Además del lecho, había una mesilla blanca con cajones, y encima de ella una lámpara de pantalla de tela amarilla, un jarrón con flores moradas de pétalos enormes y un libro viejo, de tapas negras, hojas coloreadas de rosa en los laterales, y una cinta ancha que señalaba el lugar donde se había interrumpido la lectura.

Paseó la vista por la pared frente a la ventana. No se veía muy bien en la penumbra, pero no le hacía falta. Sabía lo que había allí. Tres cuadros, de marcos

sencillos y grises, mal colgados. Tres escenas de oscuridad rota en el centro por un haz de luz: el fulgor titilante de una antorcha en el pasillo, delante de una celda; un cono brillante que se derramaba sobre el desorden de cosas viejas, revueltas, sobre una mesa de despacho; la reverberación en el fieltro del mostrador de un relojero. Y fuera de ese exiguo resplandor, apenas como el núcleo de la noche, frente a la sombra circundante, una figura fantasmal, sin cara.

—Buenas noches, doctor —dijo ella quedamente, vuelta de espaldas, sentada en la silla. Vestía solo un camisón de manga corta, a través de cuya fina y casi transparente tela se dibujaban unos frágiles contornos. La escena era inestable porque el material ligero temblaba y oscilaba bajo el hálito de la brisa cálida que entraba por la ventana. Los pies descalzos, de dedos diminutos, se apoyaban en el reposapiés. El pincel en su mano izquierda describía trazos rápidos, cortos, sobre la tela.

—Buenas noches, Magdalena. La enfermera me ha informado de que ha vuelto a pintar.

—Sí.

—¿No es tarde para eso? ¿No sería mejor que ahora fuera a descansar y que mañana temprano se dedicara al trabajo?

—No puedo. Tengo que terminar cuanto antes el cuadro.

—Antes nunca tenía prisa.

—Es que ahora no me queda más remedio.

—¿Por qué?

—Ha estado aquí.

El doctor cerró los ojos un instante y se pasó las puntas de los dedos por la frente.

—¿Ha vuelto a visitarla?

—Así es.

—¿Para contarle una nueva historia?

—Sí. La última.

—¿La última?

—No habrá más.

—¡Oh! ¿Por qué?

No hubo una respuesta inmediata. En el silencio que planeó de repente por la estancia se hizo audible el lejano murmullo de la noche estival: el suave rumor de la hojas en las copas de los altos árboles que rodeaban el sanatorio, el canto vano de los grillos en el prado, el grito estridente de algún pájaro.

—Se va.

—¿Por eso tiene usted prisa?

—Sí. Quiero que él vea cómo lo he pintado. Ha prometido que vendrá una vez más por ese motivo.

—¿Lo va a pintar a él? ¿Por fin se le ha mostrado?

—Así es.

—Pero hasta ahora siempre permanecía oculto. No lo ha visto jamás durante las

visitas anteriores. Por eso en sus cuadros no tiene rostro. ¿A qué se debe este cambio?

—Seguirá estando oculto.

—¿Cómo, si lo va a pintar usted?

Antes de responder, ella restregó durante unos largos instantes los colores por la paleta con el pincel.

—Lo pintaré, sí —dijo por fin, volviendo a llevar el pincel hasta la tela—. Incluso se lo voy a contar todo sobre él, si usted lo desea. Pero por supuesto no me creerá.

—¿Por qué lo dice?

—Porque usted está convencido de que estoy loca —dijo con voz plana, como si expresara algo normal—. Mi locura lo esconde. Mejor que cualquier oscuridad.

—Sabe que aquí no empleamos esas palabras.

—Lo sé. Tienen esas otras expresiones, más suaves. Pero eso no cambia la esencia de las cosas. En mi ventana, sin embargo, hay rejas, y mantienen la puerta siempre cerrada.

—Las rejas son por su bien.

—¿Para que por casualidad no me asome demasiado y me caiga?

—Los accidentes suceden.

Acercó la cabeza al lienzo, sumiéndose en la observación de algún detalle.

—Así que ¿podría creerme?

—Podría escucharla y luego valorar.

—Honesto. —Se apartó del caballete, examinando el conjunto—. Dígame, ¿quién cree usted que es él?

—¿Cómo podría saberlo?

—Seguro que tiene alguna idea —replicó ella, volviendo a buscar el color deseado en la paleta—. Le he contado nuestros encuentros. Conoce sus historias.

—Alguien muy poderoso, desde luego, ya que puede hacer su voluntad con el tiempo.

Ella encontró por fin el color adecuado y el brazo izquierdo desnudo comenzó a moverse otra vez veloz por la tela.

—¿El diablo?

Durante unos segundos, él contempló, sin palabras, su figura agitada frente al cuadro en el que trabajaba.

—En ese caso sería un diablo muy poco corriente —dijo el médico por fin—. Un diablo que hace buenas obras sin exigir compensación alguna.

—¿Usted considera que ha actuado bien?

—¿Acaso no es así? Tres desdichados han recibido un regalo único del tiempo, por lo que he entendido.

—¿Y ahora son menos desdichados?

—Seguramente. Deberían serlo. Sobre todo porque no se les ha pedido nada a cambio.

—Él también pensaba que iba a hacerlos felices. Al principio.

—¿Ya no lo cree así?

—No. Por eso se marcha. Ha descubierto que realmente es un asunto diabólico andar enredando con el tiempo, incluso cuando se tienen las más nobles intenciones.

—Pero ¿en qué se ha equivocado?

Ella dejó la paleta y el pincel debajo del caballete, echó la cabeza hacia atrás y con un gesto intentó desenredarse la larga melena. Pero el pelo rizado, del color de la herrumbre, estaba demasiado enmarañado debido al largo tiempo que había estado sin peinarse.

—¿Se acuerda de la historia del astrónomo? —Sin volverse, señaló con el pulgar de la mano derecha uno de los tres cuadros en la pared—. Si no hubiera sido por la visita nocturna antes de la ejecución, Lazar habría ido a la hoguera feliz, convencido de la rectitud, incluso de lo sublime de su sacrificio.

—Pero fue un error. La visita al futuro le demostró que el sacrificio era absurdo.

—¿Cree que hay que liberar a la gente de sus errores, incluso cuando de este modo se destruye su felicidad?

—¿La felicidad basada en una quimera, una ilusión?

—¿Y qué felicidad no lo es?

En un primer momento él no supo qué contestar. Se sentía como un jugador de ajedrez cuyo adversario había realizado un movimiento en apariencia insignificante, pero detrás del cual se ocultaban muchas trampas.

—¿Cuál es el sentido de la felicidad, si supone perder la vida? —preguntó por fin con voz apagada.

—¿Y cuál es el sentido de la vida privada de felicidad? Esa era la elección imposible ante la que fue conducido Lazar. Con las mejores intenciones. Todo habría sido mucho más sencillo si no hubiera visto el futuro.

—Su visitante no le ha contado la historia hasta el final. No le ha dicho lo que eligió el astrónomo.

—No, precisamente porque da igual. —Se detuvo un momento—. ¿Qué habría escogido usted de estar en su lugar?

El hálito, un poco más fuerte, de la corriente de aire desde la ventana, levantó los bordes del camisón, desnudando las esbeltas pantorrillas e inundando la habitación del exuberante olor de la hierba y rastros de ozono, primera señal del temporal que se avecinaba.

—¿Y qué pasa con la profesora de paleolingüística? —preguntó él evitando la respuesta. Su mirada se elevó involuntariamente hacia el segundo cuadro de la pared en penumbra—. Ella no tiene motivos para lamentar la felicidad frustrada. Al contrario. Regresó al paraíso.

La mujer no respondió en seguida. Se inclinó hacia la estantería detrás del caballete, revolvió entre los tubos, escogió uno y depositó su oleoso contenido en la paleta. Luego tomó el paño de franela y se limpió con él las puntas de los dedos manchadas.

—A un paraíso que, en realidad, le está vedado. Eva es solo una observadora del paraíso, sin oportunidad de participar en él.

—No tenía la impresión de que no estuviera a gusto siendo un... espíritu. Muchos estudiosos del pasado estarían dispuestos a dar media vida, y más, solo por estar en su lugar.

De nuevo empezó a esparcir el color en la tela. Ahora trabajaba en el centro del cuadro.

—Pues ella daría todo eso a cambio de un sorbo de té del paraíso.

—Quizá, pero tenía que pagar ese precio. De otro modo no podría enterarse de si todo lo que había hecho era correcto.

—Pero imagínese que averigua que era erróneo. Que la lengua primitiva era totalmente distinta de la que ella había imaginado. Sería una derrota doble: tendría detrás una vida malgastada, y delante un paraíso en el que no podría entrar.

—No tiene que ser necesariamente así. Podría demostrarse que tenía razón.

—¿Sería un consuelo suficiente ante un paraíso inalcanzable?

—Si no hubiera regresado al pasado, permanecería en la incertidumbre hasta el final de sus días. De esa manera, al menos, sabrá a qué atenerse.

—¿Acaso no es la incertidumbre lo que hace que la vida sea posible? —De nuevo aquel movimiento silencioso lleno de veladas amenazas.

—También en este caso su visitante la ha privado del final de la historia —dijo él después de una breve vacilación.

—Por la misma razón que en la primera ocasión. Da igual lo que Eva oiga cuando se acerque al fuego. Lo mejor para ella habría sido no haber abandonado su despacho subterráneo.

Un rayo azul bañó la parte superior de la ventana, pero no se oyó ningún trueno. La tormenta aún no estaba muy cerca. Solo el coro de grillos parecía haber acelerado su dicharachero canto.

—La tercera historia se diferencia en ese sentido de las dos primeras —replicó él, volviendo a mirar por un instante los cuadros de la pared—, aquí no hay dudas al final.

—No, no las hay, y sin embargo, no es un final feliz, como debería haber sido.

—¿No lo es?

Ella desvió la cabeza hacia la ventana y se quedó absorta en la contemplación de la oscuridad.

—Qué bochorno —dijo—. Estoy deseando que llueva. Es difícil pintar con este calor. Me siento empapada de sudor.

Él parpadeó y empezó a masajearse las sienes con los dedos, trazando pequeños círculos. El cambio de tiempo se anunciaba primero en ese punto. El tamborileo sordo que desde ahí se extendía lentamente hacia la nuca le hacía barruntar que pasaría la noche luchando contra el dolor de cabeza.

—No —continuó ella—. Quizá lo habría sido si no hubiera recuerdos de ese otro

curso del tiempo en el que María estaba muerta.

—Pero eso, ciertamente, no sería un recuerdo de algo real. Antes bien, se trata de un recuerdo de una pesadilla.

—Duró demasiado como para ser solo un sueño. Más de un cuarto de siglo. ¿Por qué era necesario dejar que Josif sufriera tanto? Si se le prestó ayuda, si de verdad se le quería ayudar, habría sido preciso trasladarlo a otra rama del tiempo inmediatamente después del accidente. Únicamente entonces podría haber parecido una pesadilla. De este otro modo, las cicatrices ya eran muy profundas y reales.

—¿Por qué no se hizo así? ¿Se lo ha preguntado al visitante?

—Naturalmente.

—¿Y? ¿Cuál es la respuesta?

Ella se pasó la mano por la frente.

—Dijo que no había podido actuar de manera diferente porque entonces la historia no habría sido buena. Si hubiera ofrecido antes el regalo del tiempo, para el protagonista, desde luego, habría sido mejor para él, pero la historia habría resultado inconsistente. Lo mismo se aplica a las otras dos.

—Qué raro. Jamás habría imaginado que la literatura fuera tan importante para el diablo.

Ella se detuvo a mitad de un gesto, sin llegar a terminar el trazo iniciado con el pincel.

—No es ningún diablo, por supuesto. Si fuera el diablo, en absoluto habría tenido en cuenta lo que les sucede a los protagonistas. Y renuncia a las historias del tiempo solo para no pecar más contra ellos.

—Pues ¿entonces quién es, si no es el diablo?

El tamborileo sordo estropeó la calma de la noche veraniega. La tormenta estaba a punto de estallar. Como si obedecieran una orden inaudible, los grillos enmudecieron de repente.

—¿Acaso no ha sido evidente desde el principio? El que cuenta la historia. El narrador. El escritor.

—¿El escritor? —repitió él torpemente.

—El escritor, sí. El escritor que ha asumido la responsabilidad sin la que su omnipotencia divina se convierte en el capricho sin trabas del diablo.

—Pero ¿responsabilidad hacia quién? ¿Hacia los protagonistas de la historia? Si no existen, no son personajes reales. Resulta completamente absurdo tener cargo de conciencia por ellos.

Los visillos fruncidos del ventanal de pronto se hincharon como una vela blanca. Las hojas rumorearon tajantes en las copas de los árboles de alrededor, y los bordes de los viejos periódicos debajo del caballete revolotearon inquietos.

—¿Eso cree? —preguntó ella, volviendo el rostro hacia la corriente de aire frío que entraba en el cuarto.

Él se apretó con fuerza el puente de la nariz entre el pulgar y el índice. El dolor en

las sienes se había trasladado ahora ahí, y era mucho más intenso, ardiente. Tenía que poner punto final a aquella conversación. Habían llegado a un callejón sin salida, y ya era bastante tarde. Proseguirían al día siguiente, cuando estuviera descansado.

—Así que el escritor nos abandona —dijo levantándose despacio del extremo de la cama—. Ya no habrá más visitas misteriosas. —Se encaminó hacia la puerta, pero entonces se acordó de algo y se detuvo—. De paso, ¿le ha confiado cómo logra entrar en la habitación y salir de ella a pesar de las rejas en la ventana y la puerta cerrada con llave? ¿Acaso ha trasladado a la realidad la omnipotencia de la que dispone en las historias?

Tan solo después de decirlo pensó que la pregunta no había sido planteada con habilidad. El cansancio y el dolor de cabeza evidentemente hacían de las suyas. Ella podría creer que se estaba burlando, lo que de ninguna manera era bueno para sus relaciones. Había necesitado mucho tiempo para hacerla salir del caparazón de silencio en el que se había encerrado, y para que empezara a hablarle de los cuadros que pintaba.

—La omnipotencia del narrador no puede trasladarse a la realidad —replicó la mujer. Si estaba ofendida, no se percibía en su voz. Al contrario: revelaba cierto tono de júbilo, probablemente debido a la excitación que produce el acercamiento de la tempestad. Les sucedía a menudo a los pacientes. Como si los penetrara la electricidad que impregnaba el aire. Las enfermeras tendrían bastante que hacer esa noche.

—¿Y entonces?

Fuera empezó a llover. Aún no caían muchas gotas, pero su pesado repiqueteo señalaba que eran gruesas, de tormenta.

—Pues está clarísimo, ¿no lo ve? —dijo ella—. Solo queda una posibilidad.

Sin pestañear, él clavó la vista en su espalda, sobre la que el fino tejido del camisón ahora se plisaba como la superficie del agua encrespada.

—Pues no, no lo veo tan claro. ¿Qué posibilidad?

—Esto no es la realidad. Esto es también una historia suya.

El médico se quedó inmóvil de pie en medio de la habitación. Sabía que debía decir algo, que eso era lo que se esperaba de él, pero no era capaz de hallar las palabras adecuadas. No lo confundía lo que había dicho, sino la forma en que lo había dicho. De nuevo esa voz plana, como si se tratara de algo cotidiano.

—Ya le dije que no me iba a creer.

—No es fácil creer en eso —replicó él sacudiéndose la rigidez de encima—. ¿Lo creería usted de estar en mi lugar?

—Lo creería, por supuesto. Para mí no es difícil. Yo estoy loca, ¿no es cierto? Pero usted no lo está. Además, es un hombre de dudas y no de fe. Seguirá albergando dudas incluso cuando vea la prueba.

—¿La prueba?

De nuevo dejó la paleta y el pincel debajo del caballete, se limpió las manos en el

pañó de franela estampada y se inclinó buscando algo en su regazo. Un instante después, se volvió en la silla hacia él y levantó la mano. Unos reflejos dorados relampaguearon a la luz brillante del reflector.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó el médico, parpadeando ante el reloj de bolsillo.

—Del escritor, naturalmente. Es su regalo. Por detrás hay grabada una dedicatoria. Mire.

Se lo tendió, pero él no lo cogió de inmediato. Se quedó con la vista fija en el objeto dorado en la palma de la mujer, sintiendo que se le erizaba el vello de la nuca. «La atmósfera está cargada de electricidad estática», pensó. Como respuesta, todo en la habitación se volvió en un instante de un azul cegador. Sabía lo que venía a continuación, pero aun así, el estallido violento que retumbó unos segundos después le provocó un estremecimiento.

Ella ni siquiera pestañeó, como si estuviera absolutamente sorda.

—No es más que un trueno, no tema —dijo con dulzura—. Coja el reloj sin miedo.

Lo hizo indeciso, estupefacto. Era más pesado de lo que esperaba, abombado por arriba y plano por abajo. Sintió en las yemas de los dedos las incisiones del grabado en el reverso y le dio la vuelta en la mano. La inscripción era diminuta, sinuosa y caligráfica. Dos nombres sobre el centro del círculo. El de él y el de ella.

—De modo que así se llama el escritor —dijo el doctor, y el tono estaba a medio camino entre la afirmación y la pregunta.

Ella no respondió nada. Solo el rumor del aguacero que partía de las nubes bajas rompía el silencio reinante. El resplandor fugaz de los rayos iluminaba una auténtica cortina de agua al otro lado de las rejas. La lluvia caía recta, de manera que el parque bajo la ventana permanecía seco. La atmósfera de la habitación estaba saturada de humedad y de otros olores, nuevos, acres.

Él empezó a mover el reloj en la mano y a mirarlo, buscando el resorte que abría la tapa.

—¿Está seguro de que desea abrirlo? —preguntó ella con voz queda.

—¿Acaso no debería? —Encontró el resorte, pero no lo tocó.

—No, si no está preparado para el regalo del tiempo.

—¿Qué regalo del tiempo podría recibir yo?

—Uno que podría cambiar toda su vida.

Él sonrió.

—¿Es que existe algo semejante en mi caso? No me aguarda una ejecución al alba, ni en la vejez me asalta la duda de si todo lo que he hecho era erróneo, y menos aún hay una mancha oscura en mi pasado que deba eliminar.

—¡Oh! Existe en todos los casos. Incluso de alguien loco, como yo. Ese es el regalo definitivo del tiempo.

—¿Definitivo?

—En efecto. Dígame, ¿qué sabe con certeza sobre su futuro?

Él se quedó pensativo un momento, dirigiendo al suelo su mirada suspicaz.

—Que llegará el día en que me moriré, si es que se refiere a eso.

—Cierto. Pero no sabe cuándo será, si mañana mismo o dentro de muchos años, ¿no es verdad? Y precisamente ese desconocimiento le posibilita reprimir la conciencia de la mortalidad que de lo contrario resultaría una carga insoportable. No sabe cuándo va a morir. Ese es el principal punto de apoyo de la vida.

Un tercer movimiento sigiloso. Él experimentó la extraña sensación de que a su alrededor se había ido tejiendo una red invisible de jugadas de jaque mate de la que era imposible librarse.

—Y si levantara esta tapa, ¿lo sabría?

—Lo sabría.

Los chorros de lluvia cayeron de repente transversales a causa del viento. Empezaron a empapar los visillos y los cortinajes, y a formar charcos en el suelo, junto a la ventana, llegando incluso hasta los periódicos debajo del caballete.

Él se volvió en esa dirección, y luego hacia ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues porque he abierto el reloj.

—¿Y ha visto cuándo va a morir?

—Sí.

—Algo no encaja en todo esto —dijo él negando con la cabeza—. ¿No había dicho usted que su... escritor... había renunciado a seguir haciendo regalos del tiempo después de las desafortunadas experiencias que había vivido al respecto en las tres historias precedentes? ¿Que había aceptado la responsabilidad que acompaña a la omnipotencia, que su conciencia no le permitía seguir causando daño a sus protagonistas? Si esto también es una historia suya, como afirma, entonces él no se ha portado muy bien con usted: ha recibido el regalo del tiempo más cruel.

—Lo he recibido porque lo pedí yo. Él se negó a dármele durante mucho tiempo.

—Pero ¿por qué lo pidió? ¿No ha dicho antes con razón que no tiene sentido saber cuándo va a morir uno?

—Mi caso es especial. Ya que me ha imaginado como una mujer loca, tengo todo el derecho a saber hasta cuándo deberé serlo. Era lo mínimo que podía hacer por mí, aunque desde luego no le ha gustado mucho.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó él, frotándose la frente con los dedos—. Yo también puedo levantar la tapa. ¿Qué justificación podría hallar en cuanto a mí, si soy igualmente un personaje de su relato?

—Puede hacerlo, pero no lo hará.

—¿Por qué no? ¿Qué puede impedírmelo?

—La omnipotencia del escritor, naturalmente. No se lo permitirá.

Una sonrisa inundó la cara de la mujer. El dedo de él se acercó despacio hacia el resorte del reloj de bolsillo, pero el movimiento quedó inacabado. El golpe que sonó

de repente en la puerta fue breve, imperioso. Una enfermera alta no esperó a obtener permiso para entrar. Se quedó en el umbral y dijo apremiante:

—Ah, todavía está aquí, doctor. Lo buscan urgentemente en la habitación cuarenta y tres.

Él siguió inmóvil con el reloj en la palma extendida. La corriente hinchó de nuevo los visillos mojados y elevó los periódicos hasta las patas del caballete.

—Pero si está todo abierto —murmuró la enfermera, corriendo hacia la ventana—. Magdalena, se va a resfriar, póngase algo de abrigo.

La pintora, sin dejar de sonreír, cogió el reloj de la mano del doctor.

—Dese prisa, lo esperan —dijo suavemente—. Ya nos veremos mañana. Hay tiempo. La historia se acaba aquí para usted, pero todavía hablaremos mucho de ella.

II

La tormenta nocturna había terminado hacía un buen rato, dejando tras de sí un bochorno denso, lleno de olor a podredumbre, que casi hasta la salida del sol flotaría sobre el suelo húmedo. Los tallos abatidos de hierba comenzaron a erguirse poco a poco, sacudiéndose las bolitas de agua que aún tenían encima, pero la gota ocasional que caía de alguna hoja otra vez, aquí y allá, volvía a inclinarlos hacia la tierra.

El viento se había detenido por completo, de modo que solo el breve piar de los pájaros rompía el profundo silencio de la aurora. Sonaba interrogante y temeroso, como una llamada a náufragos perdidos en alta mar. El eco fantasmal de esos gritos se detenía en el aire inmóvil mucho tiempo después de que el sonido original se hubiera extinguido.

En el turbio brillo del amanecer que llenaba el marco del ventanal, las rejas blancas ya no destacaban como frente a una cortina de oscuridad. La lechosa luz matinal también difuminaba la intensidad del haz del reflector que iluminaba la tela, volviéndolo más suave y apagado. Los contornos de los escasos objetos de la habitación parecían haber perdido firmeza bajo esa nueva claridad.

Ella seguía sentada en la silla, delante del caballete, sin pestañear, ensimismada en el lienzo. Sobre el camión llevaba un albornoz de felpa de color amarillo limón, que la hacía parecer más menuda porque le iba demasiado grande: llegaba casi hasta el suelo, ocultando las patas de la silla y sus pies descalzos, y las mangas le escondían por completo las manos. Los bordes estaban manchados de pintura y daba la impresión de fundirse con la paleta y el pincel que sostenía con dedos invisibles.

La enorme esfera del reloj de bolsillo se extendía por toda la tela, casi tocando los bordes en cuatro puntos. Los ángulos fuera de esa superficie representaban un vacío oscuro que desde luego habría resultado superfluo si el marco hubiera sido redondo. Aunque el grosor del enorme reloj también podía ignorarse porque no pertenecía al campo que abarcaba la esfera, quedaba, sin embargo, patente: un reflejo de luz apenas perceptible desde una fuente invisible evocaba la delicada redondez del contorno.

Frente a los tonos oscuros de alrededor, la intensa blancura central casi quemaba los ojos con su brillo frío, destacando con contundencia cada detalle propio. Los doce números eran alargados y estilizados, pero no regulares. Parecían inestables, como si sobre ellos fluyera una corriente de agua agitada que los obligaba a curvarse y a torcerse. El balanceo en algunos puntos era más evidente, deformando parte de los números en un estampado absurdo, o doblándolos incluso más allá de los límites de la esfera.

Las cuatro agujas tenían la misma longitud. Las puntas afiladas llegaban hasta la circunferencia, ampliándose hacia el centro y aumentando hasta parecer la hoja estrecha y alargada de un helecho, con un pequeño corte en el medio. Las hojas terminaban en delgados pedúnculos que se tocaban en un punto, como si crecieran del mismo brote. Las agujas opuestas formaban dos líneas que se cortaban en ángulo recto. El par vertical unía los números doce y seis, y el horizontal el nueve y el tres.

En esas ramas cruzadas, siguiendo su forma, descansaba un cuerpo semitransparente. Los brazos estaban extendidos sobre las agujas horizontales, adhiriéndose firmemente a ellas. En cada una de las palmas de las manos cubiertas con guantes blancos florecía una gruesa mancha roja, aunque no había clavo alguno. Los dedos estaban crispados como garras, pero no lograban alcanzar los pétalos que manaban.

Las manchas rojas se extendían también por la piel oscura de los zapatos, aunque allí tenían un aspecto menos llamativo. El dolor causado por los clavos invisibles se evidenciaba en las piernas dobladas de manera poco natural, que se esforzaban en vano por aliviar a las plantas de los pies taladradas de la carga de un cuerpo sin apoyo.

Manchas de barro endurecido cubrían la parte baja de la larga capa y trazaban desiguales dibujos marrones sobre el fondo negro. Los bordes de la prenda estaban gastados y ajados y el dobladillo deshilachado aquí y allá. El forro color fuego, que asomaba en un punto, tenía un roto enorme, como si se hubiera enganchado en un arbusto espinoso.

Delante del cuerpo se hallaba un bastón oscuro, con la empuñadura hacia abajo. Flotaba vertical, sin ningún punto de apoyo, arrojando una sombra débil sobre la blancura circundante. El reloj de arena de marfil de la empuñadura tenía una hendidura en su parte media. Por la fisura parecía colarse toda la arena dorada, dejando solo el caparazón que ya no podía medir nada.

Una película de fino polvo cubría el sombrero de copa apagando su negro brillo sedoso. El cilindro recto se veía abollado en varias partes. El rostro ya no quedaba oculto por el ala ancha porque la luz llegaba desde abajo, pero aun así seguía sin ser visible, porque allí donde debía estar, se abría solo el vacío del lienzo aún virgen.

Ella sabía que debía terminar el cuadro, que el tiempo de la última historia tocaba a su fin. Veía con claridad el rostro que faltaba y su agonía de arrepentimiento, pero los dedos se negaban a alzar el pincel.

Se había imaginado una escena totalmente distinta. Habría deseado pintarlo haciendo lo mismo que durante sus visitas anteriores. Aparecía sin ruido en la puerta del baño, pese a lo cual ella sentía su llegada, aunque estuviera de espaldas, sentada frente al caballete. Del baño, de la repisa bajo el espejo, cogía un cepillo de pelo de mango ancho de nogal lacado. Tenía unas cerdas rígidas y duras, como exigía su cabello enmarañado.

Se lo cepillaba pacientemente un buen rato, tanto como se prolongara la historia que contaba. Cuando llegaba al final, el pelo estaba desenredado y suelto y los rizos desparramados se convertían en una armoniosa serie de ondas. Después del primer cepillado, no permitió que nadie más le peinara el cabello, ni lo hacía tampoco ella sola. Se lo lavaba regularmente, pero se lo dejaba sin peinar hasta la siguiente historia. Las enfermeras no se esforzaron demasiado por disuadirla de ello, viendo en su intransigencia testaruda uno más de los caprichos propios de los pacientes del lugar.

Era un cuadro precioso, tal vez el más bello de los cuatro. Pero aquello no podía ser una historia de amor. Al menos no solo eso. Venía al final, después de las otras, enlazándolas en un todo, de modo que más que de amor debería hablar de redención. Se había dado cuenta de que era indispensable, pero no entendía por qué era inevitable que la redención fuera tan dolorosa. Mientras pintaba, ella misma sentía cómo los clavos oxidados penetraban lacerantes a través del tejido suave de la mano y de las plantas de los pies. Eso aún se podía más o menos soportar mientras era impersonal, sin embargo, ahora la figura crucificada debía tener una cara.

Cuando empezó a trazar pinceladas cortas en la única parte del lienzo que quedaba sin pintar, un velo acuoso le cubrió los ojos, y los labios se le contrajeron en leves temblores. Pero su mano era segura. De lo que en apariencia eran líneas inconexas, en el vacío oval iba surgiendo poco a poco la cara del escritor deformada por el pecado original de su arte.

Y en ese momento ella comprendió por qué era preciso el dolor. Si no fuera por el dolor, él no sería más que un dios indiferente que justificaba el mal causado mediante buenas intenciones. Si es que era cierto que lo justificaba. El sufrimiento que había elegido le había procurado redención al igualarlo con aquellos contra los que había pecado. Sin ese sacrificio no sería posible aceptar la responsabilidad definitiva que acompaña a la escritura.

Después de dar la última capa de color, echó la cabeza hacia atrás lentamente, y el

largo pelo rojizo se desparramó por su espalda. Era, como en otros tiempos, un movimiento de total intimidad, de entrega. Cerró los ojos, y se quedó esperando. Fuera, en algún lugar, sonaba un trino jubiloso, y la palidez del alba se fue tiñendo de rosa.

El cepillo se hundió en el pelo a la altura de su nuca. El cabello rizado estaba demasiado enmarañado, de modo que el cepillado al principio le hizo daño, aunque su éxtasis lo negaba. La barca de nogal iba bajando despacio, con movimientos cortos, retrocediendo un poco cuando el nudo de ondas salvajes ofrecía mayor resistencia. Según iba descendiendo por aquel mar agitado, el avance iba siendo cada vez más difícil y lento y, ya en las puntas, los bucles resultaban casi imposibles de desenredar.

En el instante en que el pelo estuvo peinado, el arco del sol asomó a través del verdor poroso de las copas de los árboles. El cepillo se elevó una vez más, para hundirse suavemente en las cascadas exuberantes. Ahora se precipitaba hacia abajo sin obstáculos, alisando los últimos desniveles y domesticando los rizos más tercos. Aunque ya no quedaban enredos en las puntas, por unos segundos se detuvo ahí, sin ganas de dejar los cabellos que ahora parecían absorberlo. Pero ese momento de vacilación no duró mucho. Cuando el cepillo se apartó del pelo, los bucles saltaron en el aire, como si tirara de ellos un muelle oculto.

Ella se quedó inmóvil, con la cabeza hacia atrás. Los rayos oblicuos matutinos perforaban sus párpados cerrados. La sombra de las rejas de la ventana trazaba un dibujo reticular en el albornoz amarillo. Se produjeron muchos parpadeos de eternidad antes de que ella dijera algo. E incluso entonces, las palabras apenas fueron audibles, casi más un movimiento de los labios que un sonido: «Adiós, Z.».

ENCUENTROS IMPOSIBLES

*A Srecko,
amicus certus in re incerta cernitur*

1. LA VENTANA

Soñé que me había muerto.

No fue una muerte especialmente interesante. Apenas me di cuenta. Soñé que caminaba por un pasillo inmenso, lleno de puertas a ambos lados, a escasa distancia unas de otras. Era imposible divisar el final del corredor a lo lejos, y en él solo estaba yo. De la pared, junto a cada puerta, colgaba un retrato enmarcado de tamaño considerable, iluminado por una lámpara colocada encima del mismo.

Al pasar me iba fijando en los personajes. ¿Qué otra cosa podía hacer? Los retratos eran lo único que rompía la interminable monotonía del pasillo. Según pude apreciar, había casi el mismo número de mujeres que de hombres. Se trataba principalmente de gente mayor, a veces muy anciana, pero aquí y allá se podían ver también jóvenes, incluso niños, aunque eran los menos. La impresión que causaban era de solemnidad, como es habitual en los retratos: arreglados, un poco rígidos, conscientes de su importancia. La mayoría sonreía, pero también había rostros no aptos para la sonrisa, por lo que ostentaban una expresión de completa seriedad.

No me sorprendí demasiado al ver por fin junto a una puerta mi propia imagen. A decir verdad, no lo esperaba, pero tampoco me pareció extraño. Al fin y al cabo, si tantos otros podían tener allí su retrato, ¿por qué negármelo a mí? Por otra parte, ¿dónde podría esperar uno encontrarse en una situación un poco privilegiada si no en su propio sueño? Por un instante me confundió no poder acordarme de cuándo fue hecho el retrato. Seguro que había posado para él. O tal vez no había sido necesario. Es difícil decirlo. No entiendo mucho del oficio de pintor.

Fuera cual fuese su origen, el cuadro me parecía bastante logrado. Era un calco mejorado de mí mismo. Aunque me representaba con mi edad actual, el artista había suavizado hábilmente algunas de las señales más desagradables de la vejez: había alisado un poco las arrugas de la frente y alrededor de los ojos, tensado la papada, eliminado la palidez y las manchas de las mejillas y oscurecido algunos mechones canosos. No se trataba de un rejuvenecimiento. Los años continuaban presentes en el cuadro, pero los llevaba con más vigor. Y lo más importante de todo: no se advertía ni la más mínima huella de la enfermedad que ya me había corroído visiblemente. Un fotógrafo nunca hubiera obtenido el mismo efecto, por mucho que se esforzara.

Permanecí un buen rato delante de mi imagen, observándola con satisfacción. Pero todo tiene un límite, incluso el narcisismo. No podía quedarme allí eternamente. Al final aparecería alguien sorprendiéndome en esa situación indigna, lo que no sería apropiado en absoluto. Aunque, ¿adónde dirigirme? ¿Seguir el pasillo? Esa posibilidad no me resultaba muy alentadora. El corredor se extendía ante mí hasta el infinito, por lo que en esa dirección, en realidad, no podía llegarse a ninguna parte.

¿Dar la vuelta y regresar por donde había venido? Esa opción ni se me había ocurrido antes. Pero al pensarlo comprendí en seguida que no podía contar con ese retorno. A unos cuantos pasos de donde me hallaba, el pasillo se desvanecía

convirtiéndose en una densa oscuridad, como si al pasar yo se hubiesen ido apagando todas las lámparas de encima de los cuadros. Quizá se encenderían de nuevo si fuera hacia allí, pero no tenía ganas de comprobarlo.

Me encaminé de nuevo hacia adelante y me encontré con una nueva sorpresa. También allí el corredor se había convertido en un oscuro túnel que empezaba al borde de un pequeño haz cónico con la base encima de mi retrato. Era la única fuente de luz que quedaba iluminándonos a mí, al cuadro y la puerta: una diminuta isla de existencia limitada por el impenetrable mar negro de la nada.

Ya no tenía elección. Ante mí se abría ahora solo un camino. En el momento en que moví el picaporte, tuve el presentimiento de que me aguardaba algo importante, pero no pude percibir inmediatamente de qué se trataba. Solo al empujar la puerta y acceder a la habitación supe que había muerto, y esta certeza me asaltó justo en el acto de dar el paso para entrar. Cuando había levantado el pie fuera aún estaba vivo, y muerto cuando lo bajé adentro. Apenas sentí que cruzaba el umbral. Me traspasó una ligera brisa, una oleada semejante a un suave temblor o a un estremecimiento leve. Duró solo un pestañeo, y luego se extinguió sin dejar tras de sí más rastro que la certidumbre de la muerte.

No me asusté. El miedo a la muerte tiene sentido antes de morir, pero no después. Solo me embargó la perplejidad. Naturalmente, no sabía nada sobre aquel estado. Y, además, ¿cómo podría? Ni siquiera había intentado imaginarme alguna vez cómo sería, eso me parecía absurdo. Incluso cuando la enfermedad empezó a agravarse, pensar en morir me llenaba de repugnancia, así que evité hacerlo tanto como pude.

Primero me pregunté si estaba dormido. De los difuntos se dice que duermen el sueño eterno, pero me imagino que no hay que entenderlo literalmente. No es más que una metáfora. Fuera como fuese, la escena que vislumbré no se parecía en lo más mínimo a las que habitualmente veía en los sueños. No había en ella nada irreal o extraño. Al contrario. La habitación en la que me hallaba era una suerte de gabinete, amueblado con elegancia, ciertamente, pero por lo demás nada inusitado. Dentro no había nadie. Con una leve sensación de incomodidad me puse a examinarlo, sin alejarme de la puerta que había cerrado.

A mi derecha se encontraba un macizo escritorio negro. Una lámpara de brazo arqueado y pantalla verde iluminaba una serie de objetos dispuestos ordenadamente sobre la mesa: un ancho cartapacio de piel, un decorativo tintero de latón con un enorme secante, un cubilete de madera para lapiceros y plumas en forma de dado agujereado, un portapapeles poco profundo, una lupa con mango de marfil, un candelabro de plata de dos brazos sin velas, tres cajitas idénticas forradas de fieltro oscuro, cuyo fin no conseguí adivinar, un tiesto blanco con una planta de largas hojas estrechas sin flores y un portapipas tallado con tres pipas de distintas formas.

Enfrente del escritorio, a la izquierda, vi dos sillones de cuero marrón con una mesita redonda en medio en la que había una lámpara de tulipa amarilla bordeada de flecos, un libro, y una bandeja con un jarra tapada y dos vasos boca abajo sobre dos

servilletas redondas. Detrás de los sillones se alzaba una estantería que cubría toda la pared. Los libros tenían el mismo tamaño de ancho que de alto, y los lomos eran de tonos oscuros. Del borde superior de la estantería pendía una escalera montada sobre guías-raíles.

El lugar central en la pared frente a la puerta lo ocupaba un cuadro grande, vertical, de marco rectangular y sencillo, muy iluminado desde abajo. Mostraba el fragmento de un cielo despejado, visto a través de una ventana de dos hojas. Al principio tuve incluso la sensación de que, en realidad, no era un cuadro sino una verdadera ventana, tan convincentemente reflejaba el azul profundo.

Las hojas estaban cerradas, pero existía cierta tensión en esta por lo demás tranquila escena, anunciando que podrían abrirse en cualquier momento; tal vez ante el embate de la corriente, o porque iba a abrirlas alguien todavía etéreo, pero cuya presencia ya se intuía fuera del marco debido a la sombra titilante que por allí asomaba. Tan solo perturbaba la armonía de las líneas rectas y los colores nítidos de la pintura una mariposa multicolor que, ya exhausta, luchaba por salir volando, incapaz, evidentemente, de entender la existencia de la barrera invisible y, sin embargo, infranqueable que suponía el cristal.

A la derecha del cuadro, en la penumbra, había un reloj de péndulo en una alta caja de caoba. El cristal de la puerta estaba decorado con motivos geométricos en las esquinas, y por la cerradura asomaba una llave increíblemente pequeña. En el primer instante me pareció ver una sola aguja, la que apuntaba al número más alto, pero fijándome bien distinguí que allí estaba también la otra, la pequeña, aunque escondida bajo la grande. Me quedé un tiempo observándolas pero, como no se movían, posé los ojos, desconfiado, en el péndulo, para solo entonces darme cuenta de que se mantenía inmóvil, en una posición equilibrada.

A la izquierda del cuadro, lindando con la estantería, había otra puerta. Era del mismo color que la pared, de modo que lo único que permitía distinguirla era el marco un poco más oscuro. También esta tenía un detalle insólito que no había advertido al primer vistazo. Existía en ella una cerradura, pero no así un picaporte. Si aquella puerta podía abrirse, desde luego no era por el lado donde yo estaba, sino por el otro.

Y justo eso fue lo que ocurrió mientras la estaba observando. Sin el más mínimo ruido. Era como si parte de la pared se hubiera desplazado, simplemente, trazando un arco hacia adelante y dejando un vacío en el que apareció una figura. Sin pestañear, clavé la vista en ella. Si no hubiese estado muerto, habría dicho que mi corazón dio un salto, que un hormigueo punzante se extendió a lo largo de mi columna vertebral hasta la base del cuello.

El hombre que tenía delante no llamaba demasiado la atención por su aspecto, prácticamente el de un funcionario: rondaba el umbral de la vejez y estaba medio calvo; de baja estatura, bigote de cepillo y gafas pequeñas montadas en aros metálicos, vestía un oscuro traje de corte clásico que no lograba camuflar del todo

unos kilos de más. La sonrisa que se mostraba en su redonda cara sonrosada no parecía simulada.

Salió enérgicamente a mi encuentro tendiéndome la mano. No tuve otra alternativa que aceptarla.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido!

No supe qué contestar, así que también sonreí, aunque un poco forzado. Nos quedamos así de pie un rato, estrechándonos la mano y examinándonos curiosos, como dos amigos que se encuentran después de una larga separación.

Él rompió el silencio.

—Tome asiento, por favor. —E indicó uno de los sillones delante de la estantería. Aguardó a que me sentara, y luego lo hizo él en el otro, subiéndose un poco las perneras del pantalón sin dejar de sonreír.

—Lo esperaba antes. Se ha retrasado usted un poco.

Me pareció advertir un leve tono de reproche en su voz, pero tal vez era solo producto de mi imaginación. Me miró unos segundos sin decir nada, confiando quizá en que fuera yo quien hablase, pero, como seguía callado, se limitó a hacer un gesto con la mano.

—Bueno, no importa. Unos se retrasan, otros se adelantan. Son muy pocos los que llegan a su hora. Sin embargo, tarde o temprano todos llegan. ¿Cómo se siente?

Carraspeé un poco antes de contestar tímidamente:

—Bien, creo.

Él asintió con la cabeza, satisfecho.

—¿No le molesta nada, no tiene ningún dolor?

Reflexioné un instante:

—No, todo está en orden.

Su sonrisa se ensanchó.

—Me alegro. Solo está un poco confuso, ¿no es cierto?

—Sí —reconocí después de cierto titubeo—. Un poco.

—No tiene que culparse por ello. En ese sentido, no es usted una excepción. A todos les ocurre. Es completamente normal. ¿Le apetece un vaso de agua? —Me señaló la jarra con tapa en la mesita que nos separaba.

—No, gracias —contesté. Experimentaba la fantasmal sensación de tener la garganta seca, pero de ningún modo me pareció apropiado beber agua en aquella insólita circunstancia. Quizá más tarde, cuando me acostumbrara a ella.

—Bueno, por lo general la gente viene cargada de preguntas —continuó el hombre—. Se los come la curiosidad. Estoy convencido de que a usted le sucede lo mismo.

No había ninguna razón para fingir que no era así:

—Espero que eso también sea normal.

—Por supuesto. Sin duda quiere saber adónde ha ido a parar, qué es lo que le espera aquí y quién soy yo, entre otras cosas.

—Sin duda, así es —confirmé estupefacto.

—Pues justamente aquí tenemos un problema. Yo puedo, naturalmente, responder a todas estas cuestiones, así como a muchas más que usted tal vez quiera preguntarme. Pero si lo hago, lo privaría de la posibilidad de regresar.

—¿Regresar?

—Sí, usted puede regresar a la vida.

Me quedé mirando fijamente al desconocido del sillón vecino. Los diminutos ojos me devolvieron una mirada benévola a través de los redondos cristales de las gafas.

—Pero yo estoy muerto —dije por fin, con voz un tanto inquisitiva.

—Claro que lo está. Si no, no estaría aquí.

—Pues entonces ¿cómo...?

—Eso ya no se lo puedo explicar. Excepto si decide quedarse.

Ahora sí me parecía que no solo tenía la garganta seca sino que, además, un nudo se cerraba sobre ella. Intenté tragar saliva, pero no lo conseguí. Mientras me servía agua de la jarra en uno de los vasos, la mano me tembló un poco. Confiaba en que esta torpeza no hubiera llamado demasiado la atención. El agua estaba fría, pero el sabor indicaba que no era muy fresca.

—¿Quiere decir que yo decido si vuelvo o me quedo?

—Por supuesto, usted. ¿Quién si no?

—Bueno, me refiero a que ¿no depende de mi comportamiento en la... vida anterior? Podría haber sido, por ejemplo, una persona muy mala.

El hombre se rio un instante.

—Sí, podría haberlo sido. Pero eso no importa. Aquí no hay castigos ni recompensas. Esto no es el juicio final.

—Por lo tanto, basta con que yo decida regresar, si lo he entendido bien.

—Sí, lo ha entendido bien. Incluso tiene usted la posibilidad de elegir con qué apariencia volver.

Depositó el vaso sobre la servilleta redonda. En la superficie plateada de la bandeja relucía con tono dorado un pequeño charco de agua derramada de la jarra. Unas pocas gotas habían llegado incluso hasta el libro que estaba cerca. Si no hubiera sido por eso, probablemente la ilustración de la cubierta no me habría llamado la atención. Era la reproducción del cuadro de la ventana que se encontraba en la pared contigua, sobre ella, con alargadas letras amarillas figuraba el título: *Encuentros imposibles*. El nombre del escritor me resultaba desconocido.

—Yo preferiría no cambiar mi apariencia —dije—. Me he acostumbrado a la actual.

Al hombre se le borró la sonrisa de los labios.

—Me temo que eso es lo único imposible. Su antigua apariencia está gastada, inservible. No puede recuperarla. Y, además, no sería recomendable. La enfermedad ya lo ha destrozado por completo, ¿verdad? Pero, a cambio, puede decidirse por algo totalmente nuevo. La oferta es casi ilimitada.

—¿Ser alguien distinto?

—No sería alguien distinto porque ni se acordaría de la vida anterior. Sería un nuevo principio para usted.

—¿Volvería a nacer?

—Por supuesto. Volvería al mundo como un recién nacido, como es debido. Para vivir una nueva vida. Con las características que usted desee.

—¿Se refiere a que podría elegir qué aspecto tendría o, por ejemplo, cómo sería de alto?

—Y mucho más que eso. Podría cambiar el color de su piel, el sexo...

—¿El sexo?

La expresión de estupor que apareció en mi rostro indujo al desconocido a sonreír de nuevo.

—Es uno de los cambios más frecuentes. De hombre a mujer y de mujer a hombre. Se trata, imagino, no tanto del descontento con el sexo anterior, como de la curiosidad por probar el contrario.

Decliné con la cabeza:

—A mí no me pica esa curiosidad.

—Comprendo. Y ¿tal vez le interesaría regresar con una apariencia que no fuera humana? Eso también es posible.

—¿Qué quiere decir? —parpadeé, incrédulo, mirando al hombre.

—Existen en el mundo otras formas de vida, no solo la humana. En realidad, son innumerables. Todas ellas están a su disposición.

—¿Cuál, por ejemplo?

—Oh, cualquiera. Por supuesto, todo depende de las afinidades de la persona que regresa. Muchas suelen elegir algún animal.

Hice una breve pausa antes de objetar:

—¿Por qué alguien desearía ser un animal y no un humano en la nueva vida?

—Aunque a usted tal vez se lo parezca, eso no tiene por qué ser necesariamente malo. La vida de un felino de raza o de un caballo purasangre, digamos, puede ser bastante más cómoda y despreocupada que la de muchos hombres. Y si usted prefiere aventuras emocionantes, existen pocas experiencias humanas que puedan medirse con las vivencias cotidianas de un león, un águila o un tiburón.

Me quedé pensativo un momento:

—A pesar de todo, a mí no me gustaría ser un animal.

—Como quiera. Hay otras posibilidades. Podría usted ser una planta.

—¿Una planta?

—Sí, es una alternativa bastante frecuente.

—Pero las plantas no tienen ningún tipo de... conciencia.

—Es cierto, pero suplen esta carencia con otros privilegios. Con la longevidad, por ejemplo. La vida de casi todas las especies de árboles es bastante más larga que la humana. En este sentido son muy apreciadas las secuoyas que, además, están

protegidas, lo que las vuelve aún más atractivas. Pero también las plantas de vida corta tienen sus partidarios. La gente decide a veces regresar en forma de orquídea o rosa, a pesar de que saben muy bien que vivirán un tiempo muy corto.

—Pero eso no tiene sentido. Tener la oportunidad de vivir una nueva vida y malgastarla siendo una simple flor...

—Ellos no piensan así. Anteponen la belleza a todas las cosas, puede entenderse. Sin embargo, existen decisiones difícilmente comprensibles. Incluso para mí. ¿Qué decir del regreso en forma de salamandra, salvia, lombriz, ortiga o araña?

—¿Araña? —repetí. Una mueca de asco me deformaba el rostro.

—Sí, muy desagradable, ¿no cree?

—Yo no me cambiaría por nada —dije apresuradamente, negando con la cabeza—. Me gustaría seguir siendo lo más parecido a mi yo de la vida anterior. Si es posible.

—Claro que sí. La gran mayoría opta justo por eso. Pero ¿significa esto que ha tomado la decisión de volver?

No contesté en seguida. Un montón de preguntas bullían en mi cabeza. Por fin una prevaleció sobre las otras.

—Si regresara, viviría una vez más mi vida, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Al final ¿moriría de nuevo?

—Es inevitable, por desgracia.

—Y después... ¿volvería... a este lugar?

—No, aquí solo se viene una vez. Después de la segunda vida únicamente queda la muerte. No hay más posibilidad de elegir.

Lo dijo con una voz plana, como si se tratase de una banalidad. Me quedé observándolo unos instantes en silencio.

—Pero entonces ¿en qué consiste esta elección? Por un lado tenemos la nueva vida. Eso lo entiendo. ¿Qué hay, sin embargo, al otro lado? ¿Entre qué opciones debería decidirme?

El desconocido se quitó las gafas, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un gran pañuelo blanco y empezó a limpiarlas. Lo hacía con paciencia y esmero, levantándolas al acabar hacia la luz de la lámpara de mesa para comprobar si estaban limpias. Sin ellas su rostro parecía desnudo. Lentamente se las colocó de nuevo, incrustándoselas sobre el puente de la nariz.

—No es muy frecuente llegar a esta pregunta —dijo a la postre—. Casi todos optan inmediatamente por el regreso. Lo otro ni les interesa.

—¿Qué contesta a los demás?

—Nada en concreto. Lo máximo que les puedo ofrecer es una conjetura. Cualquier cosa más allá de esto haría peligrar su regreso, si es que lo escogen.

—¿Una conjetura?

—Sí —respondió el hombre—. Acompañeme, por favor.

Se levantó, esperó a que yo hiciese lo mismo, luego me cogió amigablemente del brazo y empezamos a andar. Primero pensé que nos dirigíamos a la puerta por la que había entrado él, pero nos detuvimos delante del gran cuadro de la pared.

Su tono de voz bajó hasta casi susurrar:

—Mírelo bien.

Mis ojos se llenaron del cielo azul visto a través de la ventana cerrada. El tiempo pasaba lentamente. No sucedía nada. Cuando por fin se produjo el cambio, primero me afectó al sentido del oído y no al de la vista. Desde alguna parte, como si llegase de muy lejos, empezó a oírse un tamborileo monótono y persistente. No lo reconocí al instante. Tan solo cuando en el silencio circundante subió de tono, comprendí que se trataba del sonido apagado del reloj. No era necesario mirar hacia la gran caja de caoba del rincón derecho para saber que el péndulo ya no permanecía inmóvil.

Como si respondiera al tictac recién despertado, el cuadro también cobró vida. La mariposa revoloteó una vez, pesadamente, sin esperanza alguna de abrirse paso al exterior, y luego descendió un poco. La sombra se movió, porque lo hizo también la mano fuera del marco. Una mano que se introdujo en el cuadro tratando de alcanzar el centro y ser más rápida que la sombra, pero ambas llegaron al mismo tiempo hasta la manija que había que accionar.

En el momento en que se abrieron las hojas de la ventana, casi me desmayé ante un ataque de vértigo. El apretón de la mano del hombre era un valioso punto de apoyo sin el cual hubiera perdido el equilibrio y caído. Pero la mariposa no tuvo a nadie para socorrerla, un embate de corriente la arrancó sin dificultad de la superficie lisa del cristal y la lanzó al abismo azul.

En ese instante todo desapareció: el marco del cuadro, la pared, el desconocido, el gabinete entero. Me encontré en medio de la nada y empecé a caer. Supe que debía mover las alas, que debía volar, y no solo hundirme sin rumbo, pero parecía que de repente no fuera capaz de hacerlo. Pasaron muchos latidos de eternidad repletos de pavor helado antes de que consiguiera dominar de nuevo esa simple e instintiva habilidad. El descenso se hizo primero más lento, y luego se paró, y cuando por fin empecé a subir de nuevo llevado por una corriente ascendente, no tuve ni que mover las alas. Bastaba con mantenerlas abiertas como dos enormes velas gemelas y multicolor en medio del mar infinito que me rodeaba.

El miedo se trocó en seguida en la euforia que suele acompañar a todo vuelo libre. Podría haberme quedado así para siempre, abandonándome a aquella marea de alegría. Pero entonces advertí, a cierta distancia delante de mí, un ligero marullo en el uniforme tejido azulado. Algo comenzó a espaciarlo, a removerlo por debajo. Algo brillante, intenso, seductor. Sacudí las alas enérgicamente, escapándome de la corriente. La llamada que me atraía hacia el resplandor que llegaba desde el otro lado del cielo era irresistible: la llama de una vela que atrae a la mariposa en la oscuridad.

Sin embargo, no me estaba concedido alcanzar la luz. La corriente de aire de pronto cambió de dirección. Traté febrilmente de oponerme a ella, comprendiendo,

desesperado, que me alejaba del lugar al que ansiaba llegar, y que la fuerza de mis alitas era inútil frente a aquel empuje violento. Retrocedí corriendo hacia alguna parte, lleno de una dolorosa sensación de frustración e impotencia. La ventana se cerró con estrépito detrás de mí cuando entré volando, para ser engullido al instante por la oscuridad.

Las tinieblas no estaban del todo vacías. Las llenaba el latido de un gran corazón. Sonaba regular, equilibrado; no obstante, de algún modo tuve claro que pronto se pararía. Ocurrió de repente, sin gradación. Al descender hasta el punto más bajo, el péndulo no continuó hacia el otro lado, sino que se quedó allí, ya sin nada que medir. En el silencio que había dejado, yo fui recuperando paulatinamente la vista.

Seguía delante del cuadro, mirándolo sin pestañear, a pesar de que en la imagen ya no se movía nada. La mariposa reposaba de nuevo abatida en un rincón, y la sombra esperaba con paciencia el movimiento de la mano ausente. Otra mano apretó un poco más fuerte mi brazo.

—Venga. Estará más cómodo si se sienta otra vez.

Quería decirle que estaba bien, pero ya con el primer paso me tambaleé, de modo que le agradecí el apoyo que me prestó. Cuando nos sentamos en los sillones, cogió la jarra y me echó agua en el vaso. Yo no tenía sed, sin embargo, bebí un trago largo.

El hombre no empezó a hablar de inmediato. Se limitó a contemplarme con la habitual sonrisa. Evidentemente quería darme la oportunidad de tranquilizarme un poco. También por eso le estaba agradecido.

—Un cuadro extraordinario, ¿verdad? —dijo por fin.

—Sí —coincidí con voz ronca después de un breve titubeo—. Extraordinario.

De nuevo guardamos silencio. Justo entonces se me pasó por la cabeza algo completamente inapropiado teniendo en cuenta el momento decisivo que se aproximaba. El otro vaso todavía estaba colocado boca abajo sobre la bandeja, sin usar. Me pregunté si estaba allí así sin más como muchos de los otros objetos en la habitación, o si de vez en cuando el desconocido también tomaba un poco de agua.

—Entonces ¿ha elegido? —No había ni impaciencia ni apremio en su voz. Con el mismo tono podría haberme preguntado algo completamente trivial.

—Mariposa —contesté en voz baja—, me gustaría ser mariposa, por supuesto.

Me observó unos instantes sin decir nada, y luego asintió brevemente con la cabeza.

—Por supuesto. —Su sonrisa se hizo más amplia. Señaló con la mano la puerta junto al cuadro—. Venga, por favor.

Me levanté, un poco inseguro, y me dirigí hacia allí, pero después de unos pocos pasos me paré, confuso. La puerta no tenía picaporte. ¿Cómo iba abrirla? Pensé en volverme y preguntar al hombre. Pero inmediatamente comprendí que no había necesidad. Allí, en realidad, no había ninguna puerta.

2. EL CONO

Salí de las nubes cuando casi había llegado a la cima del Cono.

A pesar de que era pleno verano, la Montaña Oscura parecía profundamente sumergida en el otoño. Abajo, en la llanura, era simplemente un día nublado, probablemente bochornoso y húmedo, pero allí, a una altura de casi dos mil metros sobre el nivel del mar, todo estaba envuelto en un gris más opaco que la niebla y, en cierto modo, también más denso y más palpable. El cielo descendía en aquel lugar literalmente hasta tocar tierra. Las nubes iban cargadas de unas gotas finísimas, gérmenes de lluvia, que parecían moverse hacia todos lados, y no solo hacia abajo. Si la temperatura hubiera descendido unos pocos grados, se habrían convertido en cristales de nieve. De hecho, sucedía de vez en cuando, pero no tardaban en derretirse. En la Montaña Oscura, en verano, se podía pasar en un mismo día por las cuatro estaciones.

En condiciones climáticas como aquellas no era recomendable dar paseos largos porque uno se podía extraviar fácilmente. Y si acaso alguien salía, se quedaba cerca del hotel, siguiendo los caminos asfaltados que, a pesar de que la tarde apenas había empezado, ya estaban iluminados por los faroles que los flanqueaban. Pero yo no temía perderme. Hacía años que iba a la Montaña Oscura tanto en verano como en invierno, y casi no pasaba un día sin que subiera a la cumbre del Cono. Estaba convencido de que habría encontrado el camino de ascenso incluso durante la noche y sin luz de luna, aunque nunca lo había intentado.

El Cono era una elevación en la pendiente occidental, a unos dos kilómetros y medio de distancia del hotel. Desde su cima se divisaba una vista equiparable a la que se ofrecía desde el peñasco más alto de la Montaña Oscura, accesible únicamente a los alpinistas equipados. Por la forma casi perfecta que le daba nombre, parecía que la hubieran incrustado allí artificialmente. Aunque según se aproximaba uno a ella no daba esa impresión.

Era muy escarpada, así que la ascensión exigía no solo trepar con habilidad sino bastante esfuerzo, a pesar de que no había que salvar más que unos ciento cincuenta metros de pendiente.

Estas dificultades disuadían a la gran mayoría de los huéspedes del hotel de subir al Cono. En días despejados solían dar un paseo hasta el pie del monte, pero muy pocos se decidían a aventurarse a subirlo. Además, en la pequeña meseta azotada por el viento había sitio solo para tres o cuatro personas. En días de mal tiempo, como aquel, podía estar seguro de que el Cono me pertenecía únicamente a mí.

Emergí de entre las nubes de repente. No estaba muy lejos de la cima cuando empezó a clarear. El gris a mi alrededor no se disipó ni se volvió más transparente, simplemente comenzó a cambiar de tono, convirtiéndose en un blanco luminoso. Luego, de pronto, me encontré fuera de aquella masa grisácea, parpadeando ante los cegadores rayos del sol.

Todavía con la cintura hundida en la nube, me detuve, esperando que mis ojos se adaptasen. Por encima, se cernía sobre mí el interminable e intenso azul del cielo estival, mientras que por abajo se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, un mar inmóvil, cuya monotonía interrumpían aquí y allá algunos islotes de cumbres similares a la que acababa de coronar, formando un archipiélago celeste. Solo por este panorama ya merecía la pena todo el esfuerzo del ascenso.

—Es extraño encontrarse por encima de las nubes, ¿verdad?

El inesperado sonido de una voz me sobresaltó. Estaba convencido de que aparte de mí no habría nadie en la cumbre del Cono, así que ni siquiera había echado un vistazo a mi alrededor antes de quedarme absorto en la contemplación del horizonte. El hombre estaba sentado en un saliente rocoso, de espaldas al lugar donde yo me hallaba. Seguramente se había dado cuenta de que alguien se acercaba a la meseta por el ruido de pasos. Llevaba un anorak verde oscuro que lo hacía confundirse con la hierba y los pocos matorrales del mismo color que crecían por allí. Su pelo, completamente blanco y bastante largo, le cubría en parte las orejas.

—Sobre las nubes no suelen reunirse multitudes —respondí, sin esforzarme demasiado por ocultar mi disgusto. No me agradaba en absoluto tener que compartir el Cono con alguien en ese momento. Me senté sobre un montículo, detrás del desconocido, palpando antes la hierba que lo cubría para comprobar si estaba húmeda. En la espesa trama de tallos, mi mano tropezó con una lata de refresco vacía que alguien descuidado había arrojado allí. Me incorporé y la tiré abajo. Era consciente de que actuaba con la misma desconsideración, pero de algún modo me parecía más apropiado que la basura se encontrara en otro lugar, y no en aquel.

—Pues no, es verdad. Antes, también a mí lo que más me gustaba era poder estar aquí solo. —Lo dijo sin asomo de reproche, haciéndome sentir incómodo. En realidad, tenía más derecho de considerarme un intruso que yo a él, porque había llegado primero al Cono—. Pero no le molestaré mucho. Pronto me marcharé.

—No ha de irse por mí —dije en tono conciliador—. Hay suficiente sitio para los dos.

El hombre no contestó, así que nos hundimos en el silencio, observando fijamente el lejano horizonte. El sofoco que empecé a sentir no era solo consecuencia del duro ascenso. Allí, al sol, hacía bastante más calor que abajo entre las nubes. Sin embargo, no me desabroché la chaqueta, a pesar de que el sudor me empapaba, porque podría resfriarme a causa del viento que en la cima parecía que nunca dejaba de soplar.

—Hacía mucho tiempo que no venía al Cono —dijo el hombre, pensativo, como si se dirigiera a alguien invisible delante de él y no a mí—. La última vez que subí a esta cima tenía su edad.

Desconcertado, clavé los ojos en su espalda. ¿Cómo podía saber mi edad si no se había dado la vuelta para mirarme? Probablemente por la voz. Yo tampoco había visto su cara, pero aunque no hubiera tenido el pelo blanco, por la voz áspera, carrasposa, fácilmente pude deducir que ya no cumpliría los sesenta.

—Se ha perdido bastante —comenté con una sonrisa.

—Lo sé. Ahora intento recuperarlo. Recorro los lugares que antaño significaban algo para mí.

—¿Ha venido a menudo a la Montaña Oscura?

—Sí, solía venir por lo menos dos veces al año. Lo cierto es que nunca aprendí a esquiar, pero en cambio me gustaba mucho pasear.

—Lo mismo me ocurre a mí. Y no me molesta en absoluto no saber esquiar. El senderismo es igual de agradable y se necesita bastante menos equipamiento.

La blanca cabeza se inclinó brevemente en señal de aprobación.

—Al principio salía a caminar por distintas rutas. Pero cuando descubrí el Cono, renuncié a todas las demás. Empecé a venir aquí todos los días, casi de forma ritual. Con el tiempo, se convirtió en una verdadera obsesión. Lo único que me lo podía impedir era una tormenta de nieve.

Qué extraño, pensé. Parecía que el viejo describiera mi experiencia. Nunca había imaginado que un día me toparía con mi alma gemela. Por lo general, todos me consideran un bicho raro por mis peregrinajes al Cono. Pero existía también una diferencia muy importante entre los dos.

—Sin embargo, al final se libró de la obsesión. Si lo he entendido bien, en un momento dado usted dejó de subir al Cono. ¿Qué le hizo abandonar?

El hombre no contestó inmediatamente. Cuando por fin habló de nuevo, su voz era muy queda, así que tuve dificultades para entenderlo a través del silbido del viento.

—Viví aquí una experiencia insólita. Después de aquello ya no tenía sentido volver a este lugar.

Esperaba que prosiguiese, pero el anciano no añadió nada. Tuve que reprimir mi curiosidad. Evidentemente, el hombre tenía sus razones para no hablar de ello, y a mí la cortesía no me permitía animarlo a hacerlo. Pasamos de nuevo unos instantes en silencio. Sentí que la piel de la cara empezaba a picarme bajo el fuerte sol de la montaña. Debería haber traído una crema protectora, pero, en realidad, no había esperado que la cima del Cono estuviera despejada.

—A mí también me gusta volver a los lugares a los que me liga algo —dije por fin, solo para continuar la conversación. Aunque había anunciado que pensaba marcharse pronto, el viejo seguía sentado, y me parecía estúpido estar callado mientras compartíamos aquel reducido espacio—. Pero nunca es como la primera vez. El lugar quizá sea el mismo, pero el tiempo es siempre distinto. Es inevitable, me temo.

—Excepto si volviese a un sitio en el tiempo original —dijo, de nuevo en voz baja.

—¿Al pasado? —pregunté en un involuntario tono de incredulidad.

El anciano se subió el cuello del anorak para protegerse del viento que acababa de levantarse. A pesar de que quemaba bastante, el sol en aquel lugar es engañoso. Uno

puede resfriarse fácilmente.

—Al pasado, sí.

—Bueno, entonces sí que sería como la primera vez. Sin embargo, no es posible. No hay vuelta al pasado.

—Pero si se le ofreciera la posibilidad de volver, ¿qué época de su vida elegiría?

Empecé a recorrer con la vista el interminable paraje que me rodeaba. Lejos, hacia el este, el sol había vencido por fin a las nubes y los montes boscosos emergían de la neblina. A última hora de la tarde, el cielo acabaría despejándose por todas partes, de modo que el verano tomaría a la Montaña Oscura.

—Nunca he pensado en ello —dije—. No estoy seguro, tal vez elegiría algún momento de la infancia. Me gustaría sobre todo verme de niño. —Me quedé callado por un instante, mirando fijamente un punto indefinido del manto gris que se extendía a mis pies—. En cualquier caso, sería muy extraño encontrarme conmigo mismo.

El viejo torció la cabeza un poco hacia mí, lo suficiente para ver que lucía una barba blanca y poblada y llevaba unas gafas de sol, pero en seguida volvió el rostro hacia delante.

—¿Por qué precisamente a la niñez? ¿Considera usted que entonces era más feliz que luego?

—Es difícil decirlo —contesté después de una pequeña vacilación—. Tal vez más inocente. Más tarde también ha habido momentos felices, por supuesto, pero ya sin esa inocencia primera que, cuanto más tiempo pasa, más valiosa me parece. ¿Y usted? ¿A qué época de su vida regresaría?

El hombre se encogió de hombros:

—A mi edad la niñez está ya muy lejos y borrosa. Creo que elegiría una época más cercana, de la que me acordara mejor. Fui muy feliz cuando venía al Cono. Tal vez inocente en el sentido en el que usted habla de la niñez, aunque por aquel entonces no tenía esa impresión. En cualquier caso, justo aquí perdí la inocencia para siempre. Me alegraría encontrarme de nuevo con mi yo de esa época.

Me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Estoy convencido de que a su otro yo también le gustaría. Quizá incluso más. Sería un encuentro muy útil para él. Usted le podría contar de primera mano lo que le espera en los tiempos venideros, de qué debe huir y qué evitar.

—Oh, de ningún modo —se apresuró a decir el hombre con un tono de voz un poco más elevado—. No se lo diría de ninguna manera.

—¿No se revelaría a sí mismo su propio futuro?

—No.

—Pero ¿por qué?

—Porque haciéndolo destruiría mi propia vida. Ya el solo encuentro representaría un gran riesgo. Lo mejor sería que nunca supiese con quién había estado.

—No lo entiendo.

—Si le descubriera lo que le espera, lo privaría del principal punto de apoyo que

hace posible la vida. Para él todo se volvería determinado, inevitable. Perdería no solo la esperanza sino también el miedo. Y ¿acaso es posible vivir sin la esperanza y el miedo?

—Pero ¿qué ocurre si, por ejemplo, lo aguarda una gran desgracia, un sufrimiento que se pudiera fácilmente eludir estando advertido? ¿También dejaría de hacerlo en ese caso?

—Por supuesto.

—¿Y no es eso una crueldad hacia sí mismo?

—Quizá. Pero, en realidad, no hay elección. No se puede evitar lo que ya ha pasado, ¿no es así?

No supe qué responder. Tuve la vaga impresión de que en todo aquello había una paradoja, pero no conseguía precisarla. Probablemente, la cuestión derivaba de la inviabilidad de la premisa inicial: regresar al pasado.

El viejo se levantó, y yo también. Era más o menos de mi estatura, tal vez un poco más encorvado a causa de los años. Cogió del suelo algo sobre lo que había estado sentado y, mientras le sacudía la hierba y las briznas, vi que se trataba de un libro. Antes de que lo guardase en el bolsillo, logré leer el título escrito en grandes letras (*Encuentros imposibles*), pero no el nombre del escritor.

Me quedé unos instantes mirando con fijeza el mar de nubes que empezaba a agitarse ligeramente y a disiparse. Entonces, él se dio la vuelta hacia mí y nos encontramos cara a cara.

En realidad, no fue mucho lo que vi de su rostro. Lo ocultaban la barba y las grandes gafas de sol. Únicamente la frente estaba descubierta, más alta que la mía porque el cabello había retrocedido bastante hacia la coronilla.

—Es hora de irme —dijo. Quizá fue solo una impresión, pero me pareció que le temblaba levemente la voz, como me sucede a mí en los raros momentos de emoción. Me tendió la mano y se la estreché: una mano delgada, huesuda, como será probablemente la mía cuando llegue a su edad—. El Cono es todo suyo. Disfrute de él mientras pueda. Nunca se sabe lo que nos deparará el futuro.

—Me alegro de haberle conocido —dije con voz más queda de lo que pretendía.

—Yo también. Mucho.

Soltó mi mano con cierta vacilación, casi sin ganas. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la abrupta ladera, sin mirar atrás. Caminaba lentamente, con cuidado. Como suelen hacerlo las personas mayores. Cuando desapareció en la nube, sentí, por un instante, un nudo en la garganta.

Ese día me quedé mucho tiempo en el Cono. Casi hasta el anochecer. Ya a media tarde, las nubes se disiparon por completo. Lentamente absorbí las vistas interminables y luminosas que me rodeaban. Quería memorizarlas bien. A decir verdad, tenía pensado volver allí a la mañana siguiente, pero el viejo tenía razón: no podía saber lo que me esperaba. ¿Qué pasaría si algo me lo impedía? ¿Y si resultaba que transcurría mucho tiempo, tal vez décadas, antes de que pudiera subir de nuevo al

Cono?

3. LA LIBRERÍA

La niebla descendió, como era habitual, rápidamente.

Apenas habían pasado unos minutos desde la última vez que había levantado la vista de la pantalla del ordenador para echar un vistazo a través del gran escaparate de la librería. Empezaba a anochecer y los edificios del otro lado del río aún se veían con claridad, perfilados a la luz de las primeras farolas callejeras. Ahora, sin embargo, todo había desaparecido en un gris pastoso. No solo la margen opuesta, sino también la fila de castaños que discurría a lo largo del muelle de esta orilla, no muy lejos de la librería. Pese a que ya desde mediados de otoño presenciaba esta transformación casi todas las tardes, no dejaba de fascinarme. En un momento, el mundo estaba allí, real, visible, palpable, y al siguiente, de manera mágica, se descomponía en el aliento húmedo de los espíritus del río.

Desde luego, podía haber cerrado la librería y haberme ido a casa. Hacía días que nadie venía a la tienda después de que la niebla cayera. En cuanto empezaba el otoño, la cercanía del río se cobraba su generosidad estival. Durante los meses veraniegos, en el paseo de los castaños había mucha gente hasta muy tarde. En esa época del año a menudo tenía abierto hasta medianoche, a veces incluso hasta bien entrada la madrugada. En realidad, hasta que el último cliente decidía ir a acostarse en vez de seguir con el examen nocturno de libros. En esta librería siempre mandaban los clientes. Pero ahora me quedaba no solo porque me obligaba a ello el horario expuesto en la puerta, sino también porque en casa no tenía ordenador, y me parecía poco apropiado escribir ciencia ficción a la antigua, con lápiz y papel.

Pero mi destino no era posar de nuevo la vista en el ordenador. Mi mirada deambulaba todavía por la pared de niebla al otro lado del escaparate, cuando en la puerta se perfiló una figura, dando la impresión de surgir de la nada. Su repentina aparición, que no había sido anunciada por ningún ruido de pasos en la acera —o quizá yo, sumido en mis pensamientos, simplemente no los había oído— logró sobresaltarme. La niebla es capaz de dar esas sorpresas fantasmales, y la odiaba por ello casi tanto como por el hecho de que me privaba de clientes.

El hombre que entró no era muy alto, llevaba una barba rala y corta y unas gafas de fina montura metálica. Aunque su aspecto era juvenil, las entradas canosas y las mechas blancas de la barba, especialmente en la papada, mostraban claramente que había sobrepasado los cincuenta. Soy muy buen fisonomista, así que la primera mirada me bastó para constatar que nunca lo había visto en mi librería.

Fuera debía de hacer un frío considerable, porque nada más entrar en contacto con el aire caliente de la tienda, la humedad se condensó en los cristales de sus gafas, empañándolas completamente. Se quedó inmóvil junto a la puerta, observándome sin pestañear con aquellos grandes y vacíos ojos de extraterrestre.

Apreté simultáneamente dos teclas, grabando el texto en el ordenador. No era necesario, ya que no había hecho ningún cambio desde la última vez que había

guardado, pero así procedía siempre cuando era inminente una pausa en la escritura.

—Buenas tardes —dije—. La niebla es realmente espesa esta tarde.

El hombre se quitó las gafas. Rebuscó en los bolsillos de su larga gabardina verde, para sacar finalmente un pañuelo blanco arrugado con el que empezó a limpiar los cristales. Sus movimientos eran enérgicos e impacientes, así que los bordes de las gafas seguían empañados cuando se las puso de nuevo.

—Esto es una librería de ciencia ficción. —Aquello podía ser tanto una pregunta como una afirmación. Había algo insólito en la forma en que arrastraba las vocales, como si se tratase de un extranjero que ha aprendido bien el idioma, pero todavía no domina la entonación correcta.

—En efecto —confirmé sonriendo—. Polaris. A su disposición. Si no fuera por la niebla, lo habría visto. Encima de la entrada hay un gran letrero de neón, que ¿de qué me sirve ahora? Invertí un montón de dinero en él, pero no me advirtieron que era completamente inútil con la niebla. En realidad es mejor no encenderlo. Más que atraer a los clientes los disuade. Incluso cuando uno está debajo, parece que esté viendo un crucigrama multicolor luminoso.

Aún de pie, junto a la puerta, el visitante empezó a mirar a su alrededor. Deslizaba lentamente la vista por las estanterías llenas de libros y revistas, y daba la impresión de sentirse confuso, como si de repente se encontrara en un lugar extraño, y no en una librería corriente. Bueno, tal vez no tan corriente, las librerías de ciencia ficción no dejan de ser lugares un poco especiales, pero por lo general no suelen provocar tanta estupefacción.

—Busco una... obra —dijo por fin cuando su mirada llegó hasta donde estaba yo, sentado detrás del mostrador con la caja y el ordenador, junto al escaparate. Su voz sonaba vacilante, como si tuviera problemas para elegir las palabras.

—Entonces ha venido al lugar correcto —respondí cordialmente—. Tenemos a su disposición un amplio surtido de obras de literatura fantástica. Y no solo ediciones recientes, sino también multitud de antiguas, que es de lo que más nos enorgullecemos. Tenemos algunos libros realmente antiguos. Verdaderas rarezas. No los encontrará en ningún otro lugar. No obstante, si en estos momentos no tuviéramos lo que usted desea, podemos conseguirle casi cualquier ejemplar en un plazo muy breve. En dos o tres días como máximo.

El cliente se apartó por fin de la entrada y se dirigió hacia el mostrador. Se detuvo indeciso cuando estuvo muy cerca, como si no supiera qué hacer consigo mismo. Hasta mi nariz llegó en ese instante un suave olor a campo. Por un momento me hizo pensar en hierba recién cortada. El hombre debía de utilizar un perfume o desodorante con extractos de plantas.

—La obra que busco se encuentra en esta librería —dijo. Su tono de voz perdió de repente la anterior inseguridad, tornándose firme. Incluso más que eso: lo dijo con una voz que no admitía réplica—. Y no es en absoluto una edición antigua. Al contrario, acaba de ser escrita.

—En ese caso, tiene que estar aquí —contesté, al tiempo que me levantaba de la silla e iba hacia la estantería donde colocaba las últimas novedades—. Eche usted un vistazo, por favor.

En siete estrechas baldas se alineaban unos cincuenta libros publicados en los últimos meses. La ciencia ficción volvía a estar en el candelero. El año pasado por la misma época, allí no había más de quince volúmenes. Alcancé de uno de los estantes del medio un libro de pequeño tamaño y cubierta brillante.

—Esto es lo último que hemos recibido: *Encuentros imposibles*. ¿Es lo que busca?

El cliente miró un instante el libro en mi mano, y luego negó con la cabeza:

—No, no es este.

—Le sugiero que entonces eche un vistazo a los títulos restantes. Todos estos han salido hace poco.

Dejé al hombre ante la estantería y volví al mostrador. A las personas no les gusta que alguien las observe cuando hojean libros. Se sienten vigiladas y eso, desde luego, no es agradable.

Bajé la vista hacia el monitor cubierto por una red de letras. El relato que escribía estaba prácticamente acabado. Me faltaba leerlo una vez más y pulirlo aquí y allá. Podría haberlo hecho en la soledad de que esperaba disponer hasta la hora de cierre de la librería. Ahora, sin embargo, mi aislamiento se veía interrumpido, pero tenía la esperanza de que el hombre encontrase pronto lo que buscaba para poder dedicarme de nuevo al texto. Lo cierto es que me resultaba imposible concentrarme en la escritura mientras él estuviera en la tienda. Sin saber qué hacer mientras aguardaba, volví a pulsar las teclas de grabar.

Mis dedos descansaban sobre el teclado cuando el cliente apareció otra vez ante mí. En un primer momento pensé que ya había encontrado el libro que buscaba, pero al levantar los ojos, vi que sus manos estaban vacías.

—No está —dijo.

—¿Los ha examinado todos? —pregunté sin poder ocultar la incredulidad.

—Sí, hay solo cuarenta y ocho libros —respondió imperturbable. Si se había dado cuenta de mi tono de sorpresa, no lo demostró en absoluto.

Miré asombrado la figura que se erguía ante mí, y luego la estantería de novedades.

—Pues sí —dije a la postre—. Solo cuarenta y ocho.

—¿Dónde más podría buscarlo? —preguntó con apremio.

—Si realmente se trata de un libro nuevo, solo puede estar ahí. Es el lugar donde los pongo. En las demás estanterías se encuentran las publicaciones antiguas. Pero ¿qué libro es? Si me dice el título, podría ayudarle a buscarlo.

—¿El título? —El visitante parpadeó confuso a través de los cristales ya secos de las gafas—. No sé el título.

—No importa —me apresuré a sacarlo del apuro. La situación era bastante

común. Casi a diario recibía peticiones incompletas—. Me bastará con el nombre del autor. Por él comprobaremos fácilmente cuál es el libro.

El hombre sacó de nuevo el pañuelo del bolsillo y se enjugó la parte superior de la frente, donde le brillaban gotitas de sudor, seguramente porque iba demasiado abrigado para la temperatura que hacía dentro. Volví a sentir un soplo de aroma vegetal. Ya no se trataba de hierba segada, sino de algún tipo de flor silvestre, pero no conseguía adivinar cuál.

—Tampoco sé el nombre del escritor. —En su rostro apareció una expresión de embarazo.

Suspiré, consciente de que las probabilidades de terminar mi relato casi se habían esfumado. Aquello tenía toda la pinta de alargarse.

—¿Qué le parece si se pone cómodo? —le sugerí—. Aquí hace bastante calor, y quizá tardemos un poco en encontrar un libro cuyo autor y título ignoramos. Puede dejar su gabardina allí, en el perchero junto a la puerta.

—No, no. —El hombre negaba enérgicamente con la cabeza—. No puedo quitarme la gabardina. No tengo mucho tiempo. Se trata de un caso urgente. Debo encontrar esa obra cuanto antes. No puedo volver sin ella. Usted no lo entiende...

Lo dijo muy de prisa, sin respirar, para detenerse después de repente, como si por alguna razón no pudiera o no quisiera continuar. En sus ojos pudo apreciarse una mirada suplicante.

—Entiendo —dije tras una breve pausa— que para usted es muy importante encontrar una obra de ciencia ficción y que le urge. Yo, naturalmente, quiero ayudarlo, pero los datos de que dispongo son muy escasos. Solo sé que se trata de una obra nueva y que no está en la estantería de novedades. Si pudiera decirme algo más sobre el libro, tal vez lo reconocería. Yo leo mucho, casi todo lo que se edita. Sobre todo las novedades. ¿Puede, al menos, contarme de qué va?

En los labios del hombre bailó una sonrisa:

—Eso sí puedo. Por supuesto. Habla de mi mundo.

Nos quedamos mirándonos unos instantes, sin mediar palabra. Yo también esbocé una sonrisa.

—¿De su mundo? —inquirí, rompiendo el silencio.

—Sí, pero en la Tierra nadie lo conoce. O mejor dicho, nadie sabía de él hasta hace poco. Hasta que se escribió la obra que busco. En su planeta nuestra estrella ni siquiera tiene nombre, solo está catalogada bajo un número, aunque se halla relativamente cerca, tan solo a once años luz y medio. Pero se trata de una estrella pequeña, bastante menos llamativa que algunas de las que la rodean, por eso no es raro que sea anónima.

Asentí ligeramente con la cabeza en señal de comprensión, como si alguien me hubiera dado una noticia insustancial. Así que era eso. Uno más de aquellos tipos. Sin embargo, no lo parecía. Justo lo contrario. Pero las apariencias engañan, como he comprobado ya varias veces. La ropa no es lo que hace a un excéntrico.

A mi librería acuden toda suerte de personajes estrambóticos. Parece que los atrae de forma irresistible. Me temo que es una consecuencia inevitable del género al que he elegido dedicarme. Sobre todo aquellos que han presenciado la visita de extraterrestres, por alguna razón consideran mi local el lugar idóneo para abrir sin tapujos su alma. Al principio entablaba conversación con ellos, explicándoles que para mí la ciencia ficción no era más que prosa basada en hechos imaginarios, en la que sus experiencias, precisamente porque afirman que son reales, no podían incluirse. Sin embargo, ellos, por regla general, no tenían oído para matices de este tipo.

Luego, en mi ingenuidad e inexperiencia, intentaba disuadirlos. ¿Qué sentido tenía disparar desde el otro extremo del cosmos solo para asustar con luces y ruidos extraños a los habitantes de casas apartadas en los suburbios de la ciudad? Entonces empezaban los problemas. Ellos no solo hacían oídos sordos a mis razonamientos, sino que interpretaban mi escasa disposición a creerles como prueba fehaciente de que yo también formaba parte de la gran conspiración que intentaba ocultar la existencia de los extraterrestres. Esto era la variante suave. Los peores eran los partidarios de los platillos volantes que me acusaban abiertamente y con bastante virulencia de ser yo mismo un extraterrestre.

No había ninguna forma válida de defensa contra estas acusaciones. Realmente, ¿cómo puede probar uno que no es un alienígena a alguien que lo ve con un par de antenas en la cabeza? ¿Qué argumentos pueden hacer tambalear la fe ciega? Mi principal dificultad residía, sin embargo, en el hecho de que yo, como dueño de una librería que no hacía diferencias entre los clientes por sus distintos modos de ver el mundo, tenía las manos atadas. Si me hubiera encontrado con este tipo de gente en otro lugar, podría haber solucionado el problema levantando un tanto la voz. El efecto que tenía sobre ellos un tono un poco más agudo era de veras asombroso. Se callaban de inmediato y se retiraban, a menudo avergonzados. Pero allí, en la tienda, eso no era posible. ¿Qué impresión causaría un librero que grita a su cliente solo porque tiene una idea rara acerca de su procedencia?

Así que en esos casos, echaba mano del último recurso de que todavía disponía. Cuando me visitaba un personaje estrambótico como aquel, escuchaba con mucha paciencia su historia, independientemente de lo disparatada que fuera, intentando hablar yo lo menos posible. Con frecuencia me limitaba a asentir o a negar con la cabeza, según la ocasión, como garantía de que escuchaba atentamente la exposición. Esta técnica me reveló bastante útil. Sobre todo porque el asunto duraba mucho menos que si nos enzarzábamos en una discusión. Además, casi todos los clientes de este tipo, después de desahogarse compraban un libro.

Con el tiempo esto se convirtió en una compensación por mi dedicación de más o menos un cuarto de hora. Casi podía introducir esta partida en mi lista de precios: con la compra de un libro adquiere usted el derecho a malgastar a su antojo quince minutos de tiempo del propietario. Al principio me remordía la conciencia, ya que

tenía la sensación de que de alguna forma me estaba prostituyendo, pero luego el espíritu mercantil prevaleció sobre este superfluo purismo moral.

Aún más, según fueron pasando los meses, empecé a verme a mí mismo como un psiquiatra, muy mal pagado, en efecto, pero por lo menos no me faltaban pacientes. Al contrario: tenía tantos que al final no podía confiar en mi memoria, y tuve que procurarme un cuaderno en el que anotaba todo lo que había comprado cada uno, para que no se llevaran por error dos veces el mismo libro. A decir verdad, a ellos les daba igual, por lo general no los leían —a veces incluso encontraba los libros tirados junto a un cubo de basura cercano—, pero para mí era cuestión de profesionalidad. Cada cliente se merece el mejor trato posible, y los que tienen problemas aún más.

Sin embargo, todavía no me había encontrado con un caso como aquel. ¡Era la primera vez que un extraterrestre visitaba mi librería! En realidad, debería estar celoso. Hasta aquel momento, ese papel me estaba reservado. Pero no importaba, la situación no había cambiado sustancialmente. No eran más que matices. Mi estrategia principal no iba a variar: no poner nada en duda y animar al interlocutor a que se confiase sin reservas.

—A once años luz y medio —dije—. Pues no es poco. Ha tenido usted que recorrer una larga distancia. Seguro que ha tardado bastante.

El hombre negó con la cabeza:

—Muy poco. Apenas podemos denominarlo viaje.

—Entiendo. Probablemente ha pasado el tiempo del vuelo en estado de hibernación, y por eso le ha parecido tan breve.

—No, no hubo necesidad de hibernación.

—Oh. Entonces eso significa que posee una nave espacial muy veloz. A juzgar por la rapidez con la que ha llegado aquí, diría que se mueve bastante más de prisa que la luz.

Me miró como si fuera un profesor que tiene ante sí a un estudiante soltando una sarta de estupideces.

—Ninguna nave espacial puede moverse más rápido que la luz.

—Por supuesto que no —me apresuré a rectificar—. Qué tontería por mi parte. Lo había olvidado por un momento. Pero, entonces, ¿cómo ha hecho el recorrido en tan poco tiempo? Perdonará mi ignorancia, los viajes espaciales no son mi fuerte.

—Del único modo posible. Gracias a la quinta fuerza.

No es fácil mantener conversaciones de esta clase. Es imprescindible conservar la seriedad, y la tentación de ridiculizar al interlocutor es grande. Aún más difícil es reprimir la risa que, por momentos, amenaza con escapar como una erupción de tus entrañas. Pero hacía tiempo que yo estaba entrenado en el autocontrol.

—¿A la quinta fuerza? —repetí, manifestando la leve sorpresa que consideraba adecuada para la ocasión.

—Así la denominamos nosotros. Ustedes también están al corriente de ella, pero todavía no la reconocen como fuerza, y por eso utilizan un nombre distinto. En

realidad tiene varios nombres. Uno de ellos es, por ejemplo, imaginación.

—¿Imaginación? —Esta vez no tuve que fingir sorpresa.

—Sí, imaginación, fantasía, ficción, como usted quiera llamarlo. La capacidad de imaginar algo que aparentemente no existe. —Describió un amplio arco con su mano por las estanterías que nos rodeaban—. Todos estos libros son fruto de la imaginación, ¿o no?

—Sí. —No me quedó más remedio que afirmar.

—Y usted está convencido de que se trata de pura invención. Cree que los mundos de ciencia ficción de ningún modo pueden ser reales, ¿no es así?

—Pues... sí... —farfullé, encontrándome en un aprieto—. Bueno, en general... Aunque, a veces, claro está, puede haber ciertas coincidencias... No hay que excluirlo... Pero muy raramente...

—Dígame —interrumpió él mi balbuceo—, ¿cómo se origina una obra de ciencia ficción?

No contesté en el acto. La conversación tomaba un curso completamente inesperado. Quién iba a decir que debatiríamos sobre los problemas de la creación literaria. Con los tipos extraños que me visitaban había discutido muchos temas insólitos, pero nunca este.

—Pues no lo sé. Mis experiencias en este campo son muy modestas. Solo he escrito unos pocos cuentos. Supongo que el escritor reflexiona, y luego se le ocurre una idea y...

—¿Se le ocurre una idea, sí! ¿Sabe lo que sucede en realidad en ese momento, cuando, como usted dice, «se le ocurre una idea», en apariencia sin que venga de ninguna parte?

Por supuesto que no lo sabía, así que me encogí de hombros en señal de compunción.

—¿Se activa la quinta fuerza!

La pausa que siguió a continuación era un efecto dramático deliberado, calculado para que lo que acababa de proferir causara en mí la impresión más fuerte posible. Iluminado por esta revelación, asentí enérgicamente con la cabeza.

—A diferencia de las cuatro fuerzas elementales que existen en el nivel más básico, esta quinta fuerza aparece solo en el nivel más complejo. Solo se puede originar en un lugar de todo el universo: en los centros de conciencia de las especies suficientemente desarrolladas. En su caso, este centro es, por supuesto, el cerebro. — El visitante se dio unos golpecitos con el dedo medio en la cabeza.

—Claro, claro —le di la razón complaciente, repitiendo el mismo gesto.

—Para la quinta fuerza no hay ningún tipo de limitaciones espaciales o temporales: actúa instantáneamente, a distancias infinitas, de modo que elimina completamente la separación entre el que la emite y cualquier punto en el universo hacia el que está dirigida. Cuando la quinta fuerza está activada, usted es capaz de ver, por ejemplo, otro mundo con la misma claridad que si estuviera en él.

—Entiendo —dije. En conversaciones de este tipo lo más importante es causar la impresión de que uno acepta con facilidad y sin escepticismo todo lo que le revelan. En realidad, cuanto más extraño es el asunto, más credulidad hay que aparentar.

—Esa es la idea que te asalta de repente. Si uno no conoce su verdadera causa, no sabe que esas ideas se deben a la actuación de la quinta fuerza, le parecerá que las ha inventado, que no son reales. Pero no hay nada imaginado. El mundo que se muestra en la mente no es menos real que el suyo propio, a pesar de lo insólito que le pueda parecer.

—Muy interesante —comenté.

—Todos estos libros aquí no son más que prosa inventada, mientras que en mi mundo representarían documentos de cuya autenticidad nadie dudaría. Pero este concepto erróneo ya se corregirá cuando ustedes dominen la quinta fuerza, y no solo la utilicen de manera salvaje, incontrolada, como han hecho hasta ahora.

—Si lo he entendido bien, entonces ¿esto ya no sería una librería, sino alguna suerte de... archivo?

—Sí, un lugar donde se reúnen datos sobre otros mundos. Yo me dedico precisamente a eso. Utilizo la quinta fuerza para investigar mundos foráneos y catalogarlos. Así me he topado con la Tierra.

—¿Y ha decidido visitarnos?

Él negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no, no lo comprende. No fue tan fácil. La quinta fuerza no transporta materia a distancia. Solo informaciones. El que la utiliza no se mueve de su propio mundo.

—Pero usted, sin embargo, ha venido aquí, a la Tierra, ¿o no es así?

—Eso ha ocurrido a causa de una interferencia.

—¿Interferencia?

—Sí. Por la superposición de dos haces de la quinta fuerza.

—Ah, se trata de eso.

El visitante no continuó inmediatamente. Sacó de nuevo el pañuelo y se secó la cara. Unos chorros de sudor se deslizaban desde su frente serpenteando luego por su barba. El olor floral que se desprendía de él se había vuelto durante la conversación muy denso, casi embriagador.

—Cuando dirigí mi haz hacia la Tierra, sucedió algo completamente inesperado. Desde aquí llegó casi simultáneamente otro haz en dirección contraria. A alguien se le había ocurrido la idea de escribir sobre mi mundo. A algún escritor de ciencia ficción, obviamente, muy torpe en el uso de la quinta fuerza, porque si hubiera estado solo un poco instruido, de ningún modo habría permitido que esto sucediese. Habría sabido cuán peligroso es que interfieran dos haces.

—¿Peligroso? —pregunté, mostrando el grado adecuado de perplejidad.

—Y mucho. Dos haces que interfieren crean un vacío en el continuo espacio-tiempo. Si este vacío no se cierra rápidamente, empezará a succionar todo lo que lo

rodea. Primero sus dos puntos extremos, la Tierra y mi mundo en este caso, luego las familias de planetas a los que pertenecen, y por último los sistemas de estrellas vecinos. En realidad, su avidez no tiene límites. Como si de repente se hubiera abierto un agujero negro de una longitud de once años luz y medio.

No me quedó otro remedio que horrorizarme.

—Pero ¡eso es terrible! ¡Pavoroso! ¿Existe algo que nos puede salvar, o estamos condenados a la aniquilación?

—Sí, existe, si conseguimos anular la interferencia. Todavía no es demasiado tarde para ello. Pero cada vez tenemos menos tiempo.

—Entonces no debe vacilar ni un instante —dije apresurado—. ¿Cómo se anula la interferencia? ¿Qué hay que hacer?

—Tengo que encontrar el libro sobre mi mundo. Para volver con él y unirlo a mi documentación sobre la Tierra. Cuando se reúnan estas dos creaciones de la quinta fuerza, desaparecerá la interferencia, y el vacío se cerrará.

—Pero ¿cómo piensa volver? No me lo reproche, pero yo sigo sin entender cómo ha llegado usted hasta aquí. —Esto no se correspondía con mi estrategia. Por lo general evito preguntas superfluas, más que nada porque alargan innecesariamente la conversación. Pero sentía que de algún modo se lo debía a aquel excéntrico. Realmente se había esforzado por inventarse una historia admirable, y no solo una pesada insensatez, como la mayoría de los otros. Muchos escritores de ciencia ficción lo envidiarían por ella.

—A través del vacío, por supuesto. Se puede utilizar como atajo hasta que sea imposible controlarlo. Se trata de una travesía instantánea. Con un solo movimiento crucé todos los años luz y me hallé en la entrada de su librería. Como si atravesara una especie de espejo. Para mí también ha sido una experiencia nueva e insólita. Nunca había pensado que un día me adentraría en la zona de interferencias de la quinta fuerza. Pese a que a usted tal vez no se lo parezca, yo no soy ningún aventurero. Aunque paso la mayor parte de mi tiempo investigando mundos extraños, esta es la primera vez que me he alejado físicamente del mío. En realidad, respondo bastante bien al tipo que ustedes llaman ratón de biblioteca.

Una sonrisa incómoda apareció en sus labios, como si se disculpara. Se la devolví, sintiendo de repente cierta simpatía por él. Si las circunstancias hubieran sido distintas, aquello podría haber sido un interesante intercambio de ideas entre dos compañeros de pluma, incluso en cierto sentido almas afines. Realmente me había gustado su historia. Tampoco estaba mal la ocurrencia sobre el atajo. No era demasiado original, pero sí convincente. En mi opinión, la historia solo tenía un punto débil. Por supuesto, podría haberlo ignorado, pero al final prevaleció el crítico pedante que hay en mí.

—No tenía ni idea —dije— de que los humanos existiesen también en otros mundos, por lo menos a juzgar por su aspecto.

—Y naturalmente no existen.

—Entonces ¿cómo...? —pregunté, señalando su cuerpo con la mano.

—Transformación —respondió parco, como si con ello quedase todo explicado.

—Ah, sí, es verdad. Debería habérmelo imaginado. También bajo la influencia de la quinta fuerza, sin duda.

—Así es. Ella lo permite, mientras se encuentra en interferencia, si uno la sabe manejar adecuadamente. Pero solo por un período de tiempo muy corto. Lo que es un motivo añadido para tener prisa. No podré mantener durante mucho tiempo esta forma. Y, además, no me siento bien con esta apariencia. Es muy fastidiosa y torpe. No les envidio en absoluto este cuerpo. Sobre todo porque es muy incómodo para moverse.

—Seguro que existe una razón para no poder aparecer aquí con su propio cuerpo.

—Desde luego. Habría muerto al cabo de unos instantes. Esto es una atmósfera extremadamente tóxica para mí, y la presión es muy alta. Raramente me he topado con un medio ambiente tan pernicioso, y he conocido un gran número de mundos. Pero aunque las condiciones en la Tierra fueran perfectas, igualmente tendría que adoptar apariencia humana. Por usted.

—¿Por mí?

De nuevo se dibujó una sonrisa en los labios del visitante.

—Sí, por usted. ¿Cómo cree que habría reaccionado si yo hubiera aparecido en su librería en mi forma natural? ¿Habría usted charlado así de cómodo con una pelota?

—¿Con una pelota? —repetí. En alguna parte oculta de mi mente sonó un timbre de aviso.

—Sí, con una pelota, perfectamente redonda y blanda. Por lo demás, ¿qué otra forma puede ser más adecuada que la pelota en un mundo que carece de pendientes y obstáculos, y está tapizado de una densa vegetación? Casi todo mi planeta está envuelto en una alfombra gigantesca. No hay nada más agradable que rodar por ella.

Intenté tragar saliva, pero la garganta se me había cerrado de repente. Sentí que el pulso me empezaba a golpear sordo en el oído.

—Y el aroma embriagador que exhala. Eso es, en realidad, lo peor en la Tierra. A todo lo restante me podría acostumbrar, pero no a este hedor horrible. —Olfateó con repugnancia el aire recalentado de la librería—. Si tuviera usted la posibilidad de respirar aunque fuera solo una vez el aroma de mi mundo, nunca más podría aguantar aquí.

Empecé a pensar febrilmente. Aquello no estaba sucediendo. No podía ser. Tenía que haber una explicación lógica. Pero no se me ocurría nada que tuviera sentido.

—Los olores —continuó sin piedad el visitante— que desprenden un sinfín de hierbas que no existen en ninguno de los muchos mundos que he conocido. Lomus, rohum, mirana, hun, ameja, ulg, vorona...

—... Pigeja, gorola, olam —terminé con voz amortiguada casi hasta el susurro.

—¡Así que ha reconocido la obra! —gritó él, y su cara se iluminó.

La había reconocido, por supuesto. Se trataba de mi nuevo cuento. Tan nuevo que

todavía no había sido publicado y por lo tanto no podía hallarse en la estantería de las novedades. Era una historia cuya existencia en aquel momento nadie debería conocer, excepto el autor. Una historia que reposaba, guardada varias veces, aunque con una habría bastado, en el espacio virtual de mi ordenador.

Asentí con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—Le ruego que me la entregue. ¡Rápido! Si no me doy prisa, podría ser demasiado tarde.

Mientras con gestos mecánicos ponía el disquete en el ordenador y pulsaba las teclas de copiar, un montón de preguntas se agolpaban en mi mente. Pero sabía que no plantearía ninguna de ellas. No solo porque ya no había tiempo para obtener respuestas, sino porque a decir verdad no estaba preparado para oírlas.

El visitante cogió el disquete que le tendí, lo observó atentamente como si con la mirada pudiera ver su contenido, luego levantó sus ojos hacia mí y de nuevo me dirigió una sonrisa. No dijo nada. Yo también intenté sonreír, pero creo que no conseguí más que esbozar una mueca.

Después se dio la vuelta y con paso raudo fue hacia la salida. Un instante más tarde se lo tragó la densa pared de niebla.

Permanecí un largo rato inmóvil, con la vista clavada en el gris opaco que se había cerrado tras él. Y luego mis dedos empezaron de nuevo a repiquetear en el teclado. La red de letras desapareció del monitor, dejando tras de sí un vacío amarillo. El cuento que casi había terminado se desintegró en la inexistencia. De la historia, igual que del visitante, no quedó ni rastro. Podía haber intentado convencerme a mí mismo de que ni siquiera la había escrito, de que nadie había entrado en la librería, como tantas noches anteriores, cuando los espíritus cenicientos se levantaban perezosos del lecho del río.

Pero el privilegio de engañarme a mí mismo, a pesar de todo, me estaba vedado. Ciertamente, había borrado la historia —con una sola tecla había borrado todas las versiones guardadas—, pero el visitante había dejado una huella. Muy débil, pero indudable. La reconocí en cuanto respiré profundamente por primera vez por la nariz. Una maraña de delicados aromas vegetales de procedencia desconocida flotaba vagamente a mi alrededor. Quizá fuera imperceptible para otros, pero yo sabía que, mientras lo sintiera, no me atrevería a escribir historias de ciencia ficción.

4. EL TREN

El señor Pohotni, vicepresidente de un prestigioso banco de la capital, se encontró en el tren con Dios. En primera clase, por supuesto. El señor Pohotni no viajaba a menudo en ferrocarril, pero siempre que lo hacía utilizaba la primera clase. No solo porque era lo que correspondía a su posición, sino también porque así tenía menos probabilidades de hallarse en compañía no deseada. Desconfiado y receloso por naturaleza, como lo exigía su profesión, procuraba evitar encuentros con desconocidos siempre que fuera posible. Antes de emprender aquel viaje, estuvo tentado —probablemente llevado por algún tipo de presentimiento— de reservar los seis asientos del compartimiento y asegurarse así de que nadie lo molestara, pero al fin prevaleció la cautela del banquero: sería una inversión demasiado grande en algo que, con un poco de suerte, se podía obtener gratis.

Y esa suerte acompañó al señor Pohotni aproximadamente tres cuartas partes del viaje. Hasta que, en una estación pequeña donde los trenes expreso no suelen parar, Dios subió al vagón de primera clase y fue directamente al compartimiento del señor Pohotni. Por supuesto, el vicepresidente no reconoció a Dios de inmediato. En un primer instante le pareció que el señor que había abierto la puerta de su compartimiento debía de ser un militar retirado, probablemente un coronel. Era un hombre de baja estatura, con barba todavía poblada, aunque canosa, un bigote cuidado y mejillas sonrosadas. Llevaba un traje de corte clásico que disimulaba con habilidad sus curvas un tanto acentuadas.

Dios entró y obsequió al señor Pohotni con una sonrisa cordial y una leve inclinación de cabeza. Luego sacó el billete del bolsillo izquierdo de la chaqueta, comprobó algo y se sentó junto a la ventana, enfrente del señor Pohotni, cruzando las piernas. Clavó la mirada en su compañero de viaje, sin dejar de sonreír.

Si las circunstancias hubieran sido distintas, este comportamiento habría molestado muchísimo al señor Pohotni. Lo habría considerado descortés, incluso descarado. Ciertamente, qué modales eran aquellos, clavar la vista en alguien a quien no se conoce, y, además, sonreír de manera tan abierta. Cuando pensó en comprar los billetes de todo el compartimiento, fue sobre todo por inconvenientes de este tipo. Hay gente que se comporta sin ningún respeto, incluso en primera clase.

Sin embargo, en aquel momento, por alguna razón, la impertinente mirada del desconocido no lo enfureció. Hasta podría decirse que al revés; la interpretó como una invitación, absolutamente aceptable, a conversar y así acortar el monótono viaje. Además, ¿qué hay de malo en una charla entre dos señores distinguidos de edad similar, a los que el azar obliga a pasar cierto tiempo en el mismo lugar? ¿Acaso deberían estar callados hasta llegar al destino solo porque no han sido presentados formalmente? De ningún modo. No había que ser esclavo de las rígidas normas sociales.

El señor Pohotni depositó en el asiento contiguo el libro que estaba leyendo

—*Encuentros imposibles*, encuadernado en piel— y devolvió la sonrisa a su compañero de viaje.

—Espero que no le moleste que la ventana esté bajada —dijo.

—No, no me molesta —contestó Dios—. Hace un bochorno horrible.

—En verano suele ser normal —comentó el vicepresidente. Nada más decirlo se dio cuenta de que su comentario no había sido muy perspicaz. Se sintió incómodo. Le faltaba experiencia en este tipo de conversaciones ligeras—. Si quiere, podemos subirla un poco —añadió solícito.

—No, no —dijo Dios—, no hace falta, está muy bien así.

—Es mejor viajar en otras estaciones del año —prosiguió el señor Pohotni después de una breve reflexión—. No hace calor, y no hace falta abrir la ventana.

—En efecto —confirmó Dios—, si se puede elegir, es mejor evitar los viajes con calor.

—Aunque bien es verdad que en invierno a veces ponen la calefacción muy alta y hace demasiado calor en los vagones; entonces no queda más remedio que abrir las ventanas para refrescar un poco el compartimento.

—Pues sí, sin duda, es más agradable cuando no hace tanto calor.

—Las épocas más fastidiosas son en realidad la primavera y el otoño. Entonces es muy difícil llegar a un acuerdo entre los viajeros. Siempre hay uno al que le gustaría dejar la ventana un poco entreabierta para que entrase aire fresco, sobre todo en viajes largos, mientras que a los otros les molesta la corriente.

Dios suspiró:

—No es fácil contentar a la gente.

No había nada que quitar o añadir a esta conclusión, pero precisamente esto puso al vicepresidente en un apuro. Quería continuar la conversación, pero, a todas luces, el asunto de la apertura de las ventanas estaba agotado. No sabía qué más se podría decir acerca del mismo, y no se le ocurría ningún otro tema de conversación. En realidad, ¿qué les podía interesar a los coroneles retirados? Nunca había estado en compañía de ninguno, así que no tenía ni idea. Seguramente cosas militares. ¿Qué, si no? Pero, por desgracia, el señor Pohotni era un profano en asuntos castrenses.

Dios continuaba mirándolo fijamente con una sonrisa. El vicepresidente empezaba ya a inquietarse, cuando de repente vio una salida del aprieto. ¡Por supuesto! Era el momento justo para presentarse. Eso sin duda contribuiría a un comportamiento menos reservado. Hizo una inclinación de cabeza, tal vez un poco más pronunciada de lo habitual.

—Permítame que me presente —dijo, tendiendo la mano al viajero de enfrente—. Soy Pohotni, vicepresidente de banco.

Dios estrechó la mano extendida, hizo también una inclinación de cabeza y respondió escueto, sin más explicaciones:

—Dios.

Si algo sorprendió al vicepresidente, y tan solo por un instante, fue precisamente

la circunstancia de que no le asombró en absoluto enterarse de quién era su compañero de viaje. De repente le pareció no solo obvio sino también natural que aquel señor rollizo y canoso de traje oscuro sentado enfrente fuera Dios. ¿Qué otro sino Él? ¿Cómo se le había ocurrido que pudiera ser un coronel jubilado? Qué tontería.

Sin embargo, aunque se lo tomó con una sorprendente serenidad, el señor Pohotni seguía estando en apuros. Con Dios era aún más difícil que se le ocurriera un tema de conversación que con un coronel retirado. Ahí sí que no tenía ninguna experiencia. Bueno, entablar una charla informal no era lo más oportuno; además, ni siquiera se había revelado demasiado hábil en su anterior intento. También sintió que el banco no sería un tema adecuado, aunque en ese campo él se habría movido como pez en el agua. No, debía buscar algo más apropiado.

—¿Estoy muerto? —preguntó un tanto estupefacto, soltando por fin la mano del viajero.

—¿Muerto? No, ¿por qué piensa que está muerto?

—Es que creía que a usted solo se le veía después de morir. Por lo menos es lo que dicen.

—Se dice de todo. No debe creérselo. Primero me encuentro con cada persona una vez en la vida.

—No lo sabía.

—Claro que no. Nadie lo sabe.

El vicepresidente asintió lentamente, y luego sacó el pañuelo y se enjugó la frente, quedándose en la mano.

—Seguramente existe una razón para estos encuentros.

—En efecto, existe.

—¿Está de algún modo relacionada con lo que la gente hace, cómo se comporta? ¿Si son honestos o no?

—No —contestó Dios—. No tiene nada que ver con eso.

El señor Pohotni trató de ocultar un suspiro de alivio, pero lo consiguió solo en parte.

—¿Se puede saber entonces por qué se encuentra con la gente?

—Por supuesto. Para responder a sus preguntas.

—¿A qué preguntas?

—A cualquiera de ellas. Se puede preguntar todo.

—¿Todo?

—Sí. Le puedo dar cualquier información que usted desee. Sin limitación alguna.

El vicepresidente reflexionó un instante:

—¿Y qué se espera a cambio?

—Nada.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto. Yo no soy el diablo. Entiéndalo, digamos, como la

reparación de una injusticia. Dios tiene que ser justo, ¿verdad? A los hombres se los ha despojado de muchas cosas, y esta es la oportunidad de compensarlos un poco. Sin ninguna contraprestación.

—Ah, bueno —dijo el señor Pohotni—. Muy generoso por su parte. Yo, lo confieso, no he sido muy religioso hasta ahora, pero en el futuro, le aseguro que...

—No se apresure. Espere primero a ver si le gusta lo que va a oír. No siempre es el caso, y la fe puede ser muy efímera. Mejor veamos, ¿qué desearía preguntarme?

El vicepresidente empezó a estrujar el húmedo pañuelo en su mano.

—Todo ha sucedido tan de repente. Si al menos hubiera tenido un poco de tiempo para reflexionar, para prepararme. No es fácil así, de improviso, preguntarle algo a Dios.

—Pero seguramente hay algo que le gustaría saber, algo que le intriga, incluso que le obsesiona. No tenga ningún reparo. Le contestaré a cualquier pregunta.

—Es difícil decidirse. Desde luego hay cosas que me interesan, pero...

—Debo advertirle que no disponemos de demasiado tiempo. No falta mucho para su estación, y yo bajaré del tren antes que usted. Le aconsejo que aproveche lo mejor posible este encuentro. No habrá otros.

—De acuerdo. Pues bien, mire, yo he salido de viaje para comprobar la fiabilidad de una empresa que ha solicitado un préstamo de nuestro banco. Un préstamo enorme, casi la tercera parte de nuestro capital. Tengo una gran responsabilidad. Si recomiendo que el crédito se conceda y el negocio fracasa, sería un golpe muy duro para el banco, tal vez incluso desastroso. En cualquier caso, supondría el fin de mi carrera. Por otra parte, si rechazo recomendarlo, y el negocio tiene éxito con apoyo de otro banco, perdería por completo mi reputación. Por eso sería de un valor inestimable saber cómo actuar.

La sonrisa desapareció de la cara de Dios:

—¿Está seguro de que quiere preguntar eso?

—Sí —respondió sin titubeos el vicepresidente—. La cosa es muy seria. Nunca he tenido que tomar una decisión tan importante. Está en juego toda mi carrera, y se puede decir que también el futuro del banco.

—De acuerdo. Como quiera. Podría haberme hecho una pregunta más general, o más decisiva, o incluso trascendental, pero si no está interesado...

—Por supuesto que estoy interesado —le interrumpió el señor Pohotni—. Yo a veces reflexiono sobre esas cosas, desde luego, pero ¿sabe?, en este momento...

—Lo sé, lo sé —dijo Dios—, no tiene que explicarme nada. La respuesta a su pregunta es que usted estimará que hay que conceder el préstamo y no se equivocará.

Esta vez el vicepresidente no intentó reprimir el suspiro de alivio. Por un instante incluso cayó en la tentación de santiguarse; no obstante, le pareció inapropiado.

—Muchas gracias. Me volveré muy devoto, puede contar con ello.

—Tal vez. Pero no lo será durante mucho tiempo. Solo un año y medio.

—¿Qué quiere decir? Nada me lo podrá impedir. Le aseguro que seré piadoso

hasta el final de mis días.

—A eso me refiero. Le queda un año y medio de vida.

El señor Pohotni parpadeó perplejo.

—Pero no es posible —profirió por fin con voz ahogada—. Quiero decir que estoy completamente sano, voy regularmente al médico, llevo una vida ordenada...

—Uno no se muere solo por enfermedad. Usted se suicidará. Se disparará un tiro en la sien.

El vicepresidente se acercó el pañuelo a la boca y se limpió con gesto tembloroso las comisuras de los labios.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque cometerá un error que llevará al banco a la ruina. Se volverá demasiado confiado después del éxito de hoy y, en circunstancias parecidas a estas, tomará una decisión errónea. El suicidio será la única salida digna para usted.

Sin saber qué responder, el señor Pohotni continuó mirando fijamente al hombre del asiento de enfrente. Se notaba el pulso en el oído. Entonces se le ocurrió una idea y se agarró desesperadamente a ella.

—Pero eso se puede evitar. Usted me ha advertido del peligro. ¿Qué pasaría si no tomase ninguna decisión? ¿Si me retirara por completo de los negocios?

—No podrá servirse de mi advertencia, me temo —replicó Dios—. ¿Recuerda que le dije que nadie conocía mis encuentros con la gente en vida? ¿Cuál cree que es la razón?

—¿Porque es un secreto? —dijo el vicepresidente encogiéndose de hombros.

—No. No serviría de nada que fuera un secreto. Seguramente alguien lo descubriría. La naturaleza humana es así. He tenido que procurarme algo más fiable. Nadie recuerda que se ha encontrado conmigo. Usted también lo olvidará por completo en cuanto yo baje del tren.

—Pero, si me lo permite, ¿cuál es entonces el objetivo de estos encuentros con los hombres? ¿Les da respuestas que no pueden recordar?

—Es lo máximo que se ha conseguido. La elección estaba entre dejar a los humanos en la ignorancia permanente o darles conocimientos que pagan con el olvido rápido. Entre algo y nada, yo me he decidido por algo. Me pareció más justo.

—A mí no me parece justo comunicar a una persona que pronto fallecerá, y luego no darle la oportunidad de salvarse. No se lo tome a mal, pero ese proceder me parece más propio del diablo.

—Al contrario, el diablo le privaría con mucho gusto del olvido porque esto le brindaría la ocasión de deleitarse con su agonía. Pero aunque recordara este encuentro, eso tampoco lo salvaría. Nada de lo que usted hiciera evitaría la inexorabilidad de los acontecimientos posteriores. ¿Por qué entonces exponerle al sufrimiento innecesario que conlleva el conocimiento de su pronta muerte?

De lejos llegó el prolongado silbido de la locomotora, al tiempo que los vagones empezaban a aminorar la velocidad.

—Quizá podría haber preguntado otra cosa —dijo en voz baja el señor Pohotni.

—Podría haberlo hecho, sí. Pero ahora, desgraciadamente, ya es tarde. Estamos llegando a mi estación.

—No es fácil pensar cuál sería la pregunta idónea para plantear a Dios.

—Lo sé. Pero si le sirve de consuelo, tampoco es fácil, como ya hemos deducido, contentar a la gente. —Dios se levantó y le dio la mano al vicepresidente—. Adiós, señor Pohotni. Ha sido un placer.

El señor Pohotni también se levantó y estrechó la mano del viajero.

—Adiós —contestó, aunque no le pareció que esta palabra fuera la más apropiada para el momento.

Unos instantes más tarde, cuando el tren se puso de nuevo en marcha, el vicepresidente levantó la vista del libro que había vuelto a leer y miró por la ventana, preguntándose por qué se habían detenido en aquella pequeña estación. No estaba previsto en el horario de trenes. Pero daba igual, no habría más paradas hasta su destino. Ahora estaba seguro de que permanecería solo en el compartimiento hasta el final del viaje. Había actuado sabiamente al no reservar todos los asientos. Un vicepresidente de banco triunfador debe tomar en todas las ocasiones la decisión correcta. Era un buen presagio ante la evaluación que pronto debería llevar a cabo.

5. EL CONFESIONARIO

El carraspeo que llegó del otro lado del confesionario sonó profundo y áspero, casi como un gruñido distante.

El sacerdote se sobresaltó y levantó confuso la mirada hacia la ventanilla que había en el tabique que separaba su cabina del habitáculo donde se arrodillaban los fieles que iban a confesarse. A través de la rejilla de mimbre, que hacía las veces de pantalla semitransparente, vislumbró los contornos de un hombre corpulento. No lo había oído entrar porque se había quedado dormido. Para eso iba al confesionario, y no para esperar a los penitentes. Allí, su vicio apenas era perceptible. Habría sido muy embarazoso que los feligreses lo sorprendieran durmiendo abiertamente en algún otro lugar de la iglesia.

No sentía demasiados remordimientos de conciencia por ese pecado. Para él parte de la justificación se hallaba en su avanzada edad, ya que a sus años era inevitable sucumbir durante el día en un momento dado a la tentación de dormir, especialmente después del mediodía, cuando en la iglesia reinaba la tranquilidad. Pero los fieles también tenían su parte de culpa. Si hubieran sido más, si no hubieran empezado a escasear, él no habría tenido tiempo para ese inapropiado reposo. Cuando, muchos años atrás, siendo un joven sacerdote, había llegado a aquella parroquia, las circunstancias eran completamente distintas. En aquella época nunca habría podido suceder que lo dejaran mucho tiempo solo en la iglesia. Pero la secularización de los tiempos había acarreado de manera inexorable estos cambios. Últimamente había días en los que no entraba nadie.

Existía otra circunstancia que atenuaba el pecado de dormir en el confesionario. Cuando sentía que los ojos se le cerraban, no se dirigía hacia la cortina de grueso terciopelo rojo oscuro como si fuera a un dormitorio, sino que iba allí con la noble intención de leer, a pesar de que, con la cortina cerrada, el interior era bastante oscuro, sobre todo para su vista ya muy debilitada.

Al principio se llevaba la Biblia como lectura más apropiada para ese lugar, pero como nunca avanzaba más de media página antes de que lo invadiera el sueño, empezó a parecerle un sacrilegio premeditado, por lo que pronto cambió el libro sagrado por obras menos santas. Ciertamente, no creía que esa fuera la solución más grata a Dios, pero como en este caso la lectura tampoco se alargaba demasiado, el pecado no era muy grande. Además, nunca había sido demasiado severo a la hora de dar la absolución: ni a los otros, ni a sí mismo.

Al despertar sobresaltado del sueño, olvidó que tenía en su regazo un libro abierto, el cual se deslizó sin que él se diera cuenta y cayó al suelo al desperezarse. El ruido que produjo fue seco y ahogado, y él se inclinó rápidamente para recogerlo y esconderlo bajo la sotana. El hombre al otro lado no podía haberlo visto, por supuesto, pero por un instante se sintió como un niño a quien sorprenden mirando imágenes indecorosas. Ese libro, que ya le venía haciendo compañía cierto tiempo y

que se llevaba cuando se retiraba al confesionario para echar la siesta, no era de ningún modo indecente, al menos a juzgar por las primeras páginas que había conseguido leer, pero su título —*Encuentros imposibles*— sí que sonaba un tanto impropio para el templo del Señor.

—Te escucho, hijo mío —dijo, después de aclararse la garganta. Se preguntó si conocía al hombre que había ido a confesarse. Eran pocos los que aún lo hacían con más o menos regularidad, por lo que los reconocía fácilmente por la voz.

—¿He venido en mal momento? —Era una voz profunda, aterciopelada, de un varón de mediana edad. Nunca la había oído antes.

—Ningún momento es inoportuno para visitar la iglesia. El oído divino está siempre abierto para los que quieren dirigirse a Él. ¿Cuándo te confesaste por última vez, hijo mío?

No hubo una respuesta inmediata al otro lado, como si el penitente estuviera intentando refrescar la memoria.

—Hace mucho tiempo —dijo por fin.

—Eso no está bien —replicó el sacerdote, con un tono de leve reproche—. El alma no debería soportar demasiado tiempo el peso de los pecados acumulados. La confesión nos trae la liberación y el perdón.

—No hay perdón para mis pecados —dijo el visitante, con un tono de voz tranquilo, como si se tratase de algo normal.

—Naturalmente que sí. La misericordia de Dios es infinita. No hay pecado que no le sea perdonado al que se arrepiente sinceramente.

—Oh, sí lo hay. Mis pecados seguramente no serán perdonados. Pero da igual. De todos modos, yo no me arrepiento de ellos.

—No digas eso, hijo mío. A ningún hombre le puede dar igual que sus pecados le sean perdonados o no. ¿Acaso quieres que tu alma acabe en el infierno?

—¿Por qué no? Allí no se está tan mal como dicen.

El sacerdote volvió la vista hacia la figura robusta del habitáculo vecino, aunque no podía verlo bien a través de la tupida rejilla.

—¿Que no se está mal en el infierno? —repitió lentamente el cura, acentuando cada palabra—. Solo pensar una cosa así es horrible, y mucho más expresarlo. ¿Eres consciente de lo que acabas de decir, hijo mío?

—Totalmente consciente. Lo sé por experiencia propia. Vengo de allí.

—¿Que vienes de dónde? —preguntó el cura en voz baja, después de una breve pausa.

—Del infierno.

El sacerdote sacudió la cabeza. Allí estaba otro retoño deplorable de los tiempos seculares. No era la primera vez que se encontraba con gente así. No les bastaba con no creer, sino que, además, de entre todos los lugares, elegían precisamente una iglesia para blasfemar. Pero él sabía apañárselas con ellos. Era por estas almas descarriadas por las que más había que luchar. Ya el solo hecho de que hubiera ido a

su iglesia era prueba suficiente de que todavía no estaba todo perdido.

—Ningún hombre ha vuelto del infierno —dijo de forma juiciosa, como un profesor señala a un alumno no muy inteligente una verdad simple y manifiesta—. Satanás nunca lo consentiría.

—Estoy de acuerdo, no lo consentiría. Pero eso a mí no me atañe.

—Oh, ¿y por qué no?, si me permites preguntar.

—Porque yo no soy un hombre.

El manto del silencio vespertino cubrió por un instante el confesionario. Así que se trata de eso, pensó el sacerdote sombríamente. Ante él no se encontraba un simple infiel altanero, sino uno de aquellos desgraciados a los que el afán de enfrentarse a las cuestiones de la religión había enturbiado la mente. Hacía ya tiempo que no se había topado con uno de ellos. En su mayoría se identificaban con el Salvador. Si no recordaba mal este infeliz se personaba ante él por primera vez. Por eso tenía que actuar con cuidado, sin contradecirle de manera brusca pero con determinación. Quizá al fin consiguiera que el hombre recobrase la razón; en cualquier caso no sería tarea fácil.

—Ah, así que es eso —replicó con voz tranquila, como si se tratara de algo muy corriente—. Entonces tú eres el Diablo en persona, si lo he entendido bien. Solo a él le está permitido salir del infierno.

La cabeza tras la rejilla de mimbre se inclinó ligeramente:

—Lo ha entendido bien.

El cura se pasó las puntas de los dedos por la frente y suspiró.

—Me parece bien, pero hay un problema. El Diablo nunca se atrevería a entrar en la casa de Dios.

—¿Eso cree? Ese es solo uno de los prejuicios que existen sobre mí. Siempre me he sentido muy a gusto aquí.

—Qué extraño. Entonces ¿cómo es que nunca te ha visto nadie? Tu figura difícilmente podría pasar desapercibida.

—¿Mi figura? Ah, ¿el rabo, los cuernos, las pezuñas, la cabeza de macho cabrío y el resto? Todo eso no son más que tonterías, por supuesto. He pasado inadvertido porque tengo un aspecto corriente, que no llama la atención de nadie. Como el suyo, por ejemplo.

El cura entornó los ojos porque así lograba aguzar un poco la vista, pero la figura del otro lado de la rejilla no era más que un contorno borroso e incompleto.

—Pero si tienes un aspecto tan corriente, ¿cómo puedes convencer a la gente de que eres lo que pretendes ser? ¿Acaso cualquiera no podría venir y afirmar que es el Diablo?

—Sí, podría. Incluso sucede a veces. Pero no les sirve de mucho. Más pronto o más tarde tienen que dar pruebas de lo que dicen.

—¿Y tú puedes ofrecer esas pruebas?

—Por supuesto.

—¿Podría ser, por ejemplo, un fuego infernal que de repente estallara en mitad de la iglesia y que de él surgieran huestes de ogros y monstruos? ¿O que el suelo de piedra se resquebrajara, y apareciera un abismo que llevara directamente a tu morada subterránea?

El hombre no contestó en seguida, y el sacerdote pensó que tal vez se había pasado un poco. Si quería ayudar a aquel infeliz, no debería parecer que se burlaba de él.

—No sería nada tan tosco y primitivo, naturalmente —se oyó de nuevo la voz profunda del habitáculo contiguo—. No hay necesidad. Ideas semejantes sobre mí sirven solo para asustar absurdamente a la gente inculta. Existen pruebas mucho más sutiles y convincentes.

—¿Me podrías exponer alguna?

—Con mucho gusto.

Desde el otro extremo de la iglesia, cerca de la entrada, llegó el sonido amortiguado de unos pasos. El oído avezado del párroco distinguió que se trataba de una mujer, probablemente joven, que se dirigía a una de las últimas filas de bancos y se sentaba, sumiéndose de inmediato en la oración.

Cuando el silencio reinó de nuevo, el visitante continuó:

—Permítame que le haga la misma pregunta que me hizo usted al principio. ¿Cuándo se confesó por última vez?

—¿Yo? Yo me confieso todos los días. Si no lo hiciera, ¿con qué derecho podría confesar a otros?

—Usted se confiesa a sí mismo, supongo, ya que es usted el único sacerdote en esta parroquia.

—En efecto. Mi conciencia es mi mejor confesor. A ella no se le puede ocultar nada.

—La conciencia, sí. Sin embargo, existen dos problemas relacionados con ella. En primer lugar, suele ser muy indulgente y condescendiente. A usted, por ejemplo, no le remuerde demasiado por dormir en el confesionario.

Seguramente he roncado, pensó el sacerdote. No se ha podido enterar de ningún otro modo. Ha entrado y me ha oído roncar. Tengo que hacer algo al respecto.

—Dormirse una vez en el confesionario no es más que una debilidad humana, y no un pecado serio. Pero desde luego que me arrepiento de ello.

—¿Solo una vez?

El sacerdote pestañeó. La conversación había tomado un curso equivocado. Por lo general, era él quien hacía las preguntas de este tipo.

—Bueno, quizá me ha sucedido un par de veces. Pero yo tampoco me considero un santo sin mácula.

—Aunque sería capaz de considerárselo, si no tuviéramos en cuenta el segundo problema relacionado con su conciencia.

—¿El segundo problema?

—Sí. Verá, su conciencia a veces puede ser bastante olvidadiza. Si una cosa no le gusta demasiado, si puede encontrar una justificación para algo, es proclive a hacerlo a un lado y fingir que nunca ha ocurrido. Y un verdadero confesor no debería actuar nunca de este modo, ¿no es cierto?

—Me temo que no lo he entendido muy bien —dijo el cura después de un breve titubeo.

—Tal vez lo entenderá mejor si se lo explico con un ejemplo. ¿Cómo actuaría su conciencia si sobre ella pesara la pérdida de dos vidas? ¿Se lo recordaría constantemente haciendo insoportable su existencia o preferiría relegar todo el asunto al olvido?

El sacerdote sintió un nudo en la garganta. ¿Quién era aquel hombre? ¿Para qué había ido allí? ¿Qué es lo que quería de él?

—No lo sé. Ni siquiera puedo imaginármelo. Yo no siento remordimiento alguno por la pérdida de dos vidas.

—Es evidente. Aunque debería. Su conciencia proclive al olvido es capaz de perdonarlo, pero, por desgracia, eso no cuenta mucho. Existe otro perdón, mucho más importante, que no admite el olvido. Toma en consideración todo, cada detalle, por insignificante que sea, y lo recuerda.

—¿De qué me hablas, hijo mío?

—Creo que usted sabe muy bien de lo que hablo. Es falso que la conciencia olvide. A decir verdad, no se trata más que de un destierro, que solo funciona hasta que alguien le recuerda lo que ha relegado. Como lo estoy haciendo yo ahora.

—¿Qué me estás recordando? —Aunque el sacerdote intentó mantener la firmeza en la voz, esta, sin embargo, empezó a temblarle.

—La chica que se ahogó saltando desde un puente cuando, embarazada de cinco meses, se enteró de que el padre de su hijo, un joven sacerdote del que estaba enamorada, no iba a mantener su promesa de renunciar a los votos por ella.

De nuevo sonaron pasos en la entrada de la iglesia. La joven había terminado su breve rezo y se marchaba. Caminaba con premura, dirigiéndose a alguna parte.

El cura se quedó unos instantes mudo, embotado, con la vista clavada en los oscuros pliegues de la cortina que tenía delante. En un primer momento quiso protestar, desmentir esa terrible acusación, cuestionar la identidad de aquella figura corpulenta al otro lado de la rejilla. Sin embargo, no lo hizo. No tenía sentido. El recuerdo, liberado de súbito del más oscuro y profundo rincón de su mente, lo azotó con tanta fuerza como debían de haber golpeado a la muchacha tiempo atrás las aguas heladas a las que se había arrojado. Y él no solo le había dado la espalda, sino que tampoco pudo acudir a su entierro. La iglesia no da cobijo a los suicidas. Incluso les niega un lugar en el cementerio. Ni siquiera se enteró de dónde fue sepultada.

Nadie sospechó nunca que él fuera el causante de la desgracia de la chica. Habían tenido mucho cuidado en ocultar su relación, y ella no dejó tras de sí ninguna carta de despedida denunciándolo, consiguiendo de este modo que su traición fuera aún más

terrible. En el mundo de los hombres, él siguió siendo inocente, pero de ninguna forma lo era ante sí mismo. Para acallar sus remordimientos tuvo que pasar por una verdadera agonía, pero sabía muy bien que esa salvación era solo temporal. Que el verdadero acto de saldar cuentas aún le aguardaba. Y he aquí que había llegado el momento. El Diablo había venido para reclamar su deuda. No tenía derecho a esperar misericordia ante lo que había hecho. En realidad, no la deseaba. Existía solo un lugar para su alma.

—¿Así que en el infierno uno no lo pasa tan mal como nos imaginamos? —dijo por fin, con voz apenas audible.

—Así es. Aunque usted no tendrá ocasión de comprobarlo.

—¿Qué quiere decir con eso...? —Estuvo a punto de pronunciar su habitual «hijo mío», pero se contuvo en el último momento.

—Su alma irá al paraíso.

El sacerdote levantó confuso la mirada hacia la ventanilla, aun a sabiendas de que no podría ver mejor a su interlocutor.

—¿Cómo podría un alma tan pecadora como la mía llegar al Paraíso? Eso no puede ni debe ocurrir.

—Sin embargo, ocurrirá. Yo me ocuparé de ello.

—Pero ¿por qué? No entiendo...

—¿Qué provecho podría obtener yo de su alma? Casi ninguno. El infierno está lleno de pecadores como usted. Se podría incluso decir que está superpoblado. Cada vez que acojo un alma descarriada, no hago más que un favor a Dios. Le libero de aquello que no le gusta. Le quito de encima alguna de sus creaciones defectuosas, para que pueda guardar las apariencias de que todo lo que ha creado es perfecto. Pero ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué debería seguirle el juego? Somos adversarios, no aliados, ¿no es así? Por lo tanto, tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para perjudicarlo, para recordarle constantemente lo imperfecto que es el mundo que ha creado. Y ¿qué mejor recordatorio que rodearlo de los peores pecadores?

—Pero Él nunca lo permitirá.

—Oh, sí lo hará. No tendrá elección.

—¿Dios no tendrá elección?

—En efecto, no la tendrá. Él no es tan omnipotente como piensa. Por ejemplo, de ningún modo podría expulsar del paraíso a un alma que ignora sus propios pecados, por muy graves que sean. Enviar un alma pura como esa al infierno sería infinitamente injusto. Y Dios se jacta de su justicia, ¿no es cierto?

—Pero yo soy plenamente consciente de mi pecado.

—Sí lo es, pero no por mucho tiempo. Ese es el motivo por el que he venido aquí.

—¿Por qué?

—Para borrar de su memoria el pecado que ha cometido.

—Pero yo no quiero olvidar.

—¿Y qué ha sido ese arrinconamiento constante al que ha recurrido hasta ahora?

También una forma de olvido, ¿no es así? Solo que no era completo. Pero yo le ofreceré ahora un olvido pleno, perfecto. No recordará ninguno de sus pecados. Todos serán borrados para siempre. Nadie podrá convencerle de que ha cometido usted pecado alguno. Cuando se presente ante Dios, su alma será la encarnación de la pureza. No tiene usted, en realidad, ningún motivo para quejarse. Las puertas del paraíso se le abrirán, y ¿acaso podría haber deseado algo mejor? Aunque, a decir verdad, no le envidio mucho por ello.

El sacerdote se levantó enérgicamente del asiento del estrecho confesionario. De repente tenía la sensación de estar encerrado en un ataúd en posición vertical.

—¡No puedes hacerlo! ¡Yo tengo que ir al infierno! Sería una injusticia horrible...

—Probablemente. Pero usted comprenderá que yo no puedo atenerme a semejantes normas.

El sacerdote extendió la mano hacia la cortina. Ni siquiera sabía lo que quería hacer. Era un movimiento instintivo, un intento febril de buscar una salida, de huir de la trampa en la que había caído. Pero su mano nunca llegó hasta la cortina de terciopelo. Su brazo se deslizó lentamente a lo largo del cuerpo, que de nuevo cayó laxo en el asiento. El sopor que lo embargó de repente no era el habitual de la tarde, sino otro muy profundo que nunca antes había experimentado. Tenía que descansar inmediatamente, le faltaba incluso fuerza para abrir el libro, y no digamos para leer unas frases. Sus ojos se cerraron solos, y la cabeza le cayó sobre el pecho.

Al despertar no pudo acordarse de si había soñado algo. Se quedó sentado unos momentos, despabilándose, y luego corrió la cortina y salió del confesionario. No había nadie en la iglesia. Siempre se sentía fortalecido después de este breve descanso, pero lo que lo colmaba ahora no era simple vigor. Sin saber cómo, le asaltó la idea de que aquel precisamente era el estado espiritual más apropiado para presentarse ante Dios: tranquilo, en paz con el mundo, con la conciencia inmaculada. Como los justos. Por el pasillo, entre las filas de bancos, se dirigió despacio al encuentro de la luz que se derramaba en la entrada.

6. EL ESTUDIO

Me pareció que el silencio de mi estudio se desplomaba sobre sí mismo, cual globo que se desinflara de repente, cuando sonó el timbre de la puerta.

Me di la vuelta dejando a mi espalda la pantalla del ordenador, frente al que había estado sentado un largo rato infructuoso, y miré desconcertado hacia la puerta. Antes de empezar a escribir, desconectaba siempre no solo el teléfono sino también el portero automático, de modo que en estas ocasiones era imposible localizarme. Si alguien me llamaba por teléfono, llegaba a la conclusión de que no estaba en casa o de que no quería contestar, y si tocaba el timbre del portal, yo ni siquiera lo oía, así que no podía dejarlo entrar en el edificio. Y, sin embargo, esta vez alguien había entrado, era evidente, a pesar de que yo no le había abierto, y ahora estaba ante mi puerta.

Irritado, me levanté y fui a la entrada del estudio. Nunca había soportado que me interrumpieran mientras trabajaba. Nadie tenía derecho a molestarme, y menos aún entonces, cuando apenas me quedaba tiempo. No podía imaginarme de quién se trataba. Era difícil que un vecino viniera a visitarme, porque apenas mantenía relaciones con ellos. Lo máximo que hacía era intercambiar alguna fórmula de cortesía en las raras ocasiones en que me encontraba con alguno en el pasillo o en el ascensor. Ni siquiera sabía los nombres de la gente que vivía en mi planta.

Tal vez era un vendedor que había logrado entrar en el edificio y ahora iba de piso en piso ofreciendo algo que yo desde luego no necesitaba. Probablemente habría sido mejor quedarme en el escritorio, sin revelar mi presencia. Hasta el intruso más insistente desistiría al cabo de un tiempo sin que nadie le abriera. Pero como ya me hallaba ante la puerta, acerqué la cabeza a la mirilla y eché un vistazo afuera. En ese momento se me ocurrió que nunca lo había hecho, y se debía a que nunca había tenido necesidad de comprobar quién era el visitante. Siempre sabía quién tocaba el timbre.

Ante la puerta de mi estudio se erguía un señor entrado en años. Delgado y de estatura más bien baja, llevaba un abrigo oscuro, sombrero en la cabeza y una pajarita granate. Nunca antes lo había visto. Difícilmente podía ser un vendedor, no solo por la edad, sino también porque no cargaba con ningún maletín en el que transportara lo que vendía. Todo lo que sujetaba en la mano era un pequeño libro. Se quitó el sombrero y me hizo una inclinación, y yo me aparté desconcertado de la mirilla. Nunca había sospechado que desde fuera se pudiera ver al que miraba por ella.

De nada servía fingir que no estaba en el estudio. Tenía que abrir, pero no me entretendría mucho. El señor se había equivocado, sin duda. Seguramente iba a visitar a otra persona y, por error, se había detenido ante mi puerta, que carecía de placa con nombre. Sin embargo, yo no era el más indicado para ayudarlo a buscar el lugar al que se dirigía.

—Buenos días —dije, abriendo la puerta hasta la mitad—. ¿Le puedo ayudar en

algo?

El hombre no contestó en seguida. Solo me observó con una débil sonrisa. Nos quedamos así, parados en silencio unos instantes.

—¿No me reconoce? —dijo él por fin. Tenía una voz áspera, de anciano, pero con cierto tono de alegría que le daba vigor.

—Me temo que no —respondí extrañado—. ¿Acaso debería?

—Creo que sí. ¿Quién, si no usted?

—No se lo tome a mal —dije después de un breve titubeo—, pero no consigo acordarme de en qué ocasión nos conocimos. ¿Podría usted recordármelo? ¿Con quién tengo el honor?

Sujetando el sombrero en la mano, el viejo se inclinó de nuevo.

—Por desgracia, no le puedo decir mi nombre porque usted nunca me lo dio. Soy un personaje de uno de sus cuentos que se quedó sin nombre. Pero muchos de sus personajes son así, ¿no es cierto?

Enojado, miré al viejo de arriba abajo.

—No sé lo que quiere, caballero, ni por qué ha venido aquí —dije, elevando un poco el tono—, pero le puedo asegurar que no tengo tiempo para bromas pesadas. Me ha interrumpido en medio de un trabajo muy importante, lo que es inadmisibile. Le ruego que se vaya.

Empecé a cerrar la puerta, pero sus palabras me detuvieron.

—Sí, el trabajo es importante, pero no le va demasiado bien.

—¿Cómo? —La puerta, que estaba a punto de cerrarse, se quedó a medio camino.

—La escritura. Ha escrito cinco cuentos y quiere escribir uno más, el último. Sin él su manuscrito quedaría incompleto. Pero por lo visto le falta inspiración. Hace días que en su monitor no aparece ninguna letra, y ya no le queda tiempo para malgastar, ¿no es así?

—¿Quién es usted? ¿Qué significa todo esto? —Intenté que mi tono sonara enfadado, incluso furioso, pero la voz temblorosa me traicionó.

—Yo soy alguien que podría resultarle de utilidad. Naturalmente, si me invitase a entrar. —Miró a su alrededor—. No sería muy apropiado hablar de ello aquí, en la puerta.

Me quedé paralizado, sin saber qué hacer. Nada de aquello tenía sentido. El viejo que tenía delante, por supuesto, no podía ser lo que pretendía, pero, por otra parte, tampoco podía saber todo aquello que acababa de decir. Nadie más que yo estaba enterado de ello. Los segundos empezaron a pasar con lentitud, presionándome con su peso, que aumentaba inexorablemente.

—Quizá esto podría despejar sus dudas —dijo por fin el visitante, ofreciéndome el libro que sujetaba.

Lo cogí vacilante, pensando al mismo tiempo que era absurdo. En realidad, debería haber interrumpido en el acto aquel encuentro disparatado, haber cerrado la puerta sin más explicaciones, tal vez incluso dando un portazo. Hay que mantener

una postura firme frente a la gente rara, sin tomar en consideración su aspecto distinguido o la avanzada edad. Pero la curiosidad, unida a un vago presentimiento, prevaleció sobre la razón.

Era un libro de bolsillo, no muy grueso, con tapas lisas plastificadas. Le di la vuelta para ver la cubierta y, parpadeando, clavé los ojos en ella. Debajo de mi nombre, escrito con trazos gruesos, estaba el título: *Encuentros imposibles*.

Levanté mi mirada perpleja hacia el señor, que continuaba sonriendo. Era consciente de que esperaba que yo dijera algo, pero no se me ocurría nada coherente. Aquel libro no podía existir de ningún modo. Aunque solo fuera porque aún no estaba escrito. Le faltaba un capítulo. La pantalla del ordenador donde este debería aparecer, bostezaba completamente blanca a mi espalda.

—¿De dónde lo ha sacado? —balbuceé por fin.

—¿Puedo entrar? —replicó el desconocido con una pregunta.

Vacilé una milésima de segundo antes de abrir la puerta casi de par en par y retroceder un paso. El viejo entró rozándome y se detuvo en el pequeño pasillo. En el primer momento no entendí por qué lo hacía, luego me di cuenta de lo que se esperaba de mí.

—Permítame —dije, cogiendo su sombrero y el largo y pesado abrigo. Tuve que ponerme el libro por un instante bajo el brazo para poder colgarlos en el perchero al lado de la entrada—. Pase, por favor —dije entonces, indicando el cuarto principal del estudio.

Una vez dentro, el visitante miró a su alrededor. No dijo nada, solo asintió con la cabeza. Llevaba un traje azul oscuro de corte anticuado y anchas solapas. Del bolsillo superior asomaba un pañuelo del mismo color que la pajarita. Aguardó a que lo invitara a sentarse, y luego se acomodó en el sofá de dos plazas a la derecha de la puerta. Yo dudé un instante dónde hacerlo y luego elegí el sillón junto al escritorio, debajo de una lámpara con una gran pantalla amarilla, así que estábamos uno frente al otro.

—¿De dónde ha sacado esto? —Repetí la pregunta a la que no había recibido respuesta.

—De usted, por supuesto.

—¿De mí?

—Sí, dejó el libro en la mesita, junto a la jarra y los dos vasos. En el gabinete al que se llega por el pasillo de los retratos. Unas gotas cayeron sobre las tapas cuando me serví agua. ¿No lo recuerda?

Negué lentamente con la cabeza, más por incredulidad que porque no pudiera recordarlo.

Él señaló el libro en mi mano:

—Está en el primer cuento. Es decir, en el primer capítulo, «La ventana».

Abrí el libro y empecé a hojearlo con movimientos rígidos. Y, realmente, en la página ochenta y nueve ponía: «1. la ventana». Leí la breve frase de introducción, y

luego dirigí de nuevo la mirada hacia el visitante.

—Como usted sabe —continuó él—, no soy una excepción en este sentido. Los otros personajes también han recibido el libro. Aparece en cada cuento, aunque no siempre en la misma edición. El mayor de los senderistas está sentado sobre él en la cumbre, por encima de las nubes. El librero lo tiene en la estantería de las novedades. El vicepresidente de banco lo lee en el tren. Y, finalmente, el sacerdote lo lleva cuando se retira al confesionario para dormir la siesta. Usted ha obrado bien entregándonoslo. Si no fuera por el libro, no se habría podido producir este encuentro. Daría igual cuál de nosotros hubiera venido aquí, usted no lo habría dejado entrar si no le mostraba el libro.

—Pero todo eso no es real. Quiero decir... —Tenía muy claro lo que quería decir, pero, de pronto, por alguna razón no sabía cómo formularlo.

—¿Y qué es lo real? ¿Acaso no ha escrito *Encuentros imposibles* justo para demostrar que no existe una frontera que separe lo real de lo irreal? Además, si nos atuviéramos incondicionalmente a lo real, no podría ayudarlo.

—¿Ayudarme?

—Sí. ¿Qué le dijo el médico? ¿Cuánto tiempo le dio? Dos, tres meses máximo, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabe? —Mi voz se había convertido en un susurro.

—Nosotros lo sabemos todo sobre usted, por supuesto. Es natural. Nadie conoce al escritor tan bien como los personajes de sus obras. Igual que usted nos conoce muy bien a nosotros, al fin y al cabo.

Sacudí lentamente la cabeza. Una parte de mi conciencia seguía esforzándose por encontrar sentido, una explicación aceptable para todo aquello, pero era inútil. Había perdido cualquier derecho a entenderlo en el instante en que me levanté de la mesa de trabajo y me dirigí a la puerta para ver quién llamaba.

Y quizá incluso mucho antes. Probablemente ya cuando escribí la primera frase de *Encuentros imposibles*.

—¿Cómo podrían ayudarme? —pregunté, y mi voz seguía siendo ahogada—. Si están enterados de lo que me dijo el médico, saben que no hay salvación. Pronto tendré que volver al hospital, y esta vez no regresaré.

—No hay salvación, en efecto, pero solo desde el punto de vista médico. Aquí, sin embargo, no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata?

—Usted pronto morirá físicamente y eso, por desgracia, es inevitable. Pero antes puede unirse a nosotros.

—¿Unirme a ustedes?

—Así es.

—¿Cómo podría hacerlo?

—Muy fácil. Usted quiere añadir un capítulo más a sus *Encuentros imposibles*, ¿verdad? Pues bien, escriba una historia sobre sí mismo como escritor. Conviértase

en un personaje de ella.

—Pero ¿qué se conseguiría con eso? Quiero decir, no sería más que, por decirlo así, letra muerta sobre papel. Ficticio... —En cuanto pronuncié la última palabra me di cuenta de que era un tanto inapropiada.

El anciano caballero en el sofá de enfrente me dirigió una mirada de reproche:

—¿Acaso le parezco yo ficticio?

—Pues, no, pero...

—Mire, creo que el problema estriba en que usted, en realidad, no lo sabe todo de nosotros. Sin duda se imagina que no tenemos otra existencia que la delimitada por la obra en la que aparecemos. Pero eso, por supuesto, no es correcto.

—¿No?

—No. En realidad, pasamos relativamente poco tiempo en calidad de personajes. No lo somos más que cuando alguien lee la obra que trata de nosotros. La mejor manera de entenderlo es imaginarnos como actores que con cierta periodicidad salen al escenario para representar siempre la misma función teatral. Pero cuando no nos lee nadie, cuando no hay función, no dejamos de existir, como erróneamente ha supuesto usted. —Se detuvo un instante, y su sonrisa se ensanchó—. No nos convertimos en letra muerta sobre papel. Al contrario. En esos momentos nos retiramos al gran salón.

—¿Adónde?

—Al gran salón. Allí se está muy bien, pronto se convencerá usted mismo. Reina un ambiente umbrío, tranquilo y fresco. Hay un montón de sillones cómodos, mesas con cuencos llenos de fruta madura, un piano en el rincón, una biblioteca enorme y una vasta terraza con dos palmeras. Desde ella se disfruta de una soberbia vista sobre el mar. Es muy agradable estar sentado allí. El sol nunca se mueve del crepúsculo, así que no hace demasiado calor. Lo único que no se puede hacer es salir fuera. Siempre se tiene que estar en las cercanías porque nunca se sabe cuándo puede empezar una nueva representación.

—Pero ¿qué hacen allí dentro encerrados? ¿No se aburren mientras esperan la siguiente... función?

—¿Aburrirnos? De ningún modo. Sabemos muy bien cómo llenar nuestro tiempo libre. Es algo que podría denominarse ocio distinguido. Por lo general mantenemos conversaciones interesantes y estimulantes. Todos disfrutamos con ellas, y estoy convencido de que a usted también le complacerán. Además, cada uno de nosotros dispone de algún don que puede divertir al resto. Mi interlocutor del cuento «La ventana», por ejemplo, toca el piano. A menudo acompaña a los que deciden cantarnos algo. El señor que representa el personaje de Dios en el cuento «El tren» posee de verdad una voz divina. Del mismo modo, el Diablo del cuento «El confesionario» es un pintor excelente. Estoy seguro de que le maravillarán sus telas, sobre todo las naturalezas muertas. El protagonista anciano de «El Cono» es un pensador muy sagaz, podría incluso decirse que es un filósofo, cuyos discursos

seguimos con atención y curiosidad. Además, hay también un escritor que de vez en cuando nos lee sus últimas páginas. ¿Adivina usted quién es?

Me encogí de hombros después de reflexionar unos instantes:

—No se me ocurre nadie, la verdad.

—El señor que hace de extraterrestre en «La librería». Tiene un estilo muy parecido al suyo, lo que, claro está, no es raro. Podrá intercambiar experiencias con él. Será emocionante escuchar sus debates. —El viejo hizo una pausa—. Y, sin embargo, en cierto sentido, nos ha limitado un tanto.

—¿En qué sentido? —dije, observándolo desconcertado.

—Hay muy pocos personajes femeninos. A todos nos agradaría tener entre nosotros alguna dama más. ¿Es que no ha podido poner una protagonista femenina, aunque solo fuera en uno de los relatos?

—¿Qué quiere decir con eso de una dama más? ¡Si en *Encuentros imposibles* no hay ningún personaje femenino! Aunque, por supuesto, es pura casualidad. Si hubiera podido imaginarme todo esto, seguramente habría introducido alguna protagonista. En mis otros libros abundan las mujeres.

—Oh, sí hay una, por supuesto. Ha olvidado a la joven que entra en la iglesia mientras el sacerdote y el Diablo hablan en el confesionario.

—Pero si ni siquiera se la ve. Solo se oyen sus pasos.

—¿Y eso qué importa? Además, nadie más que ella podría interpretar esos pasos femeninos. Ya lo entenderá cuando la vea. Le haré una confidencia. Todos estamos en secreto enamorados de ella. Tampoco será usted, seguramente, una excepción.

—Tal vez se pueda arreglar la cosa —dije apresurado, con tono de disculpa—. La última historia aún no está escrita. Podría introducir en ella otro personaje femenino.

—Pero sí está escrita. Se encuentra en el libro que tiene en la mano. En el capítulo final, por desgracia, no hay personajes femeninos.

Me quedé unos instantes con la vista clavada en el huésped, sin decir palabra; por mi cabeza rondaba un montón de preguntas confusas. Y luego abrí el libro y comencé a hojearlo.

Pero no llegué hasta el sitio deseado. Me interrumpió la voz aguda del visitante, que se levantó precipitadamente del sofá.

—No lo haga. Usted no debe ver el último cuento antes de escribirlo. Si lo leyera previamente, sería como si el cuento se escribiera a sí mismo. Se alteraría un orden de cosas que de ningún modo debe ser alterado. Si ocurriese eso, jamás podría unirse a nosotros. Le ruego que me devuelva *Encuentros imposibles*.

No lo obedecí inmediatamente. Solo haciendo gala de un gran dominio de mí mismo me paré al llegar aproximadamente a la mitad del libro. Me sentía empujado por un violento impulso de echar, al menos, un vistazo a la primera página del capítulo final, de enterarme aunque solo fuera del principio. Era consciente de que este acto constituiría una suerte de estafa, pese a que probablemente no habría sido capaz de explicar de qué tipo. Pero no fue ese el motivo por el que desistí. Las

consideraciones éticas no eran suficientes para superar la frustración que me carcomía, igual de destructiva que la enfermedad debido a la cual tenía los días contados. La deprimente sensación de impotencia era producto del hecho de que el tiempo se me acababa inexorablemente, mientras el monitor de mi escritorio permanecía vacío sin esperanzas, consciente de que la muerte llegaría antes que la inspiración.

Por fin me levanté, me acerqué al viejo y le entregué el libro de mala gana, pero tras ese gesto se ocultaba la esperanza. Profundamente irracional, ingenua, amarga, mas la única que me quedaba. La débil esperanza de un escritor de poder escapar de la nada absoluta refugiándose en las obras que ha escrito.

—No podré —dije con voz trémula—. Hace tiempo que lo intento sin ningún resultado. Y pronto empezarán los dolores...

En la cara del visitante apareció de nuevo una sonrisa.

—Por supuesto que podrá. Créame. Aquí tiene, además, la prueba. —Levantó un poco el libro—. Ahora tengo que irme. Usted necesita tranquilidad para poder escribir. Y yo tampoco puedo ausentarme mucho del gran salón. Falta poco para que empiece la función.

Nos dirigimos hacia la entrada del estudio. Al llegar al pasillo, le sujeté el abrigo y luego le tendí el sombrero. Se lo puso con un hábil movimiento y me dio la mano. A pesar de que era delgada y huesuda, el apretón fue fuerte. Pero, más que eso, fue benévolo, alentador.

—Hasta pronto —dijo, con una leve reverencia.

Le correspondí con el mismo gesto, pero no añadí nada. Cerré la puerta detrás de él y me quedé un tiempo allí, mirando al vacío. Luego di la vuelta y me encaminé lentamente hacia el escritorio. El gran monitor me esperaba con su superficie blanca, como si se burlase de mí.

Posé mis dedos sobre el teclado, apenas rozándolo. No empecé inmediatamente a teclear. De repente no tenía tanta prisa. El cuento se exhibía ante mí, moldeado, completo, finalizado. Casi palpable. Solo había que escribirlo. Deseé que este instante durara lo más posible.

Finalmente empezó a zumbar y a fluir un denso enjambre de letras por la parte superior de la pantalla, surgiendo, en apariencia, de ninguna parte:

«Me pareció que el silencio de mi estudio se desplomaba sobre sí mismo, cual globo que se desinflara de repente, cuando sonó el timbre de la puerta...»

SIETE CONTACTOS CON LA MÚSICA

*A Nikola Milosevic,
nombre de las deudas que no pueden devolverse*

EL SUSURRO

La clase era pequeña y especial.

Solo cinco alumnos —tres niñas, dos niños— de diversas edades, desde los seis hasta los once años. El doctor Martin no lo tenía fácil con ellos, pero al menos en un sentido carecía de preocupaciones: no tenía que ordenarles que se estuvieran quietos. En el aula siempre reinaba la tranquilidad, tan absoluta que en algunos momentos el doctor Martin añoraba un poco de jaleo. Cualquier tipo de travesura estrepitosa. Sin embargo, todo lo que obtenía de sus pupilos era silencio.

Se sentaban mudos en los pupitres bajos, presentes en cuerpo pero mentalmente ausentes. Aislados. Rodeados de un caparazón autista en el que era casi imposible penetrar. En cualquier caso, no existía ningún atajo que llevara hasta allí. Aunque había un camino, suponía mucha paciencia, afecto y atención. Con todo, tampoco garantizaba el éxito.

Pese a que le gustaba considerarse a sí mismo como un maestro, el doctor Martin, en realidad, no lo era. No les enseñaba nada a sus alumnos. No los examinaba. Ni siquiera conversaban. Se dirigía a ellos y les hablaba, eso sí, pero nunca estaba seguro de que sus palabras les llegaran. Lo más frecuente era que no hubiera ninguna reacción, y cuando la había, difícilmente podía interpretarse.

Sin embargo, algo salía de esos cinco mundos cerrados, inaccesibles. Tampoco era fácil distinguirlo, pero al menos el flujo era constante. El doctor Martin no albergaba muchas esperanzas cuando repartió entre los niños hojas de papel en blanco y lápices. No era más que parte del programa estándar. Primero tuvo que enseñarles a utilizar el lapicero, lo que le llevó bastante. Aún más tiempo y empeño le costó lograr que empezaran espontáneamente a expresarse de esa forma. El resultado final, desde luego, no era proporcional al esfuerzo invertido, pero eso era lo normal cuando se trabajaba con esta clase de niños.

Ana, la mayor del grupo, pero también la más menuda, con un rostro en el que destacaban los ojos inmensos, fue la primera en dominar el arte del dibujo libre sobre papel. Sostenía el lápiz con mucha firmeza, como unas tenazas, y sus trazos eran rápidos, cortos y ágiles. Llenaba hoja tras hoja, pero el doctor Martin nunca pudo ver ninguna. Si se le acercaba mientras ella trazaba sus líneas gruesas y cruzadas, Ana daba la vuelta a la hoja velozmente, sin permitirle que la viera. Cuando decidía que un dibujo estaba terminado, lo rompía. Lo hacía de manera meticulosa, geométrica, primero por la mitad, luego en cuatro, y así sucesivamente, hasta que la mesa que tenía delante se llenaba de un montón de minúsculos confetis cuadrados. Entonces los recogía con cuidado y se los metía en el bolsillo del delantal de trabajo, llevándoselos al finalizar las clases. El doctor Martin jamás supo lo que hacía con ellos.

Sofija, una cría de nueve años, regordeta, de rostro redondo y granujiento, que debido a la miopía mantenía la cara casi pegada a la mesa, dibujaba solo en los bordes de la hoja, dejando el centro intacto. En ese estrecho marco introducía líneas

suaves y curvadas, sorprendentemente precisas. Eran ondas serpenteantes, espirales y bucles abiertos que no se cortaban ni tocaban en ningún punto, formando una maraña intrincada semejante a huellas digitales. De vez en cuando hacía pausas en las que se quedaba mucho rato absorta en lo que había dibujado. Al final entregaba su trabajo al doctor Martin con una mueca que a él le parecía una sonrisa de asombro.

Aleks, un delgado muchacho de diez años, de pelo hirsuto y gafas que solía llevar en mitad de la nariz, no pintaba nada concreto. Se limitaba a garabatear por la hoja con movimientos amplios y nerviosos, sin ningún sentido, así hasta que no quedaba ni un solo espacio en blanco. Luego daba la vuelta al papel y continuaba por allí. Tenía el canto de la mano siempre manchado de polvo de grafito, y a menudo el lápiz se le rompía. Una vez llenas, las hojas dejaban de interesarle. Las apartaba a un lado o hacía una bola con ellas y las tiraba debajo de la mesa. No prestaba atención al doctor Martin, que iba a recogerlas.

Marija, una pequeña de ocho años, de tez morena, labio leporino y un poco bizca, que siempre retrocedía cuando el doctor Martin le dirigía la palabra, dibujando siempre en la misma hoja. Desde el principio trazaba el mismo diseño complicado en el que se vislumbraba cierta regularidad, aunque no podía reconocerse nada en él. Dibujaba despacio, entreteniéndose mucho en los detalles. Los retocaba y perfeccionaba sin cesar. A veces farfullaba algo como un murmullo quedo e ininteligible, como si conversara con alguien que solo ella viera en el dibujo. Durante los dos meses que duró el ejercicio a duras penas llegó a llenar la mitad de la primera hoja.

Filip, el alumno más joven de la clase, tenía los capilares de la nariz muy sensibles y, de vez en cuando, sangraba sin ningún motivo. Si el doctor Martin no se daba cuenta a tiempo, en el papel de delante del niño aparecía a menudo una mancha roja. La sangre no inquietaba a Filip. Ni se fijaba en ella, concentrado como estaba en su trabajo monótono. Trazaba filas interminables de pequeños círculos por ambos lados de la hoja. Su mano no era firme, así que las filas rara vez resultaban rectas, y los circulitos se iban reduciendo gradualmente o bien aumentando, y a menudo acababan convertidos en óvalos. Colocaba las hojas rellenas en un extremo de la mesa, junto a las limpias, y no le importaba que el doctor Martin cogiera algunas.

El programa de dibujo no incluía la música. Pero tampoco la prohibía. Al doctor Martin se le ocurrió esta idea bajo la presión del silencio con el que de ningún modo lograba familiarizarse. Desde luego, una composición queda, agradable, no podía llegar a ser un estímulo para sus alumnos. Nunca se sabe. Aunque, por supuesto tampoco en eso había que albergar grandes esperanzas.

La elección fue arbitraria. El doctor Martin trajo de casa el disco compacto que más le gustaba escuchar. El Segundo concierto para piano y orquesta en fa menor, Opus 21, de Chopin, poseía cierta cualidad sedativa, pero no de esas que aletargan y dejan planchado, sino al contrario, era de esas composiciones que calman, sosiegan, y vuelven más receptivo para vibraciones de la realidad que en un estado de ánimo

normal se escapan fácilmente.

Cuando en la soledad de su hogar escuchaba a Chopin, el doctor Martin lo hacía siempre con los ojos cerrados. Allí, en la clase, era impropio hacerlo así, pero al final pudo más la decepción que el deber. Estuvo observando unos instantes a los niños después de que empezara el concierto, esperando en secreto una señal que demostrara que, al menos, eran conscientes del sonido del piano, pero no sucedió nada. Los cinco niños seguían sentados, absortos en sus garabatos de costumbre sobre el papel, como si sus orejas estuvieran selladas con cera, como si no hubiera forma alguna de que aquella armonía mágica penetrara en ellos. Ya con anterioridad, al doctor Martin lo habían asaltado las dudas acerca del trabajo al que se dedicaba. Había momentos en los que le parecía absolutamente estéril y vano. Pero nunca antes había sentido semejante desesperanza. Así pues cerró los ojos para alejarse, aunque solo fuera un rato, de todo aquello.

El primer movimiento, *maestoso*, estaba ya muy avanzado cuando el efecto bienhechor de la música ahogó por fin la marea de rabia que había crecido en él. Comprendió que estaba siendo injusto con sus infortunados pupilos, había esperado demasiado de ellos. Por supuesto que eran sordos a Chopin, como lo eran a muchas otras cosas más simples del mundo del que se habían aislado. Aquello no tenía por qué ser distinto. Debería haberlo sabido. No había que contar con milagros.

Abrió los ojos y contempló las pequeñas figuras que tenía delante. Ningún cambio se había producido. La misma posición de los cuerpos, los mismos movimientos de los cinco lapiceros sobre el papel. Extendió la mano hacia el reproductor de discos para apagarlo. En realidad, podía dejar el concierto hasta el final, ya que no molestaba a nadie, pero de pronto le pareció absurdo. En cualquier caso ya no le apetecía escucharlo solo. Pero su dedo no llegó hasta la tecla de *stop* porque en ese instante advirtió que sí se había producido un cambio. Y por su culpa. Si no hubiera mantenido los ojos incomprensiblemente cerrados durante unos minutos, podría haberse dado cuenta de que Filip sangraba de nuevo por la nariz.

Cuando llegó hasta él con paso presuroso, casi la tercera parte de la hoja que el chico rellenaba infatigablemente de círculos estaba teñida de rojo. La visión resultaba aterradora, pero no existía un peligro real. La sangre se detenía fácilmente colocándole a Filip en la ventana izquierda de la nariz un tampón que el doctor Martin siempre llevaba consigo. El niño no se opuso. Obediente, echó la cabeza hacia atrás, como tantas veces había hecho antes, y paciente esperó la acción indispensable.

Después de secar con un pañuelo los labios y la barbilla de Filip, por los que corría la sangre, el doctor Martin levantó el papel empapado, y pasó el pañuelo por la mesa para limpiarla también, y luego cogió una nueva hoja del montón de la esquina y la colocó delante del chico. Ya había empezado a arrugar el folio ensangrentado para tirarlo, cuando su vista se posó por un instante en lo que había escrito en él. La maraña roja cubría algo que de ningún modo debía estar allí.

El doctor Martin ni siquiera había intentado enseñar a su joven alumno a escribir

los números. No habría servido de nada. Esa habilidad no es frecuente en un niño normal de seis años, así que no hablemos en los niños autistas de esa edad. Y, sin embargo, debajo de la mancha de sangre que había manado de la nariz de Filip, se veía una larga fila de números. No había ninguna interrupción que los separara de los círculos, los cuales habían desaparecido de repente, y en su lugar, sin más, se alineaban las cifras. Tres renglones más abajo, los números cedían paso de nuevo a los círculos, pero esta vez semejaban ceros. Tampoco los números estaban bien escritos, pero se distinguían con claridad.

El doctor Martin dirigió al muchacho una mirada confusa, pero este volvía a estar concentrado en su trabajo, trazando sin cesar formas redondas, como si nada insólito hubiera sucedido. Se quedó de pie junto a él un rato, sujetando el papel que debido a la humedad había empezado a doblarse por la mitad superior, y entonces, impulsado por una idea repentina, se encaminó a ver lo que habían hecho los otros niños.

Pero en ellos, no se había producido nada fuera de lo normal. Ana, como siempre, le dio la vuelta a la hoja cuando él se acercó, lanzándole de reojo una mirada de reproche. Sofija interrumpió despacio el trazo de una delgada y sinuosa línea justo en el borde de la hoja, levantó la cabeza y le sonrió más con los ojos que con la boca. Aleks, con amplios movimientos, garabateaba por la hoja con el lápiz ya sin punta, totalmente indiferente a la mirada inquisitiva del doctor Martin. Por último, Marija tuvo primero un pequeño sobresalto cuando él se le acercó, y luego volvió a un dibujo que recordaba de manera imprecisa a un pájaro de pico desmesurado.

Al regresar a su mesa, el doctor Martin quiso apagar de nuevo el reproductor, pero tampoco esta vez lo hizo. Se arrepintió en último momento, aunque ni él mismo habría sido capaz de explicar la razón. El *maestoso* había terminado y acababa de empezar el segundo movimiento, un *largetto*. Puso en la mesa la hoja que había traído consigo y se la quedó mirando mientras la música lo envolvía con su telaraña.

Al cabo de un rato cogió una hoja de papel en blanco y escribió las tres filas de inseguros números de Filip, guardando el original en el cajón. Había treinta y dos y parecían alineados al azar. O al menos él no lograba discernir un patrón. Pero los números nunca habían sido su punto fuerte. Quizá alguien más versado en matemáticas vislumbraría algún sentido en ellos, aunque lo dudaba. El hecho en sí de la existencia de los números era bastante inexplicable. Todo lo que fuera más allá de eso supondría un auténtico milagro.

Como hombre sensato que era, el doctor Martin, naturalmente, no creía en los milagros. No obstante, al terminar la clase ese día, envió por correo electrónico a un amigo matemático una copia de los treinta y dos números del papel manchado de sangre, preguntándole si tenían algún significado para él. No dudaba de que la respuesta sería negativa, pero necesitaba la confirmación. Mientras la esperaba se sentía como un hombre que, aunque sabe que está completamente sano, experimenta un ligero temor ante los resultados de un reconocimiento médico al que se ha sometido.

Dos horas más tarde llegó el mensaje de respuesta:

Querido Martin:

Me ha llevado un tiempo darme cuenta de cuál era el quid de la cuestión. Verás, la cosa no tiene nada que ver con las matemáticas. La serie no sigue una pauta numérica, pero en cambio tiene un profundo sentido en el campo de la física. Al menos en lo que se refiere a los primeros nueve números. Si pones una coma decimal dos lugares antes del siete inicial, entonces obtienes: 0,00729735308, que es una de las constantes fundamentales de la naturaleza. La constante de estructura fina. No sé de dónde salen los números que van después del ocho. Si no son arbitrarios, para confundirme más aún, entonces te los tiene que haber susurrado el mismo Dios, porque nadie, salvo Él, es capaz en este momento de precisar más de once decimales en esta constante.

Reconozco que me has sorprendido. No se me había pasado por la imaginación que te interesara la física teórica. Parece que te aburres bastante en el trabajo con niños discapacitados, ya que tienes tiempo para semejantes enigmas. Intenta inventarte algo más difícil la próxima vez

ISAK

El doctor Martin agradeció a su amigo la rápida respuesta. Alabó su perspicacia y reconoció compungido que era cierto que se aburría un poco. Y le dijo que por supuesto que los números detrás del ocho eran arbitrarios. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Realmente lo había infravalorado, le reconocía, al suponer que esos números iban a impedirle resolver el enigma.

No sintió remordimientos de conciencia por encubrir la verdad. Estaba fuera de lugar revelar el origen verdadero de los números. No solo porque entonces no le quedaría más remedio que dar explicaciones, a lo que él, por razones varias, no estaba dispuesto, sino, y sobre todo, porque Filip quedaría expuesto a molestias innecesarias. El bienestar del niño era lo primero. Él no podría soportar que a su alrededor se apiñara una multitud de personas desconocidas ansiosas de examinarlo. Eso haría que se replegara más en sí mismo, de modo que seguramente nunca más se conseguiría nada. No, si alguien debía dedicarse a esta cuestión, el más idóneo era el doctor Martin. Más adelante habría tiempo para los otros si es que eso era inevitable.

Lo primero que tenía que establecer era lo que había inducido al niño a dejar de repente de pintar círculos. Si ese estímulo había llegado del mundo exterior, entonces solo podía tratarse de la música. No había habido nada más que se saliera de lo cotidiano en el aula.

El doctor Martin volvió a llevar el disco del Segundo concierto para piano de Chopin y lo puso al mismo volumen que la primera vez. Pero esta vez no cerró los ojos, sino que los fijó atentos en Filip. Sin embargo, no sucedió nada. La serie uniforme de ceros no cedió paso a ningún otro número. El mismo resultado obtuvo

después de escuchar el primer movimiento entero con los ojos firmemente cerrados, sintiéndose al hacerlo bastante idiota. Jamás había mostrado comprensión hacia los procedimientos alentados por la superstición.

Entonces se le ocurrió probar con una obra distinta. Quién sabía, quizá el Segundo concierto para piano solo tenía efecto una vez. Tampoco esa premisa sonaba demasiado razonable, pero ¿qué otra elección tenía? ¿Renunciar a todo? Sin duda alguna no podía hacerlo. Se llevó a la clase su gran colección de discos y los fue poniendo uno por uno.

Nada de aquello influyó sobre Filip, pero sí se produjeron reacciones inesperadas en los otros niños. Durante la Suite número uno de Dafnis y Cloe de Ravel, Ana fue rompiendo las hojas pintadas en largas y delgadas tiras en vez de en cuadraditos. La Tocata y fuga en re menor de Bach arrancó unas lágrimas de los miopes ojos de Sofija a la par que una especie de carraspeo semejante a una risa gutural. Con la Sinfonía n.º 40 en sol menor de Mozart, Aleks recogió un montón de hojas pintarrajeadas y las colocó ordenadamente en un extremo de la mesa. Por fin, con los sonidos de un nocturno de Debussy, Marija por primera vez no retrocedió cuando el doctor Martin se le acercó.

Naturalmente, todo aquello podían ser meras casualidades, pero el doctor Martin no tenía tiempo de comprobarlas porque su atención estaba únicamente centrada en Filip. Cuando agotó sus propias reservas de discos, pensó en pedir prestados o comprar más para continuar el experimento, pero no lo hizo. Comprendió que aquello no tenía sentido, porque siguiendo esa dirección nunca llegaría al final. No, en realidad, no debía apartarse de Chopin. El Segundo concierto estaba detrás de todo, aunque no solo la música. Había habido algo más, pero ¿qué? Y entonces se acordó. ¡Sangre, claro! A Filip le sangraba la nariz.

En eso, por desgracia, no podía acelerarse la cosa. Había que ser paciente, aunque por experiencia sabía que la espera no sería larga. Los sensibles capilares del niño solían romperse una vez cada diez días. Tenía que estar preparado cuando eso sucediera la próxima vez. Continuó haciendo los trabajos acostumbrados, pero observando a menudo al pequeño, acechando el fino hilo rojo que saldría de su fosa nasal izquierda.

Cuando por fin sucedió, reaccionó velozmente. Apretó la tecla del reproductor preparado, y el aula de pronto se llenó de los vibrantes sonidos del piano. Luego se acercó a Filip, se agachó a su lado y se quedó mirándolo sin pestañear. La raya de sangre cruzó primero por la curva doble de los labios y luego trazó una línea sinuosa por la mitad de la barbilla. El niño no dejó de dibujar ni cuando los pétalos rojos empezaron a florecer en el papel delante de él. Los pequeños círculos irregulares seguían alineándose sin cesar sin convertirse en números, mientras el húmedo velo carmesí iba extendiéndose sobre ellos.

Solo cuando más de la mitad de la hoja estuvo cubierta de sangre el doctor Martin salió de su ofuscamiento. Con gestos trémulos echó hacia atrás la cabeza del niño y le

puso un grueso tampón blanco en la ventana nasal. Todo aquello no solo había sido absurdo, sino extremadamente cruel para con Filip. De todos los hombres, él era el que menos debía mostrar semejante insensibilidad con el niño. Mientras le limpiaba la cara con el pañuelo, sentía los remordimientos de conciencia casi como un dolor físico.

Luego volvió a su mesa y apagó el reproductor. El aula se hundió en el silencio, pero nadie se dio cuenta. No debería haber puesto música. No solo porque allí era superflua, sino porque no había aportado nada salvo malestar. Y menos aún tenía que haber cedido al intento de penetrar en algo que, a todas luces, lo superaba con creces. Si realmente se trataba de un susurro, como Isak había insinuado en broma, desde luego no estaba destinado a sus oídos.

Por lo demás, el doctor Martin era un médico especializado en niños autistas. Y como tal, su principal obligación era ofrecer protección a sus pupilos. Lo mejor que podía hacer en esos momentos por Filip era olvidar todo el asunto sin más, fingir que nunca había sucedido nada. Eso no sería difícil. Existía solo una prueba que podía eliminarse fácilmente.

El doctor Martin abrió el cajón de la mesa, sacó la hoja cuya tercera parte, arrugada, había perdido ya el antiguo color rojo intenso y se había convertido en marrón oscuro, y con gestos livianos fue rompiéndola en pedazos diminutos. No eran regulares como los confetis de Ana, pero al igual que estos terminaron en su bolsillo para ir a parar muy pronto a un lugar donde nadie podría encontrarlos.

EL FUEGO

Marta se despertó de repente y se acodó en la cama. Sin embargo el sueño no la abandonó en seguida. Se entretuvo cierto tiempo con ella, como un eco espectral. Al menos la parte sonora. La escena que había visto bajo sus párpados cerrados se desvanecía en la oscuridad del dormitorio, pero sus oídos seguían llenos de la música después de que aquella desapareciera. Era tan violenta que iba a despertar a Konstantin pese a su sueño profundo. Pero la figura corpulenta de su marido no se movió. Este seguía acostado de lado, dándole la espalda, como una masa oscura. Marta clavó la vista en él perpleja, despabilándose. La música por fin se acallaba, cediendo el puesto a la ruidosa respiración del hombre, en la frontera del ronquido.

Echó un vistazo a la habitación, pero su mirada seguía siendo confusa, mientras el corazón le latía sordamente en el pecho. Debía de ser bastante temprano. El gran rectángulo de la ventana estaba relleno del gris turbio del amanecer. De algún lugar de fuera llegaba el ladrido de un perro, y luego, como una respuesta, otro, desde más lejos. Se volvió hacia la mesilla de noche. Los grandes números amarillo fosforescente del despertador marcaban las 04.47. Parpadeó unas cuantas veces mirándolos y, por fin, se levantó, buscó con las plantas de los pies las zapatillas al borde de la cama y con paso un tanto vacilante se dirigió al cuarto de baño.

Apuró hasta el fondo un gran vaso de agua. En el último sorbo comprendió que en realidad no le apetecía. No tenía sed. Mientras dejaba el vaso en el lavabo, se enfrentó con el reflejo de su rostro en el espejo, iluminado por un brillo de neón. Se quedó absorta en su propia cara, guiada por la incredulidad como si estuviera viendo a otra persona y no a sí misma. Por fin sacudió la cabeza, apagó la luz y regresó a la cama.

Difícilmente lograría conciliar de nuevo el sueño. Lo que era un fastidio, porque durante todo el día se sentiría somnolienta y malhumorada. Por otro lado, estaba bien, porque no tenía ganas de dormirse. Pero no había escapatoria. Tumbada de espaldas, con el edredón subido hasta la barbilla, los ojos fijos en el techo por el que empezaban a expandirse rayas pálidas, pugnaba por concentrarse en algo corriente, anodino, que la sosegara. Los pensamientos, sin embargo, no la obedecían. Como si algo los arrastrara hacia ahí, regresaron al sueño.

Se hallaba de pie en medio de un desierto de arena inmenso. El sol, bajo en el cielo, cubría la arena de un velo bermejo. Un viento suave levantaba pequeños remolinos que danzaban alrededor de sus pies descalzos, haciéndole cosquillas entre los dedos. Llevaba puesto un amplio vestido de manga larga, blanco, que le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas. Se sentía cómoda con él, aunque el tejido era basto. Semejaba la ropa que visten los beduinos.

De pronto, hasta sus oídos se abrió paso el rumor de las olas. Aunque no era fuerte, era absolutamente reconocible. Se volvió curiosa, pero no vio el mar, como

esperaba. En lugar de eso, divisó a sus espaldas una colina solitaria. Parecía el caparazón de una tortuga gigante que se hubiera retirado al desierto para acabar allí sus días. En su cima aplanada descansaba una construcción de piedra maciza, semejante a una joroba cuadrada, rodeada de pesadas columnas.

Por la ladera izquierda del monte se veía una procesión de gente avanzando despacio hacia el templo. Figuras altas, con ropajes similares al suyo, pero de color marrón oscuro y con las capuchas puestas, se recortaban nítidamente contra el azul profundo del cielo vespertino. Todas llevaban un objeto que ella no reconoció en seguida. Primero creyó que se trataba de un destacamento de soldados con extrañas armas de formas y tamaños diferentes, pero cuando se fijó un poco más, vio que, en realidad, eran instrumentos musicales. Hacia el edificio se dirigían pues unos músicos, probablemente a un concierto que se celebraría allí.

Pensó que era una buena ocasión. A diferencia de ella, Konstantin no era un amante de la música clásica, de modo que rara vez acudían a un concierto. Aquella era su oportunidad de compensar un poco los que se había perdido, ya que por alguna razón él no estaba por allí cerca. Marta corrió hacia el monte, mientras sus pies se hundían en la arena blanda a veces hasta los tobillos. Cuando llegó a las faldas, el cortejo de músicos ya había desaparecido en el templo. La pendiente era suave, pero ella ascendía sin esfuerzo, sintiendo bajo las planas la calidez lisa de las piedras.

En la cima la aguardaba una sorpresa. Allí por donde estaba convencida de haber visto entrar a los músicos en el edificio, no había puerta alguna. Solo el muro, recto, amarillo, de bloques de piedra maciza, descoloridos por la desmedida exposición al sol. A lo largo de toda la fachada lateral, sobre cuatro columnas, había grabada una inscripción, pero ella no era capaz de leerla porque no sabía griego.

Se dirigió veloz a la derecha, por el sendero enlosado, en busca de una entrada. Dio la vuelta a todo el templo, pero no encontró más abertura que una serie de orificios en lo alto de los largos lados de la construcción rectangular que seguramente servían de claraboyas. Por allí no podía entrar nadie salvo los pájaros. Retornó al punto de partida y se detuvo perpleja, sin saber qué hacer. El concierto podía empezar de un momento a otro, y ella no quería perderselo.

Confirmando su presentimiento, del santuario empezó a surgir música. Llegaba desde lo alto, probablemente a través de las claraboyas. En el primer instante la invadió la frustración por no haber logrado entrar a tiempo en el edificio. Pero luego, de manera inesperada, otra sensación se impuso a su exasperación. Su alma rebosaba angustia. No entendió en seguida lo que la había suscitado. Transcurrieron unos largos minutos, durante los cuales los sonidos provenientes del interior aumentaban sin cesar, hasta que comprendió que precisamente eran esos sonidos los que la inquietaban.

Había algo de caótico en ellos. No era capaz de definir con exactitud de qué se trataba, pero tenía la extraña impresión de que de los instrumentos de los

encapuchados que habían encontrado mágicamente la entrada al interior del templo sin puerta, brotaba algo más que música. Era tan intangible como los sonidos, pero justo por eso nada inofensivo. Presa de un oscuro presentimiento, corrió hacia el lado más largo de la construcción y le bastó mirar hacia las claraboyas para justificar su temor. De los angostos orificios salían lenguas de fuego.

El pánico la embargó. Las llamas no podían dañar los gruesos muros de piedra, pero dentro se hallaba algo mucho más inflamable que estaba amenazado. Ni siquiera se preguntó qué podía ser ni cómo lo sabía. Eso entonces no importaba. Se dedicaría a ello más tarde. Primero tenía que apagar el incendio que se propagaba. En las cercanías no había nadie salvo ella que pudiera hacerlo.

Sí, pero ¿cómo? Empezó a pensar febrilmente, mordiéndose el labio inferior, como siempre hacía en los momentos de gran tensión. Necesitaba agua. Y ¿dónde encontrar agua en el desierto? Entonces se acordó de que mientras estaba abajo, en la llanura había oído olas. Oteó con apremio el resto del paisaje desde la cima de la colina y, en efecto, vio el mar. Blancas crestas espumosas coloreaban la superficie azul.

No estaba lejos, podía llegarse hasta la orilla dando un corto paseo, pero para lo que ella necesitaba, el mar estaba a una distancia inalcanzable. Aunque el templo hubiera estado construido en la misma playa, tampoco habría podido hacer nada. ¿Con qué iba a coger el agua para apagar el fuego? ¿Solo con las manos?

Como si se burlaran de su impotencia, la música y las llamas continuaron creciendo. El fuego brotaba ya enloquecido de los agujeros del muro, obligándola a retroceder por el calor hasta el borde de la meseta. Al mismo tiempo, la música se había vuelto tan ruidosa que tuvo que taparse los oídos con las manos. Pero no le sirvió de nada. El suelo a su alrededor no tardó en comenzar a temblar, seguramente debido a la virulencia de las vibraciones sonoras, primero suavemente, luego cada vez más fuerte, como si un terremoto lo estuviera sacudiendo. En un momento dado perdió el equilibrio y cayó de rodillas y manos, pero, por suerte, no se precipitó por la pendiente.

Se quedó horrorizada cuando advirtió que tampoco el sólido templo conseguía resistir al efecto destructor de la música. Totalmente ensordecida, contempló, con los ojos dilatados, cómo las columnas se retorcían y se desmoronaban, y se deshacían en segmentos cilíndricos. Uno empezó a rodar hacia ella, que lo observaba agarrotada, incapaz de moverse. Le pasó a un milímetro, casi rozándola, y siguió por la cuesta, cogiendo cada vez más velocidad.

Por un instante albergó la esperanza de que todo hubiera terminado cuando el pesado techo de piedra se derrumbó sobre el interior de la construcción con un gran estrépito. No sentía ninguna pena por los músicos sobre los que se había desplomado, aplastándolos. Se lo tenían merecido. Ellos se lo habían buscado. Si no hubiera sido por su música demoníaca, nada de eso habría sucedido. Pero la música no cesaba. Continuaba llegando desde las ruinas en llamas, más atronadora aún

porque no había tejido que la sofocara al menos un poco, como si su caída no hubiera afectado a los que la producían.

El fuego se abría paso muy arriba hacia el cielo. Experimentó una honda desesperanza cuando fue consciente de que ya no había salvación para aquella cosa frágil y tierna que se hallaba dentro. Seguía sin saber lo que era, pero fuera lo que fuese, de ningún modo podía sobrevivir a aquella hoguera infernal. Se había perdido, inexorablemente y para siempre, y tras ella quedaba un vacío inmenso, como el que deja la muerte. No había logrado hacer nada, y ahora era demasiado tarde para cualquier cosa.

Incluso para salvarse a sí misma. El muro de grandes cubos de piedra empezó a hincharse rápidamente como si se tratara de una delicada pompa. Un instante más, y él también cedería ante una fuerza inconcebible que lo impulsaba desde dentro. Comprendió que no había escapatoria. No tenía tiempo ni para arrojararse atolondradamente por la ladera de la colina. Todo lo que fue capaz de hacer, mientras los sonidos imparables ascendían corriendo en un crescendo alocado, fue llevarse las manos a la cara por instinto y cerrar los ojos con firmeza. La oscuridad engulló la aterradora escena, pero nada pudo impedir la explosión final de la música.

Marta consiguió dormirse de nuevo, pero solo cuando ya había amanecido. Esta vez no soñó nada. En un momento se hundió en un lago de tinta negra que la absorbió en sus entrañas ciegas y sordas. Podría haber permanecido allí mucho tiempo; Konstantin no se lo permitió. Fue tras ella, la tomó suavemente por los hombros y la sacó a la superficie. Ella intentaba ofrecer resistencia, porque no deseaba emerger, pero él fue implacable.

En el lago se quedó el sueño. No lo recordaba en absoluto después de despertarse por segunda vez aquella mañana. A la pregunta asombrada de su esposo sobre cómo era posible que se hubiera dormido, respondió encogiéndose de hombros. También era insólito para ella, pues solía ser la primera en despertarse. A decir verdad, era consciente de que experimentaba una angustia indefinida, pero por más que intentaba averiguar lo que la abrumaba no lo conseguía.

En el desayuno, cuando Konstantin llevó a la mesa las rebanadas de pan recién salidas de la tostadora, por un instante se quedó ensimismada mirando con repugnancia la superficie rayada. Le gustaba el pan tostado, pero por alguna razón esa mañana no le apetecía. Su marido la contempló extrañado al ver que apartaba el plato intacto, pero no dijo nada. Solo tomó una taza de café, soplando dentro, aunque no estaba muy caliente. Sabía que no le iba a caer bien en el estómago vacío, pero era incapaz de probar bocado.

Cuando se fueron al trabajo, Konstantin encendió la radio del coche. Hacía mucho tiempo que llevaba a cabo ese gesto, aunque la música le daba un poco igual. Era la forma más idónea de mitigar el silencio que los oprimía durante el trayecto de

media hora. Después de más de veinte años de vida en común, los temas de conversación empezaban a escasear. Al principio ese silencio a ella le molestaba, pero más tarde se acostumbró, e incluso empezó a gustarle. Mejor hablar cuando de verdad tenían motivos para ello que hacerlo a la fuerza. Al fin y al cabo, ella tampoco estaba siempre de humor para charlar.

Ahora, sin embargo, estiró el brazo hacia la radio, en principio para bajarla, aunque el volumen no estaba muy alto, pero luego la apagó repentinamente. No dijo nada. Ella misma ignoraba por qué lo había hecho. La cadena sintonizada en la radio emitía música instrumental ligera, que siempre le había gustado, sin embargo esa mañana la irritaba un tanto, pese a que no habría sabido explicar de qué manera. Konstantin volvió durante un segundo la cara hacia ella. Marta sostuvo su mirada inquisitiva, agradecida porque no le preguntaba nada. Continuaron en silencio, mientras a su alrededor el tráfico se hacía cada vez más denso según se iban acercando al centro de la ciudad.

Cuando ya estaban cerca de la biblioteca en la que ella trabajaba, algo en lo que probablemente antes no habría reparado atrajo su atención. Dos camiones de bomberos intentaban en vano abrirse un camino a través de la multitud de vehículos que circulaban lentamente en el atasco matutino. Llevaban la sirena conectada, así como la luz giratoria azul, pero eso no les era de gran ayuda. Los coches que tenían delante no podían moverse para dejarlos pasar.

Marta, de pronto, se puso nerviosa y, como solía hacer en esas ocasiones, empezó a respirar de prisa. La idea de que los grandes vehículos rojos, a juzgar por las apariencias, no llegarían a tiempo allí donde eran indispensables le produjo una desazón insólita. A decir verdad, no sabía dónde era el incendio, pero le daba igual. Fuera lo que fuese lo que ardiera, el daño siempre era tremendo. El fuego deja tras de sí una desolación absoluta. Y quizá en ese caso había de por medio algo único e irrepetible.

En el primer cruce, los bomberos torcieron a la izquierda y desaparecieron de su campo de visión. El sonido de sus sirenas se seguía oyendo, pero el ruido circundante lo iba acallando paulatinamente. Como si se despertara de un letargo, Marta se preguntó perpleja por qué aquello la había afligido tanto. Los incendios eran cotidianos en una ciudad tan grande. Era inevitable. Igual que era inevitable que todos los días perecieran personas que también eran únicas e irrepetibles. Pero el hombre no puede permitir que las pérdidas irreparables le afecten en exceso, porque entonces su vida se convertiría en un auténtico infierno.

Antes de bajarse del coche delante de la biblioteca, besó a Konstantin. No fue más que un roce superficial en los labios que apenas resultaba más íntimo que un apretón de manos. No se dijeron nada, ni había necesidad de hacerlo. Él, como cada mañana, proseguiría hasta la compañía de seguros en la que trabajaba desde hacía casi un cuarto de siglo. Al final de la jornada laboral la esperaría en el mismo lugar. Volverían a besarse, sin palabras. La radio en el coche ya estaría encendida, liberando

a ambos de la obligación de hablar sobre los rutinarios asuntos del día a día en la oficina.

En cuanto encendió el ordenador en su despacho, igual que cada mañana, comprendió que algo no iba bien. En el monitor apareció en seguida la imagen, y eso no debería suceder. Siempre transcurría medio minuto, más o menos, antes de que el sistema estuviera listo para trabajar. Durante ese tiempo, en la pantalla se sucedía un texto lleno de abreviaturas, signos y números, sobre cuyo sentido nunca había profundizado. Entendía muy poco de ordenadores. Se las apañaba con el programa básico de la biblioteca, y eso le bastaba. No tenía ningunas ganas de entender mejor cómo funcionaba el aparato.

Ahora era como si hubiera encendido el televisor. La imagen también era televisiva, y no la propia de un ordenador. La escena que se veía no era una mera animación, de esas que nunca le habían gustado, sino una grabación de gran calidad que representaba el exterior de un edificio antiguo. Se quedó mirándolo fijamente, desconcertada. Tenía la vaga sensación de haberlo visto, pero no conseguía recordar dónde. Cuatro grandes columnas se alzaban a intervalos regulares a lo largo de la fachada, que quedaba en primer plano, y entre las dos del medio se hallaba la entrada, una puerta de dos hojas abierta de par en par.

Sobre las columnas se extendía una inscripción. Acercó un poco la cabeza al monitor para verla mejor, pero no fue necesario.

Como si reaccionara a sus deseos, la cámara empezó a aumentar las letras que, pese a estar talladas en alfabeto griego, ella no tuvo dificultad en leer. A pesar de todo, no se sorprendió. Desde luego, era el menor de los milagros a los que se enfrentaba en ese momento. El mayor se refería a la inscripción en sí misma. Aunque, naturalmente, aquello de ningún modo era posible, allí ponía: Gran Biblioteca.

Se quedó unos segundos contemplando las enormes letras, incrédula. Y luego se estremeció, concluyendo que tenía que hacer algo. Debía llamar a alguien. Quizá primero al servicio de mantenimiento informático. Seguramente se trataba de una avería. Estas máquinas de vez en cuando fallan, aunque nunca había oído que se produjera algo semejante. Tendió la mano hacia el teléfono, pero no consumó el gesto porque en el mismo instante la cámara revivió. Se deslizó hacia abajo, llegó a la entrada abierta y avanzó hacia el interior.

Al principio no se veía mucho. La única luz llegaba a través de una serie de orificios en lo alto de los largos muros laterales, pero tras la intensa claridad del exterior era insuficiente. No tardó en hacerse ver un poco mejor, y a Marta le pareció que sus ojos se habituaban a la penumbra, aunque sabía que no era más que una ilusión. La cámara se estaba adaptando a la débil luz. Al mismo tiempo comenzó a girar despacio, revelando el interior.

Era un recinto inmenso, similar a una nave. Por el centro, hasta el lejano extremo opuesto, se extendía una serie de mesas de madera y sillas sencillas sin respaldo. Estaban colocadas de manera que sobre ellas caían perpendiculares los rayos que se

filtraban por los orificios superiores. Ahí, sin forzar mucho los ojos, podía leerse durante el día, sobre todo si este era soleado. Sin embargo, no se veía ningún alumbrado artificial. No había lamparillas de aceite ni velas ni faroles. Nada que ardiera. Por la noche, sin duda, la Gran Biblioteca no se podía utilizar.

Y del suelo al techo, las cuatro paredes estaban completamente revestidas por profundas estanterías. A intervalos regulares había unas escaleras, fijadas a las estanterías, para permitir alcanzar la parte más alta. En las repisas se apilaba algo que Marta no reconoció en el acto. Esperaba libros, de modo que por un instante se preguntó qué eran aquellos objetos tubulares que formaban panales interminables por doquier.

Y entonces cayó en la cuenta. Si la inscripción en la puerta era auténtica, allí no podía haber libros. Aún era pronto para ellos. En la época en la que existía ese lugar, los escritos se hacían en papiro. En el monitor, ante sus ojos, se extendía un enorme depósito de rollos. Jamás había sido capaz de calcular a ojo, pero en este caso no podía equivocarse. A lo largo de los muros se amontonaban miles y miles de rollos.

La escena resultaba fascinante, pero la primera idea que se le ocurrió a Marta cuando comprendió lo que estaba viendo era tan práctica que rayaba en lo trivial. Como experta bibliotecaria, se preguntaba cómo alguien podía arreglárselas entre esa cantidad ingente almacenada cuando no había lomos mediante los que poder distinguir un papiro de otro. ¿Cómo podía encontrarse el rollo deseado entre tantos, en apariencia, idénticos?

Como si de nuevo siguiera el curso de sus pensamientos, la cámara se aproximó a una sección de las estanterías. Cincuenta rollos llenaban por completo la pantalla. De repente, una tupida red de letras los cubrió. Esta vez estaban en alfabeto latino, así que Marta no tuvo que contar con el milagro de poder leerlas. Tampoco tardó mucho en comprender cuál era la cuestión. Al fin y al cabo, toda la vida se había dedicado a la catalogación.

Los nombres de los autores estaban escritos con trazos más gruesos en color amarillo, y debajo, más pequeños y en azul, se alineaban los títulos. No estaba claro si se referían a las obras colocadas en esos pocos rollos que se veían al fondo, pero si esa conjetura era cierta, entonces el contenido completo de los rollos de papiro era mucho más grande de lo que cabía imaginar. ¡Qué tesoro incalculable se guardaba en la Gran Biblioteca! La respiración de Marta se aceleró por segunda vez esa mañana.

La cámara se desplazó suavemente a la sección contigua de la estantería. El catálogo desapareció por un instante, pero en seguida apareció una nueva página del mismo. Marta se concentró en el texto. Aunque puso todo su empeño, no logró acordarse de si había visto antes alguno de los nombres que figuraban en la pantalla. Por la lista de obras intentó deducir quiénes eran los autores —escritores, historiógrafos, naturalistas, matemáticos—, pero no podía afirmar nada con seguridad.

Continuó observando entusiasmada mientras la cámara pasaba despacio de una

sección a otra. Perdió la noción del tiempo por completo. Una parte de su conciencia le advertía sin cesar que debía librarse del encantamiento, que debía hacer algo, todo aquello era algo extremadamente insólito, tenía que informar a alguien de lo que estaba sucediendo, y no quedarse allí sentada mirando la pantalla como hipnotizada. Pero la curiosidad podía más que la voz de la cordura. No había razón para apresurarse, ya informaría más tarde, ahora era más importante tío perderse nada.

Y entonces, entre los nombres de los autores descubrió uno que reconoció. Aún más, no hacía mucho que a la biblioteca había llegado una nueva edición de sus tragedias que ella había archivado. Recordaba perfectamente que el número de obras conservadas de este escritor era pequeño, apenas siete u ocho, pero sin embargo ante sus ojos se extendía una lista mucho más larga. Llegó a contar hasta treinta y seis dramas. Debido a la letra diminuta tuvo que hacerlo pasando el dedo por el monitor. Cuando señalaba un título, el color azul claro se oscurecía por un instante.

Impulsada por una idea repentina, volvió a llevar el índice a la pantalla y lo posó en un título que no le resultaba conocido. Primero, las letras cambiaron de tono, y luego la página del catálogo desapareció y de la sección de rollos uno comenzó a separarse. Cuando estuvo fuera del todo se desplegó, cubriendo el monitor por entero. Ante Marta se mostraba el texto original de una tragedia perdida en tiempos muy remotos.

Su instinto de bibliotecaria experimentada prevaleció sobre su excitación. Debía ocuparse de guardar aquello de algún modo. Era lo más importante. Todo lo demás podía esperar: las preguntas inquietantes que pugnaban por escaparse del lugar donde ella las había reprimido temporalmente. Sí, pero ¿cómo? ¿Qué tenía que hacer para salvaguardar aquel tesoro de valor incalculable que había emergido, Dios sabía cómo, del abismo del olvido? Estuvo cavilando un buen rato, pero lo único que se le ocurrió fue aplicar la manera corriente de grabar datos en el ordenador. No creía que surtiera efecto, pero ¿qué más podía hacer?

En el mismo instante en que pulsó la primera tecla, el papiro desplegado se enrolló de nuevo y regresó a su lugar de procedencia. Marta apartó la mano como si se hubiera quemado. Se había equivocado. Pero no tuvo oportunidad de probar nada más, porque la cámara se apartó bruscamente de la sección en la que estaba y se retiró al fondo del gran recinto, muy arriba, junto al techo, mostrando desde allí toda la Gran Biblioteca, con la entrada fuertemente iluminada en el otro extremo.

Durante unos segundos nada se movió, como si una fotografía llenara la pantalla, pero luego empezaron a sonar los altavoces, que hasta entonces habían estado mudos. La música que iba surgiendo de ellos al principio era apenas audible, como si procediera del exterior, de algún lugar distante, de modo que ella no la reconoció de inmediato. Sin embargo, a medida que el sonido fue aumentando, Marta sintió que unos dedos helados y punzantes le recorrían la columna vertebral hacia la nuca. Emergiendo con ímpetu del lago de tinta en el que había quedado sumergido, el sueño olvidado la golpeó violentamente en mitad de la cara.

Sabía a quiénes iba a ver antes de que la procesión de músicos llegara a la entrada. Iluminadas desde el fondo, las figuras encapuchadas empezaron a deslizarse dentro semejantes a fantasmas sin cara que no llegaban a rozar el suelo. Cuando abandonaban el hueco rectangular de luz se fundían completamente en la oscuridad circundante. Se podía percibir su presencia solo por la música, que no cesaba. Cuando el último de ellos entró en la Gran Biblioteca, la alta puerta de dos hojas se cerró sin ruido tras él, sin dejar rastro alguno.

En el monitor, de nuevo oscurecido, no se movió nada durante un tiempo. Procedente de fuentes invisibles, los sonidos fueron en cambio aumentando de manera siniestra. Y entonces, unas manchas de claridad empezaron a colorear las densas sombras. Transcurrieron unos segundos antes de que Marta comprendiera lo que sucedía. Eran antorchas que se encendían una tras otra e iban iluminando poco a poco el vasto interior. La escena que esa luz titilante descubría entre el humo parecía irreal. Las antorchas flotaban en medio del vacío, sin ningún soporte, porque nadie las sujetaba. No había ni rastro de los músicos, aunque la música seguía sonando atronadora.

Una vez que todas estuvieron prendidas, se fueron distribuyendo ordenadamente por el edificio formando un rectángulo a lo largo de las paredes. Marta se aferraba con firmeza al borde del escritorio, como si temiera perder el equilibrio. Contemplaba la pantalla sin parpadear. Era absolutamente consciente de lo que iba a suceder, pero la impotencia que había sentido en el sueño también la paralizó en la realidad. Pese a que se esforzaba febrilmente por pensar en una manera de impedir lo inevitable, no se le ocurría nada.

Las antorchas permanecieron unos instantes inmóviles junto a las estanterías, y luego, como ante una orden inaudible, iniciaron su banquete enloquecido. Cual pinceles incendiarios de un pintor demente y de brazo largo, se pusieron a dar brochazos sobre el fondo de papiros. Los enormes frescos se revistieron de trémulos matices llameantes. Marta casi se hizo sangre en el labio inferior, como si el intenso dolor pudiera sacarla del sueño que de ningún modo quería soñar. Pero esta vez no hubo un despertar salvador.

Presas de la desesperación, observó cómo la orgía de fuego devoraba uno tras otro los innumerables rollos convirtiendo en nada su contenido inmensamente valioso. Acompañado de la música embriagadora, el fuego se extendió veloz hasta ocupar la pantalla toda entera eliminando el resto. La escena de aquel incendio devastador era tan convincente que a Marta le pareció sentir el calor en la cara. Más fuerte aún era el olor a quemado que le invadía las fosas nasales. Y entonces, aterrorizada, vio que no se trataba solo de una ilusión: de la parte trasera del monitor se elevaba una columna de humo gris.

Marta saltó de la silla, que se volcó con el movimiento. Se llevó las manos a la boca, pero no lo suficientemente de prisa como para sofocar el grito que se le escapó. El humo era cada vez más denso, más rojo, para por fin mezclarse con la llamarada

que se elevaba con furia. Tenía que hacer algo, estaba preparada para ello, sabía bien cómo debía actuar, pero permanecía completamente paralizada. Se limitaba a observar pasmada el fuego que se apoderaba ya de todo el monitor. Milagrosamente, la imagen no había desaparecido, de forma que daba la impresión de que los dos incendios se derramaban el uno en el otro mientras la música retumbaba sin cesar desde los altavoces.

Cuando, de pronto, se desencadenó un auténtico aguacero, Marta ni siquiera hizo ademán de apartarse. El humo había activado el sistema antiincendios y de los innumerables agujeros del techo caía una llovizna intensa. Pero ella seguía de pie bajo la ducha lacerante, la vista clavada en la pantalla que ahora estaba vacía. Los altavoces habían enmudecido, porque, en el mismo instante en que empezó a caer el agua, la electricidad de la habitación se había desconectado automáticamente. Como cualquier biblioteca moderna, aquella se hallaba bien protegida del mayor peligro que desde el principio de los siglos amenazaba a los libros.

Las siguientes dos horas y media, Marta las pasó en el cuarto de baño, envuelta en una manta, aguardando a que le trajeran la ropa seca y planchada. Cuando regresó a la oficina, todo estaba ya limpio y colocado. No tuvo que explicar nada. Nadie preguntó lo que había sucedido porque era evidente. No era la primera vez que un monitor ardía. No era más que un simple contratiempo que no había causado grandes daños. Además, todo estaba asegurado. En la mesa de trabajo, ya había un nuevo monitor, pero ella ese día no volvió a encender el ordenador.

Cuando ya bien entrada la tarde se sentó en el coche y besó a Konstantin, por un momento tuvo la tentación de contarle lo que había vivido. Pero se contuvo. Se habría hecho un lío intentando explicar algo que ni ella misma entendía. Por si fuera poco, al regresar del trabajo, él tenía menos ganas aún de hablar que por la mañana. La expresión de agotamiento de su cara lo revelaba claramente. Y la radio ya estaba encendida. Sin intercambiar ni una palabra, desembocaron en el río de denso tráfico.

EL GATO

El señor Oliver no empezó a visitar las tiendas de antigüedades hasta después de la muerte de su esposa. La señora Katarina era una asidua de estos sitios, sobre todo durante los últimos años de su vida, comprando a veces distintos objetos, en su mayoría decorativos. A pesar de que siempre le instaba a acompañarla, él no iba con ella. Sentía cierto rechazo hacia las cosas viejas, sobre todo porque antes habían pertenecido a otras personas. Para la señora Katarina eso no suponía ningún impedimento. Compraba todo lo que le parecía bonito y no era demasiado caro.

Así ocurrió también con *Oskar*. Lo compró en una tienda de animales domésticos a un precio muy bajo porque no era de raza. Se trataba de un gatito completamente blanco, con ojos castaños, de los que la señora Katarina se enamoró a primera vista. El señor Oliver recibió la llegada de *Oskar* con reservas. Él ciertamente no era un amante de los gatos, aunque tampoco tenía nada contra ellos. Lo dejaban indiferente.

Al principio procuraba tener el menor contacto posible con *Oskar*. Consideraba que la atención que le prestaba su esposa era suficiente. En realidad, incluso más que suficiente. A veces le parecía que ella lo trataba más como si fuera un niño que un gato. Se ocupaba minuciosamente de todas sus necesidades, lo mantenía bien cuidado y limpio, incluso le asignó una habitación, aunque *Oskar* pasaba muy poco tiempo en ella. Además le hablaba mucho, dirigiéndose a él casi siempre con ternura, lo que suscitaba cierto recelo en el señor Oliver, quien, por supuesto, nunca hizo ninguna observación al respecto.

Con el tiempo se instauró entre ellos dos una suerte de tregua. Si bien no consiguieron establecer una relación más cercana, al menos aprendieron a tolerarse. El señor Oliver se acostumbró a la presencia del gato en la casa, así que no le molestaban ya sus olores, los pelos que había por doquier cuando mudaba el pelaje, su inclinación a afilarse la uñas en la tapicería de los muebles, las ganas, aparentemente ilógicas, de correr enloquecido por la casa que se apoderaban de él por lo menos una vez al día, o la inquietud que lo embargaba en época de celo.

Oskar, por su parte, dejó de examinar y olfatear desconfiadamente al señor Oliver como si fuera un desconocido al que hubiera que temer. Se conformaba con no tener ningún tipo de contacto físico con él. La señora Katarina intentó acercarlos un poco más durante un corto período y, a la postre, desistió, consciente quizá de la futilidad de ese esfuerzo. Solo se preocupaba de repartir su afecto equitativamente entre los dos, para que ninguno se sintiese desatendido.

La relación entre el señor Oliver y *Oskar* varió cuando la señora Katarina cayó enferma e ingresó poco después en el hospital. Él tuvo que hacerse cargo del gato. Al principio, al señor Oliver le costó bastante, y tampoco fue fácil para *Oskar* acostumbrarse al cambio. Pero poco a poco fue adquiriendo habilidad en las cosas básicas —preparar la comida y limpiar tras el gato— y también el animal se volvió menos receloso.

Aun así, cuando cepillaba a *Oskar*, pese a que era evidente que le gustaba, no respondía con el mismo ronroneo que cuando lo hacía la señora Katarina, por lo que el señor Oliver se sentía un poco herido. Asimismo le contrariaba tener que llevarlo con correa una vez al mes al parque, para que el felino pudiera encontrar las hierbas que necesitaba para la digestión. El señor Oliver se sentía en esos momentos muy incómodo, porque tenía la impresión de que, sobre él, se posaban demasiadas miradas asombradas e incluso reprobadoras.

Sin embargo, todo eso era soportable. Lo único que el señor Oliver no había logrado hacer era hablar con el gato. Ciertamente, lo había intentado en varias ocasiones, pero siempre se sentía estúpido, como si estuviera hablando solo, así que después de unas cuantas palabras se callaba. Peor aún fue una vez que pretendió decirle unas frases de cariño. Sonó extremadamente artificial y afectado, lo que de ningún modo se adecuaba a su edad.

Como si sintiese el mismo recelo, *Oskar* también redujo sus maullidos. A la señora Katarina siempre le había comunicado sus deseos maullando, pero ahora optaba por arañar una superficie para hacer saber al señor Oliver que necesitaba algo, teniendo que sufrir a menudo que este no se diera cuenta de ello en seguida. Estaban claramente condenados a convivir en silencio. Habían alcanzado un punto de intimidad que, al parecer, no eran capaces de sobrepasar.

Cuando murió la señora Katarina, la pregunta de qué iba a pasar con *Oskar* ni siquiera se planteó. Desde luego era impensable que el señor Oliver lo echase de casa, ni siquiera en el caso de que el gato hubiera mostrado ese deseo. No estaba acostumbrado a cuidar de sí mismo, por lo que no habría sobrevivido mucho tiempo en la calle. Si hubiera deseado librarse de él, habría preferido regalarlo a una sociedad protectora de animales o quizá devolverlo a la tienda donde lo compró su mujer. Sin embargo, era lo último que el señor Oliver deseaba. Sin *Oskar*, se quedaría completamente solo en el gran piso desierto, y ese pensamiento de pronto le parecía horroroso. Tal vez él y el gato no fueran la pareja perfecta, pero ahora se necesitaban el uno al otro. Además, si no se quedaba con *Oskar*, Katarina nunca se lo perdonaría.

Empezó a visitar las tiendas de antigüedades porque le remordía la conciencia. No debería haber hecho caso omiso de sus ruegos de que la acompañara. Cuántos momentos agradables más habrían podido pasar juntos si hubiera ido con ella. Es extraño cómo uno empieza a ser consciente de estas cosas cuando ya es demasiado tarde para corregirlas. Durante un tiempo acarició la idea de llevar, por lo menos en alguna ocasión, a *Oskar* consigo y le parecía adecuado hacerlo, pero al final desistió. En esos sitios probablemente les está prohibido el acceso a los animales, incluso aunque vayan con correa.

Al principio le costó bastante entrar en tales establecimientos. Fruto de su inexperiencia, los imaginaba como el resto de los comercios en los que los dependientes se abalanzan sobre el cliente para atenderle cuanto antes. Si hubiera sido así, él se habría encontrado en una situación incómoda porque no buscaba nada

en concreto. Pero, por suerte, allí no había presiones de este tipo. Si alguien se dirigía a él, era solo para saludarlo amablemente, y luego lo dejaba que hurgara hasta hartarse entre un sinfín de objetos grandes y pequeños que sin ningún orden abarrotaban cada rincón disponible.

La aversión que sentía antaño por las cosas viejas y de segunda mano empezó a desvanecerse poco a poco. Rebuscando sin prisa en las atestadas estanterías y vitrinas, comenzó a ver los objetos expuestos con los ojos de su difunta esposa: anteponía la belleza a sus restantes cualidades. La antigüedad de las cosas nunca había influido en ella, y la reciente experiencia de su muerte le recordaba dolorosamente qué efímera resulta cualquier posesión.

En realidad, ¿cómo se puede poseer la belleza? ¿A quién pertenecían ahora los adornos y fruslerías que durante todos aquellos años la señora Katarina había traído de las tiendas de antigüedades? A él, por supuesto. Pero no por mucho tiempo. Si hubieran tenido hijos tal vez lo vería de otro modo, pero así, sin herederos, no podía ni imaginarse quién se quedaría con los objetos cuando él muriera. En realidad, daba igual. Poco después, cuando empezó a comprar él mismo las cosas que le parecían bonitas, no las consideraba suyas. Solo se hallaban en su poder transitoriamente, y a él le era dado disfrutar de ellas por cierto tiempo.

Solía descubrir la belleza en los objetos más diversos: en la figurilla descascarillada de una bailarina de cerámica, en el fragmento de una condecoración, en el juego de botones incompleto de una guerrera, en un portapipas de latón desgastado, en un reloj de bolsillo con la manecilla grande partida por la mitad, en una caja de rapé cuya tapa no se podía cerrar bien, en una llave medio oxidada para una cerradura bastante grande, en unos cuantos soldaditos de plomo con la pintura desconchada, en un barómetro de pared del que se había salido el mercurio, en un montón variopinto de monedas antiguas, en un cubierto que tal vez alguna vez estuvo chapado en oro, en un dedal con inscripciones caligráficas abollado, en un frasco de esencia de lavanda, ya evaporada, con un tapón redondo de cristal, en una montura de monóculo sin cristal, en un colador de té con el mango levemente doblado, en un álbum con algunas fotografías amarillentas, tomadas hacía tiempo, de personas que ya nadie podría reconocer.

Después de llevar las cosas a casa, no las colocaba de inmediato en la estrecha estantería negra con muchos compartimientos que había encargado a medida especialmente para este propósito. Primero, manteniendo la costumbre de su esposa, le daba a *Oskar* la oportunidad de olfatear bien los objetos para que se familiarizara con ellos, y luego pasaba largas y pacientes horas en la mesa de la cocina reparando, arreglando, recomponiendo, fijando, pegando, cosiendo, planchando y pintando. A lo largo del tiempo había reunido una auténtica colección de pequeñas herramientas y había adquirido habilidad en un trabajo al que anteriormente jamás se había dedicado. Cuando por fin llegaba a la estantería, cada objeto estaba restaurado en la medida de lo posible. Solo una vez, durante una intervención muy delicada, se preguntó

extrañado cómo es que las cosas que traía Katarina de las tiendas nunca necesitaban ningún tipo de arreglo.

El señor Oliver dio con la caja de música por casualidad. En realidad, tropezó con ella al acercarse a una vitrina en un rincón de una tienda en los suburbios a la que nunca había ido. Estaba apoyada en el suelo, cubierta en parte por un extremo de la cortina de terciopelo que enmarcaba el escaparate de arriba abajo. Se inclinó y la levantó, temiendo haberla roto sin querer. Absorto en las cuentas detrás del mostrador, el anticuario, al oír el inesperado ruido sordo que hendió el silencio, lanzó una mirada curiosa por encima de las pequeñas gafas de montura redonda al único cliente que había en la tienda.

Si las circunstancias hubieran sido distintas, el señor Oliver seguramente no habría comprado la caja de música. Entre otras cosas porque abultaba bastante y no cabía en la estantería del salón. Pero más que nada porque, después de examinarla bien, decidió que no le gustaba. El motivo no era, sin embargo, que pareciera bastante deteriorada y que probablemente no funcionara. Estos defectos se podían remediar de algún modo. No le gustaba porque no vio en ella ni una chispa de aquella belleza que para él era crucial.

Dudaba que hubiera causado un daño adicional a la caja al tropezar con ella, pero el vendedor no dejaba de mirarlo con suspicacia, así que no le quedaba otra salida. Poco propenso y nada preparado para discutir con la gente, se acercó sin más al mostrador y preguntó por el precio. Cuando le fue comunicado, comprendió que incluía también la apreciación experta del anticuario de que el cliente se hallaba en un apuro, pero no intentó regatear. No lo hacía nunca. Sin pronunciar palabra, pagó el importe solicitado y esperó a que la mercancía fuera empaquetada.

Eso supuso un pequeño problema. Al dueño de la tienda, cuya expresión se había suavizado de repente al recibir el dinero, le costó mucho encontrar algo lo bastante grande para meter dentro la caja de música. Por fin desapareció unos segundos detrás de la cortina que cubría la entrada de la trastienda y volvió trayendo una caja de cartón de buen tamaño que, a juzgar por las apariencias, originariamente había contenido unas botas. Luego, como dictaban las buenas maneras, con una reverencia y amplia sonrisa, acompañó hasta la puerta al distinguido cliente.

Al regresar a casa, el señor Oliver aún dudaba sobre qué hacer con la caja de música. Podía guardarla en cualquier parte y olvidarla, pero eso no tenía sentido. Si no la quería, habría sido más inteligente tirarla sin más al primer contenedor de basura al salir de la tienda. Él desde luego no era de esas personas que guardan obstinadamente los trastos viejos aun a sabiendas de que nunca más los utilizarán. Pero ya que la había comprado, ¿por qué no intentar arreglarla un poco? Quién sabe, tal vez restaurada incluso llegara a gustarle.

Se dirigió a la cocina, donde realizaba las reparaciones, la sacó de la caja de botas y la puso sobre la mesa. Como solía hacer cuando traía algo nuevo a casa, *Oskar* vino en seguida para olfatearla. Primero saltó a la silla y luego a la mesa. La señora

Katarina no lo habría permitido, pero con el señor Oliver casi todas las prohibiciones habían quedado abolidas. Incluso cuando deseaba prohibirle algo, acababa renunciando porque no sabía cómo hacerlo de un modo adecuado.

El señor Oliver estaba convencido de que *Oskar* se acercaría primero al ingenio musical, pero por algún motivo el gato se sintió más atraído por la caja de cartón. La olfateó cuidadosamente por todos los lados, y luego se metió dentro, colándose por debajo de la tapa un poco entreabierta. Al desaparecer en el interior la punta de su rabo, la tapa cayó tras él y se quedó completamente encerrado. El señor Oliver no se preocupó. *Oskar* se introducía a menudo en los lugares más inaccesibles, de los que siempre salía fácilmente, sin ayuda ajena. En esta ocasión bastaba con que se levantara un poco y empujara la tapa con la cabeza.

Durante un rato pudo oír cómo daba zarpazos y arañaba dentro de la caja, y luego reinó el silencio. Evidentemente *Oskar* había decidido emboscarse, como suelen hacer los gatos cuando piensan que se hallan en un entorno seguro. Ya saldría cuando se cansara. El señor Oliver centró su atención en la caja de música. Primero la examinó y luego cogió un trapo de franela y empezó a frotarla. A juzgar por la gruesa capa de polvo, no la habían utilizado en mucho tiempo.

Después de limpiarla por fuera, el señor Oliver empuñó la pequeña manivela de porcelana que servía para dar cuerda. Fue preciso un poco de esfuerzo para moverla. De la caja empezó surgir el chirrido del engranaje y de los muelles sin engrasar hacía una eternidad. Tuvo que ir girando muy despacio para que nada se atascase o rompiese dentro. Tardó bastante, pero no tenía prisa.

Estaba completamente convencido de que al poner en marcha el abandonado mecanismo no sucedería nada. Sin duda le costaría un gran esfuerzo hacerlo funcionar. Y la pregunta era si sería capaz de llevar a cabo esa tarea. Una cosa era restaurar el exterior de unos objetos sencillos, y otra reparar un aparato complejo como aquel. Él, al fin y al cabo, no era mecánico. Pero, para sorpresa suya, la música se abrió paso desde el interior de la caja.

Sonaba tensa, áspera y discontinua; sin embargo, se podía reconocer la melodía básica. Era una música alegre y entusiasta, plena de un ritmo vivo. Similar a una polka. Al señor Oliver le pareció que ya la había oído en alguna parte, pero como no tenía demasiado oído y en general no entendía mucho de música, no consiguió identificarla. No obstante, todo eso perdió importancia cuando la tapa de la caja de botas en el otro extremo de la mesa empezó a levantarse.

Sin embargo, la cabeza que apareció allí no era la de *Oskar*. Parecía más menuda, más la cabeza de una hembra que la de un macho; además no había ningún pelo blanco en ella. Los colores gris, marrón y negro competían estridentes por obtener la supremacía, y sobre este fondo predominantemente oscuro destacaban los ojos de un intenso color jade. La gata examinó unos instantes el entorno sin mostrar ningún interés por el señor Oliver —que la miraba sin pestañear—, como si la presencia del hombre fuera algo muy normal para ella o como si ni siquiera lo hubiera visto.

Acto seguido se escurrió por debajo de la tapa y se plantó en la mesa. Desde allí echó un vistazo a la cocina, se estiró para desentumecerse después de haber estado en la caja, y luego saltó, primero a la silla y por fin al suelo. Inmóvil, el señor Oliver la observó dirigirse al comedor. Tuvo la impresión de que le rozaba la pierna cuando pasó por su lado, pero, probablemente por la confusión que lo embargaba, no sintió ningún contacto. El animal se movía ágilmente, igual que *Oskar*, aunque de una forma más ligera y femenina. Con pasos rápidos alcanzó en seguida la puerta entornada y desapareció en la habitación contigua.

El señor Oliver vaciló unos momentos antes de encaminarse en pos de la gata. Pensó echar un vistazo a la caja de las botas y comprobar qué sucedía con *Oskar*. Pero no lo hizo. No solo porque no era lo más urgente, sino también porque le aterrorizaba lo que pudiera encontrar al levantar la tapa. Así que, acompañado por los compases de la caja de música, se encaminó al comedor. Llegó a la puerta y empuñó el picaporte, pero no la abrió del todo. Se quedó paralizado ante ella cuando sus oídos percibieron al otro lado algo que no podía darse allí: el murmullo de unas voces.

Intentó reconocerlas, pero la tosca música a sus espaldas se lo impidió. Varias personas estaban hablando al mismo tiempo, y entre ellas resaltaban las voces agudas y estrepitosas de unos niños y sus risas sonoras. El señor Oliver miraba confuso la puerta, sin saber qué hacer. La parte juiciosa de su mente le decía que la abriera y comprobara lo que sucedía en el comedor, pero otra parte, más profunda y oculta, lo retenía febril, insistiendo en que la cerrara inmediatamente, y en que no mirara bajo ningún concepto al interior, que se apartara cuanto antes y huyera a algún lugar lejano.

Cuando por fin se decidió a abrirla, lo hizo de manera lenta y temerosa, impulsado solo por la convicción de que nunca se perdonaría no haberlo hecho. Además, había algo en las voces casi ininteligibles que le resultaba no solo tranquilizador, sino también cercano. No podía determinar exactamente en qué consistía, pero bastaba para convencerlo de que allí dentro no podía ocurrir nada malo.

Ya dentro del comedor se encontró con la mesa oval puesta y cinco personas sentadas a ella. Dos adultos y tres niños estaban almorzando: una comida familiar que transcurría en un ambiente alegre, relajado porque no había invitados cuya presencia obligara a guardar escrupulosamente las formas. Ninguna de las cabezas se volvió hacia el inesperado visitante que se erguía confuso en la puerta de la cocina y que se quedó allí, inmóvil, semejante a una suerte de espectro invisible.

Su mirada se detuvo primero en Katarina. Tenía sus fotos de juventud, por supuesto, pero así, viva, como la veía ahora, existía solo en su memoria. Sin embargo, no recordaba el peinado que llevaba. A su lado estaba sentada la más pequeña de los tres niños, una cría con pecas y negro pelo rizado y largo, con un babero manchado bajo la barbilla. La madre le acercaba tenazmente cucharadas de sopa del plato, repitiendo cada vez que no quemaba y soplando sin necesidad en el

espeso líquido rojo, mientras su hija intentaba con un montón de palabras atropelladas aplazar tanto como fuera posible lo inevitable.

Los niños sentados a ambos lados del padre eran gemelos, tres o quizá cuatro años mayores que su hermana. Llevaban ropa idéntica y el pelo muy corto. El de la derecha contaba sin parar de reír una de las travesuras más recientes de él y su hermano, en voz alta, procurando atraer la atención de los restantes. Mientras tanto no dejaba de comer, así que el padre tuvo que recordarle que no hablara tan alto ni con la boca llena. El otro niño comía en silencio, aprovechando las ocasiones en que nadie miraba para acercar un bocado de comida al gato multicolor apostado junto a su silla.

Sintiendo un hormigueo en la nuca, el señor Oliver clavó por fin sus ojos en el padre. Ante todo, le parecía muy raro con el bigote. Antaño, de recién casado, había pensado dejárselo crecer, pero a Katarina no le gustó demasiado, así que desistió. Ahora, sin embargo, concluyó que no le quedaba tan mal. Daba al joven rostro la seriedad que cabía esperar de un padre de familia. A ello contribuían también hasta cierto punto las gafas, pero estas le gustaban menos. Se enorgullecía de conservar buena vista a pesar de su edad.

Al levantarse Katarina para coger la sopera y dirigirse a la cocina, el viejo que estaba en la puerta, hechizado por la escena imposible ante él, se deshizo de la parálisis que lo atenazaba. No podía quedarse allí obstaculizando el paso. Pero ¿qué hacer? Las confusas preguntas, que hasta ese momento había reprimido, empezaron a asaltarle sin que hubiera respuestas lógicas para ellas, mientras la mujer se acercaba inexorablemente.

Y entonces, como si no se sintiera ya suficientemente acorralado, a espaldas del señor Oliver se oyó de repente un agudo estertor metálico. Como tenía los nervios a flor de piel, el ruido lo sobresaltó y le hizo darse la vuelta apresuradamente. Pero allí no ocurría nada. Simplemente, la caja de música había dejado de sonar porque el resorte de la cuerda había vuelto a su posición inicial o, lo que era más probable teniendo en cuenta el chasquido que desde allí había llegado, porque algo en el viejo mecanismo por fin había dejado de funcionar.

El señor Oliver volvió a mirar al comedor, casi esperando chocar con Katarina. Pero ya nadie estaba yendo a su encuentro. No había una madre llevando una sopera. No estaba la hija que detestaba la sopa caliente, ni el hijo al que le gustaba hablar mientras comía, ni el otro que alimentaba al gato a escondidas. Tampoco estaba el joven padre, con bigote y gafas, sentado a la cabecera de la mesa durante la comida familiar. La gran habitación permanecía vacía y silenciosa, igual que lo había estado casi siempre a lo largo de los últimos años.

Continuó inmóvil en la puerta, mirándola con la vista desenfocada, hasta que un nuevo ruido en la cocina llamó su atención. Era mucho más quedo, así que el señor Oliver no se apresuró a volverse. De la caja de botas surgió primero un hocico con largos bigotes, y luego una cabeza blanca. *Oskar* permaneció un rato así, como si se

preguntara si debía regresar dentro, a aquel bonito escondite, o salir. Por fin, la tapa se levantó un poco más y el gato se deslizó a la mesa.

Antes de llegar hasta él, el señor Oliver ya había tomado una decisión. Estaba claro que no era capaz de reparar la caja de música, y mejor sería que no lo intentara. Seguramente era imposible. E incluso si se pudiera, no había que excluir que la reparación costara más que la compra de una nueva. En realidad, él no había querido comprarla. Volvió a meterla en la caja de cartón, se colocó esta bajo el brazo y salió de casa, seguido por la mirada curiosa de *Oskar*.

Cuando apareció con la caja en la puerta de la tienda de antigüedades, el propietario le lanzó una mirada suspicaz, intuyendo complicaciones. Abrió la boca para explicarle al cliente, con una expresión implacable, como convenía, que en este tipo de tiendas no se admitían devoluciones de los artículos comprados, lo que por lo demás quedaba bien claro en el cartel enmarcado colgado en la pared, cuando el señor Oliver lo interrumpió con un gesto de la mano.

Después de ser informado el anticuario de que no se esperaba de él que devolviera el dinero, sino tan solo que aceptara la devolución de la caja de música, sin ningún tipo de retribución a cambio, arrugó el entrecejo por un instante, pensando en las posibles trampas que podían esconderse tras esa extraña oferta. Como no logró entrever ninguna, por fin aceptó, esforzándose, por si acaso, en mostrar con el tono de voz que lo hacía sin muchas ganas y como un favor especial. Finalmente, la impresión de haber hecho un negocio excelente solo se vio enturbiada por la reverencia y la amplia sonrisa con la que el cliente abandonó la tienda, como si fuera él quien salía mejor parado con aquel trato.

Al regresar a casa, el señor Oliver le contó inmediatamente a *Oskar* su aventura con el dueño de la tienda. El gato lo escuchó con atención, sin interrumpirlo con maullidos superfluos. Con estos empezará a responderle más adelante, mientras escucha otras historias del viejo, primero de forma reservada y tímida, y luego cada vez más desenfadada, a medida que la voz del anciano se vaya tornando cada vez más cálida, aproximándose a la ternura.

LA SALA DE ESPERA

A la señorita Adela no le gustaba viajar.

Ni siquiera cuando era joven, y según fueron pasando los años, los pocos desplazamientos que no le quedaba más remedio que hacer le resultaban más y más desagradables. Esta vez tampoco fue posible evitar el viaje, aunque las circunstancias eran absolutamente desfavorables. Ante todo era invierno, y por si fuera poco, más duro de lo normal en aquella región, con grandes nevadas que, entre otras cosas, provocaban el caos en el tráfico férreo. No se podía confiar en el horario de trenes porque los montones de hielo y nieve no solo les hacían aminorar la marcha, sino que también los obligaban a detenerse, a menudo durante horas, en vía abierta. Luego había que tener en cuenta que la situación general era bastante turbulenta y tensa. Pese a que todos consideraban que la guerra no estallaría antes de la primavera, nadie se habría sorprendido si lo hubiera hecho antes.

Cuando la señorita Adela recibió la noticia de que su hermana pequeña, la señora Tereza, se había puesto enferma, lo primero que se le ocurrió fue que aquello suponía una contrariedad por triplicado. Naturalmente, lo que más le preocupaba era la mala salud de su hermana, que en ningún momento había presentado, pero no menos le afectaban otras dos cosas, producto de esa desgracia, a las que tendría que enfrentarse. No le quedaba más remedio que ir a visitarla, lo que, en el mejor de los casos, representaría un agotador viaje de cinco horas en tren, pero que, teniendo en cuenta el mal tiempo, podía prolongarse hasta el infinito. Ya se veía a sí misma tiritando en el compartimiento sin calefacción, en compañía de vaya usted a saber quién, mientras la composición de vagones quedaba atrapada sin esperanza en medio de un triste campo blanco. Sin embargo incluso todo eso sería más fácil de soportar que el encuentro que la aguardaba después.

Nunca le había perdonado a Tereza que se casara con aquel hombre y se fuera con él tan lejos, dejándola sola. Ya la primera vez que lo vio, no le había gustado. Estaba tan pagado de sí mismo, era tan antipático y cínico como solo los hombres pueden serlo. Y luego aquellos ojos acuosos con los que miraba a la gente despectivamente desde arriba, la poblada barba rojiza que apestaba a humo de tabaco incluso cuando no fumaba su repugnante pipa. ¿Qué había visto Tereza en él? Seguramente había sufrido a su lado, la pobre, aunque era demasiado orgullosa para reconocerlo. La señorita Adela no había dejado de repetirle a su hermana, en las raras ocasiones en que esta había ido a verla, sola por lo general, que podía regresar cuando quisiera a la casa familiar. Pero Tereza se negaba hasta a hablar de ello, y a veces con muy malos modales, pese a que su hermana mayor solo deseaba lo mejor para ella.

El telegrama que él le había enviado estaba redactado para preocuparla al máximo con su parquedad. Desde luego, lo había hecho a propósito. «Tereza enferma. Stop. Quiere verte. Stop. Jakob.» En realidad, ¿qué conclusión podía sacar de eso? ¿Cómo de grave era el estado de Tereza? Tenía que serlo bastante porque, si no, ¿para qué

hacerla viajar en semejantes circunstancias? Y quizá no había sido una cosa repentina. No le sorprendería nada que llevara enferma mucho tiempo al lado de ese tipo, pero que se hubiera abstenido de decirle nada a su hermana. ¿Acaso no la había advertido en cuanto lo había calado de que no estaba segura con él, que incluso podría costarle la vida? Pero Tereza, en su ingenuidad e insensatez, lo había negado con un ademán indolente.

Intentó llamarla por teléfono. Rara vez se decidía a dar ese paso y lo hacía a disgusto. Le aterraba la idea de que fuera Jakob quien descolgara el aparato. No tenía ningunas ganas de oír su voz y menos aún de hablar con él. Pero ahora, por supuesto, debía exponerse a esa contrariedad. Sin embargo, las líneas estaban cortadas. Cuando hacía buen tiempo, las comunicaciones interprovinciales tampoco funcionaban bien. El fuerte viento debía de haber arrancado algún cable. Era un auténtico milagro que el telegrama hubiera llegado.

Lo único que podía hacer era dirigirse a la estación de ferrocarril para coger el tren de la tarde. Tal vez habría podido llamar primero al servicio de información para enterarse de los retrasos, pero en medio del desconcierto que la embargaba, eso no se le ocurrió. Metió unas cuantas prendas de abrigo en una maleta pequeña y encima puso una bolsa de agua caliente como escudo contra la congelación si el tren se quedaba parado en medio de una cellisca. Llenó el termo de té y, con cierto titubeo, añadió un poco de ron que no usaba más que cuando hacía masa para pasteles en las fiestas. Por último cogió una caja de las galletas que solía mordisquear con el té, y después de pensarlo mejor cogió otra.

Cuando llegó a la estación constató que el tren iba con retraso, pero no se sabía cuánto. Se esperaba que dijeran algo más concreto al cabo de aproximadamente media hora. El empleado de la ventanilla al que le había comprado el billete y que le había dirigido una mirada compasiva cuando oyó cuál era su destino le recomendó que se acomodara en el restaurante de la estación o en la sala de espera. La señorita Adela jamás se había sentado sola en un restaurante, así que se encaminó a la sala de espera.

El pasillo que llevaba hasta allí estaba lleno de soldados. Hablaban de pie y en pequeños grupos o se sentaban somnolientos en baúles grises de madera, y hasta en el suelo frío, con los fusiles apoyados en la pared. Parecían extenuados, con manchas de barro reseco en los uniformes desaliñados. La mayoría de ellos fumaban, de modo que en la penumbra del pasillo flotaba una densa nube azulada de humo de tabaco. La señorita Adela sintió cierto malestar mientras pasaba entre ellos, con la cabeza agachada y tapándose la boca y la nariz con la mano, aunque nadie le prestó atención.

En la sala de espera no había mucha gente. Solo una gran fatalidad, como la que le había ocurrido a ella, podía impulsar a alguien a viajar con semejante frío. La señorita Adela se acomodó en un rincón, frente a una familia de tres miembros que estaba sentada a la derecha de la puerta. Él era un hombre alto, delgado, de porte rígido, ya medio calvo aunque rondaba la treintena. Se había quitado el abrigo y lo

había colocado doblado con esmero en el banco, junto a un bolso grande, pero se había dejado puesta la larga bufanda de lana azul. Ella resultaba muy menuda en comparación con él. Llevaba un gracioso sombrerito gris haciendo juego con el abrigo de piel, que solo se había desabrochado a pesar de que la sala estaba caldeada. Tenía las mejillas sonrosadas y la frente levemente perlada de sudor. Entre ellos estaba sentada una niña de unos seis años. Había heredado el aire de la madre, de manera que sus cortas piernas se balanceaban inquietas, sin llegar al suelo. Cuando daba alguna patada ruidosa con los tacones de los botines, el padre le lanzaba una mirada de reproche, sin palabras. La pequeña elevaba a menudo los labios al oído de su madre y le susurraba algo, y esta le respondía con brevedad, a media voz, limpiándole de vez en cuando la nariz con un gran pañuelo blanco.

En el otro extremo de la sala de espera, junto a una de las ventanas que daban a los andenes desiertos, se sentaba un oficial rechoncho de bigote ancho con las puntas hacia arriba. Había colgado el pesado capote y la gorra en el perchero de pared cercano, y alrededor de sus botas se extendía un pequeño charco de nieve derretida. Estaba concentrado en la lectura de un folleto, pese a que la débil luz del exterior no era la más adecuada para ello. Enfrente de él se alzaba una gran estufa de barro y, arrimado a ella, sentado en un banco y apoyado en un organillo, dormitaba un anciano de aspecto zarrapastroso. Todo en él resultaba viejo y harapiento. Su cara, demacrada y sin afeitar, estaba llena de arrugas, llevaba un sombrero de ala raída, unos guantes, antaño blancos, por cuyas puntas en dos o tres sitios asomaban los dedos, una pajarita torcida, una delgada gabardina con dos remiendos grandes y llamativos y unos zapatos que desde luego eran los menos apropiados para la nieve.

A la señorita Adela no le molestaba mucho esperar. Estaba acostumbrada a ello. Había pasado la mayor parte de su vida esperando. En su juventud solía inquietarla, aunque, en realidad, no sabía decir exactamente lo que esperaba. Lo esperado, en cualquier caso, no sucedió, y ella hacía tiempo que se había hecho a la idea, y ahora se desanimaba solo cuando le parecía que lo único que hacía era esperar que la vida pasara. No se quitó el abrigo e, imitando a la mujer, se limitó a desabrochárselo. Entrecruzó las manos en el manguito sobre el regazo y se quedó absorta, con la mirada vacía en algún punto del exterior.

Aunque no era más que media tarde, ya empezaba a oscurecer. El viento se había acallado por un rato, de manera que los gruesos copos caían rectos y con una lentitud aletargada. Los edificios del otro lado del andén apenas podían divisarse a través de esa densa cortina. Raros eran los ruidos que rompían el silencio de la sala de espera en penumbra. Desde alguna parte del exterior llegaba distante el golpeteo rítmico de un martillo. En el pasillo se dejaron oír las risas ahogadas de los soldados. La niña continuaba chocando los talones de vez en cuando, a pesar de las miradas enfurruñadas del padre. Las grandes astillas en la estufa de repente chisporroteaban airadas.

La señorita Adela salió de su ensimismamiento cuando oyó el organillo.

Abstraída en la ventana, no había advertido que el viejo andrajoso se había despertado y cogido el instrumento. A ella nunca le había gustado la música, cualquier sonido siempre le parecía demasiado alto. Tenía una radio en casa, pero en las raras ocasiones en que la encendía la ponía muy bajito. Miró enojada al organillero. Habría que prohibir la entrada en la sala de espera a gente semejante. O al menos habría que ordenarles que de ningún modo aburrieran a las personas decentes con su ruidoso artefacto. Echó un vistazo a su alrededor, esperando ver en las caras de los demás el mismo malestar, pero ellos permanecían extrañamente indiferentes, sin prestar atención alguna al músico.

Y entonces, la señorita Adela tuvo la primera visión. Justo cuando volvía los ojos enfadada hacia el organillero, este se desvaneció, aunque ella lo siguiera oyendo tocar. En realidad, desapareció todo lo que un instante antes se hallaba en el centro de su campo visual, y en su lugar se mostró otra cosa. La sala de espera aún estaba allí, pero solo por los bordes, como un marco, como si sobre un cuadro grande hubieran puesto otro más pequeño.

El cuadro pequeño descubría una habitación dominada por una gran cama de latón. A la señorita Adela le resultaba conocida, pero en el primer momento de confusión no logró identificarla. Tampoco reconoció en el acto a la mujer acostada inmóvil en ella, con los párpados cerrados, la cara pálida y macilenta, y los brazos cruzados sobre el pecho. Comprendió lo que veía solo cuando el más alto de los dos hombres sentados junto a la cama levantó la cabeza y dirigió por un instante sus ojos acuosos hacia ella, para luego volverse hacia el sacerdote que se encontraba a su lado, sumido en la lectura de un misal, y decirle algo que no pudo oír.

La señorita Adela gimió dolorosamente y se llevó las manos a la boca. El manguito se deslizó de su regazo y cayó al suelo. Empezó a temblar con todo su cuerpo y sufrió un vahído. Durante unos minutos muy largos no pudo controlarse. Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para serenarse un poco. Aquello no podía ser verdad, trató de convencerse. Tereza no estaba muerta, por supuesto. Aunque solo fuera porque Jakob, en su malicia y perfidia, no habría dudado en anunciárselo, relamiéndose con el sufrimiento que eso le causaría. Y en su telegrama solo ponía que su hermana estaba enferma. Ni siquiera grave, nada más que enferma.

No se trataba más que de una estúpida alucinación, aunque muy convincente, y el culpable era ese horrible organillero. Le había nublado el juicio por completo con su música insolente e inesperada. Realmente, ¿cómo se había atrevido? Solo entonces fue consciente de que volvía a verlo de nuevo. Ya no lo ocultaba ninguna imagen fantasmal. Había dejado de girar la manivela del organillo desconchado y la observaba desde el otro extremo de la sala de espera. Cuatro pares de ojos más la contemplaban con suspicacia.

Seguramente su gemido había atraído la atención de todos. ¿Qué estarían pensando de ella? Lo más probable era que la calificaran de anciana senil que vivía en su propio mundo interior. O quizá que había perdido la razón. Si supieran lo que

había creído contemplar, se convencerían aún más de que no se equivocaban. Hay que ver en qué apuros pueden meter unos desharrapados a una persona decente. Justo por estos desagradables encuentros, entre otras cosas, no le gustaban ni los viajes ni codearse con la gente. La señorita Adela se agachó y recogió el manguito del suelo. Lo sacudió suavemente y se lo puso otra vez en el regazo, y luego esperó con estoicismo a que las miradas inquisitivas se desviarán hacia otro lado.

El silencio que volvió a reinar no duró mucho. De nuevo lo interrumpió el viejo pero ya no con la música sino con un ataque de tos seca, áspera, que parecía brotarle del fondo mismo de los pulmones. Llevaba trazas de no poder parar, y se asemejaba a intervalos a un estertor. Aunque estaba sentada lejos de él, la señorita Adela sacó un pañuelo con bordes de encaje y se lo puso en la boca, por si acaso. Lo último que faltaba era que cayera ella enferma ahora. Después de recuperar el aliento, el organillero se levantó despacio, se arregló un poco la ropa desaliñada, cogió el voluminoso instrumento y se encaminó con paso lento hacia la puerta. Cuando salió, la señorita Adela suspiró aliviada. Lo único que esperaba era que su marcha no fuera solo temporal.

La oscuridad había ido ganando terreno en la sala de espera, pero no estaba claro quién debía encender la luz. Al final, fue el oficial quien lo hizo, porque ya no podía leer junto a la ventana. Puso el folleto en el banco y se dirigió hacia el interruptor que había junto a la puerta, mientras sus botas crujían por el parquet desnudo, dejando un rastro húmedo. En el instante en que por la enorme sala de alto techo se derramó la luz de dos grandes bombillas sin plafón, los oídos de la señorita Adela se volvieron a llenar de la música de organillo. Al principio pensó que era el viejo tocando para los soldados del pasillo, aunque el sonido era muy nítido, como si el hombre estuviera en la sala. Pero no le dio tiempo a asombrarse ante semejante singularidad, porque de nuevo tuvo una visión.

El oficial regresaba a su sitio cuando de pronto lo ocultó un cuadro pequeño. La señorita Adela seguía oyendo sus pasos fangosos por el suelo, pero no lo veía ya en la sala, sino en un campo oscuro perforado por cráteres de obuses. Se movía hacia adelante con cautela, el cuerpo encorvado, con una pistola en la mano, a la cabeza de un pequeño grupo de soldados, a través de una densa niebla o humo. De vez en cuando, en aquel muro gris estallaban fogonazos silenciosos que obligaban a los soldados a tumbarse. Cuando estaban levantándose después de la tercera explosión, el oficial se llevó de repente las manos al cuello y permaneció así, rígido, un segundo o dos, y luego se desplomó lentamente sobre el suelo. Los brazos cayeron a lo largo de su cuerpo, descubriendo, en mitad de la garganta, una gran herida de la que la sangre manaba a borbotones, y empapaba la parte superior del capote que hacía unos instantes estaba colgado en el perchero de la sala de espera.

La señorita Adela se tapó corriendo la boca con el pañuelo y así ahogó el grito que de lo contrario se le hubiera escapado. Aterrada por la horrible escena, cerró firmemente los ojos. Tenía la sensación de que los latidos acelerados de su corazón

retumbaban por todas partes cual estrepitoso tamborileo. Aguardó a que el pulso se le tranquilizara un poco antes de atreverse a abrir los ojos, asqueada por lo que temía ver. Pero cuando alzó los párpados, la esperaba solo la inocua escena de la sala de espera iluminada. El oficial seguía sentado en el banco, tranquilo, de nuevo sumido en la lectura.

Aunque no era aficionada a mirar fijamente a las personas, y menos a las que no conocía, durante un tiempo no pudo apartar los ojos del robusto cuello del militar. Ya no tenía ninguna alucinación, pero la visión de la sangre brotando imparable de allí aún estaba muy viva en su cabeza. Debía de haberle acertado una bala perdida o un trozo de metralla. La herida parecía ser grave, de modo que con seguridad se había desangrado antes de que pudieran prestarle ayuda. Horroroso, pensó la señorita Adela. Él todavía era relativamente joven, y suponía una auténtica injusticia que tuviera que morir así. Debía prevenirle de lo que lo esperaba, quizá de esta forma pudiera evitar semejante destino.

Sin embargo no hizo nada. Siguió sentada en su sitio y, finalmente, tras un gran esfuerzo, posó la vista en sus manos, que descansaban en el regazo. ¿Qué iba a decir? ¿Que había tenido una visión? ¿Que lo había visto perecer en un prado horadado? ¿Que todo se debía a la música de aquel organillero harapiento? No haría más que liarse en el intento de explicarle algo que ni ella misma entendía. La consideraría una vieja loca que aburría a la gente con su cháchara. Y, además, ¿qué pasaría si la visión era equivocada, como la de Tereza en el lecho de muerte? Entonces sí que resultaría ridícula. Todo aquello era muy desagradable. ¿Qué había hecho para que justo ahora, con la de preocupaciones que la embargaban, tuviera que cargar con aquello?

En la distancia resonó el silbido prolongado de una locomotora. La señorita Adela levantó los ojos esperanzada hacia las ventanas. Cuanto antes llegara el tren, antes se acabarían sus tormentos. Aguardaba a que en la sala de espera anunciaran que ya había hecho su entrada en la estación, pero el gran altavoz sobre la puerta permaneció mudo. Al cabo de unos minutos, una sucesión de vagones, en apariencia interminable, empezó a avanzar por uno de los andenes. Parecían una cinta negra que se deslizara estruendosamente por la noche, que apenas era un poco más oscura. Por la ausencia total de luz, la señorita Adela dedujo que debía de ser un tren de carga que no pararía allí. Pero si había llegado, al menos significaba que la vía era transitable.

La niña sentada entre sus padres volvió a susurrar algo a su madre. Esta asintió, y ambas se levantaron y salieron cogidas de la mano. El padre continuó en el banco, rígido, mirando hacia delante sin prestarles atención. En el momento en que la puerta se cerró tras la madre y la niña, el organillo auguró una nueva visión. Volvía a sonar muy alto, de modo que la señorita Adela miró de arriba abajo a los dos hombres que parecían ser sordos a esa música irritante, para luego, con una oleada de escalofríos funestos, concentrarse en el pequeño cuadro, arrugando inconsciente el pañuelo en la mano.

El interior del coche era exiguo, especialmente la parte trasera, donde viajaba la niña. Esta parecía algo mayor que ahora, quizá dos o tres años más. El equipaje se amontonaba a su alrededor e incluso llevaba una pequeña maleta sobre las rodillas. El padre, que conducía, se volvía a menudo hacia la madre en el asiento contiguo y hablaba. Aunque no podía oírlo, la señorita Adela comprendió, por el comportamiento de la mujer, que la estaba regañando. Ella tenía la cabeza baja y se llevaba los dedos a los ojos para enjugarse las lágrimas.

Luego, todo sucedió muy de prisa: los faros de otro coche, que emergieron de repente de una curva, y se lanzaban directamente hacia ellos; la mujer que abría la boca en un grito mudo, los ojos dilatados; la hija que por puro instinto levantó ante sí la maleta pequeña para protegerse; el padre que en un acto reflejo torció el volante para evitar el choque, pero no consiguió enderezarlo a tiempo y el vehículo se salió de la carretera precipitándose a lo largo de la pendiente abrupta de la montaña, rodando sobre un costado. Visto desde dentro, parecía que el coche estuviera inmóvil, mientras que el mundo entero, enloquecido, daba vueltas a su alrededor. Y entonces el golpe violento contra una roca en el fondo del barranco y la llama fulgurante que cubrió todo el cuadro.

Esta vez, la señorita Adela ni siquiera intentó ahogar el grito. Saltó del banco, sujetando el manguito para que no se cayera. La escena del fuego se disipó en un instante delante de ella cuando cambió de posición, y en su lugar aparecieron dos rostros que la miraban desconcertados. Sin embargo, ahora, eso ya no le importaba. Ya no podía embargarla ninguna sensación de incomodidad debido a su conducta inapropiada.

El suceso con el oficial le había resultado pavoroso, pero su muerte, al menos, era algo con lo que se contaba como un riesgo de la profesión, mientras que lo que acababa de ver representaba una verdadera tragedia. Toda la familia, y sobre todo esa niña, que, por así decirlo, empezaba a vivir. No, eso sí que no podía permitirse. Le daba igual que la consideraran ridícula y la tomaran por una vieja loca, lo importante era salvar a la niña. Tenía que informar al padre del funesto accidente. De pronto no tenía duda alguna de que ocurriría, de que las visiones eran reales. Eso significaba que la visión de Tereza era también real, pero, en ese instante, esta circunstancia ineludible le parecía menos crucial.

Con paso decidido se dirigió hacia el hombre de la bufanda azul y fue al grano.

—Debe tener cuidado cuando conduzca, señor. No puede discutir con su mujer a la vez, porque se encontrará con el otro coche y entonces...

Pero no llegó a decir lo que sucedería después. El altavoz crepitó de pronto y una mecánica voz femenina empezó a anunciar la llegada del tren de viajeros tan esperado. Al mismo tiempo se abrió la puerta y entraron la madre y la hija, y tras ellas, en el pasillo, se oyó el revuelo de los soldados. La mujer miró interrogante a su esposo cuando se acercó y él se limitó a encogerse de hombros. El oficial pasó a su lado apresurado, pugnando por ponerse el capote con una sola mano, mientras en la

otra sujetaba la gorra y el folleto.

La señorita Adela sabía que debía continuar, que lo que había dicho era insuficiente y confuso. Veía por la expresión del hombre que no había entendido nada y que no la creía. Pero no era capaz de encontrar las palabras adecuadas. La impotencia se apoderaba de ella según iban transcurriendo los valiosos segundos, y con ellos la ocasión de hacer algo. Seguía de pie, muda, contemplándolos con mirada perturbada. Finalmente, él perdió la paciencia, cogió el abrigo y el bolso de viaje y arrastró a su mujer y a su hija hacia la salida.

Adela se quedó sola en la sala de espera, sintiéndose muy mal. No había logrado avisarlos y, además, se había puesto a sí misma en una situación grotesca. Si intentara acercárseles otra vez en el tren, seguramente se negarían a escucharla. Pero sin embargo tenía que hacer algo, no podía lavarse las manos, así, sin más; no obstante, el pánico le impedía pensar. Entonces, en el exterior se oyó el golpeteo rítmico de las ruedas de metal y en seguida el andén cercano se llenó de una hilera móvil de ventanillas iluminadas. La señorita Adela salió de su agarrotamiento. Ya pensaría algo más tarde. Ahora tenía que darse prisa. El tren, debido al retraso, no se quedaría mucho en la estación.

Cogió la maleta y corrió al pasillo. Los soldados ya no estaban desperdigados, sino que formaban dos filas, listos para avanzar. El oficial estaba al frente, dando órdenes enérgicamente. Apenas la señorita Adela había empezado a andar hacia el andén, caminando junto a los jóvenes en formación, cuando de pronto a su alrededor todo tembló con la música del organillo. En un primer momento creyó que el viejo andrajoso de algún modo se había hecho con la megafonía y ahora divertía a la estación entera con su música inaguantable. Esta era tan escandalosa que se lamentó de no tener las manos libres para taparse los oídos. Pero pronto dejó de importarle, porque ante ella se manifestaba una nueva visión.

No veía el lugar. No había nada salvo montones de cuerpos. Cubrían todo el cuadro pequeño en el que no se movía nada: los cadáveres de los jóvenes soldados a los que oía marchar detrás. La muerte se presentaba de innumerables formas horribles. La mitad posterior de un cráneo hecho pedazos, un agujero ensangrentado en lugar de ojo, vísceras desparramadas, anchas manchas rojas sobre pechos, muñones donde antaño había piernas, troncos sin cabeza, trozos irreconocibles de carne humana... Restos sajados y mutilados del absurdo bélico en un frente cualquiera.

La señorita Adela se tambaleó. Los últimos soldados de la fila que se alejaba se volvieron hacia ella, pero no tuvieron oportunidad de ayudarla. El oficial que los comandaba corría a instalar a su destacamento en el tren, conduciéndolo hacia la gloria militar que los aguardaba. Sintió náuseas. Con la mano en la boca, apoyándose en la pared, dejó vacilante el pasillo y se encaminó al vestíbulo principal. En vez de ir al andén, fue a los aseos, chocando en dos ocasiones con viajeros recién llegados que se dirigían hacia la salida de la estación. En otras circunstancias habría

experimentado una vergüenza espantosa, pero ahora a duras penas era consciente de tales contratiempos.

Permaneció largo rato inclinada sobre la taza del retrete, hasta que el estómago se le vació del todo. Pese a que fue muy penoso, vomitar le produjo cierto alivio. Luego se mojó la pálida cara con el agua helada del lavabo y se la secó con el pañuelo de encaje, sin preocuparse de enjugar las gotas que le habían salpicado la parte superior del abrigo. Cuando regresó al vestíbulo, ya no había nadie. El tren se había ido, llevándose consigo hacia la noche nevada a personas sobre las que sabía algo que habría preferido no saber bajo ningún concepto.

El empleado de la ventanilla ante el que se presentó para devolver el billete no fue capaz de explicarse el repentino suspiro que se le escapó a la mujer mientras lo observaba trabajar, ni la mirada aterrada que apareció en sus ojos, como si estuvieran viendo algo atroz y no una escena absolutamente trivial. Menos aún podía oír la monótona música del organillo que resonaba en los oídos de la viajera, tanto más cuanto que no había ningún organillero en las proximidades.

Igual de perplejo se quedó el taxista que la llevó desde la estación. Al mirarla un instante en el espejo retrovisor, vio que se tapaba los oídos con las palmas de las manos y negaba con la cabeza mientras mantenía los ojos firmemente cerrados. Sus pasajeros, a veces, podían comportarse de manera en verdad extravagante, pero por lo general solían ser jóvenes y no ancianas de aspecto respetable. Pensó preguntarle si necesitaba ayuda, pero desistió porque por algún motivo presintió que no podía ayudar a aquella señora de ningún modo.

Al llegar a casa, la señorita Adela encontró otro telegrama en la puerta. Sin leerlo, lo puso sobre el anterior en la caja de madera tallada en la que guardaba los álbumes de fotografías y las cartas antiguas. No hacía falta que lo abriera porque conocía su contenido. Como también sabía que no iría al entierro de Tereza. Pero no a causa del agotador viaje o de la aversión que sentía por Jakob, sino porque al hacerlo se toparía irremediabilmente con la gente, y eso era una pesadilla que apenas podía soportar.

Por lo demás, ella bajaba poco a la calle, pero ahora redujo las salidas al mínimo indispensable. A ninguno de los vecinos le pareció raro, porque la consideraban una persona reservada que no mantenía relaciones estrechas con nadie. Su proceder, ciertamente, se tornaba extraño en las ocasiones en que se encontraba con alguno, pero era sabido que las solteras a veces podían desvariar.

La última espera fue muy prolongada para la señorita Adela. Lo habría llevado mejor si hubiera podido ver el final, pero el organillero que tocaba para todos los demás se negaba a hacerlo para ella. Aunque pensaba mucho en ese asunto, no logró descifrar si así le concedía una gracia especial o la castigaba con la peor de las maldiciones.

EL ROMPECABEZAS

Adam empezó a pintar tarde. Justo cuando se jubiló, y sucedió de manera inesperada. Nunca había manifestado predisposición hacia la pintura, sobre todo porque no tenía talento. Los primeros sesenta y cinco años de su vida los pasó sin preocuparse un ápice por ella. Las artes apenas lo atraían.

La única excepción, quizá, era la música, aunque en realidad tampoco la disfrutaba mucho. A veces encontraba en la radio una emisora en la que hablaban poco y la dejaba puesta bajito, solo para que ahuyentara el silencio que lo rodeaba durante las monótonas horas que pasaba en el trabajo. Le daba igual lo que escuchaba. Para el fin, podía servir cualquier música, aunque prefería la instrumental, porque si cantaban lo distraían. A casa, por lo general, solo iba para dormir, a menudo ni siquiera eso, de modo que no tenía oportunidad de nada más.

La jubilación le trajo a Adam un exceso de tiempo vacío que tenía que llenar con algo. La experiencia adquirida en el trabajo le había enseñado que cuando una espera prolongada es inminente, hay que buscar alguna ocupación, y luego aferrarse firmemente a ella, por muy extraña que sea. Así, todo parece tener sentido, y sin un sentido, aunque sea aparente, no es posible vivir.

Todos los días de la semana tenía una tarea. El domingo lo destinaba a cocinar, algo a lo que nunca antes se había dedicado. Había comprado el libro de cocina más grande que encontró en la librería y empezó a preparar guisos según las recetas, siguiendo un orden alfabético. No le asaltaba la duda de hasta dónde podría llegar a ese ritmo. No le parecía importante, aunque era consciente de que para alcanzar el final del libro sería necesaria una eternidad.

Respetaba escrupulosamente las instrucciones de las recetas, y solo tenía problemas cuando alguna no era lo bastante precisa y dejaba que el cocinero actuara según su parecer. No siempre le agradaba lo que había preparado, pero eso no lo molestaba. Se comía hasta el último bocado de su creación culinaria, sin tirar nada. Era casi una cuestión de honor. A veces, cuando la receta estaba prevista para varias personas, comía lo mismo toda la semana.

Los lunes, Adam montaba en bicicleta. Tampoco lo había hecho antes. A pesar de su edad, aprendió con bastante facilidad y rapidez. Las condiciones meteorológicas no le hacían renunciar. Se vestía de acuerdo con el tiempo que hiciera, y el único problema era la lluvia, que le mojaba los cristales de las gafas y le empañaba la vista desagradablemente. Cuando llovía a cántaros prefería montar sin gafas, aunque también así veía borroso.

Iba siempre por la misma ruta, aumentando cada vez la distancia que recorría. Se esforzaba por repartir las fuerzas para poder regresar asimismo en bicicleta. Solo en un par de ocasiones el mal tiempo repentino y el cansancio lo obligaron a coger otro medio de transporte para volver. Por ese abandono, la conciencia le remordía sin cesar.

A diferencia de la cocina, en lo de la bicicleta las cosas estaban limitadas. El camino por el que circulaba no terminaba en ninguna parte, sino que continuaba en otros, y, aunque hubiera logrado montar todo el día sin interrupción, lo que era poco probable, a medianoche habría tenido que pararse de todas formas. El martes no tocaba montar en bicicleta. Ese día tenía otra ocupación.

Cuando trabajaba, apenas leía algo más que los libros relacionados con su profesión. No porque le faltaran oportunidades —muchos de sus colegas mataban el tiempo precisamente leyendo—, sino porque le parecía una señal de falta de dedicación al trabajo, pese a que este no se habría resentido por ello, en particular desde que el peso principal lo habían asumido los ordenadores. Ahora había decidido remediar esa carencia al menos en parte. Se hizo socio de la biblioteca municipal y acudía allí todos los martes. Entraba en cuanto la abrían y se quedaba hasta que la cerraban, haciendo una pequeña pausa después del mediodía para comer algo.

Se decidió primero por la ciencia ficción. Fue una elección natural, pero Adam la abandonó pronto. Lo que había leído en su primer contacto le pareció en general ingenuo y a menudo estúpido. Arbitrario, en cualquier caso. El número de escritores que demostraba algún conocimiento de la materia era muy escaso, aunque semejante conocimiento era algo que fácilmente se podía obtener. Desilusionado, tuvo la tentación de abandonar del todo la lectura. Pero renunciar por un obstáculo no era propio de su carácter y, además, había pagado la cuota de un año por anticipado. Por último, si dejaba de ir a la biblioteca, tendría que pensar en otra actividad para el martes, y eso no le complacía mucho, la verdad.

Encontró una salida a su apuro de una forma a la que con frecuencia recurría en el trabajo. Cuando la investigación en un ámbito no daba fruto, ampliaba el campo de observación. Como no sabía por qué otra cosa decidirse, la ampliación esta vez incluyó los límites más extremos, como si en vez de un pequeño sector hubiera abarcado el cielo entero. En lugar de la ciencia ficción eligió la literatura universal. Pero constató que ese era un terreno mucho más vasto que la cocina, así que en un primer momento no supo por dónde empezar.

El catálogo básico estaba organizado por autores y estuvo pensando atenerse a ese orden, luego reflexionó un poco y llegó a la conclusión de que no era el método más adecuado. Se haría mejor idea de la literatura si leía las obras por orden cronológico. Pasó un rato en el ordenador de la biblioteca, clasificando los títulos según el año en el que se habían escrito, y al final obtuvo la lista de libros desde los más antiguos hasta los más modernos. La enormidad de esta lista no lo desalentó. Hacía tiempo que estaba acostumbrado a esos retos. Se inició en la lectura con serenidad, sin prisa, como si tuviera ante sí todo el tiempo del mundo.

Los miércoles, Adam iba al zoológico. El momento ideal para visitar ese lugar era a mediados de semana. Había mucha menos gente que durante los días festivos y si, además, hacía mal tiempo, podía suceder que pasara un buen puñado de horas sin ver a nadie cerca, que era lo que más le complacía. Lo mejor, en realidad, habría sido

estar solo en el zoológico, pero con eso, por desgracia, no podía contarse.

Adam no se comportaba como un visitante cualquiera, que deambula sin un plan, divirtiéndose sin más. Primero se informó acerca de los animales que estaban allí, y luego esbozó un orden de visitas. A cada uno de ellos le dedicaba el día entero. La gran mayoría de los habitantes del zoológico seguramente no merecía tanta dedicación, pero la sistematización y la paciencia con las que Adam realizaba cualquier cosa no le permitían hacerlo de otro modo.

Llegaba por la mañana a la jaula elegida y se sentaba delante. Si no había banco, se traía de casa una pequeña silla plegable. Allí se quedaba hasta el atardecer sin hacer nada. Se limitaba a observar atentamente al animal al otro lado de los barrotes. No sabía con exactitud lo que esperaba. En cualquier caso, nada excepcional, pero sí al menos cierta reacción ante su presencia, tan solo el reconocimiento de que él estaba allí, quizá una mirada que sin querer se cruzara con la suya. Una mínima señal que demostrara que no lo ignoraban por completo.

A decir verdad, era fácil atraer la atención de los animales si se les daba comida, pero Adam no lo hacía nunca. Habría sido una suerte de engaño. Y el engaño, desde luego, iba contra sus principios. Por eso no llevaba nada de comer, ni siquiera para sí mismo. Cuando la tarde de los miércoles salía del zoológico, a menudo sentía mareos a causa del hambre.

Los jueves, Adam visitaba iglesias. No era piadoso, y antes no iba a esos sitios. Se sorprendió cuando constató que en la ciudad había dieciséis. A veces tenía que caminar el día entero para llegar hasta todas ellas. Naturalmente, podía coger un medio de transporte para alcanzar su objetivo, lo que aceleraría significativamente la tarea, pero así habría traicionado su propósito principal. La carrera en bicicleta de los lunes no le bastaba a Adam para mantener la forma física. La necesidad de un ejercicio adicional aparecía, en particular, después de estar sentado todo el miércoles en el zoológico, y en este sentido ¿había algo mejor que un largo paseo?

Para evitar la monotonía de ir siempre por el mismo camino, cada jueves Adam elegía uno diferente. No lo hacía a ciegas, sino que trazaba un plan preciso. Era un sencillo ejercicio de combinatoria. Había muchas más posibilidades de enlazar los dieciséis puntos de las que él había supuesto. Los itinerarios se diferenciaban mucho por la longitud, porque la combinatoria no tenía en cuenta la distancia entre las iglesias, pero él soportaba con paciencia ese desconsiderado dictado matemático, consolándose con el pensamiento de que los paseos más largos eran los que más le agradaban.

Adam podía visitar otros lugares en vez de iglesias. En realidad, daba igual por dónde paseara. Ni él mismo habría sido capaz de explicar por qué las había escogido. Por suerte nadie le había hecho la pregunta, lo que le ahorraba el apuro de no saber qué contestar. Cuando llegaba a una de las iglesias, primero la examinaba desde todos los ángulos, mirándola con curiosidad, como si la viera por primera vez. Luego se sentaba un rato en el atrio, si lo había, para recuperar el aliento, y proseguía su

camino.

Con el tiempo llegó a conocer muy bien el exterior de los dieciséis templos. Se consideraba a sí mismo un auténtico experto en la materia. Creía que él era el único que había advertido ciertos detalles. Por ejemplo, siempre había un número par de nidos de pájaros bajo el alero. Quién sabe por qué. Sin embargo, rara vez deseaba visitar el interior de las iglesias. Solo en dos o tres ocasiones tuvo la tentación de entrar, pero se reprimió, aunque no sabría decir la razón que le había hecho desistir.

Los viernes eran el día que iba al cine. Adam veía siempre cuatro sesiones una tras otra, desde la primera de la tarde hasta la última de la noche. Naturalmente, era demasiado. Ya después de la segunda película las impresiones se le mezclaban, y al acabar la cuarta se sentía exhausto, como si, en vez de estar sentado todo el tiempo, hubiera estado realizando un duro trabajo. Sin embargo, nada de eso le indujo a disminuir el número de sesiones.

Adam no era muy exigente a la hora de elegir el repertorio. No tenía un género preferido, aunque con las que más relajado se sentía era con las comedias románticas. Las películas de acción lo dejaban indiferente, e incluso podía dormirse mientras las veía, sobre todo si eran las de la última sesión, sin importar que, por regla general, fueran las más ruidosas. Las de suspense le parecían poco convincentes, pero no tanto como la mayoría de los filmes de ciencia ficción que de vez en cuando le resultaban de un absurdo ofensivo, y no podía entender por qué el público se entusiasmaba con ellos. Las escenas eróticas explícitas lo hacían sentirse muy incómodo, pero por suerte en la oscuridad no se notaba.

Aunque pudiera creerse que Adam escogía a ciegas las películas que iba a ver, no era así. Estudiaba minuciosamente para qué sesiones comprar entradas. Y solían ser aquellas para las que creía que estarían todas vendidas. Un segundo antes de que apagarán las luces, Adam se levantaba un instante y echaba un vistazo a su alrededor. Le irritaba sobremanera reparar en sitios libres. Ese vacío lo oprimía hasta el final de la proyección. Solo se sentía tranquilo en una sala abarrotada, pues era lo único que lograba mitigar de manera transitoria la presión de la soledad que, como una herencia oscura, le había dejado el trabajo al que se había dedicado.

Los sábados Adam los pasaba en el parque. Necesitaba estar fuera, al aire libre, después de tantas horas encerrado el día anterior. Ya bien avanzada la mañana llegaba al gran parque municipal, que tenía un estanque en el centro, y se dirigía al banco en el que siempre se sentaba. En las raras ocasiones en las que ya había alguien en el sitio que él consideraba suyo, en el extremo izquierdo del banco, junto a la valla lateral de hierro forjado, Adam esperaba discretamente a que se quedara libre. No le molestaba si el resto del banco estaba ocupado, aunque rehuía entablar conversación con desconocidos.

En los días cálidos y soleados se quedaba allí hasta el atardecer, sin hacer nada. Se limitaba a observar ocioso lo que sucedía delante de él: el lento caminar de los paseantes, la carrera frenética de los perros por el césped, el rumor tembloroso de las

hojas en las copas de los árboles, el silencioso deslizamiento de los pájaros por el firmamento, las ondas repentinas que rizaban la lisa superficie del estanque. Hasta hacía poco, semejante holganza le parecía un increíble despilfarro de tiempo. Ahora, sin embargo, era lo contrario. Veía como despilfarro todo lo anterior. Toda su vida anterior. Todos los años, todo el esfuerzo, todas las expectativas.

Y no se lo había parecido así, al menos no al principio. De ninguna manera. Era una época de abrir caminos, con gran empuje, grandes perspectivas, y gran ingenuidad. Se creía que el contacto era cuestión de tiempo. El cosmos bullía de vida, los mensajes fluían entre los mundos, solo había que aguzar el oído electrónico para escucharlos. Sin esa convicción optimista jamás se habría reunido el dinero indispensable para los primeros proyectos, una inversión que podría rendir beneficios en cantidades inesperadas en cuanto empezara a caer de las estrellas el tesoro inagotable del conocimiento.

Adam recordaba aquellos días con magnanimidad, a pesar de las decepciones posteriores había algo romántico en el entusiasmo que lo embargaba cada vez que se ponía los auriculares. Pasaba horas incontables escuchando la cacofonía que procedía de las alturas, pugnando por distinguir en ella un sistema regular. Igual que todos sus colegas, esperaba en secreto ser él el primero en captar la señal.

Pero según transcurría el tiempo sin que, salvo el ruido inarticulado, llegara algo, empezaron a revelarse las verdaderas proporciones de la tarea. Como la escucha de los sistemas solares más próximos no dio ningún fruto, se pasó a escuchar los más lejanos, pero su número, con cada paso, aumentaba sin cesar. El entusiasmo original se desinfló al constatar que quizá no bastara una generación para llevar a cabo la empresa acometida. Por eso muchos renunciaron a seguir colaborando en la búsqueda de vida extraterrestre y pasaron a campos más prometedores, y también los inversores fueron perdiendo las ganas de seguir financiando algo tan incierto y dudoso.

Por suerte, entonces aparecieron los ordenadores, que en este trabajo tenían una serie de ventajas sobre las personas: eran incomparablemente más rápidos, más eficaces y más seguros, y no se desalentarían con facilidad cuando el éxito no llegara. Adam, sin embargo, no acababa de aprobar su uso. Los ordenadores reducían a la gente, por lo general, a personal auxiliar que solo estaba allí para atenderlos. Lo que había empezado como un noble proyecto para elegidos se convirtió en una tarea rutinaria, técnica, que casi todo el mundo podía hacer. En una mera espera privada de emociones sinceras. Y los últimos vestigios de romanticismo se esfumaron sin dejar huellas.

Cuando, después de unas décadas y de muchos millones de sistemas solares que los ordenadores comprobaron minuciosamente, no se logró descubrir rastro de existencia extraterrestre, Adam lo aceptó no sin cierto júbilo sombrío. El sentimiento era paradójico, porque solo en el caso contrario, es decir, si se hubiera producido el contacto, él habría podido decir que aquello a lo que había dedicado su vida tenía sentido. Sin embargo, si el contacto se hubiera establecido mediante ordenadores,

para él habría representado una suerte de injusticia, casi un anticlímax.

A pesar del silencio del cosmos, los programas de búsqueda no se cancelaron. Aunque grande, el número de estrellas examinadas era nada en relación con la cantidad total de soles de la galaxia. En principio era posible que cualquiera de los gigantescos radiotelescopios empezara a recibir el mensaje tanto tiempo esperado justo desde el siguiente punto del cielo que se estaba estudiando. Pero según se acercaba a la jubilación, Adam se volvía más escéptico en ese sentido.

La cuestión no era solo la certidumbre de que las posibilidades de encontrar a los otros mientras él viviera fueran exiguas. Eso todavía podría soportarlo si estuviera seguro de hallarse en el buen camino. Pero comenzó a obsesionarle el presentimiento de que la causa del fracaso no residía en que se hubiera investigado solo una parte minúscula del cielo, sino en algo mucho más fundamental. ¿Qué sucedería si alguna de las premisas básicas en las que se basaba todo el proyecto fuese errónea?

Quizá allá fuera no había nadie. Quizá la vida inteligente era tan increíble que solo había aparecido en un lugar. Todos estaban convencidos de lo contrario, pero ese convencimiento no tenía ninguna base firme. Tras él podía estar la falta de disposición a aceptar la aterradora soledad cósmica. A medida que los años transcurrían, el mismo Adam comenzó a sentirse afligido bajo el cielo estrellado, cuyo desproporcionado vacío lo oprimía a veces violentamente. Experimentaba la extraña necesidad de un hombro en el que apoyarse y encontrar consuelo.

Y quizá los extraterrestres existían y mandaban señales, pero nosotros no las reconocíamos. ¿Qué ocurriría si trataran de comunicarse de una manera distinta a la que esperábamos? Adam jamás se había planteado esa pregunta en voz alta. Cuando, no obstante, se abrió paso furtivamente en su conciencia, la alejaba bruscamente, con sensación de asco y de culpa, igual que un creyente sincero aparta un pensamiento herético. Todo su ser sobrio y científico se oponía a ello. Justo por trivialidades parecidas no le gustaba la ciencia ficción.

Seguía considerando que esa postura era la correcta, a pesar de la vida insatisfecha que quedaba a sus espaldas. Además, ¿qué otra forma de comunicación podría darse entre las distancias interestelares salvo las ondas electromagnéticas? Y, en lo que al pasado atañía, las ocupaciones que se había marcado lo ayudaban a no pensar en él. Quizá carecían de sentido, pero el problema del sentido ya no lo agobiaba mucho. Le complacía todo lo que hacía ahora, incluso vagar en el parque cada sábado, y ese placer era lo único importante. Y es que allí no solo vagaba. No hacía mucho que había empezado a pintar.

Sucedió bajo la influencia de la música. Un sábado, a principios del verano, lo sorprendió un pabellón que habían erigido no lejos de su banco. No estaba allí el sábado anterior ni nada anunciaba que fueran a levantarlo. Adam se sintió bastante irritado. Aunque bonito, elevado sobre finas columnas en las que descansaba una cubierta abovedada, le parecía una profanación inadmisibles del ambiente. Por si fuera poco, el pabellón le ocultaba buena parte de la vista del estanque, de modo que estuvo

a punto de tomar la decisión de buscar otro sitio para sentarse. Pero la costumbre prevaleció, así que se quedó en su banco esforzándose por ignorar con desprecio al intruso.

Sin embargo, fue imposible hacerlo cuando al mediodía subieron al pabellón los músicos. Iban vestidos de gala, y el director hasta llevaba frac con una enorme flor blanca en el ojal. Se acomodaron en las sillas colocadas en círculo y pasaron un rato afinando los instrumentos. Adam acogió esa disonancia chirriante como una contrariedad añadida. No solo porque era molesta, sino porque empezó a atraer visitantes al parque, el gentío aumentó, y las multitudes eran lo último que Adam deseaba después de haber pasado el viernes en una sala de cine atestada.

Tendría que trasladarse, realmente. No podía soportarlo. Empezaba a levantarse para irse cuando comenzó la música. Adam no terminó el movimiento iniciado. Se quedó como estaba unos instantes, incorporado a medias, y luego volvió a sentarse en el banco. De pronto, ya no había demasiada gente a su alrededor, el malhumor que lo embargaba desapareció, no existía nada más que los sonidos. Sin pestañear, clavó la vista en el pabellón, inmóvil, convirtiéndose todo entero en un oído.

Pero esa rigidez no duró mucho. Salió de ella de súbito, palpándose los bolsillos de la americana febrilmente. Le pareció que había tardado mucho en encontrar lo que buscaba. Siempre llevaba consigo un cuaderno y un lápiz. Desde que se había jubilado no había escrito nada en él, pero lo llevaba por si acaso. Lo abrió de prisa y empezó a dibujar. No podía olvidarse de nada.

Sus trazos eran cortos y bruscos, como un estenógrafo que atrapa veloz un dictado. Las páginas del cuaderno eran pequeñas, así que las llenaba rápidamente. Temía quedarse sin papel antes de que terminara la música, pero el cuaderno, por fortuna, era bastante grueso. No obstante, los últimos dibujos los hizo ya en las tapas de cartón. Si hubiera durado un poco más, no habría dispuesto ni de un trocito. Esa idea lo horrorizó por unos segundos.

El aplauso del auditorio reunido que resonó después de los últimos acordes le pareció a Adam como el timbre del despertador. Se estremeció como si emergiera de un sueño inquieto y durante unos instantes miró aquí y allá confuso, como si no lograra recordar dónde se hallaba. Le asustó suscitar recelo en la gente de su alrededor, pero nadie había reparado en el viejo del extremo del banco que garabateaba ensimismado. Todo los ojos estaban fijos en el director, que se inclinaba teatralmente.

Adam se levantó y se alejó con cautela. Ese día ya no tenía ninguna razón para quedarse allí. Tenía cosas más importantes que hacer. En el curso de sus largos paseos entre las iglesias había llegado a conocer bien la ciudad, así que sabía con exactitud dónde encontrar una tienda de material de pintura. Quizá había una más cerca, pero habría perdido más tiempo preguntando y buscándola que yendo directo a aquella otra. El dependiente, con una sonrisa, observó que se preparaba para acometer una gran empresa pictórica, a juzgar por la cantidad de material comprado. Adam

devolvió la sonrisa, farfullando algo indefinido, y corrió a casa.

Bisoño en el trabajo de pintor, le costó un poco colocar el caballete como era debido, pero una vez que lo consiguió, se aplicó a pintar. Abrió el cuaderno y empezó a trasladar al lienzo lo que había dibujado, como si copiara ordenadamente unas notas anárquicas tomadas de prisa y corriendo. Lo hacía despacio, aunque con pasión, perdiendo la noción del tiempo. Cuando terminó de copiar ya había oscurecido del todo.

No sabía lo que había pintado. Visto de cerca, le parecía que eran brochazos al azar, pero estaba convencido de que pese a su inexperiencia, ningún trazo del pincel se había dado por casualidad, de que todo era justo como lo había impuesto la música. Cuando se apartó un poco del cuadro, creyó que podía distinguir alguna forma, pero no estaba seguro. Por un instante tuvo la impresión de que ante él se hallaba una pieza de un gran rompecabezas. Pensó brevemente qué hacer con el lienzo, y luego lo puso sin enmarcar en una de las paredes desnudas.

El sábado siguiente llegó al parque preparado. Ya no necesitaba el cuaderno como intermediario. Se sentó en su lugar acostumbrado del banco y se colocó delante el caballete, sosteniendo en la mano la paleta y el pincel. Si las circunstancias fueran otras, le habrían molestado las miradas curiosas de la gente, aunque la escena de un pintor trabajando no era inusual en el parque, pero ahora ni siquiera les prestó atención, dedicándose por completo al concierto inminente.

Esta vez la pintura fue rápida. Duró tanto como la música, ni más ni menos. Cuando resonó el aplauso, Adam, jadeante y bañado en sudor, cubría de color el último espacio blanco delante de sí. Antes de que el público se dispersara, unos cuantos pares de ojos se posaron por unos instantes en el cuadro, contemplándolo perplejos, pues no mostraba nada reconocible. Una anciana de baja estatura, con un alegre vestido naranja, se detuvo un rato junto al banco, sacó del bolso las gafas de gruesa montura, y observó primero la tela y luego al pintor. «Muy bonito», dijo sonriendo, después guardó las gafas en el bolso, asintió con la cabeza en señal de aprobación y se alejó.

Como persona que no estaba acostumbrada a los cumplidos, Adam lo acogió con cierta incomodidad. Las palabras de la mujer no le desagradaron, al contrario, pero le alivió que no se quedara más tiempo. Se habría encontrado en la embarazosa situación de tener que decir algo. Aguardó un poco a que la anciana se alejara, y luego recogió el material y se marchó raudo a casa. Podría haberse quedado más tiempo en el parque, el trabajo ya estaba hecho y el día era muy agradable, pero la curiosidad era más fuerte.

Puso el nuevo lienzo en la pared junto al anterior. No albergaba esperanzas, así que tampoco se decepcionó mucho cuando percibió que no había puntos en común entre ellos. A decir verdad, por un momento le pareció que, al igual que en el otro cuadro, afloraba en este una parte de un todo, pero también esa vez se trataba probablemente de su imaginación. En ausencia de una forma conocida se cree ver

algo que allí no está. Era una trampa de la que había aprendido a cuidarse hacía ya tiempo, antes de los ordenadores, mientras con sus propios oídos acechaba las estrellas. El que espera a un jinete tiene que velar bien por no confundir los latidos de su corazón con los cascos del caballo.

Cada uno de los catorce sábados siguientes, es decir, durante el verano entero, Adam volvió a casa con un cuadro del parque, que colocaba en la pared junto a los anteriores. Con el tiempo, sus trazos bruscos, casi enloquecidos, se convirtieron en una suerte de atracción en el lugar, de modo que un buen número de amantes de la música lo rodeaban y observaban cómo pintaba. Él no les prestaba atención. Tan solo, al finalizar el concierto y la pintura, echaba un vistazo rápido a los presentes, pero entre ellos nunca volvió a ver la menuda figura de naranja.

Cuando Adam llegó al parque el primer sábado de septiembre llevando su material de pintura, lo aguardaba una sorpresa, de la misma inesperada manera en que apareciera, el pabellón se había desvanecido. Lo habían desmontado con sumo cuidado y no quedaba ni rastro de él. Ni siquiera la hierba aplastada. Vagó un rato por el lugar donde se elevaba la pequeña construcción, embargado por sentimientos totalmente opuestos a los que había experimentado al principio. Ahora el pabellón le faltaba, y el ambiente le resultaba descarnado e incompleto sin él. Por un instante pensó en preguntar por qué ya no estaba allí e incluso en presentar una protesta por ello, pero no sabía dónde debía hacerlo, así que al final renunció.

Regresó a casa de malhumor y se sentó en el sillón frente a la pared cubierta de cuadros. Las telas formaban un gran cuadrado: cuatro cuadros en cuatro filas. Se quedó en ese lugar siete días enteros, abandonándolo solo para comer algo rápidamente e ir al cuarto de baño. Incluso dormía allí, vestido, pero eran sueños cortos, inquietos, interrumpidos, que no traían reparación. De vez en cuando cambiaba el orden de los cuadros. En el curso de esa larga semana, mientras llovía casi sin cesar, combinó los dieciséis cuadros de todas las maneras posibles.

Al anochecer del sábado siguiente se levantó del sillón, se desperezó y se acercó a la ventana. En el extremo occidental del cielo, los rayos del sol bajo se cortaban a sí mismos el camino, cual espadas relucientes a través de los escasos claros. Se quedó allí un rato, contemplando con mirada ausente el juego trémulo de la luz. Luego se dirigió a la pared y quitó todos los cuadros. No podía cargarlos de golpe, así que tuvo que bajar dos veces al sótano, donde los guardó.

Cuando volvió a casa, cogió del estante el gran libro de cocina, lo abrió por donde tenía la señal y se concentró en la lectura de la receta correspondiente, ya que al día siguiente era domingo, el día dedicado a cocinar.

EL VIOLINISTA

El profesor sabía que no pasaría de esa noche.

El doctor Din no se lo había dicho, por supuesto. Al menos no de manera explícita. Pero su conducta ratificaba el hecho inexorable.

Como era habitual, fue a visitarlo a las 23.10, al terminar su turno. Antes de entrar en su cuarto, se detuvo en la antesala, separada por un tabique de vidrio, en la que se hallaba la enfermera de guardia, la señora Rozel. Charlaron unos minutos en voz baja. De vez en cuando miraban a través del cristal a la cama del enfermo, y la señora Rozel negó en un momento con la cabeza gacha y se llevó los índices doblados a los ojos, como si fuera a enjugarse unas lágrimas.

Cuando se halló delante del profesor, el doctor Din se esforzó por parecer relajado y sereno, pero ejercer de actor no era lo suyo. Aunque en sus muchos años de práctica seguramente había tenido que representar antes el papel de falso optimista, los detalles lo delataban. Evitaba mirar al enfermo a los ojos, encontrando diversas razones para posar la vista en otra parte. Le tomó el pulso, pese a que no era esencial. Luego, con gestos un poco rígidos, nerviosos, le estiró y alisó la colcha, lo que también era innecesario, porque la señora Rozel lo volvería a hacer al cabo de poco.

Después fue a la ventana y se abismó en la noche primaveral de Princeton. Arrastrada por el viento, la lluvia fustigaba el grao ventanal trazando en la superficie exterior figuras que deformaban el rostro del doctor turbiamente reflejado. Suspiró y le dijo a su paciente que, en realidad, lo envidiaba. ¡Qué no daría él por estar en su lugar! El profesor estaba ya en la cama, y a él le separaba del reposo más de media hora conduciendo con aquel temporal, y luego al menos una hora de diversas tareas, antes de poder meterse en la cama. Pero así eran las cosas, unos tenían suerte y otros no.

Se detuvo después de decirlo porque le pareció que semejante conclusión era inadecuada, dadas las circunstancias. A decir verdad, su propósito era animar al profesor, ofrecerle esperanzas, aunque fueran infundadas, pero sin querer había exagerado. Declarar afortunado a alguien cuyas horas estaban literalmente contadas podía resultar cínico, incluso cruel. Se apartó de la ventana y por primera vez miró al enfermo a la cara consumida.

La expresión que vio en ella le hizo sentirse estúpido. Fingir era del todo superfluo. Había visto esa expresión con anterioridad, aunque no muy a menudo. El profesor no solo era consciente de lo que estaba a punto de suceder, sino que además estaba preparado para ello. No esperaba ningún consuelo ni le era necesario. Las palabras vacías no tenían cabida allí.

Se acercó a la cama y apretó la mano fría y delgada del viejo.

—Buenas noches, profesor —tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la voz no le temblara.

—Adiós, doctor.

Con los dedos dio unos golpecitos suaves en el dorso de la mano del paciente. Trató de sonreírle, pero no consiguió más que esbozar una mueca. Luego se volvió y con más brusquedad de la que hubiera deseado salió del cuarto. Mientras se ponía la gabardina y el sombrero en la antesala, intercambió unas cuantas palabras con la señora Rozel.

Diez minutos más tarde, la enfermera entró a ver al paciente y prepararlo para la noche. Primero le dio una pastilla azul de forma ovalada. El profesor la tomaba habitualmente antes de dormir, tratando de tragarla de prisa con un poco de agua porque tenía un sabor amargo. Obediente, también lo hizo esta vez, aunque le parecía absurdo. No quería poner en una situación incómoda a la señora Rozel. Se preocupaba de él no solo con profesionalidad, sino también con dedicación.

Mientras le alisaba innecesariamente las sábanas ya estiradas, murmuraba algo sobre la lluvia que caía incesante desde después del mediodía. Luego se aproximó a la ventana y corrió la cortina. El tamborileo de las gotas pesadas se tornó de pronto ahogado y distante. Volvió a la cama y en silencio durante unos segundos arregló las flores silvestres amarillas en el jarrón de la mesilla de noche. Daba la impresión de que quería decir algo, pero que, por algún motivo, temía hablar. Cuando por fin salió de la habitación, sin abrir la boca, el profesor suspiró aliviado. No le apetecía charlar con la señora Rozel.

La enfermera se paró en la puerta de la antesala y apagó la luz de neón.

—Estaré aquí si me necesita, profesor —dijo bajito—, llámeme, no lo dude. Buenas noches.

—Buenas noches, señora Rozel.

A través del cristal, la vio sentarse tras una mesa pequeña en la que una lámpara con gruesa pantalla de un color pajizo permanecía como única fuente de luz en las dos estancias. Bajo su resplandor mortecino, la cofia blanca que sujetaba el pelo de la enfermera por encima de la frente parecía una aureola dorada. La mujer inclinó en seguida la cabeza sobre el libro que leía, evitando mirar una vez más al enfermo, como solía hacer.

La pastilla no tardó en hacer efecto. Primero sintió que el dolor sordo y constante en el estómago se disolvía en una molestia apenas perceptible, como si le hubieran puesto un voluminoso cojín en la parte inferior del tronco. Luego apareció la sensación, de sobra familiar, de estar flotando. De repente, era como si ya no hubiera cama debajo de él, ningún soporte firme. Descansaba en medio de un espacio vacío, totalmente privado de peso. Sabía que solo era en apariencia, pero eso no mermaba el sentimiento embriagador de bienestar. Ni siquiera esa noche.

La sensación de flotar no duraba mucho. Antes de hundirse en el sueño, por un instante creía ver que el cuerpo se le descomponía en un conjunto de esferas sutilmente enlazadas. Las frágiles junturas entre ellas empezaban a estallar veloces y sin ruido, y él también se disolvía en la inexistencia, sumergiéndose en la negra inmensidad que lo rodeaba. La última idea que tomaba forma en su mente era que

morir debía de ser justo así. Bajo los efectos de la pastilla azul moría cada noche desde que había llegado al hospital.

Por la mañana se despertaba de malhumor. Le fastidiaba que la marcha hacia la muerte no lo llenara de miedo. Al contrario, le parecía atractiva. Casi como si deseara morir. Naturalmente, no tenía que sentirse así. Aunque solo fuera porque tenía la esperanza de no expirar antes de hallar las respuestas a ciertas preguntas que le habían inquietado toda la vida. Sería muy injusto que se lo denegaran. Pero quizá el mundo solo estaba organizado de forma ordenada y no justa. En cualquier caso, ahora le quedaba muy poco tiempo para la justicia.

La descomposición en esferas, sin embargo, falló esta vez. La desbarató una música repentina. Apenas era audible, pero estaba allí. No podía determinar el origen del sonido. Parecía llegar desde todos los puntos. La señora Rozel tenía una radio pequeña en su mesa, pero jamás la pondría tan tarde. Volvió los ojos hacia la mujer. Seguía absorta en la lectura como si no oyera nada.

Un violín iba tejiendo una melodía lenta, casi adormilada. No consiguió reconocerla en el acto, aunque tocaba ese instrumento desde su más tierna infancia. No obstante, algo empezó a agitarse en los abismos de su memoria, pugnando por aflorar a la superficie. Por un momento pensó, desesperado, que no sucedería, que ese recuerdo, igual que tantos otros, permanecería para siempre enterrado bajo la gruesa corteza que orlaba sus viejas reminiscencias; pero, entonces, como si deseara ayudarlo, el sonido se elevó un poquito, y un rayo centelleó a través de una sima de sesenta años, devolviéndolo a aquel lejano día de verano en el norte de Italia.

La ciudad a la que había llegado, caminando por carreteras secundarias desde Milán hacia Génova, parecía estar completamente desierta, incluso allí, en la plaza mayor, pero no se extrañó. Eso era lo que había vivido en todos los lugares pequeños en los que se había detenido durante la hora de la siesta, entre las dos y las cuatro de la tarde, cuando los habitantes se refugiaban del calor insoportable en la umbría moderada de sus casas, tras los postigos cerrados.

Eso no lo molestaba mucho. Cuantos menos lugareños encontrara, menos dificultades tendría. Era un quinceañero tímido, y existía, además, el problema del idioma. El alemán, su lengua materna, allí no lo entendía casi nadie, y él todavía no había aprendido bien la melodiosa lengua de aquellas regiones, repleta de cantarinas vocales abiertas. Por eso intentaba no entablar conversación con la gente más que cuando le resultaba indispensable, temiendo la burla a cuenta de su acento, que debía de sonarles como el chirrido de una rueda de engranaje sin engrasar.

La *piazza* tenía una forma bastante cuadrada con una pequeña fuente en el centro. Depositó la mochila de tela en el suelo y juntando las manos, cogió agua del chorro arqueado. Se remojó la cara sin secársela, y luego, entornando los ojos, alzó la cabeza y echó un vistazo alrededor, observando las fachadas de piedra blanca. Su vista,

acostumbrada al gris monótono de los países septentrionales, sufría constantemente debido a los colores intensos. Todo a su alrededor titilaba, vibraba, refulgía, llameaba. Le pareció hallarse en medio de un cristal que absorbía la luz desde todos los lados, pero no la arrojaba fuera.

Los acordes de un violín rompieron de repente el silencio. Provenían de lo alto de un edificio macizo separado del campanario de la iglesia por una calle muy estrecha y umbría. La ventana de la buhardilla estaba abierta, probablemente la única que lo estaba en toda la plaza y, en aquella estancia, alguien había elegido ese momento silencioso, brillante, vacío, para llenarlo de música. No era un alumno que ensayaba, sino un violinista experimentado, un maestro a cuyos dedos el instrumento se había entregado por completo.

El oyente casual junto a la fuente clavó la vista fascinado en la ventana. Incluso aunque el que tocaba no hubiera sido un hábil violinista, no habría podido quedarse indiferente. Desde arriba, como desde el cielo, se derramaba en cascadas la armonía de unos acordes irreprochables que penetró muy hondo en él, hasta el núcleo oculto de su ser, creando en su interior reflejos resonantes. Para oírlos mejor, cerró los ojos.

Quiso alejar la luz omnipresente para concentrarse solo en el sonido, pero no lo consiguió. La claridad no se desvanecía ni bajo los párpados cerrados. No solo seguía ahí, sino que hacía retroceder todo lo demás con su potente fulgor. Y por fin, en el momento de la revelación, lo comprendió. Seguía viendo la luz porque la música hablaba de ella. ¿Acaso existía algo más hermoso? Le evocaba algo que no podía imaginarse de ninguna otra manera en su totalidad. Se hallaba dentro de la luz, y sus secretos empezaban a descubrirse ante él, reduciéndose a una admirable sencillez.

Se quedó así un buen rato, inmóvil, escuchando la luz. Perdió la noción del tiempo. En realidad, algo insólito estaba pasando con el tiempo. Como si su curso se hubiera ido volviendo más lento, cada vez más y más, hasta detenerse finalmente, congelado en un rayo intemporal que corría a través del espacio deformado de un modo extraño. Bajo la violenta presión de la luz, el espacio empezó a bambolearse, a curvarse y retorcerse, hasta que se transformó en un remolino que se lo llevó, poderoso e irresistible, hacia el punto negro en lo más hondo de su núcleo. El punto se convirtió en un círculo, luego fue una abertura inmensa en el tejido de la realidad, y por último el agujero inconmensurable de la noche más profunda que se lo tragó como si de una viruta se tratara.

Cuando volvió en sí, tardó unos instantes en recordar dónde estaba. Primero pensó que seguía en el corazón de las tinieblas, pero luego vio que estas no eran absolutas. Las cortaban los rayos del sol que llegaban oblicuos como lanzas relumbrantes a través de las ventanas angostas de un grueso muro de piedra. Los rayos eran multicolores porque se habían descompuesto al pasar por el cristal de las vidrieras. Ya no se oía la música, ahora un silencio sepulcral reinaba en derredor.

Sintió que yacía sobre algo frío y duro. Intentó levantarse, pero unas manos surgieron de alguna parte y, suaves pero implacables, lo empujaron hacia atrás. Una

figura con sotana marrón se inclinó sobre él. El cura tenía el pelo canoso y llevaba barba, así como unas pequeñas gafas redondas de montura metálica. Le sonrió y luego empezó a hablar. En medio del torrente de italiano, logró comprender unas cuantas palabras: sol, caída, llevar a la iglesia.

Intentó levantarse de nuevo, explicando apresurado al sacerdote que tenía que regresar a la plaza cuanto antes para escuchar hasta el final la música de la luz; era de gran importancia. A él, por otra parte, no le pasaba nada, no debía preocuparse, había tenido una iluminación y no una insolación. Pero este solo respondía encogiéndose de hombros, como si no entendiera nada. Sin embargo esta vez no hubo necesidad de que las manos del cura le impidieran levantarse. Ni siquiera había llegado a sentarse cuando la cabeza le empezó a dar vueltas. Postrado por la debilidad, se recostó en el saliente marmóreo junto al muro de la iglesia, donde lo habían depositado cuando lo llevaron.

El sacerdote se inclinó sobre la frente del viajero desfallecido, le quitó un paño húmedo y empezó a pasárselo por las mejillas y el cuello. Siguió hablando, pero lo que decía tenía menos sentido aún que antes. El joven dejó de escucharlo, y su alma se llenó de desesperación. Si tan solo hubiera durado un poco más, si el torbellino no lo hubiera arrastrado tan pronto consigo, podría haber penetrado hasta el final en la luz. Ahora, lo único que recordaba eran fragmentos truncados, hilos inconexos, teselas que no formaban ningún mosaico. Pero, al menos, era consciente de que el mosaico existía, de que era intachable en su reducida y evidente noción de necesidad. Le parecía, sin embargo, que no tenía derecho a esperar volver a verlo, pese a que ya sabía que dedicaría toda su vida posterior a buscarlo infatigablemente.

El día agonizaba cuando por fin salió de la iglesia. Seguía sintiendo un leve mareo, pero tenía que proseguir el camino. La *piazza* estaba llena de gente y los postigos abiertos de par en par. Todos salvo unos. Se quedó un rato delante de la puerta del edificio de tres plantas, cuya ventana más alta representaba un ojo ciego, taciturno. Pero al final no entró a buscar al músico de la buhardilla. No se lo impidió su escaso conocimiento del italiano. Habría actuado de la misma forma si hubiera podido utilizar el alemán, porque, fuera cual fuese la lengua que utilizara, ¿qué iba a decirle? Por otra parte, tenía el presentimiento de que el violinista ya no estaba allí.

Esta vez no había resplandor. Allí, en la penumbra de la habitación de hospital, no tenía que cerrar los ojos para oír el lenguaje de la música. Faltaba la exaltación que había experimentado antaño, la cual, por otro lado, tampoco sería muy propia de su edad actual ni de las circunstancias en las que se hallaba. Bajo el efecto adormecedor de la pastilla azul, solo sintió, por un momento, una suave corriente de alegría porque sabía que, a pesar de todo, el mundo estaba organizado de manera justa.

El gran mosaico se mostraba ante él entretejido con vibrantes hilos aéreos. Estaba casi completo. Y tenía claro cuáles eran las teselas que faltaban. No le había sido concedido encontrarlas solo como había encontrado las otras. Pero eso ya no era importante. La vanidad había quedado atrás, en las brumas del pasado. Lo único que

le importaba era verlas por fin durante el poco tiempo que le restaba.

El violín había empezado a construir formas sonoras que encajaban a la perfección en los huecos. Cada parte representaba una revelación personal: asombrosamente sencilla, majestuosamente compleja, extrañamente increíble, alocadamente inaceptable. Ahora entendía por qué jamás había podido hallar solo algunas respuestas. No hacía las preguntas adecuadas.

Cuando el rompecabezas compuesto de tonos acabó de formarse, tuvo que enfrentarse con una característica inquietante. El todo y las partes no casaban. Cuanto más nítido veía uno, más turbias se volvían las otras. Era incapaz de concentrar la mirada del ojo interior en las dos cosas a la vez. Antaño, todo en él se habría rebelado contra esa imperfección. Pero, por supuesto, se trataba de una convicción errónea. El mundo no tenía que estar organizado de forma ordenada. Al menos, no como él lo había imaginado. El violinista había basado su composición en unos principios totalmente distintos.

No se dio cuenta en seguida de que la música había cesado. Fue consciente del silencio solo cuando el mosaico se descompuso ante él, devolviendo a la oscuridad el espacio que había ocupado provisionalmente. Se quedó unos instantes desconcertado, mirando al infinito. Esperaba que pasara algo, le parecía inevitable. Quizá la muerte. ¿Acaso existía un momento más adecuado para morir? Sin embargo no sucedió nada. Las esferas se mantuvieron juntas con más firmeza aún.

La idea de la muerte lo llenó de angustia. Eso no le ocurría antes. Ahora, sin embargo, existía algo que minaba su anterior disposición. No lograba descifrar lo que era hasta que de pronto cayó en la cuenta. Si se muriera en ese instante, se llevaría a la tumba el conocimiento final que acababa de adquirir. En realidad, sería como si no hubiera sucedido nada, como si no hubiera comprendido nada. Había anhelado, sobre todo, satisfacer su propia curiosidad, pero eso ahora le parecía egoísta. No, a toda costa tenía que dejar un rastro de lo que había llegado a saber.

Pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer mientras yacía allí, en el lecho de muerte? ¿Y de cuánto tiempo disponía aún? No de mucho, desde luego. Sintió los dedos helados y el miedo reptando por su nuca. Aterrado, echó un vistazo a la habitación a oscuras, vislumbrando los contornos de los objetos familiares. Nada de lo que veía le servía de ayuda, hasta que en su campo visual entró la figura iluminada de la enfermera en la antesala. El corazón le latía muy de prisa. ¡Eso era! Ella era su última esperanza.

—Señora Rozel —la llamó con voz impaciente y elevada.

La enfermera alzó la cabeza del libro que leía, se levantó y corrió hacia el paciente.

Mientras la veía acercarse, se le ocurrió que, en realidad, ignoraba cómo decirle lo que quería. Lo mejor habría sido tener su violín. Así podría haberlo tocado todo y haberle transmitido fielmente lo que acababa de oír. No se producirían las imprecisiones ni las dudas ni las medias tintas que acompañan a las palabras. Todo estaría claro como el cristal, incluso lo más difícil de imaginar. Pero, por desgracia,

no tenía allí el violín. Así que no le quedaba más remedio que servirse de la lengua.

No vaciló ni un segundo sobre el idioma que debía utilizar. Los engranajes quizá chirriaban, pero por eso mismo encajaban con toda precisión unos en otros, dejando el mínimo espacio posible para la inercia, el roce, la resistencia. Pensó con una sonrisa en lo extraño que era que la lengua más próxima a la música por su expresividad fuera aquella que por su sonoridad le resultaba la más lejana. Además, era la lengua en la que él se explicaba mejor. Nunca conseguiría explicar algo tan complicado en un idioma ajeno. Incluso en su lengua materna tendría que esforzarse.

No tenía tiempo de hacer una introducción. Fue directo al grano en cuanto la señora Rozel llegó a la cabecera de la cama. Habló de prisa, resumiendo allí donde era posible, y extendiéndose donde era inevitable. Comprendía a la perfección el semblante de confusión e incredulidad de la mujer, y que se encogiera de hombros de vez en cuando. Le estaba revelando los cimientos sobre los que descansaba el Universo. Por fortuna, no era indispensable que la enfermera intentara entender lo que le exponía. Bastaba con que memorizara sus palabras, claras y coherentes, para que pudiera transmitirlos con exactitud a aquellos capaces de comprenderlos. Eso al menos no era difícil.

Describía la última parte del rompecabezas cuando sintió que las juntas de las esferas por fin cedían. No le daba miedo no poder terminar. El mundo estaba organizado de forma justa, ¿no era cierto? Los caminos del violinista quizá eran inescrutables, pero no era un malvado, desde luego. Por lo demás, ¿qué sentido tendría frustrarlo ahora, al final de todo, después de tanto como le había ofrecido? Ninguno, por supuesto. Continuo hablando calmadamente a la señora Rozel, que seguía escuchándolo con suma atención. La oscuridad aguardó paciente a que él finalizara antes de acogerlo en su seno. Se hundió en ella sosegado, con la sensación del deber cumplido. Había dejado al mundo su mayor conquista. ¿Acaso había podido esperar que existiera algo más grande?

EL LUTHIER

Desde el punto de vista policial, el caso era sencillo. El señor Tomazi, *luthier*, se había suicidado saltando desde la ventana de la buhardilla del edificio de tres plantas en el que habitaba y tenía su renombrado taller. Dos testigos, aprendices de panadero que repartían pan y bollos y pasaron por la plaza por la mañana temprano, denunciaron el trágico suceso. Cuando después de un breve titubeo se aproximaron asustados al lugar donde había caído el infeliz, este ya no daba señales de vida, aunque no se advertían lesiones externas.

El inspector Muratori, que no tardó en llegar al lugar de los hechos, se enteró por mediación de los alterados jóvenes —que nunca antes se habían topado directamente con la muerte— de que nada había anunciado la caída de un cuerpo. No se oyeron ruidos antes del golpe sordo contra la acera, de modo que este produjo el efecto de una detonación repentina y seca que espantó a las palomas reunidas en torno a la pequeña fuente del centro. La mayoría de los suicidas que se quitan la vida saltando desde las alturas dejan oír un grito al arrojarse al vacío, cuando ya es demasiado tarde para cambiar de opinión. Solo los que están firmemente convencidos de la rectitud de su acto permanecen mudos hasta el final.

Al observar el edificio de tres plantas, el inspector Muratori dedujo con facilidad desde dónde se había tirado el señor Tomazi. La única ventana abierta era la de la buhardilla. A decir verdad, también podía haberse tirado desde el tejado, pero no había razón para escoger ese lugar inaccesible y empinado cuando aquella ventana, mucho más a mano, podía servir igualmente para sus fines. Aunque quizá no era eso lo que uno esperaba de un suicida, el policía sabía que, por regla general, estos no se ponían trabas innecesarias en sus últimos momentos.

El examen del interior de la casa no reveló nada que cuestionara la presunción de suicidio. Al contrario. Cuando subió al recinto de la buhardilla que daba hacia la plaza, el inspector constató que estaba cerrado por dentro. Era una medida típica de precaución de alguien que no desea ser molestado en sus propósitos. Tuvieron que forzar la puerta porque desde fuera era imposible sacar la llave de la cerradura para abrirla con una ganzúa. La habitación, no muy grande, estaba amueblada pobremente: una mesa y cuatro sillas, una cama pequeña, un lavabo con una palangana y una jarra en un rincón, un espejo de buen tamaño. No había alfombras en el suelo, ni cortinas en la ventana, ni cuadros en las paredes.

Tal como explicó el señor Umbertini, un hombre alto y delgado de unos veintitantos años, ayudante del difunto fabricante de violines y el único que habitaba en la casa con él, esa estancia se usaba exclusivamente cuando había que ejecutar la prueba final de un instrumento nuevo. El señor Tomazi se retiraba entonces a ella y tocaba un tiempo en soledad. De allí salía con una sonrisa en la cara, lo que significaba que estaba satisfecho con el trabajo realizado, o con un montón de madera astillada y cuerdas rotas en las manos, momento este en el que era mejor apartarse de

su camino.

El esfuerzo del inspector para, con la ayuda del evidentemente conmocionado señor Umbertini, hallar una carta de despedida que el maestro quizá le hubiera dejado, fue infructuoso. No era raro. A este tipo de mensajes recurrían en general aquellos que no deseaban suicidarse aunque al final lo hicieran. Los suicidas decididos no tenían por oportuno explicar o justificar su resolución ante el mundo, mejor dicho, despedirse de él.

A juzgar por las apariencias, el caso del señor Tomazi pertenecía a estos últimos. El hombre, sin duda alguna, había tomado una determinación firme y la había llevado a cabo sin vacilar. Se trataba de un ejemplo que podía incluirse en los manuales policiales. Claro e incuestionable. No había nada más que investigar. No habían podido establecerse los motivos que habían impulsado al respetable *luthier* a quitarse la vida, era cierto, pero a la justicia terrenal ya no le interesaban. Que se dedicara a ello la celestial, al fin y al cabo solo ella podía saber lo que había en la cabeza del suicida.

El inspector Muratori ordenó al señor Umbertini que recogiera sus cosas y abandonara la casa, para que pudiera ser prestado hasta que se concluyera el reparto de la herencia. Por un momento pareció que el ayudante deseaba añadir alguna observación, pero, por algún motivo, se contuvo. Daba igual. En cualquier caso, ya estaba todo dicho, y el policía no podía auxiliar al desdichado que, de pronto, se encontraba en la calle. Había visto destinos mucho peores. Aquel se las apañaría. Alguien que ha aprendido el oficio de fabricar violines con el maestro Tomazi no debería quedarse sin el pan de cada día. Con semejante recomendación podía sin dificultad encontrar trabajo en el taller de otro *luthier* o incluso abrir el suyo propio.

El experimentado policía rara vez erraba al evaluar a las personas y su suerte, pero justo eso fue lo que sucedió esa vez. El señor Umbertini no buscó una nueva colocación ni intentó establecerse por su cuenta para fabricar violines. Con los ahorros que había reunido durante años arrendó un cuarto modesto en una de las angostas callejuelas que salían de la plaza en la que antes había vivido. El alquiler no era alto, porque la habitación se hallaba parcialmente bajo el nivel de la calle y era bastante húmeda. Pero a él eso no le molestaba. Solo iba allí a dormir.

La mayor parte del tiempo la pasaba en una taberna no lejos de la casa del maestro. Antes no la frecuentaba, sobre todo porque no le gustaba el alcohol, pero también por su reputación como punto de reunión de gente de mal vivir. Ahora las dos razones se habían venido abajo. Empezó a beber, primero con moderación, lo suficiente para sentir una leve embriaguez, y luego más y más, cruzando sin percibirlo el límite tras el cual uno se hace alcohólico. En la tasca no servían más que bebida de mala calidad y barata, debido a lo cual al señor Umbertini, al despertarse en la sucia cama del sótano, le dolía la cabeza un buen rato, cosa esta que no le hizo renunciar a seguir acudiendo allí todos los días.

Los clientes habituales de la taberna al principio acogieron al nuevo parroquiano

con recelo, evitando su compañía. Sus modales corteses lo señalaban como alguien ajeno a aquel mundo. Pero según fue pasando el tiempo y él se fue pareciendo cada vez más a ellos, tanto por su aspecto externo como por su conducta, empezaron lentamente a aceptarlo. Dejó de beber solo pues siempre se le unía alguien, así hasta que por fin todas las sillas de su mesa estaban ocupadas. Era un grupo bastante pintoresco, en el que él unos meses atrás jamás se habría imaginado a sí mismo: mercenarios ceñudos del regimiento estacionado cerca de la ciudad, prostitutas resacas y desdentadas, carlistas que volvían de hacer incursiones por los mercados, mendigos andrajosos y lisiados.

Pese a que el señor Umbertini de ninguna manera deseaba hablar de ello, con aquella gente ni con nadie, el tema fue inevitable una vez que la relación de los clientes con el antiguo ayudante del célebre fabricante de violines, ahora borracho desaliñado, fue lo suficientemente estrecha como para ahuyentar las reservas. A diferencia de la policía, que no había considerado necesario profundizar en las razones que habían impulsado al maestro a suicidarse, los curiosos no habían dejado de interesarse por ese misterio ni siquiera en semejante antro. El señor Umbertini fue expuesto a diversas presiones, que iban del halago a la amenaza, para que se manifestara al respecto, pero él resistió todos los asaltos sin soltar prenda. Lo que, sin embargo, no pudo impedir fue escuchar las suposiciones que desplegaban sus compañeros de mesa en la taberna a través del espeso humo del tabaco rancio y el olor acre del vino picado.

Uno de los mercenarios, un hombre con un parche negro sobre el ojo izquierdo y la cara llena de cicatrices, afirmaba que había oído de alguien de fiar que, tras todo aquel asunto, se hallaba una locura familiar hereditaria. El abuelo paterno del señor Tomazi, carpintero en un pueblo cercano, también se había quitado la vida, pero de una manera mucho más dolorosa. En un momento de ofuscación mental se encerró en el taller y allí se dedicó a clavarse en el cuerpo toda herramienta afilada que se le puso por delante. Ninguna de las heridas era mortal y, sin embargo, después de una larga agonía, murió debido a la pérdida de sangre, sin siquiera gemir en el curso de ese terrible atentado contra sí mismo. Cuando la familia irrumpió en el taller, contemplaron una escena escalofriante. El cuerpo del carpintero, en el suelo, con los brazos extendidos como en un crucifijo horizontal, semejaba un erizo; pudieron contar hasta treinta y tres púas que lo perforaban. Su mujer, que estaba en el quinto mes de embarazo, sufrió un aborto espontáneo, y su hijo de cuatro años, su único vástago, padeció durante toda la vida pesadillas de las que se despertaba gritando.

El señor Umbertini podía desmentir esa historia horrible, pero no lo hizo. En sus días de aprendiz, había conocido al abuelo paterno del maestro. Era relojero, allí, en la ciudad, y murió muy anciano, mientras dormía, cuando le falló el corazón, ya debilitado. Sobrevivió a su esposa unos cuantos años dejando hasta siete hijos. El tercero de ellos, el primer varón después de dos niñas, era el padre del señor Tomazi, un hombre alegre y un tanto disoluto, en absoluto abrumado por las oscuras manchas

de la infancia, que se había ahogado comiendo pescado y riendo negligentemente a la par. Aunque aún era un adolescente, el menor de sus dos hijos, Alberto, que había heredado de su madre un oído muy fino, se quedó con el taller paterno de fabricación de instrumentos musicales. No tardó mucho en reducir la actividad en exclusiva a los violines, y con el tiempo adquirió fama por su magistral pericia.

Una de las prostitutas que, pese a tener apenas treinta años cumplidos, mostraba cierta decrepitud tras la cual, no obstante, aún se podía vislumbrar su belleza primigenia, sabía una historia completamente distinta. Según se había enterado por alguien al que se podía creer a pies juntillas, la causa del suicidio del señor Tomazi era un amor no correspondido. La primavera pasada había estado en la ciudad una compañía circense ambulante que representó sus funciones en la plaza. Tres músicos acompañaban todos los números. Entre ellos había una gitana que tocaba el violín. El maestro, que al principio había recibido con descontento la bulliciosa verbena nocturna delante de su casa, se tornó benévolo después de ver y oír a la chica.

Todas las noches se asomaba a la ventana y, en apariencia, seguía el espectáculo en la plaza, pero, en realidad, no le quitaba ojo a la gitana. A la postre, se le acercó al finalizar una de las funciones, llevando el mejor instrumento que había hecho hasta entonces. La invitó a su casa y le propuso que tocara aquel violín solo para él durante lo que quedaba de noche, prometiéndole una recompensa cuantiosa. La muchacha consultó en susurros a uno de los otros dos miembros de la orquesta, y luego aceptó. Cuando salió por la mañana de la casa del señor Tomazi, llevaba consigo un valioso instrumento envuelto en un paño marrón.

Al atardecer del día siguiente, el maestro esperó impaciente en la terraza la nueva actuación de los feriantes, pero por la plaza no apareció nadie. La compañía ambulante había recogido sus casetas de los arrabales de la ciudad y había seguido su camino. El señor Tomazi alquiló un caballo al despuntar el alba y se lanzó alocado en su busca. Recorrió numerosas localidades vecinas, pero de los saltimbanquis no había ni rastro, como si se los hubiera tragado la tierra. Totalmente exhausto, tuvo que renunciar. Regresó a casa, esperando que el tiempo cumpliera con su cometido y le hiciera olvidar a la bella violinista. Pero le fue imposible. Poco a poco la angustia se fue apoderando de él y perdió las ganas y la capacidad de construir instrumentos. Por fin, sumido en la desesperanza más absoluta, decidió ahorrarse el sufrimiento.

El ayudante del difunto maestro sabía desde el principio que tampoco esa historia contenía un ápice de verdad, pero no lo dijo, entre otras cosas para no arruinar el entusiasmo con que la prostituta la narraba. Existía, ciertamente, una triste historia de amor en la vida del constructor de violines, sin embargo había tenido lugar en su juventud, mientras aún aprendía los secretos de su oficio. Entre él y una prima lejana por parte de madre había brotado el amor, una relación, aunque prohibida y secreta, bastante turbulenta, como suele suceder a esa edad. Quién sabe cómo habría acabado si no fuera porque la enfermedad entremetió sus dedos. La chica contrajo una tuberculosis galopante y murió en unas semanas. Él no volvió a unirse a ninguna

mujer, aunque tampoco prescindió de ellas. Se limitaba a llamar la atención lo menos posible cuando se concedía a sí mismo un respiro, y casi siempre lo hacía en otra ciudad.

Un carterista de dedos largos y hábiles, pero cuyo aspecto era el de la personificación de la inocencia, juró por su honor que sabía de buena tinta la razón que había llevado al señor Tomazi a suicidarse. Y no era otra que la gran suma que había perdido jugando, y que lo había dejado en la ruina. Hacía ya tiempo que el maestro era esclavo de ese vicio, aunque nadie lo sabía, ni siquiera su ayudante, que vivía bajo el mismo techo. Todos los viernes se reunía en secreto en su casa un grupo de jugadores de cartas que subían precisamente a la buhardilla desde la que había saltado a la muerte. Ponían las mantas de la cama en la ventana para que en la calle nadie sospechara, y luego, a la luz de una vela, empezaba la partida, que a menudo duraba hasta el amanecer.

Como hombre honesto que era, el constructor de violines estaba convencido de que se juntaba con gente igual que él, sin presentir que había caído en las redes de unos timadores astutos y pérfidos. Al principio se jugaba con apuestas pequeñas, y solía ganar él. Pero entonces, la fortuna se volvió repentinamente en su contra. Empezó a perder, y no solo el dinero, sino también la prudencia. Aceptó que subieran las apuestas con la absurda esperanza de recuperar lo perdido, pero lo único que hacía era hundirse más y más. Cuando le faltó el dinero en efectivo y las joyas, empezó a firmar letras. Así se quedó primero sin la gran finca que tenía en el pueblo, y después sin la casa en la ciudad. No obstante, aún podía soportarlo. Pero cuando las cartas se llevaron el último de sus valiosos instrumentos, comprendió que había tocado fondo. Adivinó por fin que había sido víctima de una estafa, pero ya no podía hacer nada. Incapaz de resignarse a la idea de que sus violines habían caído en manos de unos ladrones trapaceros, se condenó a sí mismo al castigo más grave.

Naturalmente, todo era pura invención, pero el señor Umbertini tampoco dijo nada. Las reuniones de jugadores de los viernes, por muy secretas que fueran, no podrían haberle pasado inadvertidas. Además, el señor Tomazi no tenía ninguna finca en el pueblo que pudiera perder. Pero mucho más importante que todas esas menudencias era la circunstancia de que el juego suponía el último vicio al que el maestro se habría entregado porque, incluso sin contacto personal con él, había tenido la desgracia de experimentar en su propia carne las oscuras consecuencias de esa pasión.

Su hermano mayor, Roberto Tomazi, ya en su juventud era un huésped habitual de los grandes casinos. Hacía tiempo que en ellos había dejado su parte de la herencia paterna y durante una época continuó satisfaciendo su impulso irresistible gracias a la prodigalidad del *luthier*. Alberto tenía una debilidad enfermiza por su hermano, y aceptaba pagar todas sus deudas de juego, hasta que Roberto, en un acceso de rabia, luego de que el maestro se negara por primera vez a darle la gran suma que le pedía, agarró un violín recién acabado y lo estrelló contra la pared. Después de eso, los dos

hermanos no volvieron a verse, aunque el mayor enviaba cartas de arrepentimiento e incluso intento que el pequeño lo recibiera.

Un mendigo cojo, que afirmaba ser el hijo ilegítimo de cierto duque, escuchó pacientemente las tres historias, y luego declaró con absoluta convicción que nada de aquello era cierto. El maestro no se había suicidado, como aseveraban. No había saltado, sino que lo habían tirado por la ventana. Existía un tercer testigo de esa desgracia además de los dos aprendices de panadero. Se trataba de otro mendigo que, nada más producirse el funesto suceso, salió huyendo de la ciudad por temor de lo que había visto, confiándose antes a su amigo cojo.

Había pasado la noche en la plaza, durmiendo bajo una escalera, cuando al alba lo despertó un alboroto que llegaba de algún lugar en lo alto. Se volvió somnoliento, comprendiendo que el barullo provenía de la ventana abierta en la buhardilla de la casa del fabricante de violines. Parecía como si alguien estuviera rompiendo cosas, pero desde abajo no se veía nada. Y entonces se hizo el silencio, que reinó durante un tiempo. En el momento en que de una callejuela desembocaron en la plaza los dos panaderos, llevando cada uno al hombro una cesta de bollos recientes, en la ventana apareció el aterrado maestro. Se aferraba con firmeza al marco, tratando de oponerse a alguien que lo empujaba por detrás. La lucha era sigilosa, de modo que los jóvenes ni se percataron de ella. Cruzaron la plaza inocentemente, entre las palomas, charlando en voz baja.

La presión en la espalda del constructor de violines se hizo más fuerte y su resistencia por fin cedió. Como si una enorme mano lo hubiera lanzado, voló al exterior y empezó a precipitarse impotente hacia la acera, sin proferir una palabra. Tras él, sin embargo, la ventana no estaba vacía, como lo estaría si se hubiera tirado por propia voluntad. Por un instante, allí se mostró una figura aterradora que heló la sangre del observador bajo la escalera. Un segundo después se había desvanecido, pero había sido suficiente para que el pordiosero la reconociera fuera de toda duda. Permaneció un buen rato oculto en su escondite sin osar siquiera moverse y solo se decidió a salir cuando el inspector llevó a cabo el reconocimiento y retiraron el cuerpo del fallecido.

No era nada insólito, añadió el mendigo a modo de moraleja, que el señor Tomazi hubiera caído, víctima del Maligno. Todo el que vende su alma al diablo a cambio de bienes temporales y vanos debe tener en cuenta que este acabará viniendo a buscar lo que le pertenece. Más pronto o más tarde. Pero el maestro no tenía motivos para quejarse. Se le había concedido gozar de su fama de artesano insuperable fabricando violines durante muchos años, aunque, por supuesto, para todos estaba claro que ese talento no podía ser natural.

El señor Umbertini tuvo por primera vez la tentación de intervenir. A diferencia de las historias anteriores, esta, al menos en parte, era verídica. A todas luces, el testigo que esa madrugada se hallaba en la plaza era el mismo narrador, y no un supuesto amigo. Había contado los detalles con demasiada convicción para ser una

persona que solo relata la aventura de otro. Seguramente se negaba a reconocerlo porque temía el posible interrogatorio de la policía. Los pormenores adicionales que había inventado eran comprensibles. Sin ellos, su historia no sería tan emocionante para el auditorio de la taberna. Por otro lado, aunque él no podía saberlo, no eran del todo infundados. Tras la decisión del ayudante de seguir sin abrir la boca estaba, entre otras cosas, su escasa disposición a entablar un debate inevitable sobre ese aspecto del accidente del maestro, ya que el secreto existente escapaba en buena medida a su comprensión.

Difícilmente habría hablado de ello si no fuera porque circunstancias especiales lo indujeron a hacerlo. Los aventureros y vagabundos que le hacían compañía en la tasca con el tiempo empezaron a perder interés por el suicidio del fabricante de violines, pues estaba claro que no se podía sacar nada de su antiguo ayudante. También este los atraía cada vez menos, porque, por lo general, pasaba las horas en un sombrío silencio, recluido en sí mismo, concentrado en la botella. Poco a poco se fueron dispersando, hasta que el señor Umbertini volvió a quedarse solo en su mesa, y el único que de vez en cuando intercambiaba una palabra con él era el tabernero.

Un día lluvioso, ya muy avanzado el otoño, llegó pronto a la taberna. Dentro no había nadie. Se sentó en una mesa pequeña con dos sillas, en una esquina, cerca del hogar, y el bodeguero, sin preguntar, solo con una leve inclinación de cabeza, puso delante de él tres botellas de vino tinto y un vaso. Observó por un instante el rostro demacrado y sin afeitar del cliente, los ojos hundidos y la nariz enrojecida, pero no dijo nada. Al propietario del local, corpulento y barbudo, le daba igual la apariencia de los que frecuentaban el establecimiento mientras pudieran pagar lo que pedían. No era asunto suyo advertir a los borrachos inmoderados de que con cada vaso acortaban lo poco de vida que aún les quedaba. Recogió las monedas que el parroquiano puso en la mesa, también sin palabras. Se las metió en el profundo bolsillo de pantalón debajo del mandil manchado y regresó a la barra.

El señor Umbertini llevaba ingerida más de la mitad de la segunda botella cuando empezaron a entrar en la taberna nuevos clientes. Pero nada tenían que ver con los que él estaba acostumbrado a ver allí. Primero apareció un crío que no podía contar más de seis o siete años. Se dirigió a la mesa más grande, se sentó frente a ella, sacó de no se sabe dónde una hoja de papel y un lápiz, agachó la cabeza y se puso a escribir con letra menuda. A veces cogía un pañuelo, se lo llevaba a la nariz y lo mantenía allí brevemente. Luego llegó una señora de mediana edad, sujetando bajo el brazo un montón de rollos. Se instaló al lado del chico, desplegó uno de los rollos y se concentró en la lectura. El señor mayor de porte distinguido que no tardó en unírseles llevaba un gato completamente blanco. Lo acariciaba con ternura sin dejar de susurrarle al oído. La anciana que vino a continuación se detuvo un instante en el umbral, lanzando una mirada asustada primero al tabernero, luego al ayudante del maestro, como si hubiera visto fantasmas. A continuación se dejó caer rígida en una de las tres sillas libres y puso sobre la mesa un manguito sin sacar las manos de él. El

hombre que entró después era pintor. En cuanto se sentó con los demás, abrió un bloc grande, cogió un pedazo de carboncillo y se dedicó a hacer dibujos, a trazos bruscos. El último en llegar era un tipo vestido descuidadamente, de revuelto cabello canoso. Durante unos segundos rebuscó en sus bolsillos, y por fin halló un pedazo de tiza, con la que, sin vacilación alguna, empezó a escribir en la mesa de madera, borrando aquí y allá con la manga de su chaqueta con coderas de cuero.

Los seis desconocidos de la mesa grande presentaban una escena particularmente insólita en aquel lugar. En el curso de los meses que el señor Umbertini había pasado en la taberna nunca había visto a nadie que se pareciera a ellos lo más mínimo. Pero lo que le resultaba igual de increíble era que el tabernero ni siquiera les había prestado atención. Él, que vigilaba atentamente que ningún cliente permaneciera sentado sin beber nada, controlando los vasos vacíos y llenándolos rápidamente, y no le avergonzaba señalar la puerta a aquellos que pretendían pasar el rato de balde, ahora ni siquiera se acercó a los selectos invitados, pese a que era evidente que prometían buenas ganancias. En lugar de eso, fue a la mesa del ayudante, sacudió un par de veces la silla libre con el trapo sucio que siempre llevaba colgando del brazo y se sentó con él.

Empezó a hablar del asunto sin rodeos. Dijo que sabía por qué se había suicidado el señor Tomazi. Fue una revelación completamente inesperada, pues él nunca había tomado parte en las conversaciones sobre el tema. Parecía que no le interesara nada, aunque en los momentos de ocio escuchaba las historias que se contaban. El maestro, prosiguió el tabernero, deseaba construir un violín perfecto. Invirtió años de esfuerzo en ello y todo indicaba que iba por buen camino. Por desgracia, no existen manos humanas, ni siquiera las más dotadas, que puedan lograr la perfección. Aunque en apariencia era exquisito, el violín no era divino, como él esperaba. Cuando se dio cuenta, después de la prueba matinal, el constructor comprendió que aquella derrota le abría un único camino y fue el que tomó.

Esta vez, el señor Umbertini no pudo contenerse. Si la historia del bodeguero solo hubiera sido errónea, él desde luego no habría dicho nada, pasándola por alto como había hecho con las otras. Pero era, sobre todo, ofensiva en un aspecto esencial, y no existía nadie, salvo el propio Umbertini, que pudiera salir en defensa del honor mancillado del fabricante de violines. Era una deuda que tenía con su maestro y que estaba por encima del juramento que el ayudante se había hecho a sí mismo de no descubrir jamás lo que había sucedido en la buhardilla.

El tabernero tenía razón, pese a que el señor Umbertini no podía ni imaginarse cómo ese vulgar y ávido vendedor de vino malo se había enterado de algo que el maestro mantenía en secreto y ni siquiera había confiado a su leal discípulo. En efecto, durante dieciocho años, con una paciencia y dedicación total, estuvo construyendo un violín perfecto. Tan solo hacia el final el ayudante vislumbró qué se ocultaba tras las periódicas y prolongadas reclusiones del *luthier* en la estancia más alta del edificio, donde nadie podía molestarlo, y donde no se llevaba ningún

instrumento para probar.

El tabernero, sin embargo, no tenía razón cuando dijo, con un tono de malicia en la voz, que el celo del maestro no había tenido éxito. Al acercarse furtivamente a la habitación de la buhardilla la funesta mañana en la que, en efecto, se llevó a cabo la prueba final del violín único, el ayudante, por primera y última vez en la vida, oyó el sonido de unos acordes celestiales. A pesar de que la puerta cerrada amortiguaba la música, la magia de esa experiencia fue tan virulenta que después de todo lo que pasó no fue capaz de alejarse de la casa del maestro y marcharse a algún lugar donde poder rehacer su existencia mejor y con más dignidad, aunque era consciente de que no volvería a tener oportunidad de revivir algo igual.

El señor Umbertini sabía cuál era la pregunta que el tabernero le haría al final, como también sabía que no tenía respuesta para ella. Si el señor Tomazi había hecho de verdad un violín perfecto, ¿qué había sucedido con él? O al menos con sus restos, si es que el estrépito que había oído el mendigo de la plaza significaba que lo había roto, aunque no quedaba claro por qué había actuado así si era su obra maestra. Cuando el inspector forzó la puerta, no encontraron nada dentro: ni el instrumento entero, ni sus pedazos. Así que tenía que haber un acceso secreto al cuarto, dedujo el ingenioso tabernero, a través del cual el ayudante había entrado antes de que llegara la policía y eliminado las huellas.

Era una suposición razonable que ofrecía explicación a las dos posibilidades: que el violín fuera perfecto y que no lo fuera. Tenía solo un defecto. No era cierta. No existía ninguna entrada secreta a la habitación más alta del edificio. Cuando por fin se halló dentro con el inspector, el ayudante se enfrentó al segundo milagro de esa mañana. El instrumento debía estar allí, entero; sin embargo, no había ni rastro de él.

Y ya el solo hecho de que pudiera estar intacto representaba el primer milagro, porque, estando de pie delante de la puerta, aún aturdido por la música que acababa de escuchar, el señor Umbertini oyó de repente algo que lo espantó. Conocía bien esos ruidos. Aquel estrépito podía significar solo una cosa: que el maestro estaba destrozando la obra de su vida. Pero ¿por qué? Sin saber qué otra cosa hacer, el ayudante se arrodilló raudo e intentó mirar por el agujero de la cerradura. Si la llave no hubiera estado puesta, podría haber visto más, pero de este modo solo consiguió contemplar la figura enloquecida del maestro que, blandiendo el violín por el mástil, golpeaba con él todo lo que se le ponía por delante: la mesa, los respaldos de las sillas, el cabecero de la cama, las paredes.

Sin embargo, aunque lo hacía con toda la fuerza que produce una cólera desenfrenada, no conseguía dañar el instrumento. El violín resistía con firmeza todos sus intentos de destrucción, incólume, como si solo estuviera siendo agitado a través del aire. Cuando, después de arrojarlo al suelo y pisotearlo, vio que tampoco le había hecho ni un rasguño el maestro Tomazi se desesperó. Se sentó en el borde de la cama, hundió la cabeza entre las manos y se quedó allí inmóvil. Al cabo de un rato se levantó despacio, se acercó a la ventana, se agarró al marco, permaneció unos

instantes en esa posición, y por fin se soltó y se inclinó hacia adelante. El ayudante, mudo, apartó el ojo de la cerradura y se deslizó casi sin sentido junto a la puerta. Del aturdimiento lo sacaron los aldabonazos del inspector.

El tabernero sacudió la cabeza. De todas las historias que había oído, dijo, esa era la más increíble. Menos mal que el señor Umbertini no se la había contado a la policía, porque habría resultado sospechoso de inmediato. Él, personalmente, seguía considerando que la explicación de la puerta secreta era la única verdadera. Y en lo que al ruido atañía, no tenía por qué haber sido causado por el destrozo del violín, sino que el hombre, dolido por su fracaso, debió de arremeter contra los muebles, como suelen hacer las personas furiosas.

Después de que el maestro saltara por la ventana, el ayudante debió de entrar en la buhardilla y esconder el instrumento en alguna parte. Esperó a que la situación se calmara y luego lo vendió de modo clandestino. El violín quizá no era perfecto según los criterios del señor Tomazi, pero seguro que se podía obtener una buena suma por él, con la que el vendedor podría asegurarse una vida agradable. Digamos que beber todos los días en la taberna sin tener que trabajar. Pero el señor Umbertini no tenía de qué preocuparse. El tabernero no iba a delatarlo. ¿Qué sacaría con ello? Tan solo perder un cliente fijo que nunca pedía que le fiaran.

Sin más que añadir, regresó a la barra. Se puso a limpiar indolentemente los vasos y siguió ignorando a los seis clientes de la otra mesa. Ellos se quedaron allí sentados aún un rato, concentrados cada uno en su tarea, para luego, como a una señal invisible, levantarse y abandonar juntos la taberna, quizá ofendidos por esa inadmisibles falta de atención. El señor Umbertini los siguió con la mirada, y entonces, como si se acordara de algo, se levantó apresurado y fue tras ellos, dejando una botella y media intacta y pagada. Nunca más lo vieron en aquel lugar.

Durante un tiempo, su desaparición alimentó las historias en la taberna. Podía saberse de muy buena fuente que unos ladrones lo habían degollado y arrojado al río, que había ido en busca de fortuna al Nuevo Mundo, que había abierto un taller en otra ciudad, o que había enfermado de lepra y malvivía lóbregamente en una isla. Solo el tabernero sobrio, que no se dejaba engañar, sabía que todo eso eran fábulas y que, como siempre, la explicación correcta era la más sencilla: el ayudante del difunto maestro había huido, temiendo que después de gastar el dinero ganado de manera artera, alguien pudiera delatarlo a la policía.

LA BIBLIOTECA

*A Mike Moorcock,
un buen hombre*

LA BIBLIOTECA VIRTUAL

El correo electrónico no es perfecto. Y aunque los proveedores probablemente se esfuerzan por protegernos de los mensajes no deseados, parece ser que es algo que no tiene remedio. Cuando abro en el monitor el buzón al que llegan los e-mails, son raras las veces que no encuentro al menos uno de un remitente desconocido. Por lo general hay más de uno. El récord está en trece mensajes de este tipo que se me acumularon durante unas horas entre dos sesiones de ordenador.

En esa ocasión monté en cólera y cambié de dirección electrónica, pese a que eso me produjo una serie de dificultades. Solo le comuniqué la nueva a un reducido número de personas, pero de nada me sirvió. Los correos no deseados empezaron a llegar en seguida. Me quejé al proveedor, pero de manera indirecta reconocieron que, en realidad, no podían hacer nada. Simplemente me aconsejaron que ignorara esa clase de mensajes. Era la solución más fácil. Borrar lo que no me interesara, y cuanto antes; porque esos correos eran la forma más frecuente de ser infectado por los peligrosos virus informáticos.

La recomendación era superflua, porque eso era lo que ya hacía antes de que me la hicieran, incluso sin tener conciencia de los virus. No obstante, al principio del todo, había pasado un corto período de tiempo leyéndolos, hasta que comprendí de qué se trataba y, sin titubeos, había empezado a eliminar cada correo de origen desconocido, sin siquiera echarles un vistazo, aunque los remitentes se esforzaban por atraer mi atención de todas las maneras posibles. Títulos ampulosos y centelleantes junto con ilustraciones oportunas y llamativas anunciaban diversas ofertas excepcionales que no se podían dejar escapar.

Me proponían, por ejemplo, enriquecerme rápida y fácilmente invirtiendo capital mediante una agencia de nombre glamuroso de un país del Pacífico del que nunca había oído hablar. O hacerme sacerdote de cualquier iglesia cristiana por correspondencia en dos semanas, autorizado para officiar en bautizos, bodas y funerales. Me ofrecían la posibilidad de, al margen de la edad, rejuvenecer veinticinco años con ayuda de un nuevo preparado macrobiótico. También ponían a mi alcance una oportunidad única de, por una módica comisión del cuarenta y nueve por ciento, conseguir que me pagaran cualquier indemnización dictada por sentencia judicial, si es que tenía semejantes reclamaciones, claro está. Asimismo podía, a cualquier hora del día y de la noche, dar rienda suelta a mis supuestas pasiones de ludópata jugando en algún casino virtual de honestidad garantizada. Por fin, el colmo de los colmos era que, por un precio ridículo y bajo cuerda, podía comprar dos millones y medio de direcciones de correo electrónico activas y verificadas a las que podía enviar lo que quisiera y cuando quisiera.

Seguramente, el *e-mail* con el que empezó todo habría terminado en la papelera de mi ordenador, como todos los de esa clase, si no hubiera sido tan breve que lo leí incluso sin querer. Sobre un fondo negro, sin adornos gráficos, había escritas dos

líneas. La primera anunciaba con grandes letras amarillas: biblioteca virtual, mientras que debajo, con letras mucho más pequeñas, lo que no era característico del tono agresivo de ese tipo de mensajes, ponía en color azul: «Nosotros lo tenemos todo».

Mi primer pensamiento fue que, de todas las exageraciones con las que me había topado en Internet, esa era una de las mayores. Así es, «¡todo!». Semejante afirmación sería desmesurada hasta para las páginas web de las principales bibliotecas del mundo que podían estar orgullosas de sus extensos fondos. Quien hubiera ideado aquel eslogan seguro que no tenía ni idea de cuántos libros se habían escrito a lo largo de los últimos cinco mil años. Nadie ha logrado jamás reunir en un solo lugar una biblioteca tal, sin contar con las obras que no se han conservado.

Y «virtual», por si fuera poco. Si ese adjetivo había sido utilizado en su sentido estricto, la biblioteca debería estar formada por libros electrónicos. En Internet existen varias páginas que contienen ediciones electrónicas y yo las visito ocasionalmente. Pero la oferta es muy pobre, lo que no es raro considerando cuánto esfuerzo hay que invertir para componer un libro electrónico. Aunque solo sea porque hay que teclearlo o escanearlo página a página. De modo que pueden encontrarse quizá unos centenares de títulos. Una gota de agua en el mar en relación con ese «todo» entendido en su sentido literal. ¿Quién podría siquiera albergar esperanzas de que esa cantidad desmesurada pudiera ser trasladada a formato electrónico? ¿Y a quién le merecería la pena algo así?

Aunque estaba convencido de que detrás de este mensaje se ocultaba alguna treta, la curiosidad no me dejó actuar de la manera habitual. Si se hubiera tratado de algo que no fueran libros, lo habría ignorado sin vacilación. Pero para un escritor, era como si hubieran agitado un pañuelo colorado ante un toro. En lugar de borrarlo, llevé el cursor a las letras del texto. La flechita se convirtió en una mano con el índice levantado y en seguida entré en la página de la biblioteca virtual.

El cambio apenas era perceptible. El fondo seguía siendo negro y solo debajo del título de la página y del eslogan vi que habían aparecido dos pequeños elementos. El primero era el campo de búsqueda habitual. En el estrecho rectángulo blanco había que escribir lo que se quería encontrar. Sin embargo, no podía ser el título de la obra u otra palabra clave, pues delante ponía «Autor», y no se podía modificar. Hice un gesto con la cabeza. Cabía esperar más facilidades de una biblioteca que presume de universal. En la parte inferior del monitor aparecía una corta dirección electrónica.

Para la búsqueda, escribí mi nombre. No era cuestión de vanidad, aunque pueda parecerlo. Lo hice porque estaba claro que, en lo que a mí mismo se refería, era el más enterado del estado de las cosas. Aquella era la forma más sencilla de comprobar la veracidad de lo que ofrecían. Si la Biblioteca Virtual contenía lo que afirmaba en su eslogan, mis tres libros no iban a ser la excepción. Desde luego, no soy un escritor conocido o popular, pero allí donde están todos debo tener un lugar. Solamente aquí no cabían discriminaciones.

Existían dos resultados posibles. Si la búsqueda no daba el fruto esperado, lo que

era muy probable, entonces se trataba de una broma insulsa. Alguien había decidido divertirse un poco a cuenta de los escritores, o quizá de los editores, de los críticos, bibliotecarios, librerías, y en general de todo aquel que guardara alguna relación con el libro. Quién sabe con qué artimaña me saldrían en vez de la breve lista de mis obras. Pero no tenía derecho a lamentarme. Nadie me había obligado a visitar la página, y me lo tendría merecido por meter la nariz donde no me llaman.

Si, no obstante, aparecían mis libros en formato electrónico entonces la situación sería bastante más irritante. No había cedido a nadie los derechos para semejante publicación, lo que significaba que se trataría de una edición pirata. Sería bastante embarazoso. Internet está inundado de abusos de esta índole y por lo que había oído, protegerse de ellos era tan difícil como evitar los mensajes no deseados.

Si lo que iba a darse era la segunda opción, la búsqueda debería durar un tiempo. Por muy veloces que fueran los ordenadores, buscar a través de un fondo tan gigantesco no podía ser cosa de un segundo. Pero eso fue precisamente lo que tardó. En cuanto le di al botón de inicio de búsqueda, apareció una nueva página en la pantalla. Esta vez el fondo era gris y las letras negras y blancas. Surgió una pequeña imagen en colores que animaba la monotonía.

En un primer instante, antes de observar con más atención la nueva página, pensé que la rapidez de la búsqueda era un indicador fiable de que tras todo aquello había algún engaño. Pero entonces parpadeé y clavé la vista en el rostro de la imagen, sintiendo un escalofrío en la columna vertebral. Era yo, sin lugar a dudas, solo que no tenía ni idea de cuándo y dónde había sido tomada la fotografía. Parecía algo más joven, pero difícilmente podía calcularse cuánto.

Debajo de la foto, en la parte izquierda de la pantalla, había una breve biografía. En ella, todos los hechos eran exactos, a excepción del último. Salvo en el caso de que se me hubiera pasado por alto, yo todavía no estaba muerto. El dato sobre mi defunción, ciertamente, era raro e impreciso. Después de la palabra «murió» había una serie de nueve años distintos, separados por comas. A diferencia de las letras negras anteriores, los números eran blancos. La fecha más cercana era de unos quince años más adelante, mientras que para la más lejana faltaba aún casi medio siglo. Quien hubiera preparado aquello evidentemente tenía un morboso sentido del humor.

A la derecha del monitor, aparecía una lista de mis libros. Sin embargo, no se detenía después del tercero, como debería haber sido, sino que continuaba hasta el número veintiuno, lo que, naturalmente, era absurdo. No digo que una bibliografía tan voluminosa no me complaciera, pero no era mía. Aquí también se utilizaban dos colores. Los tres libros que de verdad había publicado estaban en letras negras, y los dieciocho restantes en blanco. Estos últimos títulos se exponían en orden cronológico. El primero era del año siguiente, y hasta la publicación del último pasarían cuatro décadas y media. Así que no solo tenía que vérmelas con un bromista retorcido, sino que además, a todas luces, alardeaba de ser un visionario.

Pero esto no era nada, lo más importante aún no había llegado. ¿Se trataba de

algún chiflado que no tenía nada mejor que hacer que dedicarse a esas tonterías? En Internet abundan los tipos que no lamentan el tiempo y el esfuerzo invertido en semejantes majaderías. ¿Acaso no eran el mejor ejemplo los que inventan y propagan virus destructivos, pese a que no obtienen ningún provecho de ello salvo quizá halagar su naturaleza vanidosa? Llevé el cursor hasta el título del primero de mis tres libros creyendo sinceramente que no sucedería nada. Pero de nuevo la flechita se convirtió en mano y al activarla, la pantalla se llenó de prisa de texto.

Me bastó leer la frase introductoria para convencerme de que realmente se trataba de mi primera novela. Sentí que me inundaba una oleada de cólera. ¡Era absolutamente inadmisible! ¡Poner mi libro al alcance de cualquiera sin mi permiso ni remuneración alguna! ¿Cómo se atrevían? ¡Era un robo descarado! Entonces me asaltó la esperanza de que quizá no estuviera todo el libro, y sí solo un capítulo, lo que hasta cierto punto sería tolerable. Pero después de apretar tres teclas que me llevaron al final del archivo, esa débil esperanza se desvaneció. Era la obra completa, desde la primera hasta la última palabra. No hacía falta que abriera los demás títulos. Sabía lo que iba a encontrar allí.

Enfadado, cogí otra vez el ratón, pulsé en el lugar adecuado y se abrió la ventana de inicio. Entonces bajé el cursor hasta la dirección electrónica al final de la página y volví a hacer clic. Se abrió la ventana que permitía enviarle un mensaje al propietario de la web. Durante unos minutos me quedé mirando al vacío, pensando. Por fin, en el campo del asunto puse «Piratería», bajé el cursor al cuerpo del mensaje y empecé a escribir:

Señores:

Me he llevado una sorpresa muy desagradable al visitar su página Biblioteca Virtual. Allí me he encontrado con que mis tres novelas son de acceso libre para todo el mundo. Puesto que, como propietario de los derechos de autor, nunca he dado mi aprobación para semejante publicación, entiendo que esto supone un acto de piratería editorial, un delito según el Código Penal. Les conmino, pues, a que retiren inmediatamente mis obras de su página. También les informo de que mi abogado les enviará en breve la notificación de una demanda por daños y perjuicios. Y no solo por haber colgado sin autorización mis novelas en su página, sino también por los datos inexactos, o mejor dicho, ofensivos sobre mi biografía y bibliografía.

Al final escribí solo mi nombre sin añadir saludos ni nada. No era muy cortés, pero tampoco se me ocurrió nada que sonara adecuado. En una situación así difícilmente podía recurrirse a «atentamente» o «sinceramente suyo». No me había resultado fácil redactar el texto en el tono severo adecuado. Me falta experiencia en esta clase de asuntos, pero seguramente la carta parecería lo bastante dura y amenazadora. Aunque, a decir verdad, no contaba con que surtiera el efecto deseado. Lo máximo que cabía esperar era que quitaran la página con mis obras, pero no tenía

ninguna confianza en que llegaran a indemnizarme.

Incluso dudaba de que me fueran a responder. Pero me equivoqué. Acababa de apretar en el botón de envío de mensaje, cuando ya entraba la respuesta. La única explicación podía ser que los administradores de la Biblioteca Virtual estuvieran inundados de cartas de protesta similares, por lo que tuvieran preparada una respuesta tipo que se enviaba automáticamente en cuanto llegaba una reclamación. Probablemente no recibían otra clase de mensajes. ¿Qué dirían en su defensa?

Estimado señor:

Permítanos, ante todo, que le expresemos nuestra más honda gratitud por el honor que nos ha hecho al visitar la Biblioteca Virtual.

Nos apresuramos a disipar sus preocupaciones. En este caso no se trata de ningún acto de publicación no autorizada de sus obras. Aunque en la página dedicada a usted, realmente, se hallan textos de sus libros, el acceso a ese sitio no es de ninguna manera libre, como ha supuesto. Solo le está permitido a usted, y solo una vez. Teniendo en cuenta que ya ha utilizado ese derecho, puede estar tranquilo. Nadie podrá acceder a la página en la que están los textos de sus libros. Puede convencerse de ello intentando visitarla de nuevo.

En lo que se refiere a los datos que según su deducción son inexactos, le garantizamos que son fidedignos.

Le rogamos que acepte el testimonio de nuestra más distinguida consideración.

La Biblioteca Virtual

Así que esto es lo que se han inventado. Cuando un autor los descubre, ellos quitan de inmediato su página. No hay página, no hay pruebas de la piratería. Me esperaba algo más ingenioso. Esa página, naturalmente, seguía existiendo en la memoria caché de mi ordenador, como una prueba irrefutable. Bastaba con volver un paso atrás y grabarla. Nada más fácil. Además, parecían considerar que los escritores éramos totalmente profanos en materia de ordenadores, además de gente ingenua que, por lo tanto, se tragarían la historia de que solo ellos tenían acceso a su propia página. ¡Qué cosas! Como si algo así fuera posible. O eso otro de la fiabilidad de los datos inventados. Realmente, nos subestimaban.

Arrastré veloz el cursor sobre la opción «atrás» en el borde superior de la pantalla y apreté. Pero sucedió algo inesperado. En lugar de aparecer la página precedente, solo se cerró la ventana con la carta de la Biblioteca Virtual, y la opción «atrás» se volvió ahora gris, es decir, inactiva, como si en caché no hubiera quedado nada. Desconcertado, me quedé mirando la imagen negra que ocupaba la mayor parte de la pantalla, sin comprender lo que pasaba. La página tenía que estar ahí, apenas hacía unos minutos que había entrado en ella, y entretanto no había hecho nada que la borrara.

Bien, era evidente que algo fallaba. No era un analfabeto informático, pero

tampoco tenía la experiencia suficiente como para penetrar en cada irregularidad de funcionamiento de esos aparatos caprichosos. Bueno, tampoco era grave. Introduciría otra vez mi nombre en el rectángulo de búsqueda. Ya me habían anunciado que el acceso a mi página sería obstaculizado en el futuro, pero difícilmente podían hacerlo con tanta rapidez. Por desgracia, la búsqueda esta vez resultó infructuosa. El programa me informó a la velocidad del rayo de que ningún escritor con mi nombre se hallaba en la biblioteca que contenía todos los autores.

El desconcierto y la ira compitieron para dominarme. Resultaba ser un idiota que, debido a su propia irreflexión, había caído en una trampa barata. Incluso se me ocurrió que en cualquier momento podría irrumpir en el despacho un alegre grupo de alguna cadena de televisión, que me revelaría que todo aquello no era más que un programa, muy bien organizado, de cámara oculta. Pero nadie se presentó, y yo, al cabo de largos minutos, hice lo único que podía hacer. Pulsé de nuevo la dirección electrónica de la parte inferior y me puse a redactar un nuevo mensaje.

Señores:

No tengo ni idea de cómo han llevado a cabo todo esto, pero no importa. Su broma, por no utilizar otra palabra, es cualquier cosa menos oportuna. Personas como ustedes causan un daño tremendo a la noble idea que es Internet. Debería darles vergüenza. No olviden que sigo teniendo la dirección de su página. Me ocuparé de seguir su rastro a través de ella. Su biblioteca a lo mejor es virtual, pero ustedes, desde luego, no.

De nuevo firmé sin ninguna fórmula de cortesía, que en este caso era totalmente superflua. En realidad, debería haberme saltado el «señores». La gente que estaba detrás de aquello en absoluto merecía semejante tratamiento. Cuando envié el mensaje, estaba seguro de que no recibiría respuesta. ¿Qué se podía contestar a mis acusaciones? Pero volvió a llegar y, como la vez anterior, en el acto. Esta rapidez debería, como es lógico, haber despertado mis sospechas, porque ya no se trataba de una carta tipo, como la precedente. Pero la irritación que me embargaba me impidió fijarme en que era imposible responder con tanta velocidad. En cualquier caso, no era la primera vez en lo que a la Biblioteca Virtual se refería. Es extraño con qué facilidad aceptamos cosas para las que no hay explicación, sobre todo cuando se trata de ordenadores.

Estimado señor:

Sentimos que se haya llevado una impresión errónea. No es nuestra intención gastar ninguna broma. Nos esforzamos por realizar nuestro trabajo, de gran responsabilidad, con la mayor seriedad, como corresponde.

Reciba nuestros más cordiales saludos,

Mientras me disponía a escribir un nuevo mensaje a mis desconocidos interlocutores, una juiciosa voz en mi interior intentaba hacerme desistir. No tenía ningún sentido seguir participando en semejante bufonada. Ya había conseguido todo lo que probablemente se podía conseguir. La página con mis obras había sido eliminada, y continuar con la correspondencia no llevaba a ninguna parte. Pero el hombre, en la desgracia, no siempre acepta los consejos prudentes.

Supongo que esperan que admita como verídica la lista de libros que se citan como míos, aunque aún no estén escritos. Quizá estaría admirado de su capacidad para prever el futuro si no se hubieran mostrado tan indecisos en lo que se refiere al año de mi muerte. ¡Hasta nueve posibilidades! Les agradecería que me informaran cuando se decidan por una de ellas. Saberlo a tiempo me facilitaría de manera significativa el resto de mi vida, durara lo que durase.

Esta vez ni siquiera me preocupé de firmar. Este hecho, así como el tono evidentemente mordaz de mi carta, tendría que haberles dado una idea clara de lo que pensaba de ellos, si es que todavía no lo habían adivinado. Empezaba a ponerme nervioso su acentuada cortesía que de ningún modo se adecuaba a las circunstancias. La respuesta estaba otra vez allí, un instante después de haber enviado mi mensaje, pero eso ya no me asombraba. Los trucos de prestidigitación dejan de ser interesantes cuando se repiten con frecuencia, incluso aunque se ignore cómo se hacen.

Estimado señor:

Por desgracia no estamos en situación de informarle de cuándo va a morir. El futuro no puede predecirse tan fácilmente. Las nueve posibilidades son igualmente probables en estos momentos. El azar decidirá cuál de ellas se hace realidad. Su bibliografía contiene todas las obras de todos estos futuros. Sin embargo, en ninguna de las posibilidades de vida que le aguardan, por decirlo de una manera ilustrativa, escribirá y editará las dieciocho. Su obra posterior abarcará un máximo de once libros y un mínimo de seis. Únicamente en nuestra página ha podido verlos todos. Con ello, esperamos haber justificado nuestro eslogan.

Nuestros más cordiales saludos,

Nada más acabar de leer el mensaje, la ventana en la que figuraba se cerró de repente, aunque yo no había hecho nada para provocarlo. Permanecía sentado, inmóvil frente al monitor, cuando unos instantes después sucedió lo mismo con la ventana del buscador que utilizaba para trabajar en Internet. Solo quedaba abierta la ventana del correo electrónico, pero allí no estaba el mensaje original de la Biblioteca Virtual, aunque habría tenido que estar, puesto que no lo había borrado. Antes de desconectar, comprobé si entretanto habían llegado nuevos mensajes, pero no había nada.

Me quedé un buen rato pensativo, con los ojos desenfocados clavados en la pantalla vacía. No intenté entender. Los caminos de la informática para mí son a veces insondables. Me esforcé por recordar. Pero fue inútil, no conseguía precisar lo suficiente en mi memoria el texto escrito en blanco sobre fondo gris a la derecha de mi fotografía. Como si lo recubriera una membrana trémula que no se pudiera traspasar. Por fin, aunque el fracaso me afligía, renuncié a los esfuerzos vanos y apagué el ordenador.

Continué borrando los correos no deseados, pero ya no lo hacía en el acto. Antes los leía, incluso cuando después de las primeras palabras estaba claro que trataban de cosas que no merecían mi atención. Me sentía tonto mientras me informaba de ofertas absurdas, sobre todo porque no tenía la más mínima esperanza de volver a ver entre esos mensajes uno reducido a la mínima expresión, sobre fondo negro. Pero era algo con lo que tendría que vivir.

LA BIBLIOTECA DOMÉSTICA

Abrí el buzón.

Solo encontraba en él las facturas a primeros de mes, y pese a ello lo abría con regularidad al regresar del trabajo. Lo hacía asimismo los sábados y los domingos, a la misma hora que el resto de la semana, aunque el cartero no pasaba esos días. Por si acaso. Además, los martes siempre limpiaba con un pañuelo el polvo que se acumulaba dentro, aunque desde fuera no pudiera verse. También hay que tener en cuenta estos sitios. Quizá incluso más que los que están a la vista. La gente suele ignorarlos y, sin embargo, son el verdadero espejo del orden.

El buzón debería estar vacío porque estábamos a mediados de mes, pero cuando abrí la portezuela de madera vi dentro un libro grande de tapa dura de color amarillo oscuro. Llenaba casi todo el espacio disponible. Otra persona en mi lugar probablemente habría tenido muchas razones para asombrarse. Ante todo, ¿de quién era el envío? Nadie me había enviado antes un libro. Por lo demás, ¿por qué iban a hacerlo? Y ni siquiera estaba envuelto, ni tenía nada que indicara que yo era el destinatario. Entonces ¿por qué lo había puesto el cartero en mi buzón? Finalmente, ¿cómo había conseguido hacerlo? El libro era mucho más grueso que la estrecha abertura superior por la que echaba las facturas. Por allí el libro no había podido caber de ningún modo.

A mí, sin embargo, no me extrañó nada. No permití que ninguna de esas preguntas incómodas me inquietara. Hacía tiempo que había comprendido que el mundo está lleno de cosas extrañas que son imposibles de explicar. No merece la pena cavilar tanto sobre ellas. Los que a pesar de todo intentan entenderlas al final son muy desdichados. Y ¿por qué va a ser el hombre desdichado, si no tiene que serlo? Hay que aceptar las cosas insólitas simplemente como tales, sin explicaciones que valgan. Así es más fácil convivir con ellas.

Antes de tenerlo tan claro, diversos fenómenos inexplicables me amargaban la vida innecesariamente. Por ejemplo, el número de peldaños entre mi casa en el segundo piso y la planta baja. Tengo la costumbre de contar los peldaños, a media voz, en todas partes y en cualquier circunstancia, incluso cuando sé bien cuántos hay. Cuando subía hacia casa siempre había cuarenta y cuatro, mientras que cuando bajaba solo contaba cuarenta y uno. Durante un tiempo, después de mudarme aquí, me rompía la cabeza pensando en esta diferencia. ¡Las cosas que hice intentando encontrar una explicación!

Probé primero a despistar a los peldaños contándolos para mí. Mantenía la boca cerrada con firmeza, de modo que era imposible adivinar lo que estaba haciendo, pero no sirvió de nada. Hacia arriba invariablemente había tres más que hacia abajo. Después los conté yendo hacia atrás, lo que no solo era un tanto peligroso, aunque iba con mucho cuidado, sino que además, y quién sabe por qué, provocaba las miradas desconcertadas y suspicaces de los vecinos con los que me cruzaba de vez en cuando.

Naturalmente, siempre los saludaba con suma cortesía al pasar, quitándome el sombrero y haciendo una leve inclinación de cabeza, pero ellos se limitaban a farfullar algo, sin levantar la vista, y se apartaban a un lado, permitiendo que yo siguiera mi camino. La verdad es que la gente es capaz de comportarse de una forma muy rara.

Lo último que se me ocurrió fue contarlos a oscuras. Salía del piso después de medianoche, calzado con unos zapatos ligeros de suela de goma para que mis pasos no despertaran a nadie. Sin encender la luz de la escalera descendía a la planta baja y volvía a subir, y así hasta que amanecía. No era difícil hacerlo en las más densas sombras porque sabía exactamente cuántos peldaños había en cada dirección. Desde luego, lo habría pasado muy mal —las escaleras pueden ser muy traicioneras incluso bien iluminadas, así que no digamos en la oscura noche— si me hubiera atenido a eso que el sano juicio me dictaba: que el número de peldaños tenía que ser idéntico hacia arriba y hacia abajo.

Fue entonces cuando dejé de buscar una explicación a toda costa para todo. El sano juicio está muy bien, pero no siempre puede uno basarse en él. A veces es más conveniente y provechoso aceptar los prodigios. Así se puede incluso conservar la razón, lo cual no es poco. Además, no solo sobreviví a la escalera oscura, sino que pronto alcancé la paz mental. En cuanto dejé de obsesionarme con curiosidades superfluas, empecé a dormir mejor, recuperé el apetito, dejé de estar constantemente deprimido, malhumorado, anémico. Es un verdadero milagro cómo una simple decisión puede hacer renacer a un hombre en un santiamén.

Así que entonces, en lugar de perder el tiempo asombrándome, saqué el libro del buzón y lo examiné. El título estaba escrito con letras negras, gruesas y aristocráticas: *Literatura universal*. No ponía nada más en las tapas, ni siquiera el nombre del autor. A decir verdad, eso no era raro. ¿Quién podría haber escrito una obra semejante? Lo hojeé por un instante, constatando que tenía más páginas de lo que el tamaño anunciaba, porque las hojas eran finísimas, como si fueran de papel cebolla. También eso era acorde con el título, pues las letras mundiales no podían compilarse en un pequeño ejemplar. La edición en cualquier caso, ofrecía un aspecto lujoso. Hasta tenía una cinta de tela para señalar el lugar donde se interrumpía la lectura.

Me puse la *Literatura universal* debajo del brazo y me dirigí a casa. Había llegado al vigésimo peldaño cuando me detuve paralizado. Pero ¡si era martes! Había dejado pasar esta circunstancia por la inesperada aparición del libro. No me quedaba más remedio que volver en el acto y hacer lo que era indispensable. No se debe consentir que algo, sea lo que sea, le impida a uno cumplir con sus obligaciones, ni siquiera un suceso imprevisto. Al llegar a la planta baja, saqué del bolsillo interior de la americana un pañuelo de seda verde que usaba exclusivamente para limpiar el buzón.

Pero cuando lo abrí, me esperaba una nueva sorpresa. Dentro encontré un nuevo libro grueso amarillo oscuro con el mismo título. Alguien no habituado a las rarezas

seguramente se habría quedado estupefacto. Quizá habría retrocedido, mientras el corazón le latía apresuradamente y un escalofrío le recorría la columna vertebral. Cuando se serenara, comenzaría, febril, a buscar una explicación, pero a duras penas concebiría algo coherente. Me abstengo de suponer lo que podría hacer a continuación. Quizá incluso podría alzar la mano contra sí mismo.

Yo, ya se sabe, me quedé impertérrito. No había ninguna razón para alterarse. Simplemente saqué del buzón el segundo volumen de *Literatura universal*, me lo puse junto al anterior bajo el brazo, y limpié el buzón. Por suerte, para hacerlo me bastaba una mano. Como siempre, presté atención especial a las esquinas inferiores, de donde más difícil era quitar el polvo y donde este, como si lo hiciera aposta, más se acumulaba.

Cerré una vez más la portezuela y de nuevo me dirigí al segundo piso. Pero esta vez no llegué muy lejos. Acababa de posar el pie en el primer peldaño cuando una idea me detuvo y me impulsó a regresar al buzón. Mientras lo abría, sentí que me inundaba una oleada de excitación. A todos nos complacer ver que nuestras premoniciones se hacen realidad, en particular si son buenas. Si hubiera llegado alguien en ese momento, fácilmente habría podido advertir el rubor en mi cara cuando al abrir el buzón apareció el tercer volumen amarillo oscuro.

No soy capaz de explicar cómo pude presentirlo. Por intuición, quizá. Pero no solo. Algo así nunca se le habría ocurrido a alguien que tuviera aversión a los prodigios. He aquí una ventaja más de no ser esclavo de los prejuicios. Saqué el nuevo volumen de *Literatura universal*, pero no lo cogí como los otros. No habría podido sujetar tres tomos tan gruesos, por eso me los apoyé sobre el brazo izquierdo doblado. Luego repetí la acción de cerrar el buzón, pero no me alejé de él. Me quedé de pie allí delante unos instantes, los suficientes para no parecer demasiado impaciente, y volví a abrirlo por cuarta vez. Aunque me alegré al constatar que de nuevo estaba lleno, el entusiasmo inicial se me enfrió un poco. Sentirse muy satisfecho de uno mismo es de mal gusto. O al menos demostrarlo en público.

Después de sacar el decimotercer libro tuve que parar. Ante todo por el peso. Embargado por la emoción, había olvidado que los libros, en contra de la creencia general, no son ligeros, en particular cuando se acumulan tantos. Había que subirlos al segundo piso. Seguramente habría sido más fácil bajar que subir con ellos, entre otras cosas porque hacia abajo había tres peldaños menos. Por si fuera poco, la carga resultaba ser bastante voluminosa. Tuve que alargar los brazos casi hasta las rodillas para poder agarrar por debajo los tomos colocados unos sobre otros, mientras que por arriba, con la cabeza totalmente echada hacia atrás, sujetaba con la barbilla ese montón inestable. Por último, no habría sido muy oportuno que alguno de los vecinos me viera llevando demasiados libros idénticos. Podrían pensar cualquier cosa. La gente es proclive a sacar conclusiones precipitadas.

Jadeaba considerablemente cuando por fin me encontré en casa. Me costó horrores abrir las tres cerraduras, con la pila de tomos sujeta por un instante con una

sola mano. La peor fue la cerradura de abajo, casi tocando al umbral, porque tuve que agacharme. A duras penas conseguí mantener el equilibrio. Si se hubiera tratado de otro título, quizá habría dejado los libros en el suelo. Me encargó personalmente de la limpieza delante de la puerta de entrada, así que no se habrían ensuciado, pero actuar de ese modo con la *Literatura universal* me parecía indigno. Casi un sacrilegio.

Al entrar en casa me enfrenté al problema de dónde colocar los libros. Permanecí un rato indeciso junto a la puerta, sin saber dónde dejarlos. Al final, los deposité provisionalmente sobre la mesa. Tenía que pensar un poco, y no era necesario hacerlo con las manos llenas. Lo más adecuado sería tener una estantería. Ese es el lugar que les corresponde a los libros. Pero yo, por desgracia, no tenía ninguna. Y no la tenía porque simplemente no la necesitaba. ¿Para qué iba a querer una estantería si no tengo ningún libro?

Desde que me había mudado aquí, había decidido prescindir de una biblioteca doméstica. Carecía de condiciones para ello. Mi piso era pequeño, un estudio, en realidad. Una habitación no muy grande, un recibidor, una cocina mínima y un cuarto de baño. Vamos, lo justo para moverse sin rozar con los brazos las paredes. Y es bien sabido que los libros se tragan el espacio sin piedad. No hay defensa que valga contra ellos. Por mucho sitio que se les ofrezca nunca tienen bastante. Primero se apoderan de las paredes y luego continúan expandiéndose por donde pueden. Solo perdonan el techo. Sin cesar van llegando otros nuevos y uno no tiene corazón para desprenderse de uno solo de los viejos. Y así, lenta, imperceptiblemente, los tomos van empujando todo lo que se les pone por delante. Como glaciares.

Pero ahora no sabía dónde colocarlos. Los libros estaban ya en mi apartamento, no por mi voluntad, aunque eso daba igual, y había que meterlos en algún sitio. Estaba claro que no podía dejarlos en el buzón. Al fin y al cabo yo era un hombre maduro y responsable. ¿Qué parecería si fingiera, como un avestruz, que los libros no estaban allí? Con eso, si no otra cosa, despertaría las sospechas del cartero cuando intentara meter las facturas y no lo lograra porque el buzón estuviera lleno. Seguro que se preguntaría por qué no recogía el correo. Era muy posible que viniera a comprobarlo. ¿Y qué le iba a decir? No, no había forma de ignorar la presencia de los libros. No quedaba más remedio que subirlos todos a la casa. Eso era lo más urgente. Después ya vería lo que hacía con ellos.

Ahora la cuestión era cómo acarrear el resto, asumiendo que hubiera más. No podía hacerlo igual que la primera vez. Aquello había resultado incomodísimo. Tenía que encontrar algo adecuado con lo que poder transportarlos. Eché un vistazo por la habitación, y por fin recordé lo que mejor podía servirme a tales fines, aunque el objeto en cuestión no se hallaba a la vista. Del armario de dos puertas saqué una maleta grande con refuerzos de latón en los cantos. En ella sin duda podían caber muchos libros, algo muy conveniente. La desventaja era que, cuando estuviera llena, pesaría como un muerto, pero todo no podía salir a pedir de boca.

No fue fácil llevar de golpe cincuenta y seis ejemplares de la *Literatura universal*

hasta el segundo piso. Tuve que agarrar el asa de la maleta con las dos manos. En el peldaño vigésimo octavo pensé que quizá no era necesario cargar con tanto peso a la vez. Pero si hubiera llevado menos libros, entonces me quedarían muchas más subidas y bajadas, de modo que no habría solucionado mucho con ello. Otra cosa habría sido si hubiera habido ascensor, pero por desgracia no era así. Contar aquí con algún atajo era imposible.

Ya había empezado a sacar los libros y a colocarlos junto a los trece primeros cuando advertí que eso era un error. Una maleta más, y allí no cabría nada. Las finas patas de la pequeña mesa no soportarían tanto peso. ¿Y qué pasaría entonces? No, antes de continuar, tenía que trazarme un plan. Semejante tarea no podía realizarse a tontas y a locas. Ignoraba cuántos volúmenes aparecerían aún en el buzón. Podían ser pocos o muchos, y más bien se diría que esto último, no en vano se trataba de la literatura mundial, ingente aunque estuviera impresa en papel cebolla. Había que prepararse para lo peor.

El mobiliario de mi única habitación era escaso, lo que se revelaba como una circunstancia afortunada. Además del armario y de la mesa, había cuatro sillas, una cama, una cómoda y una mesilla de noche. Lo puse todo en un lado y así liberé dos terceras partes del espacio. A la derecha de la puerta que daba al recibidor ahora quedaba muy poco sitio y estaba todo amontonado, pero eso no me molestaba. Las situaciones extraordinarias exigen que el hombre tenga paciencia y se sacrifique. Por lo demás, nunca había insistido especialmente en la comodidad. A falta de algo mejor, allí se podía vivir.

Extendí unos periódicos por el suelo en la parte vacía del cuarto. Lo cierto es que estaba irrefutablemente limpio, pero eso me parecía más apropiado. Luego me dediqué a trasladar los libros. Era una tarea que había que emprender con cuidado. Empecé a colocarlos en el rincón más alejado de la puerta. Habría empezado por el mismo sitio si, por poner un ejemplo, estuviera barnizando el parqué. Hasta el techo cabían cuarenta libros exactos. Para apilar los últimos siete tuve que subirme a una silla. La columna amarilla probablemente se habría desmoronado si no se hubiera apoyado en dos paredes y por arriba no estuviera bien asegurada por el último libro que a duras penas había conseguido encajar. Me bajé de la silla, me aparté un poco y la contemplé satisfecho.

Puesto que con esto la estrategia quedaba establecida, solo faltaba poner manos a la obra. No había lugar para las vacilaciones. Quién sabe lo que podía durar aquello. Agarré la maleta vacía y me dirigí a la planta baja. Ya había cogido práctica, así que ahora trabajaba más de prisa. Sacaba un libro del buzón, cerraba la portezuela por un instante y la volvía a abrir. No era necesario que echara la llave. El nuevo ejemplar ya me esperaba dentro. También me torné muy habilidoso a la hora de colocar los libros en la maleta, de modo que lograba meter dentro cincuenta y ocho tomos.

En varias ocasiones pasaron por mi lado algunos vecinos, pero nadie se fijó en lo que hacía. Es más, se limitaron a volver la vista y a apresurar el paso. A veces es

realmente difícil entender a la gente. No digo que esa falta de interés me molestara — no me habría venido nada bien extenderme en las inevitables explicaciones, aunque a decir verdad no estaba obligado a rendir cuentas de mis actos a nadie—, pero no obstante, semejante indiferencia era inadmisible. ¿Qué habría ocurrido si en mi lugar se hallara alguien con dudosas intenciones o, peor aún, con dudosa inteligencia? Hoy día rondan por doquier toda clase de tipos trastornados.

Según pasaba el tiempo, empecé a acusar el inevitable cansancio. Después de la maleta vigésimo séptima no podía llegar al segundo piso sin detenerme brevemente. Lo más natural era hacerlo a mitad del trayecto, después del peldaño vigésimo segundo, sobre todo porque coincidía justo con el primer piso. Pero el contratiempo surgió después de cuarenta y nueve maletas, cuando decidí introducir una segunda pausa. Cuarenta y cuatro peldaños no pueden dividirse en tres partes iguales, por lo tanto, tenía que recurrir a una solución aproximada. La primera vez me detuve un momento después del peldaño quince, la segunda después del treinta, así que para el tercer tramo me quedaban solo catorce peldaños. Esa falta de armonía me estuvo torturando hasta la maleta sesenta y tres, cuando surgió la necesidad perentoria de introducir otro descanso. Por suerte cuarenta y cuatro se puede dividir entre cuatro, de modo que ahora podía descansar cada once escalones.

Cuando llegué arriba con la maleta cuarenta y nueve, las dos terceras partes del cuarto que había despejado estaban completamente llenas. Ante mí se alzaba una enorme pared amarilla. Solo cuando la literatura universal se contempla de esta forma se perciben con claridad sus verdaderas dimensiones. Hacía tiempo que se había hecho de noche, no obstante me sorprendí cuando al mirar el reloj constaté que ya eran las dos y diecisiete de la madrugada.

Podía trabajar en plena noche sin molestar a los vecinos porque no precisaba encender la luz y ponía mucha atención para hacer el menor ruido posible. Con este fin me quité los zapatos. La entrada del baño, donde guardaba un calzado más ligero, estaba obstruida por una multitud de cosas apiladas, así que me quedé en calcetines, pero como hacía calor no corría riesgo de resfriarme. Lo único que quizá debería haber hecho era cambiarme de ropa y ponerme algo más apropiado. Pero con las prisas no lo pensé. De tanto tirar, el traje que llevo al trabajo se me había arrugado por completo, la camisa estaba empapada de sudor y la corbata se había aflojado, de modo que el nudo me quedaba en el pecho. Al menos me había quitado el sombrero.

Sin embargo, el final de aquel tormento aún no estaba a la vista. Tantas veces como vaciaba el buzón, este estaba lleno cuando abría de nuevo la portezuela. No tenía más remedio que hacer sitio para los nuevos libros. Estuve un rato dudando acerca de qué mueble podía prescindir. A la postre me decidí por la cama, porque esa noche, casi seguro, no la iba a necesitar. Difícilmente se me presentaría una oportunidad de descansar ni siquiera unos minutos. Aunque de pequeñas proporciones, la cama no era ligera, pero mientras la transportaba escaleras abajo, me consolaba la idea de que en dirección contraria me habría resultado el doble de

pesada. La llevé al sótano. No era muy grande, pero al menos estaba vacío. No tenía nada que guardar en él. Puse la cama en vertical, presintiendo que más pronto o más tarde algo más iría a parar allí.

La premonición se cumplió antes de las cinco y después de la maleta ciento veinte. El lugar que hasta hacía poco ocupaba la cama estaba ya lleno hasta el techo de tomos amarillo oscuro. Por un instante pensé en lo siguiente que bajaría al sótano, y luego comprendí que, en realidad, daba igual. No tenía sentido engañarse. A cada pieza del mobiliario le llegaría su turno, eso estaba claro, así que lo mejor era bajarlo todo inmediatamente en lugar de hacerlo poco a poco. Además, esa hora era la más oportuna, mientras todos dormían. Podía hacerse discretamente y no bajo la mirada entrometida de los vecinos.

Con la mesa, las sillas, la cómoda y la mesilla de noche no tuve dificultades, pero el armario fue motivo de un espantoso quebradero de cabeza. No tanto porque pesara lo suyo, que así era, sino por su voluminoso tamaño. Me doblé y tambaleé cargando con él, intentando mantener el equilibrio. En dos ocasiones me faltó poco para caerme. Lo llevé sobre todo a la espalda, esforzándome por hacer el menor ruido posible, aunque fueron inevitables algunos chirridos y crujidos. Esperaba no haber despertado a los vecinos. En cualquier caso, nadie salió a comprobar lo que sucedía.

Cuando llegué al sótano estuve a punto de que todo el esfuerzo hubiera resultado vano, pero después de mucho cavilar y maniobrar, conseguí a duras penas meter el armario por la estrecha puerta. El sótano estaba abarrotado, pero lo peor era que no veía forma de sacar nada de allí sin demoler un tabique.

Según amanecía, el espacio liberado en la habitación se iba llenando. Antes de tapiar con libros la entrada del baño pasé dentro unos minutos. Tuve que hacerlo porque después ya no podría utilizarlo. Salí refrescado y aseado. No podían borrarse del todo las huellas de la noche de duro trabajo, pero al menos esperaba no presentar un aspecto escandaloso cuando empezara a encontrarme con los vecinos en la escalera. Para mejorar la impresión general volví a ponerme el sombrero y los zapatos.

Cuando tocó el turno de tapiar con libros la puerta de la cocina, pensé que quizá, si no la vajilla y los cubiertos, sí habría debido sacar el frigorífico y el hornillo. Pero desistí de este propósito. No sabía dónde colocar estas cosas que abultaban tanto. En el sótano ya no cabía ni un alfiler, y desde luego era imposible dejarlas fuera, en el descansillo, delante de la puerta. No, no, mejor que se quedaran dentro; allí, aunque inaccesibles, apenas molestarían.

A las ocho y veintiséis de la mañana, después de ciento cuarenta y tres maletas, la habitación estaba a rebosar. ¡Dentro había exactamente ocho mil trescientos cinco libros! La escena era de veras impresionante, de modo que, después de encajar el último volumen, permanecí unos instantes en un silencio solemne contemplándola extasiado. La cuestión era si alguien había tenido alguna vez la oportunidad de ver, de esa forma, concentrada en un espacio tan pequeño, toda la literatura universal. Era

como para quedarse sin aliento, simplemente. El esfuerzo había sido enorme; sin embargo, había merecido la pena.

Pero ahora no tenía mucho tiempo para quedarme a admirarlo. Tenía el tiempo justo para llegar puntual al trabajo. Ni una sola vez en toda mi vida laboral me había retrasado. Podría maravillarme hasta la saciedad cuando regresara por la tarde. Me sentaría en el recibidor, delante de la puerta abierta de la estancia, y no haría más que mirar el tesoro amarillo oscuro. ¿Qué más podía desear un hombre? ¿Quizá una silla? No, no me resultaba indispensable. Mis necesidades desde siempre han sido muy modestas. Si ya había prescindido de otros enseres, podría arreglármelas sin ella. Además tampoco iba a estar en el suelo desnudo, tenía una alfombra de pura lana.

Bajé la escalera y, antes de salir, abrí una vez más el buzón. Saqué el pañuelo verde y lo limpié, pero con las prisas no lo hice tan a fondo como era habitual; no obstante, y aunque era miércoles, había que pasarle el paño, los libros son limpios, sobre todo si son nuevos, pero después de tantos tomos como habían pasado por él, seguramente habría quedado algo de polvo.

LA BIBLIOTECA NOCTURNA

No tendría que haber ido primero al cine. Si hubiera sabido que la película duraba casi dos horas, habría ido antes a la biblioteca. Es verdad que me habría sentido como un tonto con unos cuantos libros en las rodillas durante la proyección, pero no creo que nadie me hubiera prestado mucha atención. A las siete y media empecé a removerme en el asiento. A cada rato giraba la mano izquierda hacia la pantalla para que la luz que llegaba de allí iluminara el reloj. Aunque había suspense en la película, me parecía que se prolongaba innecesariamente. Tuve incluso la tentación de marcharme antes del final, pero como estaba en el centro de la fila, habría resultado demasiado incómodo.

Cuando, a las ocho menos diez, la película por fin terminó, me apresuré a abandonar la sala cuanto antes. Recibí varias miradas de reproche y se oyeron unos gruñidos ahogados mientras, pidiendo perdón, me abría paso entre los espectadores que estaban más cerca de la salida. Si me daba un poco de prisa, quizá aún llegara. La biblioteca no estaba lejos del cine. Cerraba a las ocho, aunque no me apetecía presentarme en el último momento. Sin embargo, como visitante asiduo del lugar esperaba contar con la benevolencia del personal.

Naturalmente, todo habría sido diferente si no hubiera sido viernes. Pues si no conseguía llegar a tiempo de coger los libros, la próxima oportunidad de hacerlo sería ya el lunes, lo que significaba que no tendría nada que leer durante el fin de semana, y esa posibilidad no me gustaba en absoluto. Como vivo solo, no me queda más remedio que enfrentarme a un exceso de horas libres que tengo que llenar con algo. Hace ya tiempo que he comprobado que la mejor manera de acortarlas es la lectura, desde luego es mucho más provechoso y agradable que mirar atontado la televisión.

El peligro que se cernía sobre mí —pasar los dos días siguientes delante de la tele, frustrado y reprochándomelo— me impulsó a correr. Esto, sin embargo, no resultó fácil, porque mientras estaba en el cine, había empezado a nevar. Los copos arrastrados por el viento caían de través, y me daban en la cara según trotaba. Eran gruesos y compactos, así que al final abrí el paraguas, y lo sostuve inclinado delante de mí. Esto me obligó a aminorar la marcha, porque no veía bien por dónde andaba. Por suerte, conocía el camino, y con ese mal tiempo en la calle no había muchos transeúntes con los que chocar.

Llegué a la biblioteca a las ocho y tres minutos. Lo vi a través de la puerta de cristal en el gran reloj que colgaba del techo junto a la entrada. La luz aún estaba encendida, pero si estaba echada la llave ni siquiera mi amistad con los bibliotecarios serviría de nada. Aterido, agarré el frío picaporte y lo bajé. No pude reprimir un suspiro de alivio cuando la puerta se abrió. Entré rápidamente y antes de cerrar sacudí en la calle la capa blanca que había cubierto toda la superficie del paraguas.

Me quedé un momento en el vestíbulo, limpiándome la nieve del pelo y restregando los zapatos mojados en el felpudo para quitarme los terrones de barro que

se me habían incrustado en las suelas. También saqué un pañuelo y sequé las gafas, por las que resbalaban hilos de agua debido a los cuales lo que veía a través de ellas estaba deformado. Después puse el paraguas en el paragüero de latón del lado de la puerta, y me apresuré por la amplia escalinata hasta la sala principal de la biblioteca, en el primer piso.

En el edificio hacía bastante calor, así que mientras subía se me empañaron los cristales de las gafas. Cuando entré en la gran sala iluminada con una luz de neón tuve que volver a quitármelas y limpiarlas otra vez. No había razón alguna para quedarme parado al hacerlo; aunque era un miope declarado, podía moverme sin dificultad porque delante se extendía una ancha alfombra rojo oscuro sin obstáculos. Las mesas y las sillas quedaban a la izquierda, junto a los ventanales. Con las gafas y el pañuelo en la mano, me encaminé a grandes zancadas hacia el mostrador de préstamo, en el extremo opuesto de la sala. A la derecha había una estantería llena de catálogos y diversos manuales que, a causa de la mirada enturbiada, me parecía una sombría masa saliente.

Me puse las gafas justo al llegar al mostrador. Ya había compuesto en mi fuero interno una excusa de arrepentimiento por el retraso que, unida a la sonrisa adecuada, debería ablandar al bibliotecario. Aunque no se sea de naturaleza afable, la gente en estos casos suele mostrarse cortés, incluso cuando creen que el ruego es desmesurado. Probablemente para luego poder jactarse de su bondad. Pero resultó que no encontré a quien contarle lo que había preparado, porque no había nadie sentado detrás del mostrador. Si hubiera llevado las gafas puestas, me habría dado cuenta antes.

Desconcertado, me di la vuelta. Se me ocurrió que quizá, ocupado en limpiar las gafas, había pasado al lado del bibliotecario, que ordenaba los catálogos y manuales utilizados, sin verlo. Pero detrás de mí tampoco había nadie. La sala alargada estaba desierta. Era poco probable que hubiéramos podido cruzarnos. Él a mí se me podría haber escapado, pero yo a él no, y no me habría dejado pasar sin decirme algo. Ante la duda, me volví otra vez hacia el mostrador. Entonces caí en la cuenta de lo que, según todos los indicios, podía estar sucediendo. Como ya no esperaban a nadie, los empleados se habrían retirado a alguna de las habitaciones adyacentes y se estarían preparando para salir.

Carraspeé para atraer la atención sobre mí, pero nadie se presentó en la puerta lateral entornada, la única desde donde se podía acceder a la sección del mostrador de préstamo. En la sala posterior, la luz estaba encendida, pero allí no se oía nada. «Buenas noches», dije, y esperé un poco, para luego repetirlo en voz más alta. Siguió sin haber respuesta. La biblioteca estaba en completo silencio.

Permanecía de pie, indeciso, sin saber qué hacer, cuando de repente se apagaron todas las luces. En un instante me hallé en una oscuridad casi total. Las ventanas, que hasta entonces no habían sido más que un rectángulo negro, ahora suponían la única fuente de iluminación, por llamarlo de algún modo, a mi alrededor. Por ellas entraba

desde el exterior el turbio brillo naranjado de las farolas de la calle, debilitado por la cortina de nieve. Mientras mis ojos se acostumbraban a las sombras, me esforzaba, no sin cierta incomodidad, por adivinar cuál podía sería la causa de aquello.

Y entonces, desde abajo, llegó un sonido estridente, metálico, parecido al de una llave en una cerradura. En ese instante comprendí lo que estaba pasando. El personal no tenía que cruzar por la sala principal para descender a la planta baja. Mientras yo esperaba en vano delante del mostrador, ellos habían alcanzado la escalinata por otro camino, o quizá habían bajado en ascensor y habían desconectado las luces de todo el edificio en el cuadro central antes de salir. Era una medida de precaución razonable en una institución como la biblioteca.

—¡Esperen! —grité, y corrí a través de la sala. La alfombra, en la oscuridad, se dibujaba con bastante nitidez delante de mí, como una auténtica franja negra, así que incluso sin luz podía moverme de prisa, pero al llegar a la escalera tuve que frenar un poco. El vestíbulo estaba más oscuro, porque allí no había ventanas. La única zona levemente iluminada se hallaba delante de la puerta de cristal de la entrada. Tanteé la barandilla derecha, me aferré a ella y bajé con el mayor cuidado posible, aunque, ya antes de pasar el primer peldaño, tenía claro que no llegaba a tiempo. En la puerta ya no había nadie.

La presión sobre el picaporte esta vez no trajo alivio, sino ira. Estaba enfadado, en primer lugar con los bibliotecarios. ¿Cómo podían cerrar y marcharse sin comprobar antes si había alguien dentro? Ciertamente, había entrado después de lo que establecía el horario, pero eso daba igual. ¿Qué sucedería si en mi lugar hubiera entrado un ladrón? Era evidente que su sistema de seguridad no era perfecto. Aunque, a decir verdad, la culpa era mía. Nunca había tenido una gran opinión de las personas que lo dejan todo para el último momento, y ahora, irreflexivamente, yo me había comportado así. Y todo por culpa de una película que podía haber visto cualquier otro día. Además, si no la hubiera visto, tampoco me habría perdido gran cosa.

Pero, bueno, ya no ganaba nada arrepintiéndome. Sería más inteligente encontrar una forma de salir de ahí. Al pensar que podía quedarme encerrado en la biblioteca hasta que el lunes vinieran a abrirla, se me pusieron los pelos de punta. Era algo que no me hacía ninguna gracia. Aunque desde luego no me aburriría con tantos libros. Era muy posible que, al desconectar la luz, también hubieran desconectado la calefacción. Aún hacía calor, pero dentro de unas horas empezaría a hacer frío, de modo que después de dos días y medio podían encontrarme congelado, a pesar del grueso abrigo que llevaba puesto. Había, además, otros contratiempos. De sed no me moriría, los servicios seguramente funcionaban, pero ¿cómo iba a aguantar sesenta horas sin comer? ¿Y dónde dormiría? No podía estar todo el tiempo sentado leyendo. Sacudía la cabeza y seguía agarrando el picaporte, como si esperara que de un momento a otro fuera a ceder. Tenía que encontrar una solución.

Me pregunté qué haría si de veras fuera un ladrón. Con toda seguridad él no aguardaría hasta el lunes para que lo dejaran salir. ¿Cómo actuaría alguien así si

estuviera en mi lugar? Reflexioné un poco sobre ello, pero todo lo que se me ocurría era violento e inadmisibles, o demasiado peligroso, o difícil de llevar a cabo, o suponía el uso de herramientas de las que, naturalmente, carecía. Después de todo, parecía que no podía vanagloriarme de tener el ingenio de un ladrón.

Entonces se me ocurrió algo que a un ladrón no se le podría ni pasar por la imaginación. Existía una forma sencilla de solucionar semejante contratiempo, que me estaba permitida precisamente porque había entrado en la biblioteca con intenciones nobles y no deshonestas. Solo tenía que regresar al mostrador de préstamo y utilizar el teléfono que allí había. Los teléfonos funcionan incluso cuando no hay luz. Llamaría a la policía y les explicaría lo que me había pasado. Quizá les sonara extraño, pero si no me creían de entrada, continuaría llamando hasta que vinieran a comprobarlo. Luego todo sería más fácil. Probablemente me llevarían a la comisaría para tomarme declaración. Nunca había tenido que ver con la policía, pero eso era más aceptable que aburrirme allí dos días y medio.

Poniendo un pie delante de otro en la negra oscuridad que me rodeó en cuanto volví la espalda a la entrada, me acerqué a la escalinata y de nuevo me agarré a la barandilla. Aunque no veía nada, subir no fue difícil, sobre todo porque ya no tenía prisa, y al llegar a la sala la situación mejoraría. Y así fue, pero no solo por la exigua luz que procedía de las ventanas; había una lámpara de mesa encendida en el mostrador que pese a ser débil y estar sofocada por una pantalla verde de plástico, para mí era como un reflector.

Me detuve a la entrada de la sala principal sin pestañear, tirando hacia delante. ¿Cómo era posible que aquella lámpara estuviera encendida si la luz había sido desconectada en todo el edificio? Quizá había hecho una conjetura errónea. Era posible que los bibliotecarios, al marcharse, hubieran desconectado solo la luz del techo. No había otra explicación. De acuerdo, pero incluso si fuera así, alguien había tenido que encender la lámpara. Cuando había salido de allí hacía un rato no estaba encendida, y en la biblioteca nadie más que yo podría haberlo hecho. ¿O era una suposición equivocada?

Como respuesta a esa pregunta, la puerta que daba a la habitación lateral se abrió de par en par y alguien entró en la sección de detrás del mostrador. Estaba bastante lejos, pero logré distinguir a un hombre alto, enjuto, de mediana edad, con un traje oscuro. Se dirigió hacia la silla del bibliotecario y se sentó, concentrándose en algo delante de él. No levantó la cabeza hacia mí. Incluso aunque hubiera mirado hacia aquel lado, a duras penas habría podido verme, fundido, como estaba yo, en la oscuridad reinante.

Permanecí oculto, intentando determinar de quién se trataba. No tardé mucho en darme cuenta. El vigilante nocturno, claro. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Su presencia estaba absolutamente justificada en aquel lugar. Suspiré aliviado. Mi angustia tocaba a su fin. Ya no era necesario llamar a la policía. Le contaría al hombre lo que había sucedido. No tenía ninguna razón para no creerme. Además, era

fácil verificar en el registro de la biblioteca que yo era un socio serio y antiguo.

No obstante, debía adaptar mi entrada en escena a las circunstancias. El vigilante nocturno seguramente no esperaba que alguien surgiera de la oscuridad. No debía sorprenderlo o asustarlo demasiado. Quién sabe cómo reaccionaría. Sin duda alguna, esa gente va armada. Podía apuntarme con su pistola, y solo me faltaba eso. Carraspeé suavemente en su dirección. Después de unos pasos dije con tono reposado y bienintencionado:

—Buenas noches.

Estaba convencido de que se levantaría de inmediato, incluso de que saltaría de la silla. En ese caso me habría detenido y habría dejado que se me aproximara para darle tiempo a que se serenara. Seguir avanzando o hacer cualquier movimiento brusco sería desaconsejable, porque podría interpretarse como una amenaza. Pero en contra de mis expectativas, el vigilante continuó sentado, impasible. Se limitó a levantar la vista hacia mí y, sin sorpresa alguna, como si mi aparición fuera algo de lo más natural, contestó:

—Buenas noches. ¿Qué desea?

Seguí hasta el mostrador. De paso observé que el hombre tenía un poblado y cuidado bigote negro, mientras que el cabello ya le había encanecido. El traje que vestía parecía de muy buena calidad. El pañuelo que asomaba del bolsillo superior de la chaqueta era del mismo color que la corbata. La verdad es que yo no soy ningún experto en cómo visten los vigilantes nocturnos de las bibliotecas, pero esa indumentaria desde luego no me la imaginaba. Daba la impresión de que tenía delante al director de la institución vestido de gala.

—Mire usted —empecé yo—, he llegado un poco tarde...

—No se ha retrasado en absoluto —me interrumpió él detrás del mostrador—. Trabajamos de noche. Es una biblioteca nocturna.

Lo miré confuso.

—¿Biblioteca nocturna? No tenía ni idea de que existieran.

—Pues existen, sí. Y hace mucho tiempo, pese a que muy poca gente lo sabe. ¿Deseaba algún libro?

—Sí, si es posible. Cuando más me gusta leer es durante el fin de semana. Ya temía quedarme esta vez con las manos vacías. ¡Qué bien que se puedan coger libros también por la noche!

—Se puede, por supuesto. Pero nuestro surtido es distinto al del día. Nosotros solo tenemos libros de la vida.

Pensé que no lo había entendido bien.

—¿Perdón?

—Libros de la vida. ¿No los conoce?

—Me temo que no —dije negando con la cabeza.

—Qué pena. Pues se los recomiendo encarecidamente. Es una lectura de interés extraordinario. En contra del prejuicio general, las vidas reales suelen ser mucho más

emocionantes que las inventadas.

—¿Qué vidas reales?

—Todas.

—¿Qué quiere decir con todas?

—Pues literalmente eso: las vidas de todas las personas que han existido alguna vez.

Observé por unos instantes en silencio al hombre del otro lado del mostrador.

—Pero eso tiene que ser mucho.

—Lo es. Ciento noventa mil billones cuatrocientos ochenta y tres millones doscientas cincuenta y seis mil setecientas diez. Hasta el momento justo en que usted ha entrado en la biblioteca.

No contesté en seguida. Esperaba que mi interlocutor interpretara mi silencio como la expresión del asombro producido por el dato que acababa de comunicarme. Empecé a pensar febrilmente. ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Quién era aquel hombre? No era el vigilante nocturno, eso seguro. Dudaba también de que fuera el bibliotecario de noche que decía ser. Pero fuera quien fuese, yo debía ser cauteloso. Estaba encerrado con él en una biblioteca desierta y oscura. Había que evitar los enfrentamientos. No cuestionar nada, no llevarle la contraria ni dejarme enredar en discusiones superfluas. Acechar la primera oportunidad para largarme de allí con las menores dificultades posibles. De repente ya no estaba tan interesado por los libros.

—Pero ¡qué me dice! —exclamé por fin, esforzándome por mostrar la estupefacción pertinente.

—Así es, pero no permita que ese número excesivo le haga crearse una imagen errónea. Aunque hay tantas vidas, cada una es única e irrepetible. Valiosa. Por eso merece la pena anotarla. De ahí los libros de la vida.

—Eso significa que hay más de cien mil billones de libros. ¡Es decir, una biblioteca gigantesca! —Calculé que un poco de adulación no venía mal.

—En efecto. —En la cara del desconocido apareció una sonrisa de orgullo—. Y aumenta sin cesar. Ante todo, cada jornada se ponen al día libros de gente que todavía vive. ¡Hay más de seis billones! Y constantemente se añaden nuevos. La humanidad se multiplica con desenfreno.

Asentí con la cabeza, admirado.

—Si lo he entendido bien, los libros de la vida representan una suerte de diario.

—Podría decirse así. Pero se trata de un diario muy objetivo. En eso estriba su principal atractivo. No se deja nada, no se oculta nada, nada se muestra como no es. Es absolutamente cierto. Como corresponde. Como un documental. Usted mismo se convencerá de ello cuando lea un libro de la vida. ¿Cuál le gustaría leer?

—No sabría. —Me quedé pensativo—. No es fácil decidirse cuando uno dispone de semejante oferta. ¿Qué me sugiere?

—Todos escogen casi siempre el libro sobre sí mismos. Es un poco insólito, porque en cierto sentido ese libro ya lo han leído, pero para muchos, sin embargo, no

deja de ser una completa sorpresa y un descubrimiento. La gente es muy propensa a olvidar o a reprimir.

—¿Quiere decir que existe un libro sobre mí? —Mi asombro no era del todo fingido.

—Naturalmente. ¿Por qué habría de ser usted una excepción?

Titubeé unos instantes.

—De acuerdo. Cogeré el libro sobre mí.

—Muy bien —contestó el hombre del traje oscuro—. Espere, por favor. Se lo traigo en seguida.

Se levantó y se fue a la sala contigua, entornando la puerta tras de sí. Me quedé de pie en el halo, no muy grande, de luz en torno al mostrador. Como llevaba el abrigo puesto, empecé a sentir calor. Seguía sin tener idea de qué iba todo aquello, pero era la oportunidad de poner fin al asunto. Cogería el libro, daría las gracias y me iría. La cosa sería mucho más sencilla cuando saliera de una vez por todas de la biblioteca.

Lo que el hombre trajo al cabo de unos minutos no era en realidad un libro. Más bien parecía una carpeta grande. Entre las tapas de cartón marrón había un grueso montón de hojas que mantenía juntas un mecanismo de metal a lo largo del lomo. Al advertir mi mirada desconcertada, él se apresuró a explicármelo.

—Es la única forma de añadir hojas nuevas durante la puesta al día. Solo cuando ya no hay nada que añadir se encuaderna el libro. —Se detuvo un instante, sonriéndome de nuevo—. En su caso, por suerte, aún no ha llegado ese momento.

Le devolví la sonrisa y cogí la carpeta. Pesaba bastante. En las tapas, con grandes letras azules, ponía mi nombre y fecha de nacimiento. El espacio para la otra fecha estaba sin rellenar. Me puse la carpeta bajo el brazo, metí la mano en el bolsillo interior de la americana y saqué el carné de socio.

—No sé si sirve para la biblioteca nocturna —dije mientras se lo tendía—, ¿o tengo que hacerme socio de ella aparte?

—No es necesario. Aquí no nos andamos con formalidades. Es socio desde el mismo momento en que en nuestros fondos existe un libro sobre usted. Además, nosotros no prestamos libros, así que no es preciso ningún registro.

—¿No los prestan? —pregunté perplejo—. ¿Significa que no me lo puedo llevar?

—Por desgracia, es imposible. Se trata del único ejemplar. Podría sucederle algo fuera de la biblioteca, lo que sería una pérdida irreparable. Se desvanecería todo rastro de usted, todo lo que se ha conservado hasta ahora. Resultaría que no ha existido. No podemos correr semejante riesgo. Pero puede leerlo aquí cómodamente. —Señaló a su derecha—. Acomódese a una de las mesas y encienda la lámpara. Tiene todo el tiempo del mundo.

No debí aceptar. Tenía que haber dado las gracias por el ofrecimiento, pretextar que ya era tarde y estaba cansado, prometer que volvería en otra ocasión, y marcharme cuanto antes. Pero no hice nada de eso. La curiosidad vanidosa prevaleció. No todos los días se tiene en las manos una obra en la que uno es el

protagonista principal. Por lo demás, no me demoraría mucho. Lo hojearía un poco. Me senté a la mesa más cercana, apreté el interruptor de la luz y me coloqué la carpeta delante. El desconocido del mostrador inclinó la cabeza y se concentró en alguna tarea.

Si no hubiera tenido prisa, habría empezado por el principio, aunque nada de esa parte podría convencerme de la autenticidad de lo escrito. ¿Quién se acuerda de su más tierna infancia? Coloqué la carpeta del revés y comencé por el final. A ver si mi diario estaba puesto al día. Todo eso, por supuesto, me parecía divertido, pero en lo más hondo de mi ser sentía una trémula ansiedad. Igual que cuando alguien que no cree en los vaticinios se encuentra delante de una adivina que, segura de sí misma, se dispone a leerle el futuro.

La última página estaba totalmente escrita con una caligrafía menuda. Más o menos a mitad de la hoja había un punto y aparte y ahí, como epígrafe, ponía la fecha de aquel día. Empecé a leer desde ese punto. Hacia el final metí la mano en el bolsillo del abrigo y saqué la entrada del cine. Comparé el número de fila y asiento con el que ponía en el libro de la vida. Se me hizo un nudo en la garganta. La última frase me hizo evocar vivamente la escena del reloj, en la puerta de entrada de la biblioteca, cuyas manecillas marcaban las ocho y tres minutos.

Eché un vistazo al hombre que, sin cambiar de postura, seguía sentado en el puesto de bibliotecario, y luego, incómodo, paseé la vista por la oscuridad que me rodeaba. De repente tuve la impresión de que las sombras estaban llenas de ojos invisibles cuyas miradas atentas me traspasaban desde todas partes. Con esa presión no era fácil concentrarse de nuevo en la lectura, pero tenía que continuar, a pesar del claro presentimiento de que lo que vendría después no me gustaría nada.

Empecé a pasar las hojas con impaciencia, alejándome del final de la carpeta hacia el pasado. Buscaba fechas especiales en mi vida pretérita. Días en los que había sucedido algo que nadie salvo yo podía saber. Ni nadie necesitaba saber. Ni nadie debía saber. Y, sin embargo, lo sabía. Todo estaba allí escrito, con un árido estilo burocrático, como en un auto de acusación. Cada secreto que había ocultado no solo a los demás, sino incluso a mí mismo en numerosas ocasiones. Me sentía desesperadamente desnudo, como un malhechor cuyos desmanes en un abrir y cerrar de ojos hubieran salido a la luz.

Cerré la carpeta. Gotas de sudor recorrían mi frente, pero no se debía solo al abrigo. No me levanté de inmediato. Seguí sentado un rato, inmóvil, con la mirada vacía. Luego apagué la lámpara y, despacio, me acerqué al mostrador de préstamo. Deposité en él el presunto libro de mi vida. El desconocido me sonrió otra vez, pero mi rostro permaneció serio y sombrío.

—Esto no es ninguna biblioteca nocturna, ¿verdad? —dije con voz ahogada—. Y tampoco es el libro de mi vida. Es mi expediente. Y usted es una especie de policía secreta, un servicio de espionaje a los ciudadanos o como se llamen. No entiendo mucho de eso. Los felicito. Han hecho un trabajo excelente. Jamás habría imaginado

que semejante control fuera posible. De veras, increíble. Y aterrador. Bueno, ¿y ahora qué? Lo saben literalmente todo sobre mí. No hay nada de lo que puedan acusarme, pero han reunido más de lo necesario para tenerme en un puño. Para hacerme chantaje. Es lo que planean, ¿verdad? Lo único que no tengo claro es para qué precisaban inventarse la historia de los miles de millones de biografías desde el principio de los tiempos, puesto que podrían haberlo hecho igual sin ella. Sobre todo porque no es nada convincente.

—No me he inventado nada, pero no le reprocho que piense así. Casi todos los que leen su propio libro llegan primero a la misma conclusión que usted. Es absolutamente comprensible.

—Sin embargo, la historia tiene puntos débiles. Se les han escapado algunos detalles. Por ejemplo, ¿cómo sabía la carpeta que debía traer? Yo no me he presentado.

—Lo sabíamos. Todos vienen una vez a la biblioteca nocturna. Ahora era su turno. Lo esperábamos.

—¿En serio? ¿Y quizá estén esperando a alguien después de mí? Si es así, tengo que darle una mala noticia. La puerta está cerrada. Nadie puede entrar. Y no es muy correcto que una biblioteca nocturna esté cerrada de noche, creo yo. —Tenía la esperanza de que mi tono fuera lo suficientemente mordaz.

—Se equivoca —respondió el hombre con voz suave—. Está abierta. Puede convencerse de ello solo con bajar.

Nos miramos unos cuantos segundos sin palabras. La sonrisa no desaparecía de la cara del desconocido.

—¿Quiere decir —pregunté por fin— que me está permitido marcharme?

—Naturalmente. ¿Cómo le iba a estar prohibido? En las bibliotecas se entra y se sale por voluntad propia. Siempre ha sido así. Las nocturnas no son ninguna excepción. Salvo en el caso de que desee leer algo más, nada le impide marcharse.

No lo pensé dos veces.

—Creo que no voy a leer nada más. Gracias.

—No hay de qué. Su visita ha sido un placer. Buenas noches, caballero. —Cogió la carpeta, se levantó, me hizo una pequeña inclinación de cabeza y se dirigió a la sala contigua.

—Buenas noches —respondí cuando ya había desaparecido detrás de la puerta.

Me quedé aún un momento delante del mostrador. El silencio se volvía más denso a mi alrededor. Sentía que, desde la oscuridad, miradas fantasmales se clavaban en mi espalda como dardos afilados. El hombre no regresó. Giré sobre mis talones y caminé por la senda larga y oscura más de prisa de lo que habría querido. Me detuve en el extremo de la sala y me volví a mirar. La lámpara ya no estaba encendida.

Bajé aferrándome a la barandilla. Cogí el picaporte, pero no lo presioné en seguida. Era la tercera vez que esa acción tan sencilla me producía pavor. Pero me había resultado más fácil las dos anteriores. En ninguna de ellas me habría supuesto

un contratiempo que la puerta no se abriera. Un pequeño fastidio, sin más. Me habría quedado sin libros durante el fin de semana, o habría tenido que llamar a la policía para que viniera en mi ayuda.

Ahora, sin embargo, no podía ni pensar en lo que me esperaba si constataba que la llave estaba echada. Me encontraría en una trampa de la que no habría salida. Pero no podía vacilar indefinidamente. El picaporte recorrió su corta trayectoria curva. Cuando tiré de la puerta, esta se deslizó con facilidad hacia mí, y en el mismo instante me envolvió un torbellino de copos gruesos. Salí corriendo al exterior y respiré profundamente el frío aire invernal. Oí cómo la puerta se cerraba de manera automática detrás de mí.

Me quedé un rato delante de la biblioteca, con las manos en los bolsillos y el cuello subido. No tenía ninguna razón para entretenerme allí, pero había algo que me impedía irme. Antes de emprender la marcha, me volví hacia la entrada. No se veía nada a través del cristal. No lejos de la puerta se elevaba un muro opaco de oscuridad. Justo en el borde descansaba el gran reloj. En las sombras no se distinguía la barra de la que estaba suspendido, así que parecía flotar. Mi vista resbaló fugazmente por la blanca superficie con números y manecillas, por eso no advertí a la primera que había algo que no estaba bien.

Solo lo entendí cuando me alejé unos pasos. Me detuve como clavado y regresé apresurado a la puerta. Pegué la cara al cristal e hice visera con las manos. Un montón de hormigas se arrastró por mi columna vertebral. Luego me aparté, me quité las gafas y me llevé la muñeca izquierda a los ojos. La esperanza de que allí iba a ver otra cosa era frágil e inconsistente, pero ¿qué más me quedaba? Se esfumó en un santiamén, como suele suceder con las esperanzas vanas. Ambos relojes, el de dentro y el mío, marcaban la misma hora: las ocho y tres minutos.

Sacudí la cabeza, incrédulo. Aquello era absolutamente imposible. Había estado en la biblioteca al menos una hora. Quizá una hora y media. Eso era seguro. Aún persistía cada instante vivo en mi interior. No podía tratarse de una mera alucinación o imaginaciones mías. Pero, por otro lado, tampoco el tiempo podía detenerse. Por muy poderosa que fuera la policía secreta, no era capaz de pararlo. ¿Qué estaba sucediendo entonces? Tenía que haber alguna explicación.

No tenía elección. Solo había una forma de averiguar la respuesta: entrando de nuevo en la biblioteca. No me apetecía nada, pero menos aún me apetecía quedarme para siempre con la duda de ese enigma imposible. Me recorrió un escalofrío cuando volví a tocar el picaporte. Empujé la puerta, pero no se movió. Negándome a aceptar la evidencia, lo intenté otra vez con más fuerza, pero la cerradura no cedió. La biblioteca estaba cerrada, como corresponde a una institución semejante. Las bibliotecas no están abiertas por la noche. No hay bibliotecas nocturnas ni nada por el estilo. Había llegado el final de la jornada laboral y los empleados se habían ido. Yo había llegado tarde.

Tuve que reconciliarme con la idea. Sobre todo porque no tenía otra opción. Por

supuesto, no era cuestión de irrumpir dentro. Y aunque hubiera querido ¿cómo hacerlo? No era un ladrón, no tenía talento para eso. Sofoqué las voces que en mi interior se oponían a esta retirada. ¿Qué más podía hacer? ¿Cuál era el fin de seguir allí a oscuras y helado? Acabaría cogiendo un resfriado innecesario o resultándole sospechoso a algún guardia urbano. Volví a meter las manos en los bolsillos, encorvé los hombros y me fui calle abajo a través de la densa nevada.

Tampoco esta vez llegué muy lejos. Me detuve de pronto al lado de una farola cercana, aunque no entendí de inmediato la razón. Una sensación indefinida en mi fuero interno me decía que algo se me escapaba. Faltaba un detalle. Me esforcé al máximo para adivinar lo que era, pero no lograba concretarlo, como una palabra que tienes en la punta de la lengua y, sin embargo, no consigues recordar. Levanté la cabeza involuntariamente. El amplio haz anaranjado de luz estaba salpicado de innumerables copos que descendían flotando, arrastrados por el viento. En el instante en que empezaron a caerme por la cara, me acordé.

Me volví bruscamente y retrocedí corriendo hacia la entrada de la biblioteca, casi patinando sobre la nieve medio fundida. Ya no tuve que protegerme los ojos de la luz de la calle. En realidad, no era necesario ni que mirara dentro porque, antes incluso de hacerlo, sabía con toda seguridad lo que iba a ver a pesar de la oscuridad que allí reinaba. Del paragüero redondo de latón sobresalía el mango de mi paraguas.

LA BIBLIOTECA DEL INFIERNO

El centinela que me llevaba se detuvo delante de una puerta en el pasillo y llamó con los nudillos. Esperó unos instantes y, entonces, como si hubiera recibido la orden de entrar, aunque yo no había oído nada, abrió, me dejó pasar primero empujándome por la espalda sin decir palabra y luego lo hizo él. De inmediato me cogió por los hombros, para retenerme, y cerró la puerta. El apretón fue innecesariamente firme, en particular porque yo ya me había parado, sin saber qué otra cosa debía hacer. Pero él, con toda seguridad, no era capaz de actuar de manera menos brusca. Nos quedamos junto a la puerta, a la espera evidente de una nueva orden.

Igual que todo lo que había visto hasta el momento en ese lugar, la habitación en la que nos hallábamos era muy alta. Allí, sin embargo, lo parecía aún más porque la distancia hasta el techo era mucho mayor que las otras dos dimensiones del cuarto. Durante unos instantes experimenté la impresión vertiginosa de que habría sido más natural que el suelo tuviera la superficie de una de las paredes, y a la inversa. Pero, por supuesto, ya no era preciso contar con las cosas naturales. Su tiempo se había extinguido irrevocablemente. Quién sabe qué rarezas me esperaban a partir de entonces. Debía estar preparado para cosas mucho peores.

El recinto estaba débilmente iluminado y el mobiliario era escaso. Del techo colgaba un largo cable con una bombilla de pocos vatios rodeada por una tulipa redonda de metal. El grueso de su haz de luz caía sobre un taburete de madera que descansaba solitario en medio de la habitación. Arrimado contra el tabique opuesto a la puerta había un escritorio casi vacío. El hombre sentado tras él, de espaldas a la pared, estaba absorto en un monitor que lo ocultaba de los hombros para abajo. El brillo turbio de la pantalla, que no daba sombra, confería a su cara alargada una palidez fantasmal. Llevaba una barba corta y poblada, que bajo aquella luz parecía canosa aunque quizá no lo era, y gafas semicirculares para leer. Era imposible determinar su edad. Podía andar al principio de la cuarentena, pero también al final de la cincuenta.

Daba la sensación de que no era consciente de nuestra presencia. El centinela y yo seguíamos de pie junto a la puerta, pacientes, inmóviles como dos estatuas. Por fin, sin apartar los ojos del monitor, el hombre levantó la mano izquierda e hizo gesto indefinido que, sin embargo, para el centinela tuvo un significado claro. De nuevo me golpeó rudamente en el hombro y me empujó hacia el taburete bajo la bombilla. Solo me soltó cuando me senté, y se situó detrás de mí, muy cerca.

Esperando lo que viniera a continuación, me dediqué a pasear los ojos por el limitado campo de visión que tenía delante. La sensación de estrechez que me producía la altura de la habitación se veía reforzada por el color uniforme que reinaba alrededor. Un enfermizo matiz gris aceitunado lo cubría todo: las paredes, el techo, el suelo, la silla, la mesa. Incluso el monitor era del mismo color. La pintura de los muros estaba desconchada parcialmente, descubriendo debajo una argamasa seca del

color de un cielo tormentoso. Como si nos halláramos dentro de una caja de zapatos, colocada en vertical, cuyo tono original fuera verde, pero descolorida y gastada hacía ya tiempo.

Quizá todo habría parecido menos lóbrego si hubiera habido una ventana, aunque tuviera barrotes. Pero no había ningún tragaluz. Trabajar en un sitio así no podía ser más que un castigo. Examiné a la persona tras el monitor con una mezcla de temor y compasión. Incluso si se ignoraba todo lo demás, de alguien obligado a permanecer ahí no podía esperarse nada bueno, desde luego.

El repiqueteo de los dedos sobre el teclado que yo no veía rompió el denso silencio del cuarto. El rápido tecleo no duró mucho. Cuando terminó, el hombre levantó la cabeza, se quitó las gafas y las dejó en la mesa. Después entornó los ojos y con el pulgar y el índice se apretó el puente de la nariz. Se quedó en esa posición unos instantes, y luego abrió los ojos e hizo una ligera señal al centinela, que se alejó con paso marcial. La puerta de metal chirrió al abrirse y se cerró tras él.

Nos contemplamos sin palabras unos segundos. Me sentí incómodo bajo su examen mudo. No revelaba tanto severidad o amenaza como animadversión o malhumor. No era difícil adivinar que la inminente conversación conmigo no era de su agrado. Tenía el aspecto de alguien que hacía tanto tiempo que se dedicaba al mismo trabajo que ya no le encontraba ningún atractivo. Ya había visto esa expresión en los rostros de algunos instructores y jueces viejos. Por fin el hombre suspiró, se pasó los dedos por la frente e interrumpió el silencio.

—Usted entiende dónde se halla, ¿verdad? —Tenía una voz profunda y morosa.

—En el infierno —contesté tras una breve vacilación.

—En efecto. Aunque ya no utilizamos esa denominación. ¿Es consciente de la razón que lo ha traído a este lugar?

No respondí en seguida. Estaba claro que no tenía sentido ni ocultarlo ni negarlo, pero no era necesario acusarme a mí mismo.

—Puedo suponerlo...

—¿Puede suponerlo? —El tono se volvió más agudo—. Ni siquiera aquí es usual ver semejante expediente —golpeó con el nudillo del dedo corazón en el cristal de la pantalla.

—Tal vez podría dar una explicación...

—¡Ni se le ocurra! —me interrumpió tajante—. Ahórremela, por favor. Qué desconsiderados son todos los que se sientan ahí. ¿Acaso no es bastante tener que enterarme de todas las porquerías que ha hecho que además quiere que oiga sus explicaciones hipócritas y empalagosas? A menudo me producen más náuseas estas que las mismas malas acciones. Además, no hay mucho que explicar. Lo sabemos todo sobre usted. Hasta la última minucia. Si no fuera así, no estaría aquí, ¿no?

—A veces se producen errores... —hice constar a media voz.

—No hay error que valga —replicó implacable el hombre—, pero incluso aunque lo hubiera, ya es tarde para repararlo. De aquí es imposible marcharse. El que entra

no sale jamás.

Yo lo sabía, naturalmente. Todos lo saben, y, sin embargo, debía intentar algo más.

—¿Se tiene en cuenta quizá el arrepentimiento? —pregunté con el tono más compungido de que era capaz.

Esta vez no hizo falta que respondiera. Su mirada elocuente me dijo lo que pensaba de mi arrepentimiento.

—No me haga perder tiempo, no me sobra precisamente para tonterías. Apenas puedo levantar la cabeza del trabajo que se me acumula. El mundo nunca había sido así antes. ¿Puede imaginarse qué carga llevo a cuestas?

Sí, podía imaginármelo, pero como la pregunta solo se había planteado retóricamente, me encogí de hombros. Me pareció que el hombre estaba a punto de empezar a lamentarse de sus penas, pero al final lo pensó mejor.

—Bueno, dejemos eso ahora. No es importante. Vayamos al grano. Tenemos que decidir qué es lo que más le conviene a usted.

—¿Como castigo? —inquirí cauteloso.

—Nosotros lo llamamos terapia.

—¿Arder en el fuego es una terapia?

—¿Quién habla de arder en el fuego?

—Quizá ser sumergido en una olla de aceite hirviendo o el descuartizamiento.

—¡No sea vulgar! ¡No estamos en la Edad Media!

—Perdone, no sabía...

—Es increíble lo cargados que están de prejuicios todos los que llegan aquí. ¿Usted cree que nosotros vivimos al margen de los tiempos que corren? ¿Que aquí no cambia nada? ¿Acaso esto concordaría con esas crueldades bárbaras? —Dio unos golpecitos a un costado del monitor.

—No, en absoluto, está claro —afirmé diligente.

—El infierno de cada época está adaptado a sus circunstancias. Esto es ahora una biblioteca.

—¿Una biblioteca? —parpadeé confuso.

—Sí. Un lugar donde se leen libros. ¿Ha oído hablar de las bibliotecas? ¿Por qué todos se asombran tanto cuando se lo digo?

—Pues porque resulta un poco... inesperado.

—Solo si se contempla superficialmente. Pero si se profundiza en el asunto, verá que en absoluto es insólito.

—Jamás se me habría pasado por la cabeza.

—A decir verdad, al principio nosotros también nos llevamos una sorpresa. Pero lo que nos comunicó el ordenador era incuestionable. Muy útil, el aparato.

Hizo una pausa. Transcurrieron unos segundos antes de que comprendiera lo que se esperaba de mí.

—Muy útil, sí —repetí atropelladamente.

—Sobre todo para las investigaciones estadísticas. Cuando introdujimos los datos de todos los que se encuentran aquí, se demostró que la característica que vinculaba a la gran mayoría de nuestros pupilos, hasta un 84,12 %, era la falta de inclinación a la lectura. Del 26,38%, podía entenderse, eran totalmente analfabetos, pero ¿qué decir del 47,74 % que, aunque alfabetizados, no habían cogido un libro en su vida, como si los libros estuvieranapestados? El 10 % restante habían leído algo aquí y allá, pero mejor que no lo hubieran hecho, porque lo leído carecía de cualquier valor.

—¡Quién iba a decirlo! —dije a la par que movía la cabeza a izquierda y derecha.

—¿Por qué le parece extraño? Empiece por usted mismo. ¿Cuánto ha leído? —replicó mirándome por el rabillo del ojo.

Reflexioné un rato, esforzándome por acordarme.

—Pues, no mucho, en honor a la verdad.

—¿No mucho? Le voy a decir exactamente cuánto. —De nuevo se oyó el repiqueteo veloz sobre el teclado—. En los últimos veintiocho años de su vida empezó dos libros. Del primero llegó hasta la mitad de la cuarta página, y del segundo no pasó más allá del párrafo introductorio.

—No me resultaron interesantes —respondí en voz baja, con aire arrepentido.

—¿De veras? ¿Y las otras cosas le parecían interesantes?

—Nunca imaginé que no leer fuera pecado mortal.

—Y no lo es. Pese a que el mundo sería mucho mejor si lo fuera. Aún no ha ido nadie al infierno por no leer. Por eso se nos había pasado por alto el detalle hasta la introducción del ordenador. Pero cuando gracias a él vislumbramos el vínculo, se presentó la ocasión de utilizarlo. Y en varios aspectos. En realidad, podría decirse que a partir de ese punto se inició la auténtica reforma del infierno.

—Pues no se sabe nada de ello.

—Lógico. ¿Cómo iba a saberse? De ahí los prejuicios. Aunque esto nunca ha sido un lugar como la gente en general se lo imagina: una cámara de tortura eterna dirigida por sádicos inclementes. ¿Acaso siente el olor del azufre del que tanto hablan todos?

Olfateé el aire a mi alrededor. Era seco y rancio, un tanto enmohecido.

—No. —Tuve que reconocerlo.

—No éramos más que una cárcel. Con algunas particularidades, ciertamente, pero nuestro régimen no se diferenciaba en lo fundamental de las cárceles de ustedes. Igual que trataban a los presos allá, así lo hacíamos nosotros aquí. Y, además, ¿por íbamos a ser diferentes? Si aquí ha habido brutalidad y vejaciones, significa que nos hemos atendido a su modelo. Sin embargo según las circunstancias allá mejoraban, la estancia aquí también se hacía más soportable. Tanto que, al final, se corría el peligro de traicionar el concepto básico de infierno.

—¿A qué se refiere?

—Sus cárceles se han convertido casi en residencias de descanso. Incluso podría decirse que en hoteles de categoría media. Usted lo sabe muy bien, al fin y al cabo ha pasado mucho tiempo en ellas y, en general, no le han resultado incómodas, ¿no es

cierto?

—En efecto. —Pensé un poco—. Aunque en ningún sitio la comida era precisamente buena. En particular, el postre.

El hombre tras el monitor dejó escapar un leve suspiro.

—Ya lo ve. Aunque aquí, naturalmente, ciertos privilegios no pueden permitirse. El permiso de fin de semana, por ejemplo. O el uso del teléfono móvil. ¿Qué iba a parecer esto si no?

—Pero eso aliviaría notablemente el cumplimiento de la pena.

—Quizá. Sin embargo, no puede perderse de vista que esto es el infierno. Y precisamente por eso llegamos a encontrarnos en un aprieto. Ya no podíamos seguir la liberalización de las condiciones en sus cárceles. Nos amenazaba el peligro de convertirnos en aquello de lo que desde el principio de los siglos se nos ha acusado: que somos la encarnación de lo inhumano y que vulneramos los derechos humanos. Por suerte, entonces descubrimos lo del escaso interés por la lectura.

—Perdone, pero no entiendo qué relación tiene lo uno con lo otro.

—Pues es muy sencillo. Hemos introducido la lectura como obligación general. Así hemos unido lo útil con lo bello. Ante todo, hemos posibilitado a nuestros pupilos que eliminen la carencia principal que los ha traído aquí. Si hubieran leído más habrían tenido menos estímulos y tiempo para cometer delitos. Para ellos, la lectura es un auténtico beneficio medicinal. Por eso lo consideramos como una terapia, y no un castigo, aunque quizá se aplica con un pequeño retraso. Pero, en realidad, nunca es tarde para eso. ¿Y cómo se denomina el lugar donde todos disfrutaban con la lectura?

—¿Biblioteca?

—En efecto. —El hombre extendió los brazos—. Y una biblioteca será lo último que pueda ser acusado de violar los derechos humanos, ¿verdad? De este modo y con ese gesto, nos hemos quitado de encima de un plumazo ese baldón tan desagradable, es más, ahora resultamos mucho más humanos que las cárceles de ustedes. En ellas también hay bibliotecas, ya lo sabemos, pero ¿de qué sirven si casi nadie las utiliza? Es como si no existieran. Ya ve, ahí tiene su propio ejemplo. ¿Alguna vez entró en la biblioteca de las numerosas cárceles en las que estuvo?

—Ni siquiera sabía que las había —contesté con sinceridad.

—¿Qué le había dicho? Pero no se preocupe, pronto le vamos a dar la oportunidad de compensar lo que se ha perdido, y mucho más, por cierto. Ante usted, en el sentido más literal, se abre toda la eternidad para leer.

Me quedé unos instantes contemplando al hombre.

—Así que ¿ese es mi castigo? ¿Leer?

—Terapia.

—Vale, terapia. ¿Nada más? —Intenté contener un tono de alivio en la voz, pero no lo conseguí.

—Nada más, por supuesto. Se sentará tranquilamente en su celda y leerá. Eso es todo. No tendrá ninguna otra obligación. No obstante, debo advertirle de que la

eternidad es un tiempo muy, muy largo. La lectura podría llegar a aburrirle. Eso les sucede a muchos de nuestros pupilos y entonces se vuelven muy ingeniosos. Tendría que ver a cuántos trucos recurren solo para dar la impresión de que leen, aunque no lo hagan. Pero nosotros tenemos maneras de descubrir esas astutas estrategias. En estos casos, por desgracia, no nos queda más remedio que aplicar métodos coercitivos para inducirlos a volver a la lectura. Con los más obstinados y testarudos, a veces estos medios son un tanto dolorosos, me temo.

—¿Y los derechos humanos, la benevolencia?

—Eso ni lo tocamos. Lo que se hace es exclusivamente por su bien. No debemos permitir que por su pereza mental se perjudiquen a sí mismos, ¿no es cierto?

—Seguramente —repliqué, no muy convencido.

—Esto es lo básico que debe usted saber. Ya se familiarizará con las condiciones del lugar. Al principio es probable que le resulte difícil, mientras se acostumbra, pero al final verá que la lectura ofrece satisfacciones incomparables. A lo largo de la eternidad, todos se dan cuenta, unos más pronto, otros más tarde. Espero que mientras tanto se comporte usted con madurez y templanza, y que no nos obligue a emplear medidas de fuerza. Así será para todos más agradable y más fácil.

Puesto que mi conformidad sin objeciones evidentemente se sobrentendía, asentí con la cabeza. Las comisuras de los labios del hombre se curvaron por primera vez un poco hacia arriba en lo que podría ser un pequeño asomo de sonrisa.

—De acuerdo. Veamos por fin cuál será la terapia que más le conviene. ¿Qué clase de lectura le gustaría más?

La pregunta era difícil, así que no respondí en seguida.

—Novelas de detectives, quizá —dije por fin con un tono de duda.

—¡Oh, no, de ningún modo! —replicó bruscamente él, frunciendo de nuevo el ceño—. Sería como si a un enfermo le diéramos un veneno en lugar de un medicamento. No, usted necesita algo diametralmente opuesto. Algo suave, casto, noble. Obras pastoriles, por ejemplo. Sí, es una buena elección para su alma. Idilios campestres. Los recomendamos a menudo. Tienen un efecto milagroso.

Dio la impresión de que en mi cara había leído algo que pudo parecerle una expresión de repugnancia. Cuando volvió a hablar, su voz había recuperado la severidad inicial.

—Si cree que esto es una injusticia, que le sirva de consuelo saber que yo lo daría todo por poder hallarme en su lugar. Por poder disfrutar del idilio. Aunque fuera un poquito. Pero no puedo, por desgracia. No se me ha concedido. En vez de eso, estoy obligado a leer exclusivamente las marranadas e infamias que brotan de aquí sin más. Como el agua de una presa reventada. —Volvió a dar unas palmaditas al ordenador, esta vez por arriba—. Y para mí la eternidad no dura menos que para usted. Esa es la injusticia. Cada vez que le acometa una crisis, piense solo en cuánto lo envidia, y se sentirá mejor.

Se calló. La altura desproporcionada y la tétrica pintura parecieron de pronto

desplomarse encima de él, deformándole la cara en una máscara de aborrecimiento y desesperación. Mantuvo los ojos, de mirada cada vez más vacía, clavados en mí por un corto espacio de tiempo. Antes de alargar la mano para coger las gafas y volvérselas a poner, alzó la cabeza hacia la puerta a mis espaldas. No dijo nada, pero esta en seguida chirrió. La firme mano del centinela rápidamente se halló sobre mi hombro. Me levanté del taburete bajo la bombilla y me encaminé al exterior. Al salir, tuve ocasión de contemplar una vez más al hombre de la mesa. Prácticamente se había hundido tras el monitor, concentrándose en otro expediente. Un instante después, la puerta lo ocultó, y yo me dirigí con el centinela a lo largo del pasillo hacia la celda, donde a mí también me aguardaba una lectura interminable.

LA BIBLIOTECA MÁS PEQUEÑA

Solo al llegar a casa me di cuenta de que tenía un libro de más. En la bolsa de plástico debía haber tres, pero saqué cuatro. La bolsa en la que el viejo había puesto los libros estaba usada y arrugada, incluso un poco manchada de algo negro por fuera. No la había rechazado para no ofenderlo. ¿Cómo iba a decirle que me daba igual si se mojaban los libros que me regalaba? Todo habría sido distinto si hubiera llevado paraguas, pero cuando salí no me pareció que fuera a necesitarlo.

El anciano casaba a la perfección con la bolsa que me había dado: más viejo que Matusalén, la cara completamente surcada de arrugas, una barba canosa en la que algunos mechones de pelo oscuro semejaban manchas de restos de comida. Tampoco la ropa se diferenciaba de la cara. Llevaba una gabardina larga, casi hasta el suelo, gastada y sucia, con varios remiendos, abrochada hasta el último botón, aunque el tiempo no lo requería. La primavera acababa de hacer su aparición, pero el calor era insólito, y abundaban las tormentas repentinas. Si me hubiera encontrado con ese hombre en otro lugar, seguramente habría creído que era un mendigo.

La figura descuidada del viejo, sin embargo, no llamaba demasiado la atención entre los vendedores de libros de segunda mano que durante todo el año, incluso en los meses de invierno, se reunían cada sábado en el mismo sitio, debajo del puente Grande. Llevaban mesas plegables, bidones de plástico con agua mineral y grandes cajas de cartón sobre las cuales extendían periódicos y así levantaban improvisados tenderetes. Si en esos mostradores no hubiera habido libros, la escena se habría parecido a la de cualquier rastrillo.

Pero las apariencias engañan, porque no eran vendedores callejeros que no saben más que lo imprescindible de la mercancía que ofrecen. Pese a que nunca se hubiera dicho, a tenor de su aspecto desaliñado, casi de vagabundos, y del lugar en el que se juntaban, de su conversación se deducía rápidamente que en cuestión de libros lo sabían todo. Si se demostraba interés por alguna de las obras expuestas, el vendedor en seguida ofrecía numerosos datos sobre el autor, el editor, los críticos, cómo lo habían recibido los lectores, las posibles ediciones anteriores o posteriores, y el destino, en general, del libro en cuestión. A veces, incluso se podía enterar uno de la historia detallada de un ejemplar, que solía ser más emocionante que todo lo demás.

Los datos eran fidedignos, como si se hubiera abierto una enciclopedia de literatura. No ocultaban ni adornaban nada, al contrario de lo que suelen hacer los que solo quieren vender el género. De vez en cuando, se tenía la rara impresión de que lo que contaban, en realidad, estaba calculado para disuadir de la compra.

Hacía ya más de un año que acudía todos los sábados al puente Grande, sobre todo por las conversaciones con los vendedores. Al final compraba algún libro, no tanto porque quisiera tenerlo como para recompensar a esas personas en cuyas palabras hallaba el estímulo para lo que yo mismo intentaba escribir.

Con el tiempo estreché lazos con alguno de los que siempre estaban allí, de modo

que gozaba de su favor como cliente habitual. Cuando me presentaba, sacaban de debajo del improvisado mostrador ejemplares que habían guardado para mí, y la conversación que iniciábamos no se habría interrumpido, estoy seguro de ello, ni siquiera a costa de perder un cliente con aspecto de estar dispuesto a gastarse buenos dineros. En varias ocasiones tuve la tentación de sugerirles que nos encontráramos en otras circunstancias, y no solo allí, pero me contuve. Por alguna razón me parecía que no habría sido igual. Como si, en realidad, ellos no pudieran existir en ningún otro lugar.

Con el viejo no me había topado nunca antes. Como todos los puestos debajo del puente estaban ocupados, se había situado en un extremo, allí donde ya no había techado, como si estuviera excomulgado. Allí solo podría quedarse hasta que las primeras gotas de lluvia empezaran a caer, entonces se vería obligado a buscar rápidamente cobijo. No le resultaría muy difícil porque era el único que tenía un tenderete móvil. Se trataba de un carrito que antaño había servido para vender helados: un cubo con dos grandes ruedas y dos largas varas de madera para empujarlo. El último lo había visto en mi infancia. Los colores chillones originales que adornaban el vehículo habían palidecido por completo y estaban descascarillados, pero, no obstante en la parte delantera se distinguía el perfil pintado de un cornete con tres bolas enormes colocadas una encima de otra.

El resto de los vendedores solían dejarme echar una ojeada tranquilamente a los libros. No me ofrecían nada. Entablaban conversación conmigo solo cuando les preguntaba algo o elegía una obra. Esa era la costumbre general aceptada. El viejo, evidentemente, no la conocía o le daba igual. Empezó a hablarme nada más acercarme a su puesto.

—Tengo lo que está buscando —dijo con esa voz ronca característica de los fumadores veteranos.

—¿Cómo sabe que estoy buscando algo? —repliqué un tanto molesto, dejando resbalar la vista por los libros viejos que, descolocados, cubrían la superficie superior del carrito. Ahí donde, antaño, estaban los dos agujeros con tapaderas cónicas de metal de los que se sacaba el helado, ahora había una tabla desnuda sin pulir, sobre la cual se amontonaban tomos viejos en completo desorden, como si alguien hubiera volcado un saco.

—No es difícil adivinarlo. Se ve.

—¿Se ve? —repetí desconcertado, observando al viejo. Y solo entonces me di cuenta de lo que al primer vistazo se me había escapado. Mantenía la cabeza vuelta hacia mí, pero no los ojos, que se dirigían hacia un lado, desenfocados, turbios. El hombre era ciego.

—Sí —afirmó—, si se sabe mirar.

—Ah, bueno. —Asentí con la cabeza. La sensación de incomodidad que me embargó aumentó cuando fui consciente de lo absurdo de ese gesto.

El viejo sufrió un repentino ataque de tos, ronco y áspero, como el eco de truenos

lejanos, como si brotara desde el mismo fondo de los pulmones. Se puso una mano huesuda delante de la boca, la otra en el pecho, e inclinó la cabeza. Se quedó en esta posición unos instantes.

—Usted es escritor, ¿verdad? —dijo entre susurros, una vez se hubo recobrado.

—¿Eso también se ve? —pregunté asimismo en voz baja.

No respondió en el acto sino que respiró sibilante unos cuantos segundos.

—No, pero se siente. Los escritores poseen un olor. Cuanto peor les va, más fuerte es. ¿No lo sabía?

Involuntariamente, olfateé el aire a mi alrededor. Predominaba el olor procedente del río: húmedo, acre, con una mezcla de los materiales de aluvión putrefactos que traen los torrentes primaverales.

—No, no lo sabía —tuve que reconocer.

—No importa. Lo que importa es que tiene remedio. Lo encontraremos en seguida. —Empezó a examinar con los dedos el pontón que tenía delante. Cogía tomo por tomo, lo palpaba ligeramente, y luego lo volvía a poner con los demás o lo separaba a un lado, como si fuera capaz de ver con las manos. Por fin, después de que diera por finalizada la selección, me tendió tres libros—. Ea, los necesita. Lo ayudarán.

Vacilé un instante y luego acepté los libros ofrecidos. Presentaban un aspecto bastante triste. A uno le faltaban las tapas, y las páginas de delante y de detrás estaban dobladas por las esquinas. En otro alguien había garabateado sin piedad, estropeándolo por completo. Al tercero se le había descosido la encuadernación, así que las hojas estaban todas sueltas. Por si fuera poco, los tres volúmenes estaban llenos de polvo. No tenía ninguna razón para adquirirlos, sobre todo porque ya poseía esos títulos en mucho mejor estado.

No obstante, decidí quedármelos. Seguramente no me serían de utilidad ni de ayuda, pero ¿cómo iba a rechazárselos a un anciano ciego? No se trataba solo de compasión. Su ingenio merecía ser recompensado. Había sido una buena ocurrencia lo del olor del escritor. Quizá podría usarlo yo en alguna parte. Aunque, desde luego, no me había reconocido por ningún olor.

Cuando al cabo de un rato, mientras caminaba de prisa hacia casa, pensé en ello, deduje cómo podría haberse enterado de mi profesión. En unos puestos anteriores a su carrito había sostenido una breve charla con uno de los vendedores con el que mantenía una buena relación. Él me había preguntado cómo avanzaba mi nuevo libro, a lo que respondí con evasivas. El hombre se dio cuenta de que no me apetecía hablar de ello y cambió de tema. No estábamos muy cerca del viejo y a nuestro alrededor retumbaba el bullicio de la gente allí reunida, así que, en circunstancias normales, no nos habría oído. Pero los ciegos tienen el oído muy fino.

—¿Qué le debo? —pregunté, agitando el billetero.

El viejo volvió a toser. Esta vez el estertor fue más prolongado.

—Me debe mucho —dijo por fin—. Pero no por los libros. Son gratis.

—¿Por qué me los iba a regalar? —inquirí desconcertado, clavando la vista en sus ojos vacíos.

—Porque es la única manera de que usted los tenga. Yo no vendo libros.

Esperé a que dijera algo más, pero evidentemente él consideraba que esa respuesta era suficiente.

—Me pone en una situación incómoda —dije después de una breve pausa—, no sé cómo corresponderle.

—Olvídelo. Mejor deme los libros para que los meta en una bolsa. Se va a poner a llover de un momento a otro y podrían mojarse, lo que sería una auténtica pena.

Miré el fragmento de cielo que no estaba cubierto por el puente. Las nubes empezaban a arremolinarse, pero aún había claros, así que no parecía que la lluvia fuera inminente. Sin embargo, no hice ninguna observación, porque el viejo parecía absolutamente convencido. Quizá los ciegos no solo oyen bien, sino que también son capaces de presentir un aguacero.

Le puse los tres libros en la mano que me tendía y él se agachó detrás del carrito, abriendo una portezuela. Rebuscó un poco dentro para al final sacar una bolsa arrugada y manchada en la que había metido los tres tomos. Al menos eso es lo que pensé entonces. Solo al llegar a casa descubrí que había incluido un cuarto libro. Debía de haberlo hecho mientras rebuscaba, no cabía otra posibilidad.

—Muchísimas gracias —dije cogiendo la bolsa con dos dedos. Me alegré de que el hombre no pudiera ver la expresión de mi cara mientras la agarraba—. Hasta la vista. —Al instante comprendí lo inoportuno de la despedida, pero lo que ya se ha dicho no puede eliminarse.

—Adiós —contestó el viejo, pasando por alto mi falta de tacto.

De regreso a mi piso, estuve pensando en que quizá lo mejor sería deshacerme por el camino del regalo no deseado. Pero el cielo me disuadió. Cuando subía al puente Grande, me di cuenta de que el anciano tenía razón. Las nubes de tormenta rodaban de prisa desde el oeste, arrastrando detrás espesas cortinas de agua. Tuve que apretar el paso para que no me pillara el chaparrón. No había tiempo para buscar un contenedor donde tirar la bolsa. Un verdadero temporal se desató en cuanto entré en casa.

Podría haber dejado la bolsa en el cubo de la basura de la cocina, sin más, pero no lo hice. Lo que en la calle estaba dispuesto a hacer sin contemplaciones, allí, de repente, me parecía inapropiado. Irreverente, a decir verdad. Los libros no se tiran. Ni siquiera los ejemplares tan carentes de valor. Los pondría en alguna parte donde no se vieran. Sería lo mismo que tirarlos, pero mi conciencia estaría tranquila.

El cuarto libro que había aparecido por sorpresa cuando los saqué de la bolsa se diferenciaba de los otros. Para empezar, estaba bastante bien conservado, aunque se notaba que también era una edición antigua. Perplejo a la par que curioso, lo manoseé sin apartar la vista de él. Pasó un buen rato antes de que advirtiera que no me quedaba en las manos ni rastro de polvo.

En las tapas de tela de color castaño no había ningún título. No era extraño; el libro, seguramente, había poseído un forro que entretanto se habría extraviado. En el centro de la cubierta anterior había grabados una afilada pluma de ganso, un tintero y algo que semejaba un pergamino. El canto de las hojas tenía un barniz del mismo color que las tapas.

Lo abrí. Después de la anteportada también castaña, en la portada, arriba del todo, ponía: *La biblioteca más pequeña*, escrito en cursiva con letras menudas. Se me ocurrió que aquello no coincidía precisamente con el aspecto y el formato del tomo. Alguien había sido muy modesto cuando había bautizado así la elección. Le habría cuadrado mejor un nombre mucho más rimbombante.

Volví la hoja, y ahí me aguardaba la primera sorpresa. En el lugar donde deberían hallarse los datos del libro no había nada. La siguiente estaba absolutamente vacía, mientras que en la tercera no había más que una palabra, que supuse que era el título de la obra. Faltaba, sin embargo, el nombre del autor. Me quedé mirando unos instantes la blancura desmedida que tenía delante, sumido en un mar de dudas. Aquello era, como mínimo, insólito.

Entonces recordé que algunos editores ponen los datos biográficos al final. Eso, desde luego, no explicaba la ausencia del nombre del autor, pero había que comprobarlo. Pasé las hojas rápidamente, entreviendo a la vez que se trataba de una novela cuyos capítulos solo tenían números y no títulos. Cuando llegué a la última página, constaté que allí tampoco figuraban los datos. Después de la última con texto había una hoja en blanco, la guarda posterior marrón y la tapa.

Así que el viejo me había regalado una edición anónima de un autor anónimo. Nunca había visto esas dos coincidencias juntas, pero eso no significaba que fuera imposible. Pese a que no soy un profano en el mundo del libro, mis conocimientos son limitados. No obstante, había un lugar donde debería hallarse la información más completa sobre todos los libros publicados: la Biblioteca Nacional. Cerré el volumen, lo dejé en el escritorio y conecté el ordenador.

La página web de la Biblioteca Nacional permitía una búsqueda rápida, aunque los fondos fueran inmensos. En el campo «Título de la obra» tecleé el único dato que conocía. Estaba convencido de que así resolvería el enigma, porque un resultado distinto era difícilmente imaginable. Equivaldría a tener en las manos una edición no registrada, lo que arrojaría una nueva luz sobre todo el asunto. El aspecto del viejo, a decir verdad, no era modélico, pero dudaba que estuviera dispuesto a enredarse en negocios turbios con los libros. Además, no se lo habrían permitido los otros vendedores del puente Grande, que se enorgullecían de su honradez.

Sin embargo, medio minuto más tarde, en la pantalla apareció el mensaje de que la obra buscada no estaba en el catálogo de la Biblioteca Nacional. Respiré profundamente y me pasé la mano por el pelo. La situación empezaba a ser incómoda. Quizá me había engañado al juzgar al viejo. Me acordé de algunos fragmentos de nuestra breve conversación que había obviado aunque deberían haber

suscitado mis sospechas.

Pero seguía resultándome difícil creer en la falta de honradez del hombre del carrito de helados. Contaba con el aval de mi intuición, que rara vez se equivocaba. Sin apartar los ojos de la pantalla, en la que temblaba monótono el mensaje sobre el fracaso de mis pesquisas, comencé a buscar una salida para no tener que admitir la conclusión, en apariencia inexorable, de estaba en cuestión algo ilegal. La única circunstancia atenuante que se me pasó por la cabeza fue que el libro me lo habían regalado y no vendido, lo que excluía el interés personal. Esto, sin embargo, no justificaba la ausencia del título del catálogo de la biblioteca.

Y, entonces, como si a punto de ahogarme me agarrara a una tabla de salvación, se me ocurrió algo absolutamente improbable. Quizá no había memorizado bien el título. Nada más cerrar el libro estaba seguro de que lo recordaba bien, la frase era muy corta y sencilla, pero a veces se dan estos errores banales. La diferencia podía estar solo en una letra, y los ordenadores eran máquinas que realizaban búsquedas literales. Cogí el tomo marrón y volví a abrirlo.

Lo que vi en la tercera página de ninguna manera podía ser real. Sentí que un nudo inmenso me atenazaba la garganta. La diferencia era de mucho más que una letra. Ahora había un título completamente distinto; compuesto no de una palabra sino de tres. El libro, de pronto, empezó a temblar delante de mí y durante unos instantes me quedé mirándolo asustado, hasta que me di cuenta de que, en realidad, lo que temblaba eran mis manos.

Tuve que posarlas en el regazo para que dejaran de agitarse. Parpadeé asombrado con los ojos fijos en el nuevo texto, intentando buscar una explicación a lo imposible, pero no se me ocurrió nada. Un libro, simplemente, no puede cambiar de título por sí mismo. Eso lo sabe cualquiera. Sin embargo, aquello era lo que había sucedido. ¿Qué regalo fantasmagórico me había hecho el viejo a hurtadillas? Y ¿por qué?

La respuesta a estas preguntas no podía encontrarla sentado impotente y mirando la tercera página. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? ¿Examinar quizá más atentamente el libro? La primera vez lo había hecho solo de pasada. Si se trataba de un truco, lo descubriría mejor así. Sin embargo, el tomo castaño continuó un rato inmóvil sobre mi regazo, en mis manos de repente sudorosas. Necesitaba mucha voluntad para volver a levantarlas.

Pasé otra hoja y clavé los ojos abiertos de par en par en el principio del texto de la quinta página. Era una novela, como me esperaba, pero no la de antes. El capítulo esta vez ya no empezaba con un número, sino con un título. Y las letras eran de un tamaño diferente: más pequeñas, con menos espacio entre las líneas. Tenía en las manos una obra completamente nueva.

Esto ya fue demasiado. En un acto reflejo, como si en las manos sostuviera un objeto ardiendo, tiré el libro y salté de la silla. El tomo cayó en el teclado y pulsó algunas teclas. Del monitor, al instante, desapareció la web de la Biblioteca Nacional, y de los altavoces conectados surgió un silbido agudo ininterrumpido.

De no ser por el silbido, no me habría atrevido a tocar de nuevo el libro, pero no podía soportarlo. Resultaba muy irritante para mis nervios, ya tensos de por sí. Con cuidado, como si cogiera algo que pudiera morderme, lo aparté del teclado. El silbido cesó de inmediato, pero en la pantalla seguía sin aparecer ninguna imagen.

Yo permanecía en medio del despacho, junto a la silla separada de la mesa, con el brazo extendido, sujetando el libro lejos de mí. Presentía que aún faltaba algo, aunque no era capaz de adivinar qué, de modo que no sabía cómo prepararme. Transcurrieron aún unos cuantos minutos lentos y angustiosos. Como no sucedió nada, comprendí que era estúpido seguir esperando allí de pie. Tenía que actuar.

Recobrada hasta cierto punto la serenidad, llegué a la conclusión de que solo tenía dos posibilidades. La primera era muy sencilla. Debía volver a meter el libro en la bolsa sucia junto con los otros tres y tirarla inmediatamente, pero no al cubo de la basura de la cocina, sino a un contenedor de la calle, lo más lejos posible, incluso quizá arrojarla al río, pese a la tromba de agua que caía. De este modo me libraría del causante de mis males.

La segunda era volver a abrir el libro, cosa esta que no me apetecía en absoluto. Me horripilaba lo que podía ver allí. Una vez había vivido un terremoto. Lo más desagradable de esa experiencia había sido la pérdida del suelo firme bajo los pies, algo con lo que siempre había contado como el punto de apoyo más seguro. Aquí, sin embargo, el peligro que me amenazaba era que se tambaleara un apoyo mucho más importante: la realidad.

Pero ya era tarde. La realidad ya había sido sacudida. Podía eliminar el libro físicamente, pero no podía eliminarlo de mi mente. No podía continuar viviendo con tranquilidad, fingiendo que no había sucedido nada. Sería enterrar la cabeza en la arena. Más pronto o más tarde, empezaría a doblarme bajo el peso de las preguntas que habían quedado sin respuesta. Lo cierto es que no tenía elección.

Despacio, como si algo fuera a saltar de debajo, entreabrí las tapas de tela. La intuición me decía lo que iba a ver en la tercera página, y sin embargo sentí un pequeño estremecimiento al mirar el nuevo título, esta vez de dos palabras. No hacía falta que pasara las hojas del libro para darme cuenta de que era otra novela.

Pero lo hice para comprobar otra cosa que se me acababa de ocurrir. Las pasé de prisa, saltándome páginas, y llegué al final. Las letras eran grandes, había mucho espacio entre las líneas, y los capítulos tenían número y título. Volví de la misma manera al principio. No se produjo ningún cambio. Al parecer, este sobrevenía solo cuando se cerraba el libro. Mientras permanecía abierto todo permanecía invariable.

Cerré las tapas, y volví a abrirlas. ¡Ajajá! Como por encanto, obtuve una nueva novela. Repetí esa sencilla acción, y sonreí satisfecho por el resultado. La verdad es que no me había acercado ni un ápice a la solución del problema, pero ahora, al menos, sabía a qué atenerme, así que la tensión cedió un poco. Es extraño cómo el hombre acepta con más facilidad lo imposible cuando esto deja de asustarlo.

Para demostrarme a mí mismo que ya no temía al libro marrón, me dediqué a

cerrarlo y abrirlo rápidamente. Como hechizado, contemplé los títulos que se iban alternando en la tercera página. Me embargó una emoción inocente, similar a la de un niño que ha conseguido un entretenido juguete capaz de producir efectos insólitos. Por un instante pensé que el nombre de la edición, a pesar de todo, era adecuado. Se trataba, en efecto, de la biblioteca más pequeña, pero por el número de volúmenes, no por los títulos. ¿Qué biblioteca puede ser más pequeña que una formada por un solo tomo?

Y entonces, después de levantar y bajar las tapas una decena de veces, me detuve de golpe. La pregunta que se abrió paso hasta mi mente transformó la fascinación en espanto. ¿Qué sucedía con la obra cuando cerraba el libro? Según lo que había visto hasta el momento, desaparecía sin dejar ni rastro. Eso significaba que, por culpa de mi pueril despiste, se habían perdido para siempre más de diez novelas.

No podía permitirlo. Sujeté firmemente el libro abierto con las dos manos, para que no se cerrara por azar. Empecé a pensar febril en lo que podía hacer. ¿Cómo salvar algo tan efímero como una obra que existe solo mientras el libro está abierto? No se me ocurría nada. Jamás había sido muy bueno para inventarme algo bajo presión. Por eso no era capaz de escribir cuando tenía una fecha límite de entrega. Cuando ya era presa de la desesperación, me vino al pensamiento una idea tan evidente que me habría dado una palmada en la frente si hubiera tenido las manos libres. ¡Fotocopiaría, por supuesto!

No había razón para correr. Podría esperar a que escampara. Los chaparrones primaverales no duran mucho, y la novela que ahora se hallaba entre las tapas estaba segura mientras estas siguieran abiertas. Pero la impaciencia me traicionó. Conseguí sujetar el libro, abierto del todo, aunque no era necesario, con una mano, y fui al recibidor. Cogí la gabardina y el paraguas y salí raudo. Me costó un poco ponerme la gabardina teniendo las manos ocupadas. Ya en la calle, me puse el paraguas a ras de la cabeza y el libro debajo de la barbilla para salvaguardarlo de la cortina de agua que caía del cielo encapotado.

Chapoteé de prisa por la acera mojada; después de unos pasos tenía los zapatos calados y las perneras empapadas casi hasta la rodilla, pero no me importaba. Por suerte, la pequeña papelería en la que había fotocopiadora no estaba muy lejos. Cuando entré, sacudiendo el paraguas detrás de mí, la dueña me miró asombrada. La mujer evidentemente no aguardaba a ningún cliente con aquella lluvia torrencial. Seguro que se preguntaba por el asunto inaplazable que me había impulsado a ir allí, pero no dijo nada.

Le conté que tenía que fotocopiar algo, agitando a la vez el libro abierto. No le di más explicaciones, aunque habría sido oportuno. ¿Qué podría decirle? Se ofreció gentilmente a hacer ella las fotocopias, pero yo lo rechacé, y lo hice con un innecesario tono rudo porque me aterraba la posibilidad de que el tomo fuera tocado por otras manos. La mujer se encogió de hombros y me señaló la máquina en un rincón, dedicándose después a la lectura detrás del mostrador.

Puse el libro sobre el cristal, bajé la pesada tapa de plástico y apreté la tecla verde. La intensa luz recorrió el corto trayecto en los dos sentidos y unos segundos después, por la abertura lateral, salía la fotocopia de la tercera página. Al menos eso era lo que yo esperaba. Pero allí no había nada. Le di la vuelta, pensando que estaría por el otro lado. Sin embargo, las dos caras de la hoja estaban en blanco. Levanté la tapa y miré el libro. El mismo título seguía en su lugar, pero para el aparato parecía ser invisible.

Al advertir que le daba vueltas confuso a la hoja, la dueña me preguntó si algo no marchaba bien y si necesitaba ayuda, apurado, respondí que no, que no pasaba nada. Para alejar sus sospechas, continué fotocopiando. Pasaba las páginas y apretaba la tecla, y de la máquina brotaban sin cesar hojas blancas. Desde el lugar donde se hallaba la mujer no podía verlas, por lo que en seguida, convencida de que el extraño cliente se las había arreglado, posó la vista de nuevo en el periódico.

El trabajo absurdo que estaba haciendo, sin embargo, no era del todo inútil. Me ofrecía la oportunidad de serenarme después de la nueva sorpresa. El libro no podía fotocopiar, estaba claro. Supuse que el resultado sería el mismo si intentara fotografiarlo o escanearlo. No era necesario perder el tiempo. Pero ¿cómo solucionar el asunto de la corta existencia de cada obra? Desde luego, no cabía esperar que el tomo permaneciera permanentemente abierto para conservar una novela, porque, entonces, el resto sería inaccesible. Y si quería leer otra novela, la de ahora desaparecería para siempre. En definitiva, me hallaba en un callejón sin salida.

De pronto, un sombrío pensamiento cobró forma en mi cabeza produciéndome escalofríos. Quizá ahí estaba el meollo. Quizá estaba todo planeado a propósito para que no hubiera salida. Alguien muy pérfido y malvado se hallaba detrás de «La biblioteca más pequeña». Alguien que sin pudor se hacía pasar por ciego, por un anciano bondadoso con un carrito de helados que regalaba libros generosamente. Si quería escapar de la trampa en la que había caído, tenía que volver a enfrentarme a él.

Cogí las cincuenta páginas en blanco que habían surgido de la fotocopidora, las doblé a lo largo y me las puse bajo el brazo. Vacilé un poco después de levantar la tapa y por fin cerré el libro y lo metí en uno de los grandes bolsillos de la gabardina. Un título más o menos, qué importaba. Fui al mostrador y dejé encima un billete que era más que suficiente para pagar lo que debía. Salí sin mediar palabra, sintiendo en la espalda la mirada inquisitiva de la mujer.

Seguía lloviendo, pero ahora era apenas una llovizna. Abrí el paraguas y con paso apresurado me dirigí hacia el puente Grande por el camino más corto. En el primer contenedor que encontré tiré, sin detenerme, el montón de papeles inútiles. Mientras avanzaba, las nubes se fueron tornando más claras y ralas y, cuando ya me acercaba a mi destino, aquí y allá las atravesaban los rayos lanceolados del sol oculto.

Debajo del puente aún había una multitud de personas. Muchas que no tenían paraguas, como yo al principio, estaban de pie en el límite de la parte techada y aguardaban a que la lluvia cesara para poder marcharse. La barrera que formaban me

impidió ver el extremo opuesto, donde se había quedado el viejo. Pero mientras me abría paso hacia el centro, donde la muchedumbre era menor, comprendí que no lo encontraría allí, pues estaba a cielo descubierto, de modo que el chaparrón seguramente lo habría obligado a guarecerse debajo de la amplia estructura metálica.

Empecé a mirar en todas direcciones, pero no había ni rastro del anticuado carrito de los helados. No se veía por ninguna parte. El espacio bajo el puente era bastante grande, pero era imposible pasar inadvertido. ¿Tal vez el viejo se había ido mientras yo estaba ausente? No lo creía probable. ¿Acaso un ciego que empuja un carrito tan voluminoso iba a exponerse a semejante aguacero? No, habría sido una temeridad y muy peligroso. Salvo en el caso, naturalmente, de que la ceguera y otras cosas solo fueran apariencia.

Vagué todavía un rato entre los puestos, sin saber qué hacer, mientras mi frustración crecía. De las numerosas preguntas que me obsesionaban, una iba destacando poco a poco sobre las demás. ¿Por qué yo? ¿Por qué me había sucedido a mí precisamente? ¿Qué me distinguía del resto de las personas reunidas en aquel lugar? ¿Que era escritor? ¿Un escritor que hacía ya tiempo no era capaz de escribir nada que mereciera la pena? ¿Acaso eso no era ya una maldición? ¿Por qué había sido necesario darme aquel libro?

Mientras merodeaba por allí, me encontré cerca del vendedor con el que había charlado justo antes del fatal encuentro, y por un instante pensé en preguntarle por el viejo. Difícilmente le había podido pasar desapercibido. Pero no lo hice. El interrogatorio me habría conducido a una maraña de explicaciones de algo que estaba fuera del alcance de mi comprensión. Incluso, tal vez, habría sido preciso sacar el libro del bolsillo y enseñárselo, lo que debía evitarse a cualquier precio. Pero aún había otra cosa que me impulsaba a desistir de una conversación semejante. Algo que, en realidad, me repelía todavía más. ¿Y si el vendedor decía que no había visto a ningún ciego con un carrito de helados?

No tenía ningún objetivo que me llevara a permanecer más tiempo allí. Entretanto, el cielo se había despejado bastante. El público que pululaba debajo del puente Grande había disminuido notablemente. Esta vez me dirigí a casa despacio. Ya no tenía ninguna prisa. No había llegado muy lejos cuando fui consciente del olor. Primero el del ozono, y luego muchos otros que brotaban arracimados en derredor, avivados por la lluvia: el aroma de las copas, recién cubiertas de hojas, de la avenida de tilos, la hierba fresca y húmeda y el sudario de la vegetación podrida en el pequeño parque, las flores lavadas en las jardineras. Me parecía como si también oliera el agua de los grandes charcos en la acera y la calzada.

Y en algún punto más allá de esos olores intensos, sofocado por ellos, a intervalos, se percibía uno más débil que me resultaba un tanto familiar. Parecía omnipresente en el aire o como si me siguiera. Era desagradable, similar al tufo del sudor, aunque también distinto. Despertaba pensamientos secretos sobre algo fatigoso y pesado. Incluso tortuoso. Intentaba penetrar en él sin lograrlo, aunque el esfuerzo

no fue del todo baldío. Inesperadamente, mientras trataba de descifrar el misterioso olor, me acordé de un detalle en el que debería haber reparado mucho antes. Antes de fotocopiar, desde luego. Aceleré el paso y luego empecé a correr.

Quitó de la mesa el monitor y el teclado, porque no los necesitaba. A decir verdad, el trabajo podía hacerse más de prisa en el ordenador, pero yo nunca lo usaba para escribir. En su lugar puse un gran cuaderno que tenía hacía tiempo y estaba sin estrenar. No obstante, no empecé en seguida. En el momento en que agarré el lápiz me embargó la angustia: quizá aquello tampoco daría resultado. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, el lapicero no dejaba rastro, aunque era completamente nuevo? No tenía ni idea, pero ¿qué podía perder con probar? Peor que ahora era imposible.

No pude contener un suspiro de alivio cuando, al cabo de unos segundos, en lo alto de la primera hoja del cuaderno, apareció el título de la novela. Claro y legible. Lo cerré y lo abrí de inmediato. No había sucedido ningún prodigio. Lo escrito seguía allí, como debía ser. Luego volví la hoja del libro, me acomodé en la silla y debajo del título escribí: «Capítulo uno» y pasé al primer párrafo.

Tenía ante mí un trabajo arduo y largo. La novela estaba impresa en letras diminutas y un interlineado muy estrecho, pero la vocación del escritor ya cuenta con la dificultad. No hay facilidades ni atajos que valgan. Las penalidades se sobrentienden. Por eso la satisfacción es mayor cuando la escritura toca a su fin. Cuando haya copiado la última página, cerraré el libro, y entonces esa obra solo existirá en mi manuscrito. ¿Quién podrá reprocharme que sobre el título añada mi nombre?

LA BIBLIOTECA DISTINGUIDA

Con una biblioteca distinguida sucede lo mismo que con las entrañas. Hay que tener mucho cuidado con lo que se pone dentro. Solo se tiene en cuenta lo que es adecuado. Si a una biblioteca semejante llegara un libro que no le correspondiera, sería igual que si uno se hubiera tragado por despiste algo que no era comestible. Lo invadirían la náusea y el asco. Esas precisamente fueron las sensaciones que experimenté cuando, al entrar en el despacho, encontré en mi biblioteca un libro que de ninguna manera había puesto yo allí. Fueron tan fuertes que la pregunta lógica de cómo había llegado allí quedó sofocada por completo. Pero tampoco un hombre en cuyo estómago se halla algo alterado se preocupa demasiado por establecer cómo ha llegado a esa situación, sino que antes intenta expulsar el objeto extraño de su interior. La salud, pese a todo, es más primordial que la mera curiosidad intelectual.

Agarré el libro con dos dedos y lo saqué fuera. Allí desde luego no había lugar para él. Sobre todo por el formato. Por eso lo distinguí en seguida en la estantería casi repleta que revestía una pared entera de mi despacho. Desde siempre he cultivado la mayor animadversión posible hacia los libros de bolsillo. Son la profanación extrema de algo que a cualquier precio debe permanecer sublime y noble. Solo los legos e ignorantes afirman que no hay que juzgar los libros por las tapas. Según esto, una gran obra seguirá siendo una gran obra al margen de su aspecto exterior. ¡Qué idiotéz! El envoltorio, naturalmente, tiene que ser acorde con el contenido. ¿Acaso se envolvería un objeto lujoso en papel de periódico, por ejemplo? ¿Y qué es una gran obra literaria sino el más lujoso de todos los objetos?

No me dejé engañar por el título. Los fabricantes de libros de bolsillo son famosos por su desconsideración. Para ellos no hay nada sagrado. No se privarán de utilizar las palabras más bellas si calculan que les proporcionarán beneficios. Solo les interesa el dinero. El título habría merecido una edición de lujo, con tapas de piel e impresión en oro, mientras que en la vulgar cartulina plastificada del libro de bolsillo, resultaba casi blasfemo. De verdad que no sé adónde vamos a llegar si continuamos explotándolo todo, banalizando y devaluándolo.

Con el brazo extendido hacia delante para mantener el objeto lo más lejos posible de mí, me dirigí con paso veloz a la cocina. Accioné con el pie el pedal del cubo de la basura debajo del fregadero y separé el pulgar y el índice. El libro de bolsillo cayó con un golpe sordo entre los desperdicios, donde estaba su lugar. Me froté las manos. ¡Muy bien! No se puede ser sentimental en estas situaciones. Hay que actuar con decisión y contundencia. Hay que verlo como un bicho. Una chinche o una cucaracha. Sin piedad.

Regresé aliviado al despacho, donde me esperaba una desagradable sorpresa. Como si no lo acabara de tirar, allí estaba el libro de bolsillo, en el mismo sitio de donde lo había sacado hacía unos instantes: en mi biblioteca. La sangre se me subió a la cabeza. Pero ¡qué era aquello! ¿De la basura directo a la estantería? El libro no solo

estaba ahora en un lugar al que de ningún modo pertenecía, sino que además lo había trastocado e infectado todo a su alrededor. ¡Qué espanto!

Esta vez no fui cuidadoso. Lo cogí y lo saqué de un tirón, alterando así el orden perfecto de los libros auténticos. Me ponía muy nervioso que no estuvieran bien alineados, pero eso podía esperar. Primero tenía que ocuparme de aquel inoportuno. Y para siempre. No lo dudé ni un instante. Abrí el libro más o menos por el centro e hice algo que no había hecho nunca antes: lo rompí en dos trozos. Esto, sin embargo, no calmó mi rabia, al contrario, así que con la misma vehemencia continué rompiéndolo pedazo a pedazo.

Pronto, por toda la alfombra quedaron esparcidas las hojas arrancadas y rotas. En otras circunstancias, esa escena me habría horrorizado, pero ahora solo me irritaba aún más. Totalmente fuera de mí, me senté en el suelo y empecé enloquecido a romper las hojas en trocitos. Casi como confeti. No paré hasta que no quedó ni una página entera. Solo cuando ya no había nada sobre lo que poder descargar mi ira, me serené un poco.

Al echar un vistazo a los pedazos de papel dispersos, avergoncé de todo el proceso. Semejante ataque de cólera no era propio de mí en absoluto. Pero lo peor fue que, mientras me desahogaba, había sentido verdadero placer, auténtico regocijo. Tuve que preguntarme inevitablemente si aquello era normal. De acuerdo, me habían ofendido y provocado, podría decirse que habían cometido conmigo una gran injusticia, pero daba igual. Un hombre tiene que saber controlarse. ¿Adónde nos conduciría dar rienda suelta a nuestros impulsos más oscuros?

Por si fuera poco, había organizado un caos absoluto. ¡Yo!, que me jacto de ser el colmo del orden e incluso quizá exagero un tanto en ello. Suspiré y me levanté del suelo. Fui al armario del recibidor, saqué el aspirador y regresé al despacho. Estuve limpiando un buen rato, y a fondo, como si el aparato pudiera aspirar, además de los pedacitos de papel, las huellas invisibles de mi extravagante conducta. El aspirador se había recalentado cuando por fin lo apagué. Lo desmonté y lo guardé en el armario, y luego fui al baño para ducharme, porque el trabajo me había hecho sudar a chorros.

Salí fresco y tranquilo. Lo que me había sucedido era desagradable, pero al menos ya había terminado. Lo mejor sería olvidarlo todo. Ni siquiera profundizaría en cómo había aparecido el libro. Me daba exactamente igual. Solo me agobiaría sin necesidad, y no cabía excluir la posibilidad de que no hubiera respuesta. Por lo demás, ahora que sin lugar a dudas me había desembarazado del agresivo ejemplar, eso carecía de importancia.

Sin embargo, había dado por hecho demasiado pronto que todo había finalizado. Bastó una mirada hacia la estantería desde la puerta del despacho para comprender que mis desdichas aún no habían acabado. Como si se estuviera burlando de mí, allí, cómodamente alojado entre dos viejos tomos muy valiosos, estaba el libro de bolsillo entero y verdadero. Sintiendo que volvía a ponerme rojo de ira, entorné los ojos y empecé a respirar hondo, a la vez que meneaba la cabeza.

En un primer momento, me pareció que de nuevo iba a perder el control, pero el pensamiento de lo que podía ser capaz de hacer si me dejaba llevar una vez más por la cólera bastó para calmarme. El ofuscamiento no sería un buen aliado. Tenía que apoyarme en una cabeza fría. Lo intentaba con todas mis fuerzas sin conseguirlo. Ahora se trataba de algo más sutil. Había que actuar reflexivamente. Si no puedes superar al enemigo, hay que tratar de ser más astuto que él.

Por desgracia, carecía de experiencia en este campo. Nunca me había hallado ante la obligación de desembarazarme de un libro. Hasta el momento me había dedicado en exclusiva a procurármelos. Con el tiempo me había vuelto un experto, y mi biblioteca daba fe de ello. Pero ¿cómo deshacerte de un libro?, y no de uno cualquiera, sino de uno que se niega obstinadamente a desaparecer, desafiándome con arrogancia. Me senté en el sillón delante de la estantería contemplando fijamente el lomo del intruso, pasándome los dedos de la mano izquierda por la frente, como hago siempre que me concentro en algo.

No había transcurrido mucho tiempo cuando me vino al pensamiento una coincidencia insólita. A saber: me tendría que enfrentar a penalidades muy similares si mi intención fuera suicidarme. Tampoco en ese caso sabría cómo actuar con eficacia. Aunque quizá lo parece, no creo que quitarse la vida sea una tarea simple. Pero, al menos, tenía a mi disposición las experiencias numerosas y variopintas de los suicidas precedentes. En particular, las que tuvieron éxito. Tal vez podría aplicar una de ellas al libro de bolsillo.

Me gustó la idea. Resultaba prometedora. Solo me quedaba elegir la forma de ejecutarlo. Examiné varias posibilidades y decidí que el ahogamiento era la más adecuada. Si se trataba de mi suicidio, estoy seguro de que me habría decidido por él. Ante todo porque excluía la sangre. La sangre me horripila. Además, el acto de morir, en sí mismo, no sucede ante testigos, sino debajo de la superficie, de modo que nadie sufriría una conmoción. Por último, contiene ciertos elementos románticos. Muchos grandes amores de la literatura han terminado con un salto al agua.

En casa tenía una de las dos cosas que eran imprescindibles para ahogarse. Fui a la despensa, abrí una gran caja de cartón en la que guardaba las herramientas y otros útiles pequeños y saqué un rollo de cuerda. El cordel era fino; si fuera para mí no habría servido, pero para aquel libro miserable sería más que suficiente. Corté más de lo que necesitaba, por si acaso.

La segunda cosa tenía que conseguirla fuera, aunque no sabía muy bien por dónde empezar a buscar. De veras, ¿dónde puede encontrar uno una piedra grande en medio de la ciudad? Se sobrentiende que no era cuestión de arrancar un trozo de acera o de una fachada de un edificio. El único lugar en el que quizá podría hallar una piedra era en el parque, así que allí me dirigí, no sin antes meter el libro y el cordel en una bolsa de viaje de tamaño considerable. Podrían haberme cabido en el bolsillo, pero la bolsa serviría para introducir en ella la piedra. Sería muy poco oportuno pasearme por la calle con un pedrusco bajo el brazo que, a buen seguro, suscitaría la curiosidad de los

transeúntes.

No fue fácil hacerme con una piedra en el parque. No había tantas como me había imaginado, y además debía aguardar la ocasión propicia para cogerla sin que me vieran. En medio de un terreno sembrado de césped se alzaba un macizo de flores rodeado de losas pulidas. Las losas estaban enterradas hasta la mitad. No me quedó más remedio que esperar en las cercanías a que no hubiera nadie, lo cual tardó un buen rato en suceder, y luego sudé lo mío para extraer una. No tenía tiempo de limpiar un poco la tierra de la mitad inferior. La puse rápidamente en la bolsa y me alejé, dejando atrás un agujero en el anillo de piedra similar al que queda cuando se nos cae un diente.

Llegué al puente sin aliento. La piedra era mucho más pesada de lo que parecía. Tuve que ponerme la bolsa bajo el brazo en lugar de llevarla del asa. Me dirigí hacia el centro porque allí el agua era más profunda y corría más de prisa. Lo que allí se hundía no tenía esperanza de emerger. Sin embargo, pude constatar que ejecutar mi plan no era tan sencillo. No había muchos peatones, pero los coches no dejaban de pasar, y entre ellos también podía circular uno de policía. Tuve que actuar de la manera menos llamativa posible.

Me volví hacia el pretil, me agaché y saqué la losa de la bolsa. Esperaba que desde la calzada fuera imposible advertir lo que estaba haciendo. Al verme en esa postura, pensarían que era un chiflado o un borracho, pero no un suicida. Por otro lado, los que van conduciendo no se preocupan mucho de los que van andando. Até con fuerza un extremo del cordel alrededor de la piedra, y el otro alrededor del libro.

Después me levanté y apoyé la losa en la parte superior del pretil. No la tiré en seguida. Me quedé un rato inmóvil, fingiendo ser un paseante que hubiera hecho una pequeña pausa para disfrutar de la vista desde el puente. Por fin, cuando me pareció que el tráfico había disminuido un poco, empujé la piedra y el libro disimuladamente. Tardaron en caer más de lo que esperaba, y el golpe en el agua fue más ruidoso de lo que hubiera deseado. Arrastrando el libro detrás como una cola, la losa chocó de plano con la superficie, organizando un estrépito mayúsculo.

Si alguien estaba en la orilla, cerca del puente, aquello de ningún modo le habría pasado desapercibido. Empecé a alejarme rápidamente para que nadie me relacionara con el objeto arrojado. En cuanto avancé un poco, una sensación de alivio y de júbilo sustituyó a la de angustia, como suele suceder después del trabajo bien hecho. Tenía las manos manchadas de tierra, y también la gabardina, pero me daba igual. Lo importante era que ya no había libro. ¡Que se quedara tranquilamente en el limo del fondo del río!

Pero en lugar de hacer eso, me esperaba en mi biblioteca a mi regreso en casa. En absoluto mojado ni enfangado. Al contrario: seco y limpio. Al verlo, no obstante, no me embargó la rabia como antes, solo pensé con torpeza que aquello era demasiado. Todo tiene un límite. La falta de educación y la desconsideración también. Un libro de bolsillo no me iba a tomar el pelo de esa forma. Ya se trataba de una cuestión de

honor.

Mientras me aseaba en el baño, me esforcé por rastrear lo más ecuánimemente posible los medios a los que podía recurrir. El salto desde gran altura también era muy apreciado entre los suicidas y en la propia literatura. No era pequeño el número de héroes que se habían condenado a sí mismos de esa manera. Aquí sí que había sangre, y los testigos sufrían una conmoción ante la desagradable escena, pero qué se le iba a hacer. Tenía la conciencia tranquila. Habrían podido reprochármelo si no hubiera intentado antes el ahogamiento, pero no era culpa mía que no hubiera tenido éxito.

En este caso no eran necesarios los preparativos. Cogí el libro de la estantería y me puse la gabardina sin tener en cuenta que estaba recién lavada y, por lo tanto, una buena parte de los faldones aún mojados. Quizá habría podido secarlos con el secador, pero la impaciencia no me lo permitió. Había que solucionar aquello cuanto antes. Todo el asunto me estaba sacando de quicio, lo que no era recomendable considerando mi hipertensión.

Decidí subir al edificio más alto de la ciudad, no porque para el objetivo no sirviera uno más bajo, sino porque aquel era el más adecuado para lo que proyectaba hacer. En la cúspide tenía un mirador. Cuando el viento no soplaba muy fuerte, como hoy, permitían la presencia de visitantes. Por todo el perímetro habían puesto una alta alambrada para impedir que alguien, deliberada o casualmente, se precipitara al abismo de treinta pisos. Si el suicida hubiera sido yo, ahí no habría tenido ningún éxito, pero para un libro de bolsillo debía de ser más fácil.

No obstante, no todo fue coser y cantar. En lo alto del edificio solo encontré al vigilante uniformado. Si hubiera habido más gente, y si no hubiera tenido una gran mancha en medio de la gabardina, probablemente no me habría prestado atención. De este otro modo, sin embargo, no apartaba los ojos de mí, lo que me dificultaba sobremanera la tarea. Estuve veinte minutos paseando alambrada arriba y alambrada abajo, fingiendo admirar el panorama de la ciudad, antes de que se me presentara la oportunidad de empezar a actuar.

En un momento dado, llamaron al vigilante por radio y, mientras él se volvía, buscando la mejor posición para la recepción, yo, como un rayo, saqué el libro de mi bolsillo y lo arrojé por encima de mi cabeza y de la alambrada. El hombre no se dio cuenta de nada. Esperé a que terminara la conversación, le dirigí una leve inclinación de cabeza y una amplia sonrisa y me encaminé al ascensor. Estaba henchido de gozo y orgullo. No era poca cosa ganar en astucia a un profesional.

Mientras descendía a la planta baja, pensé que fuera iba a toparme con una muchedumbre reunida en torno al libro. Pero no fue así. La calle era un hervidero de gente que iba a sus quehaceres. ¡Qué indiferencia tan terrible!, me dije. ¿Es que a nadie le interesaba la suerte de un libro, aunque fuera de bolsillo? Y entonces comprendí que acusaba a los transeúntes injustificadamente. ¿Cómo iban a manifestar compasión si carecían de motivo para ello? Allí donde se suponía que debía haber

caído el libro desde el mirador no había nada.

Me fui a casa, presa de las más sombrías sospechas, que se hicieron realidad en cuanto crucé el umbral del despacho. Igual que en las ocasiones anteriores, en la biblioteca, en el mismo lugar, me esperaba el libro. ¡Tanta testarudez, a decir verdad, era vergonzosa! No me dejaba otra elección. Se había acabado el tiempo de actuar con guantes. Existía una forma de suicidio mucho más sangrienta que todas las que había intentado hasta el momento. Si una vez le había venido bien a una heroína literaria de las más delicadas, no sé por qué iba a estar allí fuera de lugar. Agarré el vulgar libro y corrí a la estación de tren.

Compré un billete hasta la localidad más cercana, pese a que no tenía intención alguna de viajar. Pero sin billete no podía entrar en los andenes. En el tablón de horarios me informé de qué tren sería el primero en llegar, y allí fui. Me separé un poco de los viajeros que esperaban para evitar que lo que iba a suceder tuviera testigos. Diez minutos más tarde, empezó a adentrarse en la estación una locomotora arrastrando una larga fila de vagones. Dejé pasar los dos primeros, y luego, volviendo la cara hacia otro lado, tiré el libro bajo las ruedas del tercero.

Cuando el tren pasó, estuve tentado de echar un vistazo a los raíles, pero me contuve. No habría podido soportar la horrible escena que se presentaría ante mis ojos: los restos completamente mutilados del pequeño libro. Aunque desde luego se merecía desaparecer, no pude evitar sentir cierta compasión por él. No debería haberle ocurrido aquello, pero él era el único culpable. En fin, todo había terminado. No había razón alguna para seguir allí. Incluso podía resultar sospechoso.

Esta vez ni siquiera me sorprendí cuando, al volver a casa, encontré el libro de bolsillo otra vez en un lugar en el que bajo ningún concepto debía estar. Y, para colmo, en perfecto estado. Sano y salvo. ¿Qué otra cosa podía esperarse de él? Lo contrario sí que me habría asombrado. La simpatía que acababa de experimentar dejó paso al desprecio más profundo. No podía más. No era digno de hallarse conmigo en la misma habitación.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, fui a la cocina para prepararme algo de comer. Con tanto trajín en torno al libro no había conseguido probar bocado durante todo el día. Mis intestinos se quejaban, y hambriento difícilmente podría pensar en otra manera de deshacerme del libro. Extendí el mantel, puse un plato, un cuchillo, una cuchara, un tenedor, y una servilleta de tela, luego abrí la nevera. Pero no había mucho donde elegir. Un pedazo de queso reseco, media salchicha, un poco de mostaza en un tarro y dos limones. Era evidente que había llegado la hora de hacer una nueva compra.

Al cerrar el frigorífico, una idea me vino a la cabeza. Al principio no me la tomé en serio. De vez en cuando se me ocurren cosas rarísimas, como a cualquiera, supongo. Intenté expulsarla de mi mente, como suelo hacer en esas ocasiones, pero se negaba a marcharse. Y cuanto más permanecía conmigo, menos insólita me parecía. Por fin, la reconocí como la única solución a mí problema. Me dieron ganas de darme

una palmada en la frente. ¡Pues claro! ¿Cómo no lo había pensado antes?

Fui al despacho, cogí el libro de bolsillo y regresé a la cocina. Lo puse en mi plato, me senté a la mesa, y me coloqué la servilleta alrededor del cuello. Primero separé las tapas con el cuchillo y el tenedor, como habría hecho con una piel o una cáscara. Lo que estaba escrito en ellas prometía un verdadero manjar, pero uno no podía confiar en la honestidad de los que habían preparado aquello. Quién sabe si tras ese excelente título, *La biblioteca*, no había gato encerrado.

En el índice vi que el libro tenía seis partes. Supuse que el sabor de cada una sería diferente, así que no sería conveniente comerlas al mismo tiempo. Por eso corté por separado cada trozo. Antes de empezar a almorzar me pregunté si debería sazonarlos con alguna especia. Miré las tapas, con la esperanza de encontrar instrucciones o un consejo en este sentido, pero no había nada, así que decidí no hacer experimentos para no estropear la cosa. Como tampoco sabía qué bebida sería la más apropiada, opté por el agua. Con ella no podía equivocarme.

«La Biblioteca Virtual», se parecía bastante a una buena ensalada rusa. Quizá le sobraba mayonesa para mi gusto. «La biblioteca doméstica» sabía a una sopa de carne y fideos, rica y espesa. Estaba un poco caliente, así que soplé en la cuchara. «La biblioteca nocturna» se correspondía con unos pimientos rellenos con la justa medida de arroz y carne, lo que en ese plato es muy importante. «La biblioteca del infierno» venía a ser lo que un pastel de hojaldre y guindas. No soy precisamente un amante de los dulces, pero este caso era una excepción. «La biblioteca más pequeña» trajo un café cortado. Yo lo prefería un poco menos cargado, pero tampoco era cuestión de ser exigente.

No sabía qué más podía haber a continuación, pero en el plato quedaba aún una parte del libro de bolsillo: «La biblioteca distinguida». Aunque ya estaba lleno, no quería dejar restos, y, además, me roía la curiosidad. Con mucho cuidado me puse en la boca un pequeño pedazo y empecé a masticarlo. El sabor me resultaba familiar, pero un tanto indefinido, pues no era ni demasiado salado ni demasiado picante ni demasiado amargo ni demasiado dulce. Como si lo fuera todo a la vez.

Seguí comiendo, esforzándome por distinguir de qué se trataba. Estaba seguro de que ya lo había probado. Me gustaba, quizá incluso más que los anteriores. Cuando me tragué el último bocado, el deleite que había experimentado quedó arruinado hasta cierto punto por el hecho de no lograr reconocer lo que era. Sin embargo, no consentí que esa pequeña insatisfacción me estropeará el buen humor. El trabajo se había hecho como era debido. En el plato no quedaba ni una miga de *La biblioteca*.

Me levanté y fui al despacho. No me daba ningún miedo lo que fuera a encontrar allí. El libro de bolsillo podía regresar de cualquier parte, pero no de donde estaba ahora. Su presencia en mí era más que cierta. Abrí la puerta de par en par y sonreí con superioridad a la escena que se me mostraba. Ningún intruso horrible ultrajaba mi distinguida biblioteca.

PASOS EN LA NIEBLA

*A Tamar Yellin,
un gran escritor*

DESORDEN EN LA MENTE

La señorita Emilia abrió la puerta del aula de primer curso del liceo femenino. El rumor quedo de las veintiséis alumnas se acalló en el acto y todas, como a una orden, se levantaron. Vestían el mismo uniforme azul oscuro, que les llegaba a la mitad de la pantorrilla, abrochado hasta el cuello. No tenía ningún detalle o adorno. Incluso los botones estaban forrados de la misma tela. Esa monotonía quedaba rota únicamente por los cuellos blancos de las blusas que apenas se diferenciaban por la forma. Ninguna de las chicas llevaba el pelo suelto, sino recogido en trenzas.

El vestido marrón de la señorita Emilia era de corte sencillo, como el uniforme de sus discípulas. A la izquierda lucía un broche muy pequeño que casi no se distinguía del fondo. Sujetaba el cabello negro, vetado ya de canas pero todavía abundante, en un moño apretado. A través de las gafas de montura redonda metálica, sus ojos diminutos parecían los de un ratón. Los tacones bajos de sus zapatos cerrados no le aportaban mucha altura. Incluso con ellos era más baja que la mayoría de las quinceañeras que ahora aguardaban inmóviles el permiso para sentarse.

Se acercó a la mesa y puso encima un montón de papeles y la funda de piel de las gafas. Dejó vagar la vista por las alumnas e hizo un rápido ademán en señal de asentimiento. La clase se llenó con el frufú de los vestidos y el chirrido de las sillas, después de lo cual reinó de nuevo el silencio. La señorita Emilia se quedó un rato aún de pie y luego también se sentó. Su espalda se apoyaba con firmeza en el respaldo, del que no se separaba hasta el final de la hora, como si estuviera pegada a él. Del cuerpo rígido solo sobresalía la cabeza, que movía animadamente.

Primero se dedicó a colocar los objetos de su mesa. Junto a los que había traído, se hallaban un pequeño jarrón con dos florecillas silvestres de color morado, un cubilete para los lapiceros, un puntero, un globo terráqueo grande, y un vaso de agua hasta la mitad tapado por una servilleta. No necesitaba un orden determinado. Lo único que le importaba era que las cosas estuvieran bien colocadas, que no pareciera que estaban tiradas al azar. Le horrorizaba el desorden, tanto el exterior como el interior.

—Buenos días, señoritas. —La tenue voz se correspondía con su estatura.

—Buenos días, señorita Emilia. —La respuesta surgió a coro de las veintiséis gargantas.

—Espero que hayan dormido bien. Por lo que han escrito, se nota que algunas de ustedes no descansan por las noches como deberían, sobre todo a su edad.

Guardó silencio y posó una mano en las hojas que tenía delante. Se trataba de una colección de sueños. Al comienzo de cada curso, ponía como deberes a las alumnas que contaran su último sueño. Era la mejor manera de saber algo de ellas. Nada tan elocuente como los sueños para conocer a las chicas y ver su carácter. Además, los sueños son los primeros en alertar del desorden que amenaza con apoderarse de una cabeza joven, desorden que solo puede impedirse si se descubre a tiempo. Antes de

que llegue a estropear seriamente la personalidad, pues de lo contrario es muy difícil, quizá imposible, eliminarlo.

Naturalmente, siempre había alumnas que intentaban engañarla. Lo que escribían no era un sueño propio de verdad. Recurrían a la invención por varios motivos. Algunas simplemente no soñaban o no se acordaban de los sueños, pero no querían confesarlo. Otras se avergonzaban de ellos. Las más peligrosas eran las que lo hacían con el deseo de ser más listas que ella. A esas era a las que había que prestar más atención. Semejante hipocresía era una señal clara de que ya se habían descarriado. Y otro de los agravios que había que tenerles en cuenta era que la subestimaban. Como si fuera fácil embaucarla a ella que, con una experiencia de varias décadas a sus espaldas, era capaz de reconocer sin equivocarse no solo los sueños falsos, sino también los que estaban pensados para burlarse de su persona.

Estaba segura de que tres de las veintiséis hojas que le habían entregado al final de la hora anterior pertenecían a esa categoría. Todas estaban firmadas, pero, como todavía no conocía a las chicas, los nombres no le decían nada. Aunque daba igual. En seguida iba a quedar claro cuáles eran las señoritas que se creían más astutas que ella. Había que darles una lección y lo mejor era que pasaran por cierta humillación pública. Había que hacerles ver que cosecharían lo que sembraran. La indulgencia no tenía cabida allí. Solo así se las podía encarrilar.

Cogió el primer papel del montón y le dio la vuelta. Al final, junto a la firma de la muchacha, la señorita Emilia escribió con lápiz rojo un gran signo de peligro: tres rayas paralelas horizontales cortadas por una vertical. Utilizaba muchos signos parecidos cuyo significado solo ella conocía. Generaciones de alumnas se habían esforzado por descifrar esas claves, pero ninguna lo había conseguido. Para dificultar aún más que las desentrañaran, la señorita Emilia, de vez en cuando, introducía cambios desconcertantes que únicamente ella entendía: aparecían nuevos signos y los antiguos variaban de significado.

—Le ruego a la señorita Aleksandra que se ponga en pie.

En el penúltimo pupitre de la fila de al lado de la ventana, se levantó una jovencita esbelta, de ojos grandes y pómulos marcados. La señorita Emilia la observó atentamente. Nada inesperado. Esas chicas, desarrolladas prematuramente, eran las primeras en ensoberbecerse. Creen que ser más altas y más guapas que sus coetáneas las hace especiales. Como si eso fuera una virtud. Pero ella tenía remedio para la presunción.

—Ajá, es usted. Muy bien. —Puso a un lado la hoja de la señorita Aleksandra, y tomó otra del montón—. ¿Sería la señorita Teodora tan amable de presentarse?

En el tercer pupitre de la fila del centro, una chica regordeta se puso lentamente de pie. Era pelirroja y no podía dominar los rizos ni siquiera en unas trenzas bien tirantes. Tenía la cara llena de pecas. La señorita Emilia se subió un poco el cuello del vestido. No le gustaban nada las pecas. Eran una señal. Su existencia siempre se debía a una razón. Como quedaba ahora de manifiesto. No era en absoluto casual que

hubiera apartado el sueño de esa muchacha.

—Aquí está usted también. Excelente. —En la mano de la señorita Emilia se hallaba la tercera hoja con el signo de peligro—. Solo nos falta conocer a la señorita Klara.

Una niña menuda, con gafas de gruesos cristales, se levantó en el primer pupitre de la fila junto a la puerta. Inclina la cabeza y con la mano derecha apretaba con fuerza los tres dedos del medio de la izquierda. Era muy raro, pensó la señorita Emilia. De todas las alumnas, aquella sería la última de la que habría sospechado. En ella, casi podía reconocerse a sí misma hacía cuarenta años. Pero la experiencia le había enseñado cuán engañoso puede ser el aspecto. Aunque la señorita Klara parecía la personificación de la modestia, lo que había escrito indicaba claramente que se trataba solo de la apariencia externa.

—De acuerdo. Que todas las señoritas miren bien a las que están de pie.

Se produjo un barullo. Las chicas que estaban sentadas empezaron a volverse atropelladamente, contemplando a las tres alumnas no menos confusas. Algunas cabezas se acercaron a las cabezas vecinas susurrando. La señorita Emilia dejó que la incertidumbre cobrara impulso. Había dirigido esa función miles de veces y sabía justo cuándo debía hablar de nuevo.

—¿No notan algo raro? —inquirió por fin. Todas las caras se tornaron hacia ella—. No, nada raro. No se advierte nada especial. Diríase que no hay una relación particular entre las alumnas Aleksandra, Teodora y Klara. Pero no es así. Existen cosas que no pueden verse porque están escondidas. Cosas terribles que de ningún modo son propias de las personas honestas como las que esperamos que sean ustedes cuando salgan de este liceo. Una de esas cosas es la inclinación a mentir.

La señorita Emilia hizo una pausa para que sus palabras causaran la impresión adecuada.

—Se trata de un defecto muy feo. Sobre todo es peligroso cuando aparece en las personas jóvenes. La chica que empieza a mentir pronto, con toda seguridad no se detendrá solo ahí. Irá inexorablemente por un mal camino lleno de vicios aún más graves. Sin embargo, no todas las mentiras son iguales. Aunque ninguna pueda justificarse, algunas hasta cierto punto pueden comprenderse. Por ejemplo, sus redacciones sobre lo que han soñado. Casi la mitad de ellas no son ciertas. Han creído que pueden engañarme, pero, por supuesto, eso es imposible. Soy capaz, y muy capaz, de distinguir los sueños verdaderos de los falsos. A la mayoría de ustedes, no obstante, no les reprocho que hayan recurrido a la invención. No lo han hecho de mala fe. Se han encontrado en un apuro y la mentira les ha parecido la única salida. Aprenderán que la sinceridad es la mejor solución en todas las situaciones difíciles en que se hallen.

La señorita Emilia cogió el puntero y empezó a deslizarlo por el puño cerrado de la mano izquierda.

—Pero los motivos de estas tres señoritas de ningún modo son inofensivos. Ellas

han inventado con premeditación. Han jugado conmigo con prepotencia, deseando demostrar su superioridad. La mentira ha ido acompañada de la soberbia, y no hay peor unión. Estaban convencidas de que no las iba a descubrir, pero no me han valorado lo suficiente. Les ha llegado la hora de enfrentarse a las consecuencias. Eso es siempre molesto, aunque inevitable. En cualquier caso es por su bien. La confesión y el arrepentimiento son los primeros pasos para la redención y la rehabilitación.

El puntero dejó de moverse. Durante unos instantes reinó un silencio sordo.

—Así que veamos qué tienen que decir.

No estaba claro cuál de las alumnas se esperaba que hablara primero. La señorita Aleksandra dirigió una rápida mirada inquisitiva a la señorita Teodora, que se encogió de hombros. La señorita Klara seguía con la cabeza gacha. Sus ojos se tornaron vidriosos y húmedos. Todavía no fluían las lágrimas, pero era indudable que ya nada podría detenerlas. La tensión en el aula aumentó a la par que la impaciencia en la cara de la señorita Emilia.

—No han mentido.

La voz era queda y llegaba del fondo. Muchos pares de trenzas se balancearon cuando las cabezas curiosas se volvieron bruscamente hacia atrás. La señorita Emilia estiró el cuello.

—¿Quién ha dicho eso?

La chica que se levantó en el último pupitre de la fila del centro no destacaba demasiado. Enjuta, pelo negro, rostro corriente, pasaba inadvertida entre las demás colegialas uniformadas. Por lo único que se distinguía era por los ojos. La señorita Emilia conocía esa clase de ojos, y no le gustaban. Detrás de su limpidez, viveza y perspicacia se hallaba uno de esos caracteres difíciles de dominar. Caprichoso y obstinado, se resistía a subordinarse y dejarse moldear, actuando sobre las demás alumnas como un ejemplo pernicioso. Aquí había que ser cauto desde el principio.

—¿Usted se llama?

—Irena.

A la señorita Emilia el nombre le resultaba familiar. Le había llamado la atención al leer las redacciones sobre los sueños de las niñas, pero había olvidado la razón. Cogió el montón de papeles de la mesa y empezó a pasar las hojas. Había revisado una tercera parte, cuando de pronto se acordó. El trabajo que buscaba estaba debajo del todo. Lo había puesto allí con la intención de dedicarse a él al final, cuando terminara con los casos corrientes. Era muy especial. En el curso de los años transcurridos, le habían entregado las redacciones más variopintas, pero nunca antes había sucedido que una de las muchachas le diera un papel en el que salvo la firma no hubiera nada más.

—Así que es usted. Muy bien. ¿Y este es su sueño?

La señorita Emilia levantó la hoja en blanco para que todas las alumnas pudieran verla.

—En efecto.

—¿Según esto es preciso concluir que no ha soñado nada?

—No, no necesariamente.

—Ajá, es decir, que algo sí ha soñado, pero por algún motivo no le ha parecido adecuado contárnoslo. ¿Sería tan amable de confiarnos ese motivo?

—Sí se lo he contado.

—¿Que nos lo ha contado? Yo aquí no veo nada escrito. ¿Quizá alguna alumna ve mejor que yo?

Empezó a dar vueltas a la hoja lentamente trazando un arco. No le había hecho la pregunta a nadie en concreto, pero algunas chicas negaron con la cabeza.

—Es niebla.

Los ojos de ratón de la señorita Emilia parpadearon sorprendidos.

—Creo que no la he oído muy bien.

—Es niebla —repitió la joven del final de la fila del centro—. Yo siempre sueño con niebla.

—¿Sueña con niebla?

—Sí.

La señorita Emilia dejó el puntero y rectificó un poco su postura para alinearse con el borde de la mesa.

—Muy interesante. ¿Solo sueña con niebla? Entonces, debe de aburrirse mucho mientras sueña.

—No. Hay otras cosas.

—¿De veras? ¿Y por qué no ha escrito sobre esas cosas?

—Porque no son mías.

—¿No son tuyas? Pues ¿de quién son?

—De otro.

—¿Cómo es posible que algo en su sueño sea de otro?

—Porque ya no es mi sueño. La niebla se dispersa de repente, y yo entro en los sueños ajenos. Sueño lo que sueñan otros.

La señorita Emilia observó unos instantes sin palabras a la muchacha.

—Querida mía, a lo largo de los muchos años que he pasado en este liceo, me he hartado de escuchar toda suerte de patrañas que han contado las alumnas, pero reconozco que usted las ha superado a todas. ¿Realmente espera que nos creamos lo que nos acaba de decir?

—Sí. —La voz de la chica era uniforme, como si confirmara algo normal.

—Y ¿por qué íbamos a hacerlo? Díganoslo, por favor.

—Porque es verdad.

—¿Cómo puede ser verdad que sueña los sueños ajenos? ¿Acaso alguien ha oído hablar antes de algo así?

Recorrió la clase con la vista, pero esta vez ninguna cabeza se movió. La señorita Emilia se sentía a disgusto. La conversación había tomado un curso imprevisto y ya no la controlaba del todo ella. Tenía que acabar cuanto antes con tanta insensatez.

—Creo que ya es suficiente —prosiguió—. Deseo advertirlas de que no van a llegar muy lejos con semejantes cuentos. Aquí no se valora demasiado la imaginación exuberante. Velamos por otras virtudes.

—Esto no es imaginación. Si lo fuera, ¿cómo sabría que ellas tres no mienten?

—Por supuesto que mienten. Eso lo sé perfectamente. Y usted no es mucho mejor. No solo inventa tonterías sino que además insiste en ello con obstinación.

—Puedo contarle sus sueños. Los he soñado con ellas.

La señorita Emilia primero pensó en recurrir a un método ya probado. Había que expulsar inmediatamente de la clase a la señorita Irena y mandarle que fuera a ver al director del liceo. Semejante altanería debía ser castigada con ejemplaridad. Como escarmiento para el resto. Pero si actuaba así, supondría una derrota. Le habían lanzado un desafío al que tenía que responder. Por lo demás, ¿por qué no? Que la chiquilla contara lo que tenía que decir. Así se desenmascararía ella sola. Desde luego, no podía saber lo que habían soñado las otras tres alumnas. Sobre todo, porque no se trataba de sueños verdaderos, sino de invenciones.

—Muy bien. Oigámosla. Será una ocasión excelente para convencernos de que antes se atrapa al mentiroso que al cojo.

—La señorita Aleksandra ha soñado que llegaba a una clínica para enfermos mentales después de un accidente de tráfico en el que se había golpeado la cabeza. Tiene visiones terribles que la asustan. La visita un médico al que le cuenta esas visiones, pero él no las cree. La señorita Teodora ha soñado que estaba esquiando. En el telesilla, a su lado, se sienta un hombre vestido de manera rara, que le explica que eso no es casual. Ha ido para ver la pista por la que va a descender ella. Y que por alguna razón es muy importante. La señorita Klara ha soñado que es una adivina. A su consulta acude un joven con una petición muy extraña. Quiere que ella le confirme que le queda muy poco tiempo de vida.

Cuando la señorita Irena terminó, las miradas de las alumnas permanecieron unos instantes clavadas en ella, para luego volverse hacia la señorita Emilia. Solo continuaron mirando hacia el último pupitre de la fila del centro las señoritas Aleksandra y Teodora. Únicamente los sollozos y sorbetones de la señorita Klara, que no se había movido desde que se había levantado, interrumpían el silencio.

La señorita Emilia estaba roja de ira. Siempre había chicas, al menos al principio, que se creían más inteligentes que ella, pero algo así aún no había sucedido nunca. ¡Era una auténtica conspiración! Cuatro alumnas, nada menos, se habían puesto de acuerdo para hacerla pasar por tonta. ¡Muy bien! Les demostraría en el acto con quién se las estaban viendo.

—¿Realmente piensa que así se va a salir con la suya? ¿Que soy tan ingenua que me voy a tragar su plan? ¿Que me voy a creer esa estupidez de los sueños ajenos, cuando existe una explicación mucho más sencilla y natural? Se han enterado de que en la primera clase siempre ordeno que se cuente un sueño. No es ningún secreto. Y se han puesto de acuerdo al respecto. Tres contarían un sueño inventado y una

fingiría que los conocía todos. Pero su treta, por desgracia, no ha tenido éxito. Para ganarme en astucia, deberían haber pensado algo mucho más convincente. Ahora van a ir todas...

—También he estado en su sueño.

A la señorita Emilia no le gustaba en absoluto que la interrumpieran en mitad de una frase. En cualquier otra ocasión habría reprendido duramente a la alumna que hubiera osado hacerlo. Esta vez no hubo reprimenda. Miró sin parpadear aquellos ojos lípidos en el extremo opuesto del aula, cuya serenidad era lo que más la sacaba de quicio, y cogió de nuevo con fuerza el puntero con las dos manos por el centro.

—¿De veras? ¿Incluso a mí me ha concedido el honor de visitarme en sueños? ¿Y qué soñaba? Por favor, dígamelo.

—Lo que sueña siempre. Todas las noches. El sueño de una anciana cuyo despertador se ha estropeado y va al relojero...

El estrépito de la madera seca partiéndose en las manos de la señorita Emilia retumbó como una detonación, que sobresaltó a varias alumnas. La señorita Klara levantó asustada la cara surcada por las huellas de las lágrimas.

—¡Basta! No queremos seguir oyendo sus idioteces. Vaya en el acto a presentarse ante el director. Las demás que se sienten. Con ustedes ya saldará cuentas.

Las tres muchachas se sentaron rápidamente, pero la señorita Irena no se dirigió a la puerta.

—No sería bueno que me fuera.

Aquello era insubordinación. La señorita Emilia había dado una orden y debía ser cumplida sin réplicas. Pero, de repente, la autoridad amenazada no le parecía tan importante.

—¿No? ¿No creerá acaso que vamos a echar de menos su compañía?

—Pues sí. En cierto modo. Si salgo de esta aula, dejará de existir.

La señorita Emilia se levantó despacio. Nunca lo había hecho en mitad de una clase. Sin el respaldo de la silla se sentía como privada de apoyo, como si flotara. Dejó los dos pedazos del puntero partido en la mesa, lamentando al instante la falta de armonía debido a la leve diferencia de tamaño.

—No sabíamos que estuviera con nosotros alguien tan importante.

—No soy nada importante. Al contrario. Soy absolutamente secundaria. Este no es mi sueño. Tan solo soy una invitada en él, como casi siempre. Pero cuando lo abandone, el sueño terminará. Todo se desvanecerá. Al otro lado de la puerta no hay nada salvo la niebla. ¿Sigue deseando que vaya a ver al director?

El aula se hundió en el silencio. La señorita Emilia podía sentir casi físicamente las miradas de las alumnas: confusas, inquisitivas, expectantes, asustadas. Si hubiera estado a solas con la señorita Irena, quizá habría dado una respuesta distinta. Pero así, no tenía otra elección.

—Sí. Es un riesgo que debemos correr.

La señorita Irena caminó con paso lento entre los pupitres. Llegó a la puerta y

posó la mano en el picaporte. Permaneció así unos instantes, como si estuviera pensando en decir algo, pero no habló. Accionó la manija y la puerta empezó a abrirse.

La señorita Emilia no vio lo que había detrás. Volvió la cabeza bruscamente hacia el otro lado y se quedó mirando por los ventanales hacia la soleada mañana estival. No dejó de mirar hacia allí mientras la puerta se cerraba poco a poco al salir la alumna.

UN AGUJERO EN LA PARED

El enfermero que caminaba delante de mí se acercó a la puerta número siete del lado izquierdo. Era blanca, de metal, como las del resto del pasillo. En contraste con la pared rojo oscuro, parecían una dentadura abierta en una mandíbula gigante. Corrió el pestillo y abrió una portezuela rectangular a la altura de su cabeza. Echó un vistazo al interior y la cerró.

—No debería tener dificultades con ella. Le hemos puesto una camisa de fuerza, pero no porque sea agresiva. Ha intentado suicidarse, como ya sabe —señaló la carpeta que llevaba yo—. De todos modos, estaré cerca, por si acaso. Si me necesita, llámeme.

Asentí con la cabeza. El enfermero sacó una tarjeta magnética del bolsillo superior de la bata, la pasó por la abertura del pequeño terminal en el marco de la puerta y la abrió. Me dejó entrar, pero no cerró en seguida. Se quedó allí, observando. Me volví hacia él y repetí el gesto de asentimiento. La pesada puerta se deslizó sin ningún ruido sobre los goznes, ocultando su corpulenta figura.

Nunca me había gustado el color blanco con el que estaban tapizados las paredes y el suelo de esas habitaciones. Como si alguien se hubiera esforzado por aumentar con él la sensación de angustia de los pacientes obligados a permanecer allí. Lo mismo me sucedía con la potente iluminación de neón que jamás se apagaba, y ni siquiera se amortiguaba por la noche. Lo único que alteraba la depresiva uniformidad del cuarto era un ventanuco, situado muy arriba, junto al techo, en la pared opuesta a la puerta. En realidad, un conducto de ventilación, con dos barrotes verticales en lugar de cristal. Esa protección metálica era absolutamente superflua, no solo porque era imposible que alguien trepara hasta allí, incluso aunque no llevara una camisa de fuerza, sino porque por él no podía caber nadie más grande que un gato.

La chica estaba sentada bajo el agujero, con la espalda apoyada en la pared. Tenía las piernas flexionadas y su mentón descansaba en las rodillas. Sonreía al mirarme. Reconocí a la persona que había visto en la fotografía del historial médico. La cara redonda, los ojos grandes, castaños, vivaces, las diminutas orejas, la nariz corta, un poco respingona. El pelo rubio oscuro le llegaba a los hombros. Estaba peinada de manera descuidada, pero eso no estropeaba la discreta belleza de su rostro. Así, sin peinar, parecía, en realidad, algo más joven; si no hubiera sabido que tenía veintiséis años, no le habría echado más de veintidós o veintitrés.

Yo también me senté en el suelo, apoyándome en la puerta. Siempre trato de estar a la misma altura que los pacientes. Por regla general, eso suele crear una impresión de igualdad, de modo que entonces es más fácil establecer una relación con ellos. Estiré ambas piernas para tocar lo menos posible con las suelas de los zapatos la moqueta, que se ensuciaba en un santiamén. Puse junto a mí la carpeta verde.

—Buenos días, Katarina —dije, devolviéndole la sonrisa—. ¿Cómo está?

—Buenos días, doctor. Ahora estoy bien. Me alegro de que haya venido.

—Permítame que me presente. Soy el doctor Aleksandr. Sustituyo a la doctora Sonia que se ocupaba de usted hasta el momento. Ha tenido un accidente, así que estará ausente del trabajo dos o tres semanas. Por suerte, no es nada grave. Se cayó por la escalera de su casa. Se ha fracturado la tibia. Le han escayolado la pierna, pero es muy valiente. Poco a poco se acostumbra a las muletas.

—Pobre doctora. Dígale, por favor, que siento mucho lo que le ha sucedido. Seguro que ha sido bastante doloroso. Pero, como usted mismo afirma, se recuperará pronto. No habrá consecuencias. Se olvidará del dolor y de las muletas.

—Eso espero.

—Le aseguro que será así.

Nos contemplamos en silencio unos instantes. Por fin di unas palmaditas en la carpeta sobre el suelo.

—En efecto. Usted lo sabe, ¿verdad? Por lo que he podido entender, cree que es capaz de ver el futuro.

—Lo soy —respondió con tono uniforme, como si se tratara de algo normal.

—Entonces, quizá habría podido avisar a la doctora Sonia sobre el percance que iba sufrir. —Lo dije serenamente, como una broma, sin ningún asomo de reproche.

—Quizá. Pero, aunque lo hubiera hecho, no habría servido de nada. La doctora no me cree.

—No es fácil creer algo semejante.

—Lo sé. Por eso es fácil meter aquí dentro a alguien solo porque afirma que puede ver el futuro, pese a que con ello no haga ningún daño. —Tampoco en su voz había reproche.

—Se hace daño a usted misma. En general, la gente acaba en este lugar por eso y no porque crea poseer una facultad insólita. ¿Acaso no empezó primero dejando de comer y, luego, intentó suicidarse?

—Fue un intento torpe y apresurado. Equivocado, en cualquier caso.

De nuevo reinó el silencio entre nosotros. Por un instante posé la vista en mis piernas estiradas, y después volví a fijarla en su rostro, del que no se había borrado la sonrisa.

—Hay algo que no entiendo —dije, meneando la cabeza—. Es extraño que en el expediente no haya ninguna mención al respecto. No sé por qué la doctora Sonia ha dejado pasar la ocasión de hablar con usted sobre algo que a mí me parece clave en todo el asunto: los motivos que la impulsaron a intentar suicidarse. Si es cierto lo que afirma, que posee el don de ver el futuro, entonces usted es la última persona del mundo de la que cabría esperar que levantara la mano contra sí misma. Muchos darían cualquier cosa por estar en su lugar. Es difícil imaginar las infinitas posibilidades que se abren ante el que es capaz de ver lo que va a suceder.

—Por supuesto que la doctora quería saber por qué intenté suicidarme. Pero me negué a hablar de ello.

—¿Por qué?

—Había una razón.

—¿Había? ¿Sigue habiéndola?

No contestó en seguida. Su mirada pareció tornarse inquisitiva por unos instantes, mostrando cierta vacilación.

—¿Cómo se imagina el futuro? —respondió por fin con una pregunta.

Me cogió por sorpresa y me rasqué detrás de la oreja izquierda, como suelo hacer inconscientemente cuando algo me desconcierta, y luego me encogí de hombros.

—No sé. Como lo que vendrá, supongo. —No había acabado de decirlo cuando ya me había dado cuenta de que no me había lucido precisamente por mi agudeza. Temí haberme ganado una sonrisa irónica, pero esta no se produjo.

—Hasta no hace mucho, yo también tenía esa relación con el futuro —dijo ella en un tono rebosante de comprensión—. Sucederá lo que tenga que suceder. El hombre tiene poca influencia sobre eso. Si es que tiene alguna. Penetramos en la niebla sin saber lo que allí nos espera. Pero, después del accidente, todo cambió.

Con un ademán señaló la carpeta. Así se libraba de andar con explicaciones. Suponía, con razón, que había estudiado a fondo su expediente antes de ir a verla. Unos tres meses y medio atrás había sufrido un grave accidente de tráfico. Ella era la única superviviente de los cuatro viajeros del coche aplastado, y había sobrevivido de milagro. Al principio, los médicos no le daban muchas esperanzas. En realidad, no tenía grandes lesiones físicas, salvo el golpe en la nuca a causa del cual había entrado en un estado de coma profundo. Setenta y tres días después, salió de él y en un primer momento parecía que no le había dejado secuelas. Hasta que, al cabo de no mucho, empezó a afirmar que podía ver el futuro. Naturalmente, nadie se tomó en serio sus palabras. Los que han sufrido un fuerte golpe en la cabeza suelen tener alucinaciones parecidas. Enfrentada a la incredulidad general, Katarina, en señal de protesta, primero se replegó en sí misma, como una autista, y luego rechazó ingerir alimentos. Los cirujanos comprendieron en seguida que el tratamiento de la joven ya no les correspondía a ellos, y así, directamente del hospital, la trasladaron allí.

Estaba claro que no cabía esperar una mejoría significativa en las dos semanas escasas que la había tratado la doctora Sonia. Estos enfermos, por regla general, exigen mucho tiempo y paciencia. Bastaba con que la hubiera convencido de que volviera a comer. Esa buena señal, sin embargo, se había visto ensombrecida, cuatro días atrás, por un intento de suicidio absolutamente inesperado. Por fortuna, tal como había dicho la propia Katarina, había sido una tentativa bastante torpe, de modo que pudo impedirse con facilidad. Las normas en este caso imponían que, por precaución, se la trasladara a aquel cuarto por un tiempo.

—¿Cambió en qué sentido? —le pregunté.

Katarina estiró las piernas, igual que yo, y sacudió levemente la cabeza para ahuecarse el pelo. Eran las únicas partes del cuerpo que podía mover con libertad. Las perneras del pijama se elevaron un poco por encima de los calcetines, descubriendo sus pantorrillas. Sabía muy bien lo incómoda que debía de estar con los

brazos inmovilizados por la camisa de fuerza, pero no podía hacer nada al respecto por el momento.

—La niebla se levantó —respondió ella con parquedad.

Aguardé para ver si decía algo más, pero como no continuó, volví a hablar.

—¿Y se mostró el futuro? —Me esforcé por decirlo sin suspicacia, como si pronunciara un hecho manifiesto.

—No hay un solo futuro —dijo negando con la cabeza—. Eso fue lo que más me confundió al principio.

—¿A qué se refiere?

Titubeó unos instantes y prosiguió:

—Se trata de un haz... enorme... Aparece en cuanto cierro los ojos estando despierta. Lo veo claramente. Llena todo mi campo de visión bajo los párpados. No hay otra cosa salvo él. Está formado por innumerables hilos muy finos. Como si estuvieran hechos de cristal opaco. Cada uno de ellos es un futuro.

Se interrumpió, como si deseara darme la oportunidad de evocar lo mejor posible esa imagen insólita.

—Pero no pueden ser todos... reales. Quiero decir que... —Creía saber lo que quería decir, pero no había forma de que me salieran las palabras justas.

—No pueden, así es. Solo uno será real, al final. Pero antes de que eso suceda, todos y cada uno de los hilos son igualmente posibles, sin excepción. Hasta que uno se separa.

—¿Se separa? —repetí con curiosidad.

—Sí. Empieza a emitir luz. Con un brillo interior. A la vez se vuelve transparente y se expande relegando a los demás, y acaba ocupando todo el espacio del haz. No hay nada salvo él. Es el futuro que se convertirá en real. Está allí delante, claro como el cristal. En ese hilo se puede ver todo, separado y aumentado. Todo lo que va a ocurrir.

Permanecí con los ojos fijos en ella por un tiempo, sin palabras.

—Pero yo no puedo —dije por fin—. Esa es la cuestión. Parece ser que solo usted tiene el privilegio de verlo.

Por primera vez, desde el principio de la conversación, la sonrisa se esfumó de su cara.

—No me cree, ¿verdad?

—Quizá me resultaría más fácil creerla si llegara a comprender por qué alguien que puede ver el futuro decide suicidarse. Seguimos tropezando con ese escollo.

Agachó la cabeza hasta rozarse el pecho con el mentón. El pelo le cubrió el rostro como un velo. Desde detrás de ese parapeto llegó el leve rumor de una respiración lenta. Cuando volvió a abrir la boca, su voz era sofocada y un tanto lejana.

—¿Qué es lo que cree usted que decide el hilo que va a relucir? ¿Cuál de los innumerables futuros posibles se va a hacer realidad?

—No sabría decirle —contesté al cabo de una breve pausa de reflexión—. ¿El

azar, quizá?

Ella suspiró profundamente.

—El azar, sí. Yo también lo pensaba al principio. Al menos, así, la facultad adquirida me habría resultado más soportable.

Como no continuó, pregunté con cautela:

—Si no es el azar, ¿qué es entonces?

De nuevo alzó la cabeza y, al hacerlo, el cabello se le retiró dejando al descubierto la mitad del rostro. Me recordó una imagen que había visto en una valla publicitaria.

—No se trata de qué, sino de quién —dijo en un tono más bajo que de costumbre.

Parpadeé un rato, mirándola antes de preguntar:

—¿Alguien elige el futuro que se va a hacer realidad? Pero ¿quién podría ser?

—¿Acaso no es evidente?

—Tal vez sí, pero no para mí —contesté haciendo una mueca de pesar.

Una sombra de sonrisa tornó a sus labios. Como si así quisiera perdonar mi escasa perspicacia.

—No se lo reprocho. A mí también me costó un tiempo vislumbrar lo que estaba claro desde el principio, familiarizarme con ello, de algún modo. Soy yo, naturalmente, la que toma la decisión, la que separa el hilo que prevalecerá sobre los demás. Yo elijo el futuro.

—¿Usted? —Esta vez no pude evitar cierto matiz de incredulidad—. Pero ¿cómo?

—Pues, en realidad, de una manera muy simple, y eso era lo que más me desorientaba. Bajo los párpados cerrados, mi mirada hacia el haz de todos los futuros posibles no está enfocada, por eso veo los hilos un poco borrosos. Pero en cuanto me concentro en uno, este empieza a separarse. Al principio confundía la causa con el efecto. Me parecía que mi vista se concentraba sobre el hilo que, por la razón que fuera se separaba, sin que yo influyera en ello. Pero, por desgracia, sucedía exactamente lo contrario.

Estuvimos callados alrededor de medio minuto. Katarina, evidentemente, consideraba que ya estaba todo explicado, y yo en un primer momento no supe cómo proseguir la conversación. De repente, toda mi experiencia con esa clase de pacientes parecía no servirme de nada. Por fin, en su última frase, detecté una palabra a la que agarrarme.

—Pero ¿por qué «por desgracia»? ¿Acaso la posibilidad de escoger el futuro no es mucho mejor que solo poder verlo? Ahora entiendo aún menos que antes que haya intentado suicidarse.

En el rostro de Katarina apareció la expresión de la maestra que tiene ante sí a un alumno idiota.

—¿Qué puede haber de bueno en eso?

—¿Cómo que qué? Pues que podría elegir un futuro en el que no hubiera muertes, sufrimiento, penas. Seguro que entre esos hilos incontables que menciona tiene que

haber futuros así.

—¿Una utopía? —Negó con la cabeza lentamente—. ¿El paraíso terrenal? No sea ingenuo. No existen tales futuros. Ni uno solo carece de muerte, sufrimiento y penas.

—No me refería a un futuro en un sentido ideal. Hablaba de uno en que hubiera los menos males posibles. En el que el mayor número de personas vivieran felices.

—Pero, así y todo, habría gente desgraciada.

—Eso es inevitable, como usted misma ha dicho.

En la mirada que me lanzó había una sombra de reproche y censura.

—¿Aceptaría usted decidir a quién debería sacrificarse en aras de la felicidad de la mayoría?

De nuevo me cogía desprevenido. Ya levantaba la mano en un acto reflejo cuando me detuve. Rascarme detrás de la oreja me parecía poco adecuado en ese momento.

—Es una pregunta muy difícil.

—Lo es. Y piense solo en la carga tan pesada que lleva alguien que, sin desearlo de ningún modo, debe decidir qué futuro se hace realidad, sabiendo que con ello causa la muerte, penas y sufrimiento a otras personas. No hay espalda humana que pueda soportarlo. Dudo que incluso la espalda de Dios sea lo suficientemente fuerte como para cargar con ese peso. Solo existe una fuerza capaz de apañárselas con una responsabilidad tan aterradora: la fuerza ciega e indiferente del azar. Tengo que devolverle cuanto antes lo que le pertenece y que, vaya usted a saber por qué error, ha recaído sobre mí. Espero que entienda ahora por qué no tengo elección.

—Pero seguro que el suicidio no es la única solución.

—¿No? ¿Y qué otra cosa me recomienda? —Su voz estaba teñida de ironía.

—Ha dicho que ese... haz de hilos del futuro... aparece solo cuando cierra los ojos estando despierta, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—Pues muy fácil. No cierre los ojos salvo cuando vaya a dormir.

Meneó la cabeza. Las puntas de los largos mechones rubios se mecieron como impelidas por una ráfaga de viento.

—¡Ojalá las cosas fueran tan sencillas! Me subestima usted. ¿Realmente piensa que un ser humano podría resistirse a esa tentación? ¿Ejercer semejante autocontrol? Además, ya lo he probado, y fue la frustración por el fracaso lo que me impulsó a llevar a cabo esa torpe tentativa de suicidio.

—En la que no tuvo éxito, por suerte.

—En efecto, no lo tuve, precisamente porque era torpe. Tras lo que hacía se ocultaban la rabia y la desesperación, que son malos aliados para hacer un trabajo como es debido. Más tarde, cuando me resigné a estar aquí, empecé a pensar con serenidad. —Su sonrisa se ensanchó—. Como puede ver, que le pongan a uno una camisa de fuerza también tiene su lado bueno.

—No es el único. La camisa, ciertamente, es incómoda, pero surte su efecto para impedir que cometa una insensatez. Aún no hay nadie que haya conseguido

suicidarse con esa camisa.

—Pues entonces yo seré la primera que lo consiga. —Advertí un asomo de orgullo en su tono.

—¿Cómo?

—Lo sabrá muy pronto. El asunto ya está en marcha y nada puede detenerlo.

—¿Está absolutamente segura de eso?

—Por supuesto que estoy segura. No olvide el poder de que dispongo. Es algo en lo que caí en la cuenta estando aquí a solas, sentada en el suelo, mientras la ira por el fracaso anterior iba desapareciendo poco a poco. ¿Por qué perder el tiempo en tentativas dudosas e inciertas si todo se puede llevar a cabo con total fiabilidad?

—¿Usted cree...? —Hice un gesto indefinido con la mano.

—Sí. Simplemente había que elegir el futuro del haz en el que mi intento tiene éxito. No ha sido nada fácil, bien es verdad. Durante tres días he explorado los hilos en busca del adecuado, y por fin lo he encontrado.

—Es decir ¿que ahora estamos en ese futuro?

—En efecto. Y precisamente a través de él puede ver cuán ligada está la elección de lo que ha de suceder con infligir dolor a otros. En este hilo, la doctora Sonia se cae por la escalera. Lo he sentido muchísimo. Era dulce y estaba llena de comprensión para conmigo. Le ruego que le pida disculpas en mi nombre. Trate de explicarle que ha sido imposible evitar el accidente. Aunque sus esfuerzos por convencerla serán vanos; no lo logrará, porque ni usted mismo llegará jamás a creérselo. Ni siquiera cuando mañana me encuentre muerta en este mismo lugar.

Recorrí poco a poco con la vista el interior del cubo tapizado. Nunca me habían gustado aquellas celdas blancas y tétricas, pero ahora me parecían el refugio más apropiado para aquella muchacha que, evidentemente, seguía hallándose en el remolino de los más sombríos pensamientos. Solo allí, inmovilizada por la camisa de fuerza, estaba a salvo de sí misma. De vez en cuando había tenido pacientes proclives al suicidio, pero no eran más que casos típicos, triviales. Era la primera vez que oía una historia tan compleja e increíble, contada de una forma tan convincente. Aunque difícil, trabajar con ella sería un reto. Intentaría persuadir a Sonia de que me cediera el caso de Katarina, o, al menos, de que, cuando volviera de su convalecencia, nos ocupáramos juntos de ella.

—Por supuesto que no la encontraré muerta, Katarina —dije con la esperanza de que mi voz transmitiera la convicción y la confianza más absolutas—. Usted estará sana y salva cuando mañana venga a visitarla. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Entonces continuaremos nuestra conversación. Es muy interesante.

No replicó. Por un instante me pareció que una sombra de pena y compasión cruzaba su rostro, como cuando la maestra comprende por fin que todo su esfuerzo ha resultado inútil, y que el alumno es demasiado corto de luces para comprender las cosas que le está explicando.

Cogí la carpeta y me levanté. Di un golpecito en la portezuela y en la ventanilla

rectangular casi en el acto apareció la cara del enfermero. Era evidente que había estado allí delante todo el rato. Hice un ademán y cuando la pesada puerta se abrió, me volví hacia la chica.

—Hasta mañana, Katarina —dije con serenidad.

—Adiós, doctor —respondió con no menos calma. Dos amigos que se despiden después de una agradable charla, afectuosos, sonriéndose el uno al otro.

Yo no la encontré muerta al día siguiente. Ella no lo había dicho de manera literal. Cuando llegué a la clínica, ya se habían llevado el cuerpo. Incluso se había resuelto la duda original acerca de la causa de la muerte. A las ocho, al llevarle el desayuno, la habían hallado acurrucada en el suelo, en la posición en que siempre dormía, con la espalda hacia la puerta. Había bastado una mirada a su cara para comprender que ya no estaba viva, el bello rostro de Katarina completamente deformado por la hinchazón y la tumefacción más grotescas. El causante de esa fea máscara de muerte ya no estaba en la celda número siete, así que, hasta que llegó el informe del forense, no se supo muy bien qué había ocurrido.

Katarina era alérgica al veneno de las avispas. De madrugada, entre las seis y las seis y media, un insecto, que solo había podido entrar por el agujero pegado al techo, le había picado en la mejilla izquierda. La muerte se había producido veinte minutos más tarde. Desde luego antes de las siete. Había una única duda. La picadura debió de despertar a la chica. ¿Por qué no había pedido socorro, si sabía de sobra el peligro al que estaba expuesta? Había tenido tiempo suficiente para avisar y, sin embargo, no lo había hecho.

Era una pregunta para la que se esperaba que yo diera una respuesta. Y la di en mi primer y último informe sobre Katarina. No había reaccionado porque, en apariencia, la picadura de la avispa le había permitido lograr sus propósitos anteriormente fallidos. Había sido un suicidio insólito favorecido por un inverosímil cúmulo de circunstancias. A decir verdad, ¿cuántas posibilidades hay de que una avispa encuentre el camino a través de un conducto de ventilación para llegar a un recinto en el que se halla la única persona alérgica a su veneno? Podría decirse que casi ninguna, pero lo increíble, a pesar de todo, había sucedido. Quizá era un motivo para tapiar esos agujeros. Al fin y al cabo carecían de utilidad. Y nunca se sabe cuándo y cómo podía volver a ocurrir un percance tan inimaginable como aquel.

No escribí nada de las razones que habían impulsado a la chica a atentar contra sí misma en dos ocasiones. ¿Qué podía decir? Solo había tenido una oportunidad de hablar con ella y eso, desde luego, no bastaba para emitir un dictamen veraz. Quizá la doctora Sonia pudiera arrojar más luz sobre el asunto, ya que había trabajado más tiempo con Katarina. Al terminar el informe, me senté en el coche y fui a su casa. Deseaba comunicarle la trágica noticia en persona, y transmitirle el mensaje que me habían dado para ella el día anterior.

GANSOS EN LA NIEBLA

No habíamos subido ni la tercera parte de la cuesta cuando el remonte se detuvo. Era el colmo. Si hubiera estado sola en el telesilla doble, habría empezado a maldecir. Como no lo estaba, lo hice en mi fuero interno, pero no es lo mismo. Solo gritando habría conseguido desahogarme. Hay días en los que todo sale al revés. Lo mejor sería no levantarse de la cama, pero como una, naturalmente, no sabe lo que le aguarda, se precipita al futuro como los gansos a la niebla.

Primero, en el baño no había agua caliente. Llamé furiosa a la recepción del hotel y me enteré de que algo no funcionaba en las calderas. Con gran amabilidad, me aconsejaron que no me preocupara, que la reparación estaba en curso, y que se esperaba que volviera a haber agua caliente un poco después del mediodía. Pensé en cuán consolador sonaba esto mientras me castañeteaban los dientes bajo la ducha helada. Como si esa adversidad no hubiera sido suficiente, el gorro de plástico se escurrió de pronto y se me mojó buena parte del pelo, así que no me quedó más remedio que lavármelo, aunque nunca me había gustado hacerlo con agua fría.

Luego se produjo el incidente en el comedor. Compartía mesa con los tres miembros de una familia para la que comportarse con educación debía de ser algo desconocido. En todas las comidas, el padre se traía del buffet más cantidad de comida de la que podía ingerir. Con gran arrogancia, siempre dejaba más de la mitad, masticaba con la boca abierta y, además, tenía constantemente el periódico desplegado delante de los ojos.

La madre era charlatana y curiosa más allá de toda medida. Me tuteaba sin ningún reparo, a pesar de que yo le llevaba unos cuantos años e insistía en dirigirme a ella de usted. Me asaeteaba con multitud de preguntas, de las que una se repetía cada vez que nos encontrábamos. Quería saber a toda costa por qué había ido a esquiar sola, aunque le había hecho saber con toda claridad que no tenía intención alguna de contarle mis intimidades. La circunstancia de que no tuviera compañía, evidentemente, despertaba en ella la sospecha.

El hijo debía de contar cinco o cinco años y medio, y era un niño muy inquieto. Se removía sin cesar en la silla, creaba el caos en la mesa, tiraba los cubiertos al suelo, hablaba demasiado alto. El padre no prestaba ninguna atención, y la madre le reprendía con suavidad solo cuando había llegado demasiado lejos. En cuanto vi que se ponía a jugar con el enorme bote del *ketchup*, tuve el presentimiento de que algo desagradable iba a suceder. Mientras pensaba si pedirle a la madre que le quitara el bote al niño, él ya lo había apretado vuelto hacia mí.

No creo que me hubiera apuntado intencionadamente, pero yo me hallaba justo en el camino del espeso chorro que sobrevoló la mesa, y me acertó en medio del pecho. En mi jersey blanco floreció una gran mancha roja, como si me hubieran herido. En un acto reflejo salté de la silla, sin saber, en el primer momento de confusión, qué hacer. El crío estalló en carcajadas, y la madre por fin hizo lo que debería haber

hecho antes de que fuera demasiado tarde. Dejando el bote en la mesa, le dijo al niño, en un tono no demasiado irritado, que en el futuro tuviera cuidado hacia quién apuntaba.

La reacción del padre fue la gota que colmó el vaso. Como si fuera algo por completo natural y esperado, se levantó, dobló el periódico, cogió una servilleta y sin palabras empezó a pasármela por el pecho, limpiando el *ketchup*. Me quedé mirándolo incrédula unos instantes, hasta que me acometió el deseo de abofetearlo con fuerza. No obstante, me contuve, murmuré algo airada y abandoné bruscamente el comedor, sintiendo las miradas curiosas sobre mí.

Mientras intentaba limpiar la mancha del jersey con agua fría, el tiempo cambió. En la montaña suele suceder con mucha rapidez. Cuando entré en el baño, la ventana enmarcaba un cielo completamente azul. No habían pasado diez minutos cuando se transformó en un plano rectángulo gris. Era lo que me faltaba. De cinco días que llevaba allí, dos ya los había pasado en el hotel porque el mal tiempo me había impedido esquiar. Debía ir inmediatamente a las pistas si no quería perder también ese día.

Al apretar, apresurada, el cierre de la bota en el esquí, me partí la uña del índice derecho. Me mordí el labio inferior como hacía siempre que me ponía furiosa. Si había algo que no soportaba era una uña rota, pero si me quitaba la bota, regresaba a la habitación donde tenía las tijeras y volvía al guardaesquíes a calzarme, perdería más de un cuarto de hora. Me puse las manoplas, esperando que atenuaran, hasta cierto punto, el desastre, pero consciente de que estaría todo el tiempo crispada hasta que me arreglara la uña. Ese día, todo se había conjurado en mi contra.

Al salir del guardaesquíes, me encontré en una nube. Apenas alcanzaba a ver unos metros delante de mí. De ese denso muro gris, de vez en cuando, surgían como espectros las figuras de otros esquiadores. Avanzando despacio hacia la salida del telesilla, temí que no funcionara. Cuando la nubosidad era absoluta o soplaba viento de tormenta, lo paraban. Por suerte, no había viento, y podía suceder que solo fuera una nube situada encima de la zona del hotel, mientras que en las pistas más altas luciera el sol. Por lo menos eso era lo que esperaba.

Dejé escapar un sonoro suspiro de alivio cuando constaté que la fila de esquiadores que aguardaban para coger el telesilla se movía. Por fin me sucedía algo bueno en un día repleto de disgustos. Pero mi contento no duró mucho, chafado por la persona que se acomodó en el asiento vecino. El hombre estaba detrás de mí en la fila, pero yo no había tenido ningún motivo para darme la vuelta, de modo que no lo vi hasta que se sentó a mi lado. Lo cierto es que no había hecho nada que pudiera molestarme, pero su aspecto bastaba.

Siempre me han sacado de quicio los tipos que no esquían y que, en vez de pasearse por la montaña, lo que les sería mucho más útil y saludable, se dedican a quitarle el sitio a los esquiadores en los remontes. Además, la apariencia del desconocido estaba totalmente fuera de lugar allí. Incluso sin tener en cuenta su edad

—debía de pasar de los sesenta—, su ropa era más propia para salir por la ciudad que para andar por la montaña con semejante tiempo. Sombrero, pajarita, bufanda blanca, abrigo largo con cuello de piel, guantes de cuero fino, paraguas, zapatos de vestir. Se lo iba a pasar de maravilla cuando descendiera del remonte. Esbocé una sonrisa maliciosa y le volví la espalda desdeñosamente, tanto como me permitía el angosto espacio del telesilla.

Ya habíamos emergido de la nube cuando el arrastre se detuvo con una sacudida. Sabía cuál era la razón. De nuevo se había ido la luz. Desde mi llegada, no había transcurrido ni un solo día sin que se fuera. En la recepción del hotel tenían una explicación preparada para estos contratiempos. Se estaba renovando la anticuada red eléctrica. La próxima temporada no se producirían más cortes de luz. Y ya está, eso debía servir como justificación. Me daban ganas de rechinar los dientes. ¡La próxima temporada! Como si eso me fuera de gran ayuda. Estaba sentada impotente a más de cincuenta metros de altura sobre el suelo, en compañía de un hombre que, seguramente, era la última persona que deseaba ver a mi lado, y quién sabe cuánto tardaría en volver la luz.

Como si me hubiera leído el pensamiento, de pronto el hombre se volvió hacia mí:

—No se preocupe. El telesilla se pondrá en marcha dentro de siete minutos y medio.

Nunca me ha gustado entablar conversación con desconocidos. En especial si no me resultan simpáticos y, encima, si estaba de un humor de perros, como entonces. Primero pensé en no responderle, pero eso daría una imagen de mí de persona inmadura y maleducada. Habría preferido que no me dirigiera la palabra, que hubiéramos pasado en silencio el tiempo que, como prisioneros, permaneciéramos entre el cielo y la tierra, pero ya no había vuelta atrás. Las reglas sociales, no obstante, no me obligaban a ser exageradamente amable.

—¿Siete minutos y medio? Usted debe de ser adivino.

Ni siquiera me molesté en disimular el tono burlón. Tan solo volví un instante la cabeza hacia él con una sonrisa irónica, para mirar de inmediato hacia el otro lado.

—No lo soy —dijo él sin más.

La conversación podría haber terminado ahí. Si no hubiera dicho nada más, nadie me habría tachado de descortés. Pero la rabia que se había ido acumulando en mí a lo largo de la mañana me impidió contenerme.

—Y entonces ¿cómo sabe con tanta exactitud lo que va a suceder? —Esta vez mantuve la cabeza vuelta hacia él un poco más de tiempo, pudiendo así observar mejor su cara. Era justo la que me imagino que tienen los funcionarios jubilados. Mejillas llenas, bigote poblado y cuidado que no sobrepasa las comisuras de los labios, ojos pequeños y acuosos. La loción para después del afeitado que utilizaba tenía un olor acre y penetrante.

Aunque no habría sido capaz de decir de dónde había sacado esa impresión,

estaba convencida de que era viudo o soltero.

—No es difícil si se conoce la causa. Así es fácil prever las consecuencias.

—Es decir, que usted sabe a qué se debe el corte de electricidad, a pesar de que estaba aquí sentado cuando ha sucedido. ¡Lo felicito! —Mi tono seguía siendo mordaz.

—Es mi trabajo, señora: saberlo —replicó el hombre simplemente, como si con eso lo explicara todo. Mi sarcasmo, evidentemente, no lo había ni rozado—. El telesilla se ha detenido por una avería en una pequeña pieza de la estación de transformadores eléctricos. Incluso una caja de cerillas es mayor que esa pieza. Una causa tan minúscula y unas consecuencias tan mayúsculas. —Señaló las sillas delante de nosotros en las que permanecían sentados los esquiadores, enfadados e impacientes.

—¡Oh, qué interesante! —Era consciente de que me estaba excediendo, pero su medida me provocaba.

—Sí —respondió él tomando al pie de la letra mis palabras—. A menudo las pequeñeces moldean el futuro. Rara vez lo hacen los fenómenos de grandes proporciones. Ya ve, un ejemplo podría ser que esta mañana nos hayamos quedado sin agua caliente en el hotel.

—¿Usted también está alojado en el hotel? No lo he visto.

—Eso es porque no llamo la atención. La gente, por lo general, no se da cuenta de mi presencia, lo que es muy útil. —Se detuvo por un instante, como si estuviera reflexionando lo que iba a decir. Me pareció que quería añadir algo a la última frase, pero luego optó por dejarla inacabada—. Las calderas se han parado por un descuido banal del hombre que se ocupa de su mantenimiento. Se ha quedado dormido y no ha cumplido con su cometido. Y cuánta gente, por ese motivo, se ha tenido que duchar con agua fría esta mañana.

Por un momento me embargó una sensación de incomodidad. Creí ver cómo el cristal traslúcido de la cabina de ducha de mi apartamento se iba volviendo poco a poco transparente, descubriéndome a las miradas curiosas.

—Pues sí —dije por primera vez en un tono normal—, muy desagradable. A mí, además, por casualidad, se me cayó el gorro de plástico y se me mojó todo el pelo. — Con un gesto inconsciente me toque las puntas del cabello bajo el gorro de lana. Fue un gesto vano porque, naturalmente, me lo había secado bien antes de salir.

—La casualidad, sí —repitió el desconocido—. Un concepto indefinido que sirve como un buen pretexto para la ignorancia. No hay casualidad, señora mía. Solo existe nuestra falta de información.

Me irritó el tono de superioridad con el que se expresaba. Siempre me han repugnado los hombres que se pavonean de su supuesta inteligencia.

—¿Y cómo habría podido saber por anticipado que se me iba a caer el gorro? ¡Esas cosas son imprevisibles!

Me contempló unos instantes sin hablar.

—Quizá —dijo por fin—. Pero incluso usted podría haber previsto lo que le iba a suceder en el comedor.

La rabia recién sofocada de nuevo me inflamó. No tanto por ese despectivo «incluso usted», aunque también por ello. Otra vez me sentía expuesta a miradas indeseables, desnudada.

—¿También lo sabe? —pregunté. Era imposible que no advirtiera el bufido con el que proferí la frase.

—Por supuesto, estaba allí. Aunque no lo parezca, yo también desayuno.

—Pues no lo he visto.

—Ya le he dicho que no llamo la atención. Me sentaba en la esquina, a su espalda. Por otro lado, el incidente no ha podido pasar desapercibido para nadie.

—Todo ha ocurrido muy de prisa —dije como justificándome—. No me dio tiempo a apartarme. Pero no culpo al niño. La responsabilidad es de sus padres, desde luego.

—Y, en parte, de usted. Desde el principio debió tener claro que en semejante compañía, alguna calamidad le iba a suceder. Tendría que haber pedido que la trasladaran a otra mesa. En particular porque no había una razón especial para que le asignaran esa. El camarero lo hizo sin pensar, como con el resto de los huéspedes. La podría haber puesto en otro sitio. Si lo hubiera hecho, su jersey no estaría ahora manchado de *ketchup*.

—¿Por qué va a ser culpable el camarero? Ni siquiera podía intuir lo que iba a suceder.

—No he dicho que sea culpable, sino que su decisión arbitraria ha sido la causa de todos los males. Por fortuna, en esta ocasión no han sido graves.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Ha intentado alguna vez quitar el *ketchup* de la lana?

—No. Supongo que no es fácil. Lo que quería decir es que ni siquiera la pérdida del jersey ha sido algo dramático. Es simplemente fastidioso, pero, en realidad, no más grave que si se le rompe una uña, por ejemplo.

Clavé en él una mirada penetrante, tapándome el índice derecho con los demás dedos dentro de la manopla. Pero no me dio tiempo a decir nada, porque en ese momento el telesilla se puso en marcha. Las sillas que se extendían delante de nosotros se encabitaron por unos instantes y empezaron a subir rápidamente hacia la cima de la montaña, como un tiro de caballos espoleado por el látigo del cochero. El hombre se levantó la manga izquierda del abrigo, miró el reloj y, satisfecho, asintió con la cabeza.

—Exactamente siete minutos y medio, como le había dicho.

Quizá esperaba de mí que mostrara admiración, pero no lo hice. Tenía la mente ocupada en otro asunto.

—Y ¿dice usted que no hay casualidad? —pregunté con la voz ahogada.

—No la hay, en efecto —convino él con un tono también más bajo que hasta

entonces.

—Eso significa pues que tampoco está aquí por casualidad. ¿Quién es usted entonces? ¿Qué quiere de mí?

No respondió en seguida. En un silencio tenso, recorrimos aproximadamente la mitad de la distancia entre dos postes del remonte, mirándonos sin pestañear. Apreté con firmeza la empuñadura de los bastones de esquí, levantando un poco las puntas hacia el asiento vecino. Casi estábamos llegando a la estación intermedia. Me bastaba con levantar la barra de seguridad y deslizarme rauda del asiento. Dudo que hubiera podido impedírmelo.

—Tranquilícese —dijo por fin—. Yo no le haré ningún daño. No deseo nada de usted. Solo soy un observador.

—¿Un observador? —repetí inquisitiva, sin saber qué otra cosa decir.

—Sí. Estoy aquí para ver lo que va a hacer. Nada más.

—¿A qué se refiere con eso de «lo que va a hacer»? ¿Acaso no es evidente? Descenderé esquiando por la montaña. ¿Qué iba a hacer si no?

—Desde la montaña bajan muchos caminos.

—¿Y qué? ¿Quizá no da igual?

—Si diera igual no estaría ahora aquí.

—No lo entiendo. ¿Quiere advertirme de que me amenaza un peligro si voy por un camino y no por otro?

—¿A usted? No, no, está completamente segura.

—Pues entonces ¿quién no está seguro? Le ruego que deje de jugar a las adivinanzas conmigo. No me apetece nada.

De nuevo se hizo el silencio. La estación intermedia estaba ya muy cerca. Levanté un poco la barra de seguridad, dispuesta a lanzarme hacia la elevación que rozaba el suelo del telesilla. Esperaba que él dijera o hiciera algo, pero se limitó a mirarme sin palabras. Así permanecemos, inmóviles, mientras pasábamos junto a la estación. El guardián, que estaba delante de la pequeña garita de madera, nos observó un instante sin mucho interés. Cuando quedó a nuestra espalda, bajé la barra.

—No estoy jugando a las adivinanzas con usted —dijo con cierto tono de alivio, como si se alegrara de que no hubiera bajado del telesilla—. La cuestión es que no puedo decirle mucho. Usted debe tomar la decisión por voluntad propia. Mi intromisión conllevaría grandes dificultades.

—Pero ¿qué decisión? No cesa de confundirme.

—¿Qué pista elegiré para el descenso?

—¿Y eso qué importa? Una u otra conducen al pie de la montaña, ¿no es cierto?

—Sí, pero lo que viene a continuación ya no es igual. Cada pista tiene su propia prolongación en el futuro. Ahí empieza una cadena de acontecimientos con resultados muy dispares. Por fortuna, la mayor parte de estos resultados no suelen ser peligrosos, pero los hay que sí lo son. A veces, aunque no es frecuente, causas tan triviales como puede ser su decisión de bajar por una pista u otra pueden tener

consecuencias catastróficas. ¿Ha oído hablar de la mariposa que inocente agita las alas provocando un huracán en la otra punta del mundo? Por supuesto que la mariposa no es culpable, pero ¿hay que esperar cruzado de brazos sin hacer nada que interrumpa la cadena de sucesos que llevan al desastre?

En un primer momento no supe qué responder a eso. El desconcierto del que era presa me había enturbiado completamente las ideas. Contemplaba atontada su cara redonda, enrojecida por el frío. Una red de capilares sinuosos, como los de los borrachos, surcaba sus mejillas. A su vez, él me devolvía una mirada en la que me pareció vislumbrar impaciencia y expectación.

Y entonces, como si la nube interior que me empañaba el juicio no fuera suficiente, me rodeó una nube exterior. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, como siempre. Un minuto antes ascendíamos a través del brillante azul del cielo matutino de la montaña y, en apariencia, al siguiente nos hallábamos en medio de una masa gris, densa, casi palpable. Distraída como estaba, no me di cuenta de dónde procedía la nube. Probablemente de abajo, porque, si no, la habría advertido. De pronto, todo se volvía irreal a nuestro alrededor. Parecía que flotábamos en el vacío. Si no hubiera sido porque, a intervalos regulares, emergían en dirección contraria los telesillas vacíos, que se hacían visibles solo cuando estaban ya muy cerca de nosotros, no habríamos tenido la sensación de movernos.

—Y ¿qué hace para impedir el desastre? ¿Mata a la mariposa, supongo, antes de que levante el vuelo? ¿Elimina la causa antes de que suceda? —Mi voz revelaba un leve temblor, a pesar de que me esforzaba por hablar lo más pausadamente posible.

—Eso sería lo más sencillo, sí. Pero por desgracia es imposible. Hay que dejar que la causa se dé, y solo entonces actuar.

Aspiré profundamente y espiré el aire. Estaba lleno de diminutas gotas punzantes que servirían de material para una nieve futura.

—Pero ¿cómo puede saberse qué mariposa será la impulsora de la catástrofe? Las hay a millares.

—Se puede —respondió el hombre sin más. Esperé por si añadía algo, pero permaneció mudo.

—Y ¿qué es lo que me diferencia del resto de los esquiadores? ¿Por qué es importante la pista por la que yo descienda? ¿Qué sucedería si se hubiera equivocado, si yo no fuera la persona adecuada?

—No nos hemos equivocado. —De nuevo aquella concisión impregnada de una confianza en sí mismo que no me decía nada.

—¿Y esa es toda la explicación que me da? —Mi voz de nuevo se teñía de irritación—. Aparece de no se sabe dónde, me cuenta una historia fantástica y retorcida, y espera que lo crea.

—No es preciso que me crea. —Daba la sensación de que nada podía hacer tambalear su calma—. Soy consciente de que mis palabras deben de resultarle confusas e increíbles. Pero no puedo decirle más sin alterar un orden que no debe ser

amenazado. En realidad, ya le he contado demasiado. Lo mejor sería que se comportara como si nunca nos hubiéramos encontrado, como si esta conversación no se hubiera producido. Pronto llegaremos a la cima de la montaña. Bájese del telesilla y láncese esquiando por la pendiente. No piense por qué pistas. Hágalo de manera espontánea, como siempre.

—¿Que me olvide sin más de este trayecto? ¿Como si hubiera subido sola? —Era imposible que no percibiera la incredulidad mezclada con el ultraje en mi voz.

—Eso sería lo mejor. Por lo demás, no volverá a verme. Ni en el hotel verá huella alguna de mi estancia. Como si nunca hubiera puesto el pie en esta montaña.

Me mordí el labio inferior y sacudí la cabeza. En ese momento, la nube empezó primero a inundarse de brillo, y un segundo después a disiparse. No tardamos en sobrepasarla y llegar a una zona absolutamente despejada. El azul intenso del cielo y el centelleo de la nieve me obligaron a guiñar los ojos, así que me puse las gafas de sol que llevaba colocadas sobre el gorro. Faltaba muy poco para la cima. Justo acababan de bajarse del telesilla delante de nosotros dos esquiadores.

Levanté suavemente la barra de seguridad. No apartaba la vista, resguardada por las gafas, del hombre del asiento de al lado. Sabía que ya no me diría nada más, yo tampoco tenía ganas de hablarle. Quizá, al fin y al cabo, él tenía razón. ¿Por qué no fingir que ese encuentro nunca había ocurrido? ¿Acaso el olvido no es la mejor defensa contra las cosas horribles que le suceden a uno en la vida?

Me deslicé suavemente del asiento del telesilla, me aparté a un lado, a la derecha, y me detuve un momento fuera de la pista por la que los esquiadores descendían. Clavé los bastones en la nieve delante de mí y me apoyé en ellos. La silla en la que me hallaba hacía apenas un instante continuó hasta un lugar cubierto donde giraba una enorme rueda horizontal. Allí trazaba un semicírculo y emprendía la marcha en sentido contrario, hacia abajo.

El hombre no me perdía de vista. Primero se dio la vuelta en el asiento para mantenerme en su campo de visión y, luego, cuando comprendió que eso no bastaría, se levantó y se arrodilló sobre él, sin preocuparse de que al hacerlo tuviera que bajar la barra. El guardián, delante de la garita en la cima por la que no tardó en pasar, le gritó una advertencia, pero el desconocido no se dio por aludido. Siguió en la misma posición, aferrándose al respaldo del asiento mientras inexorablemente corría al encuentro de la nube. Estaba demasiado lejos para ver la expresión de su cara, aunque podía imaginármela.

Dejé que la masa gris lo engullera, y aguardé un momento. Cuando ya era imposible que él me viera, hice lo que se esperaba de mí. De forma absolutamente espontánea, sin pensármelo, me lancé por la pendiente hacia abajo. Como suelo hacer. Era el colmo de la irresponsabilidad para con el futuro, lo sé, pero esa responsabilidad me había sido impuesta. Yo no la había aceptado de buena gana. Además, en un futuro semejante, aunque estuviera libre de catástrofes, no habría sido más que una marioneta cuyos hilos movía una mano ajena e invisible. Y si había algo

que era incapaz de tolerar era que manipularan mi vida, bajo ningún concepto.

Cuando, al cabo de unos segundos, yo también me hundí en el lago gris, pensé sonriendo que, en realidad, no entendemos a los gansos. Precipitarse a ciegas en la niebla no tiene por qué ser desagradable.

LA LÍNEA DE LA MANO

Examiné atentamente al cliente que acababa de entrar. Es muy importante hacerlo en mi trabajo. El aspecto de una persona dice mucho de su futuro. Mejor dicho, de lo que el visitante quiere oír sobre su futuro. La gente no va a ver a una pitonisa para enterarse de malas noticias y, para colmo, pagar por ellas. Para eso no necesitan a nadie como yo. De mí esperan ayuda, como del médico o del sacerdote. Y yo se la ofrezco. El lema básico de mi oficio es que el cliente debe salir satisfecho de mi consulta. Después de eso, las cosas siguen su curso.

En realidad, si les predijera que les va a suceder algo malo, estoy segura de que casi nadie me creería. Parece ser que eso forma parte de la naturaleza humana. Si les dice algo que les conviene, todos lo aceptarán gustosos, por muy increíble e incluso imposible que suene. A veces tengo la impresión de que cuanto más increíble sea la predicción, mejor la aceptarán. Las dudas superfluas no los abrumarán un ápice. Y viceversa; si les dijera algo que no les conviniera, se volverían en el acto recelosos y desconfiados. Iniciarían una discusión sobre la fiabilidad y el sentido de la predicción, intentando demostrar que todo aquello no era más que mera charlatanería destinada a engañar a los ingenuos. Pero si es así, entonces ¿para qué recurren a mí?

Por los años que aparentaba, ya era un cliente poco habitual. En general, solía visitarme gente de mediana edad. A los jóvenes, el futuro no les inquieta demasiado, porque creen que es muy largo. Tienen todo el tiempo del mundo por delante. Los viejos saben que no tienen futuro, así que tampoco les interesa mucho. Pero entre los cuarenta y los cincuenta años, empiezan a echar cuentas consigo mismos, lo que siempre va acompañado de una toma de conciencia de su propia mortalidad. Aunque ninguno lo reconocería voluntariamente, lo que atrae a mi consulta al mayor número de visitantes es el miedo a la muerte que se despierta de pronto. Lo primero que desean de mí es la garantía de que el Juicio Final está muy lejos. Y yo, por supuesto, les ofrezco dicha garantía. Por un módico precio, pese a que estarían dispuestos a pagar mucho más por ella. No está bien enriquecerse a costa de la desgracia ajena.

El hombre no tenía más de veinticinco años. No recuerdo que en mi consulta haya entrado un cliente más joven. Su estatura estaba acentuada por una gabardina larga de color gris verdoso con anchas solapas cruzadas. Una liviana bufanda blanca, cuyos extremos le llegaban hasta la cintura, le envolvía el cuello al desgaire. De cara alargada, rasgos regulares, más varoniles que hermosos, se peinaba el cabello, negro y abundante, hacia atrás, desde la frente despejada, y llevaba unas pequeñas gafas redondas de montura metálica. La miopía, a esa edad, probablemente era la consecuencia de una larga dedicación a la lectura. Un paraguas en una funda le colgaba del brazo izquierdo.

Sus manos estaban ocultas bajo unos guantes de fina piel negra, así que no pude vérselas, y es lo primero que miro en todos los clientes. Si se es un hábil observador,

como tengo que serlo yo en este trabajo, las manos pueden revelarle a uno multitud de datos valiosos sobre el visitante, al igual que los zapatos. Los del joven estaban limpios, a pesar del mal tiempo. Incluso demasiado limpios. Eso indicaba una persona presumida, tendente a la pedantería, que difícilmente cambia una idea preconcebida. La forma en que se ataba los cordones me descubrió a un adicto al orden, la precisión y la simetría. Era difícil que para él existieran los matices. Solo los extremos: o blanco o negro. Sin duda alguna, no era buena señal. Era mucho más fácil trabajar con clientes más desordenados y frívolos. Los que más me gustaban, en realidad, eran los que no se preocupaban de su apariencia.

Se quedó en la entrada de mi consulta, observándola con la misma curiosidad que yo a él. Era evidente que acudía por primera vez a un lugar semejante. Su mirada recorrió la penumbra del cuarto, absorbiendo cada detalle. Estaba convencida de que los percibía todos, de que nada escapaba a su atención. Sus labios se contrajeron un instante en una mueca de desaprobación, incluso de asco, cuando advirtió los tarros de cristal en la pequeña estantería a la izquierda de mi mesa de trabajo. En ellos se hallaban algunas muestras de las que equivocadamente se creía que representaban herramientas tradicionales de mi oficio de pitonisa: alas de murciélago, colas de rata, ojos de búho, colmillos de jabalí, piel de serpiente, garras de halcón...

A mí tampoco me gustaban esas cosas. Por eso las tenía en un estante que no podía ver cuando me sentaba a la mesa en la que pasaba la mayor parte del tiempo. Pero tenían una finalidad: causaban impresión a los clientes. Casi todos ellos acudían a mí con una idea absolutamente estereotipada acerca de cómo debía ser la consulta de una pitonisa, de modo que no podía decepcionarlos. Todo era a imagen y semejanza de algunas películas famosas.

El toque final lo daba un pequeño caldero con agua —eléctrico, aunque parecía que lo calentaba un fuego— del que brotaba una ondulante columna de vapor teñido de rosa gracias al haz de una bombilla roja oculta. De vez en cuando, desde esa columna se extendía un fuerte aroma, aparentemente exótico, pese a que lo que ponía en el agua para producirlo era algo muy corriente. Siempre que podía, intentaba evitar este accesorio aromático porque después de un rato empezaba a dolerme la cabeza y me daban náuseas.

Cuando me pareció que le había dado al nuevo cliente tiempo suficiente para examinar la consulta, hice una leve inclinación y dije:

—Buenas noches, señor, adelante. —Señalé con un gesto de la mano la silla frente a la mesa.

—Buenas noches —respondió el joven, que continuó de pie en la puerta. Si hubiera oído su voz por teléfono, habría dicho que hablaba con alguien al menos diez años más viejo.

A veces tengo clientes que, nada más entrar en la consulta, lamentan haberlo hecho y querrían marcharse en el acto. Dos o tres prácticamente se fueron corriendo de la sala, espantados, después de haber pasado en ella menos de un minuto. Los que

superan ese primer minuto, suelen quedarse. Debido a mi larga experiencia, sé cuál es la mejor manera de actuar con los visitantes aturdidos que no son capaces de apartarse de la entrada. Con ellos hay que iniciar una conversación sobre algo inocuo, neutral, para que se relajen. Después, todo es mucho más fácil.

—¿Llueve? —pregunté medio extrañada, señalando con la cabeza el paraguas en la funda.

—No, no llueve —respondió él—. Ha caído la niebla. Los meteorólogos, sin embargo, habían dicho que iba a llover. Por eso lo llevo.

—Meteorólogos —repetí con la medida justa de desprecio—. No se puede confiar en ellos cuando se trata de predecir el futuro. No tienen ni idea. Fingen trabajar científicamente, pero de lo único que son capaces es de lanzar meras hipótesis que a menudo son erróneas.

—En su caso, no obstante, no es así, ¿verdad? —El tono de su voz era un tanto irónico.

—Se sobrentiende que no —respondí aparentemente ofendida—. ¿Habría venido aquí si no fuera porque soy más hábil que los meteorólogos?

—Mi visita no demuestra nada. Quizá me he equivocado. Igual que me he equivocado al guiarme por las previsiones meteorológicas y he cogido el paraguas.

—Quizá. Pero no puede saberlo hasta que no lo compruebe. Y si ya le ha dado a los meteorólogos la oportunidad de demostrar lo que saben no sería justo que no me la diera a mí. —Hice una pequeña pausa táctica—. Veamos, para demostrarle la fe que tengo en mis facultades, he aquí lo que le propongo: aunque lo normal es que se pague por adelantado, usted no deberá hacerlo. Me pagará solo al finalizar la sesión. Y lo hará si está satisfecho. —Esto siempre resulta. La gente se siente más segura si no tiene que pagar por anticipado las posibles malas noticias. Como estas, desde luego, no llegan, pagan con sumo gusto al final. A menudo suelen añadir una suculenta propina, de modo que nos despedimos satisfechos por ambas partes.

Se quedó mirándome unos segundos sin hablar.

—Pero usted no puede saber por adelantado si yo quedaré satisfecho o no. ¿Qué pasará si me predice algo que no me gusta lo más mínimo?

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo —contesté con total seguridad—. Por favor, tome asiento. —Como él continuaba indeciso en la puerta, añadí con una sonrisa—: No tema, no le va a ocurrir nada. —Eso también era un recurso de eficacia probada con los clientes varones. La manera más fácil de quebrar su resistencia era atacar su vanidad. ¿Cómo iba uno de ellos a asustarse de una vieja vidente vulgar y diminuta? Con las damas, sin embargo, el mismo efecto se obtenía mediante los pertinentes halagos.

Por fin se apartó de la entrada y se acercó a la silla. Por unos instantes se detuvo, confuso, delante del asiento sin saber qué hacer con el paraguas, hasta que lo colgó en el respaldo y se sentó. Podía haberle sugerido que dejara el paraguas y la gabardina en el perchero junto a la entrada —la consulta, naturalmente, estaba caldeada—, pero

no lo hice porque de algún modo estaba convencida de que él lo rechazaría. Daba la impresión de ser una persona que solo se siente a salvo dentro de una armadura y con una lanza en la mano. Sin ellos estaría desnudo y sería vulnerable, como un caballero en un dormitorio.

No fui directo al grano. Según el protocolo establecido, primero lo observé con mirada penetrante unos quince segundos, sin pronunciar una palabra. Pocos son los visitantes que soportan un escrutinio tan atento. Por lo general, suelen bajar la vista y empiezan a removerse. Eso establece un cierto nivel de autoridad, y así la charla que viene a continuación transcurre como la de un médico y su paciente o un sacerdote y un feligrés. El joven, sin embargo, no cedió; sus ojos castaño oscuro me devolvieron sin asomo de inquietud la mirada a través del grueso cristal de sus gafas, de modo que al final fui yo la primera en retirarme, consciente de que me esperaba una dura sesión. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Por desgracia, no estoy en situación de elegir la clientela. Afortunadamente, estos visitantes son una franca minoría.

—¿Así que a usted le gustaría enterarse de lo que le deparará el futuro?

—Por eso viene la gente a verla, ¿verdad?

—Sí, en general, es por eso. ¿Qué procedimiento le gustaría que aplicáramos? Tiene a su disposición todas las formas clásicas. —Señalé los medios desplegados delante de mí—. Podemos mirar en la bola de cristal, consultar varias clases de cartas o los posos del café. También podemos echar la suerte con habas, palillos o tabas. Y, por supuesto, una explicación astrológica. Con un desembolso adicional incluso es posible predecir el futuro leyendo las entrañas de animales recién sacrificados, aunque eso exige unos preparativos especiales. Sobre todo si el cliente elige un animal grande, como podría ser un buey, por ejemplo.

En ese punto siempre esbozaba una amplia sonrisa para hacer saber al cliente horrorizado que solo bromeaba. Lo más normal era que me devolvieran la sonrisa, y a menudo con un suspiro de alivio, pero el rostro del joven siguió impertérrito.

—Si ninguna de estas técnicas le conviene —me apresuré a añadir—, aunque hace ya miles de años que su éxito ha quedado demostrado, existen métodos nuevos, uno de ellos es el ordenador. —Volví la cabeza hacia el monitor en una esquina de mi enorme mesa de trabajo. El hecho de que se hallara debajo de una funda de plástico protectora, recubierta por una gruesa capa de polvo, daba fe de las preferencias de mis clientes respecto a los modos modernos de vaticinar el futuro—. Tengo un excelente programa de predicción profesional. Es de importación.

—Me gustaría que me leyera la palma de la mano, si es que lo hace.

—Por supuesto que lo hago —repliqué con un tono que más que las palabras debía de expresar mi asombro ante semejante pregunta—. No se lo he mencionado porque hace tiempo que nadie me pide esa modalidad. Parece ser que la quiromancia ya no está en boga. Quizá no lo sabe, pero en las artes adivinatorias, las modas cambian como en todo lo demás. Sin embargo, es raro que caiga en desuso, porque la mano, hasta cierto punto por ser parte del cuerpo, puede considerarse el indicador

más directo y más fiable del destino de aquella persona. Creo que ha elegido bien.

El joven que, hasta el momento, había mantenido las manos en el regazo, ocultas a mi vista, levantó lentamente la derecha y la posó con la palma hacia arriba en el paño verde que tapaba la parte central de la mesa, iluminado por un estrecho haz de intensa luz.

Esperé unos segundos pero, como no hacía nada, le dije:

—Sería mejor que se quitara el guante.

La sombría seriedad de su cara se suavizó por primera vez.

—Perdone —dijo, con una expresión de incomodidad, aunque tardó un rato en sacarse el guante con gestos lentos y vacilantes. Cuando terminó, cerró el puño unos instantes antes de abrirlo, de mala gana a juzgar por el gesto.

No me abalancé de inmediato sobre su palma, como habría hecho una pitonisa de feria. Si se quiere que los clientes la tomen a una en serio en este oficio, es preciso respetar las formas.

Y las formas aquí requerían que primero cogiera un trozo de algodón, lo mojara con un poco de alcohol, y con él frotara la superficie de la palma. Aunque debería ser evidente la razón por lo que lo hacía, muchos clientes desconcertados me pedían una explicación. Y yo se la daba, intentando hacerlo de manera profesional y a ser posible con frases en latín.

Después de limpiar a fondo, cogí una gran lupa con mango y montura de imitación de marfil, le pasé un trapo de lino gris, y por fin clavé los ojos en la mano.

Incluso bajo el cristal de aumento, la línea de la vida del joven parecía muy corta. Había visto antes esas líneas que se interrumpían precipitadamente o se bifurcaban hacia la mitad de su trayectoria hasta la muñeca, pero nunca una como aquella. A duras penas llegaba a la tercera parte de su longitud. Si hubiera algo de verdad en todo esto, mi joven cliente ya debería estar muerto. Por suerte para él, no eran más que supersticiones que, por suerte para mí, estaban muy extendidas. Ninguno de los dos teníamos motivos para lamentarnos.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Solo después de hacerlo comprendí que no había sido muy inteligente desde un punto de vista táctico. Tendría que haber continuado examinando tranquilamente la mano como si no viera en ella nada especial. De este otro modo, él obtuvo la confirmación de que algo no encajaba. Volví veloz a la palma, pero ya era tarde.

—Moriré pronto —dijo con voz queda y templada, como si constatará una simple verdad.

—¿Cómo? —pregunté mostrando una sorpresa exagerada, sin apartar más los ojos de la escena bajo la lupa.

—No me queda mucho de vida.

—¿Por qué lo cree?

—Por mi línea de la vida.

—¿Qué le pasa a su línea de la vida?

—Fíjese lo corta que es.

—Sí, ya lo veo, ¿y?

—Que significa que mi final se acerca.

Dejé la lupa en la mesa y de nuevo escruté al cliente con una severidad calculada que debería indicar claramente al joven mi justificada indignación.

—Veamos, caballero, si usted solo es capaz de interpretar las líneas de la mano, ¿por qué pierde entonces el tiempo y el dinero conmigo?

No recurro a menudo a esas palabras porque, por suerte, rara vez hay motivo para ellas, pero cuando las digo, siempre surten el efecto deseado. En esta ocasión, sin embargo, no hubo tal efecto. A juzgar por la cara del cliente, el reproche no le había afectado lo más mínimo. Tendría que mostrarme más enfadada aún.

—Es increíble que algunas personas no se den cuenta de que leer la palma de la mano es una disciplina muy seria y de gran responsabilidad, y no algo que puede hacer cualquiera. La habilidad se alcanza después de una sólida instrucción y larga experiencia, y, desde luego, es indispensable un talento natural. En realidad, en este sentido, el asunto no se diferencia de un diagnóstico médico. ¿Alguna vez se ha entrometido en el diagnóstico de un médico?

El joven tardó un poco en responder, como si estuviera reflexionando. Cuando por fin habló, ignoró mi pregunta retórica.

—¿Cree que podré tener una vida más larga?

Suspiré profundamente y volví a coger la lupa. Quizá eso le bastara. Me incliné sobre la mano y seguí estudiándola. Lo hice despacio y a conciencia, para que transcurriera el máximo tiempo posible. Con un cliente normal, habría emitido un juicio con la conveniente rapidez a fin de crear la impresión de que todo se ve bien y fácilmente. Pero con estos sabihondos había que actuar de la manera contraria. Solo se les puede convencer si la predicción se hace después de un estudio largo y exhaustivo.

—Va a ser bastante longevo —dije por fin—. Le garantizo al menos unos ochenta y cuatro años y medio, aunque no descarto que llegue a los noventa.

No hay cliente, por muy desconfiado que sea al principio, que no se alegre cuando oye que aún le quedan décadas por vivir. A veces se producen situaciones delicadas, repletas de lágrimas y arranques de sinceridad respecto a los presentimientos oscuros y terrores que los han traído a mi consulta. Sucede incluso que una persona a la que se le ha quitado un gran peso de encima acaba abrazándome. En ese instante, mientras le doy palmadas en la espalda, me siento orgullosa del trabajo al que me dedico. No queda ni una huella del remordimiento de conciencia que me asalta de vez en cuando. Lo que la gente obtiene de mí a cambio de una modesta remuneración no se mide por su veracidad u honradez, sino por su utilidad.

Pero en la cara del joven ni siquiera asomó una sonrisa.

—¿Lo garantiza?

Ahora sí que se había extralimitado. Semejante ingratitud todavía no la había

visto.

—¡Por supuesto que lo garantizo! —casi grité—. Se lo puedo poner por escrito si lo desea.

—Pero sus garantías pueden invalidarse fácilmente. —Mi agitación no lo había alterado ni un ápice y su voz era firme.

—¿De veras? —Su flema no hacía más que aumentar mi ira—. ¿Y cómo, dígamelo, si es tan amable?

—Pues es muy sencillo. Podría suicidarme.

—¿Que haría qué? —Pensé que no había oído bien.

—Suicidarme —repitió, como si fuera algo trivial.

Clavé los ojos en su cara de piedra. Había subestimado a aquel cliente. No se trataba de un escéptico corriente de esos que suelen venir de vez en cuando y con los que al final consigo arreglármelas. Aquel era un caso absolutamente especial. Nunca había tenido un visitante que mencionara el suicidio. Ni había oído que alguien así hubiera acudido a consultar a mis colegas. El joven, desde luego, no hablaba en serio, pero debía ser cauta. Si sucedía algo, podrían prohibirme trabajar.

—No puede suicidarse, naturalmente —dije con un tono que recuperaba mi anterior serenidad—. Ni aunque quisiera. Se lo impedirá lo que está escrito con claridad en su palma. Morirá siendo muy anciano, le guste o no. A decir verdad, no veo la razón de que no le guste.

—Pero sí puedo —replicó él. Con un movimiento rápido retiró la mano derecha del círculo iluminado en el paño y la metió entre las solapas cruzadas de la gabardina. Un instante después la sacaba sujetando un revólver. Yo no entiendo de armas, pero el objeto me parecía lo suficientemente real y amenazador a pesar de su pequeño tamaño. Lo sostuvo delante, con el cañón entre los dos.

Sabía que era preciso decir algo si deseaba mantener la situación bajo control, pero aunque me esforcé al máximo no se me ocurrió nada coherente. Solo miraba atontada el metal cromado, reluciente en su mano, sintiendo un nudo en la garganta. Nunca antes había estado tan cerca de un arma de fuego.

—¿Qué me lo impide? —El joven fue el primero en interrumpir el silencio—. Es muy sencillo. —Amartilló el revólver con el pulgar y se lo llevó a la sien derecha—. Basta con apretar el gatillo.

—¡Espere! —exclamé, casi saltando del sillón.

Tuvo que haber algo gracioso en ello, porque los labios del cliente se ensancharon en una suave sonrisa. No soltó el arma, pero el índice perdió fuerza.

—¿Por qué? —preguntó sin más.

—¿Se mataría solo para demostrar que mi vaticinio no es correcto? —No era nada bueno que la voz me temblara, pero no podía evitarlo. Me volví a sentar lentamente.

Titubeó un largo instante, y luego posó la mano con el revólver en el regazo, donde yo no podía verla. El chasquido que se oyó procedente de allí significaba que

el arma ya no estaba amartillada. Se me escapó un ruidoso suspiro de alivio.

—Me mataría para frustrar la predestinación. No hay otra manera de vencerla. He pensado mucho en esto. Cuando se está marcado, como lo estoy yo, apenas queda tiempo para otras cosas. —Levantó la mano sin revólver, volvió la palma hacia mí y rápidamente la bajó de nuevo al regazo.

—Pero le he dicho que...

—Ya sé lo que me ha dicho —me interrumpió—. Pero da igual, ¿no lo entiende? En lugar de una predestinación me está ofreciendo otra y mucho más larga. ¿Acaso no basta con el tormento que estoy padeciendo desde hace ya casi dos décadas por lo que está escrito en mi mano? ¿Tengo que padecer esa agonía hasta la vejez? Usted no puede imaginarse cuán pesada es esa carga. No sería capaz de llevarla tanto tiempo. Es imposible vivir si se sabe cuándo se va a morir uno.

El silencio nos cubrió como un pesado manto. Incluso aunque no hubiera tenido experiencia a la hora de interpretar las miradas de mis clientes, habría podido leer fácilmente lo que había en los ojos del joven: la firme decisión del suicida de llevar a cabo su propósito.

—Pero si no deseaba enterarse de cuándo iba a morir, ¿para qué ha venido a mi consulta?

—No he venido aquí para enterarme de cuándo voy a morir. Eso ya lo sé. Estoy aquí porque es el lugar más adecuado para suicidarme. El templo de la predestinación. Solo aquí mi acto tendrá pleno sentido.

Del regazo del hombre llegó de nuevo un chasquido. No había tiempo para vacilaciones. Pensé que nunca iba decirle a nadie aquello, y menos a un cliente. Pero no tenía elección.

—No estamos en ningún templo de la predestinación —dije con voz ahogada, como un criminal que, acorralado por las pruebas, reconoce su culpa.

—¿Y qué es la consulta de una pitonisa sino eso? —preguntó el joven, enarcando las cejas.

—El templo de la esperanza falsa. Los que deciden visitarme no lo hacen por la verdad. En lo más profundo de su ser son conscientes de ello. Aquí los trae el miedo, que les surge repentinamente, a su propia muerte. El mismo que ha empezado a torturarlo a usted demasiado pronto. Yo, a decir verdad, no les ofrezco la eternidad que les sería prometida si fueran a la iglesia. Mi mercancía no es tan duradera y por eso vale menos. Pero también la longevidad tiene compradores.

—Una longevidad falsa.

—Falsa, desde luego. ¿Cómo podría ser de otro modo? No hay predicción correcta porque no hay ninguna predestinación. Está dispuesto a suicidarse para vencer a un enemigo que no existe.

—Pero mi línea de la vida... —Levantó de nuevo la mano, pero esta vez con el revólver.

—Su línea no dice nada. Ni la mía. Ni la de nadie. Todo es pura superstición. Lo

que usted tiene en la palma de la mano no guarda relación con la longevidad. En estos momentos, eso solo depende de usted. Puede apretar el gatillo y cometer una enorme equivocación. O puede olvidar todo el asunto y lanzarse sin más hacia un futuro incierto. Disfrutando justamente de esa incertidumbre.

Mientras hablaba, intentaba, angustiada, adivinar cuál sería su reacción. Lo que más temía era que no prestara atención a mis palabras, que las interpretara como falsas o poco convincentes, y poner fin a la cosa tal y como, evidentemente, había pensado al encaminarse allí. Por supuesto, la posibilidad menos mala, aunque muy embarazosa, era que se enzarzara conmigo en una discusión metafísica acerca de la predestinación, sin dejar de agitar el arma delante de mi nariz como argumento principal. Por extraño que resulte, lo que menos me atemorizaba era algo que en cualquier otra ocasión habría considerado una amenaza aterradora, a saber, que me acusara de haber confesado sin rodeos estar engañando conscientemente a los clientes, aunque lo hiciera por motivos nobles. Eso, con toda seguridad, supondría el cierre de mi consulta.

Durante un buen rato no dijo nada, observándome sin pestañear. O quizá me lo pareció a mí. El tiempo puede pasar muy despacio si se está en una tensa espera. Cuando por fin hablé, me quedé muda durante unos segundos por la sorpresa.

—¿Cuánto le debo? —preguntó él.

—No me debe nada, por supuesto.

—No, por favor. Tengo que pagar. —Se levantó sin guardar el revólver. Con la otra mano cogió primero el guante que descansaba en la mesa y luego el paraguas colgado en el respaldo de la silla.

No tenía sentido discutir. ¿Cómo rechazar el dinero de alguien que se yergue armado delante de una? Le dije la tarifa más baja, que aplico solo a los clientes especiales. Él, sin duda, era uno de ellos, así que mi generosidad era oportuna.

Por un instante, el joven se aturulló. Tenía las dos manos ocupadas, de modo que no podía coger el dinero. Al final, guardó el revólver debajo de la gabardina, rebuscó un poco en los bolsillos y sacó el monedero. El billete que me tendió era mucho mayor que el importe solicitado.

—Me temo que no tengo suelto —dije con tono de disculpa—. Si espera un momento iré a cambiar. Aquí cerca, al doblar la esquina. Regreso en seguida.

—No hace falta que me devuelva el cambio. Quédeselo.

No me dio tiempo a rechazarlo, porque en el mismo instante, el joven se volvió bruscamente y se encaminó hacia la salida. Pensé que se iría sin despedirse, pero se detuvo en la puerta, se dio la vuelta y dijo:

—Buenas noches.

Mi «buenas noches» de respuesta se dirigió a una sala vacía.

Permanecí sentada en el sillón, como alelada, contemplando y manoseando el billete, que era de los grandes. Ese movimiento susurrante y monótono, como si fuera un mantra, me ayudó a serenarme. La vida me ha enseñado que siempre hay que

tratar de ver el lado bueno de las cosas, incluso de las más difíciles. Si se sumaba todo, la visita que acababa de terminar, aunque insólita en efecto, y en muchos aspectos desagradable, había transcurrido sin consecuencias graves.

Lo más importante, sin duda alguna, era haber evitado el suicidio del joven, que tanto a él como a mí nos habría causado daño. Y si por lo menos hubiera tenido un motivo de peso para suicidarse... Pero ese de pretender jugársela a la predestinación... Como si la predestinación existiera, o mejor dicho, suponiendo que existiera, como si fuera posible jugársela. Otra cosa buena eran los honorarios. Para ganar lo que este visitante me había dejado galantemente habría tenido que atender a cinco clientes como mínimo. Y raros eran los días que acudían tantos a mi consulta.

Por último, la experiencia por la que había pasado me llevó a pensar en introducir medidas especiales de seguridad. Vivimos una época inestable, por lo que un poco de precaución adicional no está de más. Hay que tener en cuenta que me visitan desconocidos de todo tipo agobiados por problemas. La gente satisfecha y sin preocupaciones no acude a que le lean el futuro. Esta vez había tenido suerte, pero no podía arriesgarme a que a otro cliente se le ocurriera venir con una pistola. Quizá debiera instalar a la entrada un discreto detector de metales similar a los que tienen en los aeropuertos. Con la condición, se sobrentiende, de que no fuera demasiado caro.

Un fuerte timbrado me sacó de mis pensamientos. Mis clientes, por lo general, a duras penas rozan el timbre, temerosos de lo que les espera dentro, pero el que estuviera ahora en la puerta, evidentemente, no tenía ningún miedo. Teniendo en cuenta que no dejaba de llamar, debía de tener una buena razón para querer saber el futuro con tanta urgencia.

—Ya voy, ya voy —grité, levantándome del sillón.

Mientras, con los miembros entumecidos debido al largo rato que había pasado sentada, me dirigía con paso vacilante hacia la puerta, pensé que a lo mejor era el joven, que había regresado. Había reflexionado y, al final, había decidido llevar a cabo su primer propósito. Aterrada ante semejante posibilidad, me quedé inmóvil con la mano en el pomo sin saber cómo actuar. Pero el timbre no dejaba de sonar y a la postre entreabrí la puerta y atisé la noche henchida de una densa niebla.

El semblante que vi no era el del joven. Un hombre con abrigo, de barba poblada, pequeña estatura y mediana edad, se erguía delante de mí. Su aparición, sin embargo, no me produjo ningún alivio. Tenía todo el aspecto de estar conmocionado, como si acabara de vivir algo muy doloroso.

—Disculpe, señora. —Se dirigió a mí con voz temblorosa, quitándose el sombrero de manera instintiva y mostrando su calva incipiente—. Solo había luz en su casa. ¿Me permitiría utilizar su teléfono? Es urgente, ha sucedido... un accidente.

—¿Un accidente? —pregunté repitiendo sus palabras.

—Sí, aquí... al lado... muy cerca. —Señaló hacia la izquierda con vaguedad—. Un joven... cruzaba la calle... no lo he visto a causa de la niebla... Yo conducía muy despacio, por supuesto, y de pronto... estaba delante de mí... como por arte de

magia... No me ha dado tiempo ni a frenar..., todo ha sucedido tan rápido...

—¿Está herido? —inquirí aunque sabía que era superfluo. Como pitonisa experimentada tenía que saber la respuesta.

—Me temo que está muerto, señora. Está allí tumbado, en la calzada... cubierto de sangre. —Levantó la mano en la que tenía la bufanda blanca teñida de rojo—. He intentado parar la hemorragia con esto... pero se me ha muerto en los brazos... Tengo que llamar a la policía.

La policía no tardó en llegar y hacer el atestado. No se llevó a cabo ninguna investigación porque no había motivos. El caso estaba claro. Los peatones despistados a veces perecen así en la niebla. El conductor no pudo hacer nada.

Nadie me preguntó. ¿Por qué iban a hacerlo? No había sido testigo del trágico suceso. Y a mí ni se me ocurrió sugerir que me tomaran declaración. ¿Qué sentido habría tenido? ¿Por qué iba a interesarle a la policía lo que pensara una vieja pitonisa de un vulgar accidente de tráfico?

UN DESPERTADOR EN LA MESILLA DE NOCHE

La señorita Margarita abrió los ojos de par en par. En el acto percibió que algo no marchaba bien. Siguió acostada en la cama mirando al techo, intentando deducir por qué tenía esa impresión. ¿Se debía, quizá, al sueño? Pero no podía acordarse de si había soñado. Eso era raro, porque siempre soñaba y siempre recordaba los sueños. Entonces descubrió lo que la perturbaba. Estaba rodeada de silencio. Volvió la cabeza hacia la mesilla de noche, a la izquierda, y clavó la vista borrosa en el viejo despertador redondo de manecillas fosforescentes y dos campanillas en forma de cúpula.

Hacía ya más de medio siglo que estaba en ese lugar. Al principio le molestaba un poco su tictac. Pero pronto se acostumbró a él, de modo que ya no podía dormirse sin el acompasado sonido metálico. Cuando una vez al año lo llevaba al relojero para que lo limpiara y engrasara, permanecía mucho tiempo despierta, y le sucedía también que se pasaba toda la noche en vela. La señorita Margarita utilizaba el reloj para dormirse, no para despertarse. Durante todos aquellos años nunca lo había puesto para que sonara. No lo necesitaba. Era una de esas raras personas que poseen un despertador interior infalible. Era capaz de despertarse a la hora exacta fijada. Ni un minuto antes ni después.

La víspera había programado su reloj interno a las siete y media. No podía evitarlo. Se trataba de la última parte de los preparativos para el descanso nocturno que se repetían cada noche. Después de salir del baño, traía de la cocina, en una pequeña bandeja, un vaso de agua tapado, aunque rara vez se despertaba por la noche, y menos aún con sed. Luego leía quince minutos en la cama. Siempre el mismo libro. Una pequeña antología de poemas de amor que tenía desde hacía tantos años como el despertador. Se los sabía de memoria y, sin embargo, seguía leyéndolos. Por último, al apagar la luz, le bastaba con desear despertarse a la hora acostumbrada, no necesitaba más. Solo le quedaba cerrar los ojos y abandonarse al tictac adormecedor del reloj.

Pero ahora, las manecillas estaban en una posición que no podía ser exacta: las doce y siete minutos. La vista de la señorita ya era muy débil, mas no tanto como para no distinguir las largas agujas negras en la superficie blanca orlada por números romanos. No obstante, cogió las gafas que colocaba siempre al lado del vaso en la mesilla para poder encontrarlas incluso en la oscuridad. Al ponérselas se le aclaró la vista, pero la escena no varió. El despertador, evidentemente, se había detenido poco después de la medianoche. Era la primera vez que dejaba de funcionar.

Lo llevaría al relojero en cuanto acabara de desayunar. Eso alteraría su día un poco, pero ¿qué podía hacer? Llevaba una vida ordenada basada en una serie de tareas estables. No le gustaba desviarse de ello porque el aplazamiento o descuido de sus deberes la llenaba de una inquietud de la que, una vez alojada en su interior, le resultaba difícil desprenderse. Sin embargo, se trataba de una circunstancia

extraordinaria. El despertador, por supuesto, tenía prioridad. Más la intranquilizaría saber que en la mesilla tenía el reloj averiado y ella no hacía nada para arreglarlo. Por otra parte, cuanto antes lo llevara a reparar, más pronto compondría el relojero el desperfecto, y así, esa noche, no se vería privada de él.

Desayunó de prisa. Era consciente de que su sensible estómago podría rebelarse a causa de la premura, pero no podía comer más despacio. Por suerte, como cada mañana, tomó algo ligero. Solía desmigajar una rebanada y media del pan del día anterior en la taza llena hasta la mitad de leche caliente, a la que con anterioridad había echado una cucharadita de achicoria y media de azúcar. A decir verdad, siempre ponía un poco más de azúcar, pero ella, a pesar de todo, lo consideraba media cucharilla, y así respetaba escrupulosamente la orden del médico. Si no tuviera prisa habría esperado a que los trozos de pan se empaparan bien de leche y se reblandecieran, pero ese día no tenía paciencia así que no le quedó más remedio que masticar, en lugar de dejar que se deslizaran por su esófago.

Tampoco tardó mucho en vestirse. Tenía dos vestidos que se ponía en verano para salir. Con el que era más de diario iba a la compra y al paseo vespertino por el parque, mientras que el otro, más elegante, lo guardaba para las raras ocasiones especiales como era aquella. Se quedó unos segundos pensativa delante del espejo y decidió ponerse un broche. Por lo general no le gustaban las joyas ni los adornos, pero creía que sin ningún complemento parecería incompleto. Lo que más le costó fue colocarse el sombrero negro de encaje. Por desgracia, era algo que no podía evitar. Antaño, cuando aún tenía una cabellera abundante, le resultaba fácil ponerse los sombreros, pero cuando, con la edad, esta empezó a ralearse, cada vez era más difícil. Por fin, se echó colonia de un frasco de etiqueta despegada y, temiendo no haberse perfumado bastante, se echó un poco más.

Fuera la esperaba una despejada mañana estival. El aire era transparente, como si la lluvia acabara de limpiar todo el polvo que lo impregnaba, aunque no había rastro de ningún aguacero. La calle estaba seca, anunciando otro día de calor. Sonriente, se dirigió a la relojería, de la que la separaba un paseo de veinte minutos. Había andado una tercera parte del camino cuando por segunda vez la asaltó el presentimiento de que algo no marchaba bien.

Se detuvo y miró atenta hacia adelante. Luego volvió la cabeza hacia atrás despacio. Quizá se habría quedado más tiempo en esa posición, pero las vértebras del cuello, calcificadas, se rebelaron pronto. No, no debía esforzarse. Bastaba solo una mirada para comprender que ni detrás ni delante había un alma. Estaba completamente sola en medio de la calle desierta. Y no solo eso. De repente fue consciente de algo que hasta entonces no había advertido, probablemente por la embriaguez que la mañana clara le producía. Desde que había salido de casa no había visto a nadie.

¡Qué extraño! Todos los días iba a la tienda de ultramarinos a esa hora y siempre encontraba a alguien por el camino. Incluso con un tiempo de perros. En realidad, esa

era toda su vida social. Ante la falta de amigos a los que visitar y que la visitaran, los encuentros matutinos con los conocidos de la vecindad eran la única oportunidad que tenía de hablar con alguien. En el parque, que estaba más lejos, no hallaba más que extraños, por lo que sus paseos por allí eran mudos. Las charlas de la mañana, a decir verdad, no eran muy sustanciosas: quejas por problemas de salud, el repaso a las noticias locales, intercambio de opiniones sobre el tiempo, a veces se recordaban algunos acontecimientos del pasado. Pero ella siempre se sentía satisfecha y llena después, de modo que el retorno a su soledad le resultaba más fácil.

¿Cómo era posible que ahora no hubiera nadie? Lo pensó un poco, pero no se le ocurría ninguna explicación. Por fin se encogió de hombros. Desde luego no podía pararse y esperar a que alguien apareciera. Tenía que seguir su camino. Quizá el relojero supiera decirle lo que sucedía. Seguramente se trataba de algo muy simple, pero ella no acertaba a dar con la solución. Era muy probable que la considerara senil, incluso una vieja estúpida, cuando le preguntara. Lo más inteligente, en realidad, sería no mencionar el asunto. ¿Acaso era importante que hubiera o no gente en la calle? Incluso era mejor. Como si la belleza de ese día solo le perteneciera a ella.

Ya casi había llegado cuando vio que a esa belleza le faltaba algo. La avenida de castaños, sobre todo por la mañana y por la noche, estaba llena de aves urbanas que trinaban infatigables, compitiendo con el rumor de las hojas en las copas. Ahora, en lo alto, solo se oía la brisa. ¿Adónde habían ido? Sin embargo, no tuvo tiempo de reflexionar sobre esa cuestión porque otra pregunta, más importante, la asaltó. ¿Qué pasaría si el relojero no estaba? Tal vez no había ido a trabajar y se había marchado a alguna parte, igual que los demás. Sería una faena. ¿Quién le arreglaría el despertador?

El sonido de las campanillas que repicaron encima de la puerta cuando la señorita Margarita la abrió, se expandió acerado. Ella echó un vistazo al mostrador de enfrente y dejó escapar un suspiro de alivio cuando divisó la figura encorvada del hombre con su lupa de relojero clavada en la órbita de un ojo. Estaba concentrado en alguna reparación. Se quitó la lupa, alzó la cabeza, parpadeó mirando hacia la entrada, sonrió y se levantó.

—Buenos días, señorita Margarita.

—Buenos días —respondió ella alegre, y fue hacia el mostrador.

Caminaba despacio y eso le permitió advertir el cambio en las paredes laterales del pequeño taller. Recordaba bien que en anteriores visitas estaban adornadas por dos grandes relojes idénticos con péndulo en cajas de caoba. Daban las horas con campanadas graves y armoniosas y resultaban muy solemnes, como soldados en uniforme de gala que montan guardia a la entrada de un palacio. Envidiaba al relojero, porque le habría gustado mucho tener un reloj semejante en su sala de estar, pero con sus ingresos eso no era posible. Ni siquiera osaba preguntar cuánto costaban.

Ahora, ambas paredes estaban totalmente revestidas de despertadores. Los había

de todas las clases, tamaños, formas y colores, desde elegantes hasta feos, desde muy recargados hasta muy sencillos. Sobre todo se diferenciaban por las campanillas. Como si se hallara en una extravagante exposición de sombreros metálicos que exhibían unos inoportunos maniquíes rechonchos. Eran particularmente grotescos los que tenían dos o tres sombreros, lo que quizá significaba que debían de tener dos o tres cabezas. Entonces vio algo que antes no le había llamado la atención. Los despertadores no funcionaban. Si hubieran funcionado, desde ambos lados del taller se hubiera precipitado una ensordecedora cascada de sonidos acompasados. Nadie habría soportado mucho semejante barullo. El relojero dejaba de dar cuerda a los relojes una vez que los colocaba en la estantería.

Al acercarse al mostrador, la señorita Margarita sacó de su bolso marrón de largas asas el despertador envuelto en un gran paño blanco de franela.

—Se ha estropeado —dijo afligida.

El relojero tomó el paquete y empezó a desenvolverlo. Era un hombre bajo y enjuto, con largas patillas y amplia frente. Su traje, de tres piezas y corte clásico, tenía unas rayas casi invisibles. El único detalle era una pequeña cadena de plata que trazaba un arco desde el ojal del chaleco hasta un bolsillo diminuto en el lado izquierdo. Era difícil calcular su edad, lo más aproximado que podía decirse es que era entrado en años. La señorita Margarita hacía ya tiempo que había llegado a la conclusión de que pertenecía a esa clase de gente en la que la edad apenas hace estragos. Como si el tiempo no pasara por él en los largos intervalos en los que no lo veía.

—¿Vuelve a retrasarse mucho, como la vez anterior?

—No, no, se ha parado.

El relojero dejó de desenvolver el despertador.

—¿Del todo? —preguntó sorprendido.

—Sí, del todo. Hoy, justo después de medianoche. Puede ver usted mismo cuándo. No he tocado nada. —La mujer calló, a la espera de que el despertador emergiera finalmente del paño y luego añadió—: Espero que no sea nada serio.

El relojero observó unos minutos, sin hablar, el reloj sobre la tela extendida en el mostrador. Ella intentó descifrar el diagnóstico en su cara, pero era totalmente inexpresiva.

—Tendré que abrirlo —dijo él por fin—. Siéntese, por favor, puedo tardar un rato. —Señaló hacia los dos sillones y la mesita entre ellos, a la izquierda de la puerta de entrada.

La señorita Margarita asintió con la cabeza y se dirigió allí. Habría obedecido de la misma forma si le hubieran rogado que saliera del quirófano y fuera a la sala de espera mientras operaban a alguien que le era muy cercano. Y con la misma solicitud miraría al lugar donde se llevaba a cabo una intervención de vital importancia. Pero no podía ver mucho. El relojero casi se había hundido debajo del mostrador, atareado sobre la mesa de trabajo, un poco más baja, que se hallaba detrás. Solo sobresalía la

mitad superior de su cara con la lupa casi rozando la pantalla verde de la lámpara que iluminaba con potente luz la superficie de la mesa.

El silencio de los numerosos despertadores que había delante de ella y a sus espaldas empezó a pesarle. Aunque la horrorizaba el ruido, le parecía que ahora habría preferido que funcionaran. Sería la confirmación de que el tiempo fluía. De esta forma, tenía la sensación de que se había detenido, de que la operación de su reloj podía durar a perpetuidad. Nada se movía a su alrededor, como si el interior del taller, junto con ella y el relojero, perteneciera a una escena congelada para la eternidad.

La imagen, sin embargo, no tardó en revivir cuando el relojero, con un gesto lento, se quitó la lupa del ojo izquierdo, se levantó, cogió el reloj de la mesa de trabajo y lo depositó en el paño de franela sobre el mostrador. Luego agarró ambas cosas con las manos juntas, rodeó el mostrador, se acercó a la señorita Margarita y se sentó en el otro sillón.

—Me temo que no puede hacerse nada —dijo con el tono de un médico a cuyo paciente acabaran de cubrir de pies a cabeza—. Véalo usted misma.

Dejó el paño en la mesita redonda, entre los dos. La señorita Margarita advirtió que no había cerrado el reloj. La tapa estaba levantada, permitiendo ver una maraña de engranajes, muelles, palancas, tuercas y ejes. Su vista se detuvo solo un instante en las entrañas mecánicas, y luego volvió la cabeza hacia otro lado. Había sentido una náusea, como si hubiera tenido delante una cara humana durante una clase de anatomía. El relojero no advirtió el gesto, sino que empezó a explicar:

—Se han partido estos dos engranajes. Gastados por el uso. Por desgracia, son fundamentales. Podría decirse que esto es el corazón del despertador. Y sin corazón, nada puede funcionar, ¿verdad? Si se tratara de un modelo más actual, podríamos cambiarlos sin problemas, pero ya nadie hace piezas de repuesto para estos modelos tan antiguos. A los fabricantes les merece más la pena venderle uno nuevo —suspiró y recorrió con los ojos la pared de enfrente, forrada de relojes mudos—. Igual que su reloj, estos podrían haber marcado la hora y despertado a las personas todavía durante mucho tiempo, si hubiera habido piezas de repuesto para ellos.

—Pero a mí no me hace falta un despertador para ver la hora y que me despierte. —Había pensado que nunca le revelaría al relojero su secreto, pero ahora no tenía más remedio.

—¿Para qué le serviría si no un despertador? —dijo mirándola confuso.

No respondió en seguida. Se sentía incómoda, como si tuviera que contestar las preguntas del médico que atañían a su intimidad más profunda. Pero ¿cómo esperar ayuda del doctor si se le ocultaba algo?

—Para dormir —dijo por fin, con voz ahogada y temerosa—. No puedo dormir sin su tictac.

—Entonces, quizá le convenga pensar en comprar uno nuevo. Podría servir para el mismo fin, y además cumplir con sus dos funciones básicas. No le supondrán

ningún problema incluso aunque no las utilice. El nuevo no le costará mucho porque yo compraré con mucho gusto su despertador antiguo. Ya ve que los colecciono. — Esta vez señaló con la mano hacia los relojes.

—¡No! —casi gritó la señorita Margarita—. ¡No quiero venderlo! —Y luego, avergonzada por su brusca salida, añadió apresuradamente—: Es que, ¿sabe?, es un recuerdo muy querido de...

La frase quedó inacabada, pero el relojero, no obstante, asintió con la cabeza.

—Entiendo. Permítame que lo vuelva a examinar. Quizá pueda hacerse algo si lo único que quiere es que ande.

Metió las manos otra vez debajo del paño y llevó el despertador detrás del mostrador. La espera, en esta ocasión, le pareció distinta a la señorita Margarita. La impaciencia sustituyó a la angustia anterior. Se sentía desnuda delante del relojero y deseaba que aquello acabara cuanto antes. Fuera cual fuese el resultado de lo que él estuviera haciendo ahora, ella ya no tenía ninguna razón para volver allí. Si el reloj seguía funcionando, mejor. Si no, desde luego no compraría uno nuevo. ¿Y dónde lo iba a poner? ¿Al lado del viejo en la mesilla de noche? Sería igual que cometer un sacrilegio. No tendría más remedio que habituarse a dormirse sin ayuda alguna. Seguramente sería difícil, al menos al principio, pero ¿tenía otra elección?

La sonrisa del relojero, mientras se le acercaba de nuevo llevando el despertador, esta vez cerrado, le hizo comprender que, no obstante, sus penas habían terminado.

—Ha tenido suerte —dijo al sentarse en el sillón—. Su reloj, desde este momento, marcará la misma hora, ciertamente, pero conservará el tictac siempre que le dé cuerda con regularidad. —Empezó a envolverlo en el paño—. Esa parte del mecanismo está en buen estado. No debería estropearse en mucho tiempo. Bueno, aquí tiene. —Le tendió el voluminoso envoltorio a través de la mesa.

—Gracias. —Ella aceptó el reloj envuelto. Mientras lo guardaba en el bolso podía oír un débil sonido rítmico, sofocado por la gruesa capa de tela—. ¿Cuánto le debo?

—¡Por Dios!, no me debe nada, ha sido una pequeñez.

—No, por favor, insisto...

—Señorita Margarita, dudo que vuelva a necesitar mis servicios. Considérelo como un modesto regalo de despedida. Durante años ha depositado su confianza en mi taller. Esto es lo mínimo con lo que puedo agradecer su fidelidad.

Nunca le había gustado que la gente le hiciera favores, pero si ahora se empeñaba en pagar, el relojero podría ofenderse y eso, desde luego, quería evitarlo a toda costa, máxime si ese era, según afirmaba él, su último encuentro.

—Muchas gracias, una vez más. No obstante, sigo estando en deuda con usted. — Se levantó, y el relojero hizo lo mismo. Se quedaron en silencio unos instantes, y por fin añadió—: Hasta pronto.

El relojero hizo una reverencia:

—Adiós, señorita Margarita.

Ella se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Por primera vez salía de allí triste y

descontenta. Apenas hacía unos minutos deseaba no tener que pasar por ese taller nunca más, y ahora esperaba que él no tuviera razón. El despertador era antiguo, podía estropearse otra vez. Así tendría una nueva oportunidad de llevarlo a reparar. De repente le parecía importante que aquella no fuera su última visita al relojero. No le había gustado el cariz definitivo que presentaba todo el asunto.

Cuando salió a la calle, tuvo la sensación de que, por algún motivo, se le había empañado la vista. Igual que cuando se le empañaban las gafas en invierno al pasar desde una habitación fría a otra caldeada. Pero no era invierno, sino que mediaba el verano y, además, no llevaba las gafas. Desde luego, vería mejor con ellas puestas, pero consideraba que no le quedaban bien, por lo que prefería esforzarse un poco antes que llevarlas. Sin embargo, en esos momentos, ni las gafas más gruesas la podrían ayudar a atravesar con la vista la cortina de niebla que desde algún lugar había descendido mientras ella estaba en la relojería. Era justo lo contrario de la anterior transparencia. El mundo que hasta hacía poco parecía absolutamente límpido se había vuelto opaco.

Apoyó la espalda en la puerta del taller porque necesitaba un punto firme donde descansar. Envuelta en el velo gris, que ocultaba incluso la acera que pisaba, creía estar flotando en el aire. Permaneció inmóvil durante un tiempo, sin saber qué hacer. Pensó en volver al interior, pero entonces estaría obligada a dar una serie de explicaciones y se embrollaría desesperadamente, así que era mejor descartarlo por completo.

¿Qué otra cosa podía hacer? Desde luego no podía quedarse allí mucho más. Entonces se le ocurrió una solución muy simple aunque, a decir verdad, se necesitaba bastante maña y valor. Iría a casa. Eso es lo que haría. ¿Dónde iba a encontrar mejor refugio que en su hogar en un día tan insólito? Llegar no sería empresa fácil, ya que no se veía ni a un palmo, pero, por suerte, solo tenía que caminar en línea recta. No tenía que torcer ni a izquierda ni a derecha. Avanzaría despacio y con cuidado, tomando la fila de castaños como guía. Los árboles se alzaban a intervalos regulares, de modo que cuando contara los pasos que había entre los dos primeros, sabría exactamente cuándo se aproximaba al siguiente.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reunir la voluntad suficiente que le permitiera separarse de la entrada del taller y adentrarse en la niebla. Desde algún lugar, al borde del olvido, emergió, como una llamarada, el recuerdo de su infancia lejana, cuando aprendió a nadar. También, entonces, tuvo que vencer una tremenda resistencia en su interior para abandonar por primera vez el amparo de la orilla y lanzarse a las aguas profundas. La boyas hacia la que se dirigía y de la que apenas la separaban unos cuantos metros, le parecía desmesuradamente lejana. La abrazó febril cuando por fin la alcanzó. Ahora tuvo la tentación de abrazarse de la misma manera al tronco de castaño cuyo contorno empezó a perfilarse cuando ya casi estaba encima de él.

Caminó despacio a lo largo de la calle, con un brazo extendido, igual que un

ciego sostendría delante el bastón blanco. Tenía los ojos abiertos de par en par, aunque no le servía de nada. Tanto mirar fijamente a la blancura monótona, le produjo vértigo. Pensó en continuar con los ojos cerrados, pero no se atrevió, y se limitó a bajar la cabeza. Cuando, al cabo de diecisiete pasos casi se abalanzó sobre otro tronco de castaño, experimentó el mismo alivio que un náufrago que, en medio de una tempestad, se topa con tierra firme.

Sintiéndose un poco más segura, siguió avanzando, contando los pasos muy concentrada. Sin embargo, esa frágil seguridad se disipó al caer en la cuenta de que no podría determinar cuándo había llegado. El árbol que se alzaba delante de su casa no se diferenciaba en nada de los otros, y no sabía cuántos castaños había entre su casa y el taller del relojero. Naturalmente, nunca los había contado. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quién iba a suponer que podría ser necesario? Se detuvo confusa, pero en seguida continuó la marcha. Pensaría en ese problema mientras caminaba. Era de esperar que se le ocurriera una solución. Lo importante, por ahora, era que siguiera avanzando en la buena dirección.

Al tener el sentido de la vista enturbiado, se le agudizó el del oído. Se hallaba entre el sexto y séptimo castaño cuando oyó unas voces débiles que provenían de algún lugar entre la niebla. Qué rara era la gente, no se había encontrado a nadie cuando, con un tiempo espléndido, iba hacia el taller del relojero, y ahora a alguien se le ocurría ponerse a hablar en medio de la calle completamente a oscuras. Superó la distancia entre los tres troncos siguientes, pero las voces continuaban llegando ahogadas, como si no se hubiera acercado ni alejado de los que hablaban. Solo que ahora le parecía que provenían de las copas. Como si los pájaros hubieran vuelto y trinaran en las ramas con voces humanas.

Aguzó el oído y por fin empezó a distinguir mejor las palabras que llegaban desde arriba. Eran partes inconexas de distintas conversaciones. A veces charlaban dos personas, a veces tres, e incluso más. Había voces de mujeres, de hombres, de niños, de jóvenes y de viejos. Los fragmentos no eran largos: empezaban en medio de una frase y, del mismo modo, terminaban repentinamente, así que era difícil comprender el significado en su totalidad. De vez en cuando se oía una risa en diferentes tonalidades: tonta, bronca, contenida, estrepitosa. Con menos frecuencia, la conversación era seria y sombría y, en un momento, incluso se abrió paso un llanto quedo.

La mayoría de las voces le sonaban familiares. Estaba segura de que ya las había oído, pero, aunque se esforzaba, no conseguía evocar la cara de los que hablaban. Eso la llenó de frustración. No hacía mucho que la memoria había empezado a traicionarla; dejaba que casi adivinara las cosas, para entonces retirarse taimadamente. Y, de pronto, descubrió algo que se repetía. Existía una característica común a todas las conversaciones entrecortadas en las copas de los árboles. Una voz femenina aparecía en todos los fragmentos. Una voz de vieja, carrasposa, a veces despectiva. Esto último fue decisivo. Podía no reconocer su propia voz —el hombre

no se oye igual a sí mismo cuando habla y cuando se oye indirectamente—, pero desde luego reconocía el desprecio con el que, desde siempre, se encaraba con el mundo, en general en su propio perjuicio.

Como si alguien le hubiera arrancado el velo de la memoria, los secretos se acabaron de repente. Por muy cortos que fueran los fragmentos, sabía infaliblemente dónde y con quién había mantenido las conversaciones que debido a algún encantamiento habían revivido. Las caras vacías de sus interlocutores obtuvieron un contorno, rasgos, carácter. Las veía con claridad en todas las ocasiones en las que habían hablado con ella, igual que ahora recordaba a la perfección las partes que precedían a cada fragmento o lo seguían. Su vida estaba delante de ella, clara como un libro abierto en cuyas páginas, aquí y allá, algunas líneas estuvieran subrayadas.

Mientras se deslizaba, siempre con el brazo extendido, a través de la niebla densa y constante, contando para sí los pasos entre los castaños, se preguntó si las líneas que había escuchado, pronunciadas desde arriba, habían sido subrayadas al azar o con algún propósito. Desde luego, no se trataba de conversaciones importantes, sino, por lo general, de cháticas inocuas. Tenía la impresión de que alguien sin un plan había marcado algunas partes en el libro de su vida. O, en el caso de que dicho plan existiera, ella no lograba comprenderlo. Ya había pensado en ignorarlo, cuando advirtió otra pauta. No se refería al contenido de los fragmentos sino a su orden cronológico. Cada uno era más antiguo que el anterior. Como si hubieran empezado a pasar las hojas del libro desde atrás. Al alejarse del taller del relojero, se hundía más y más en el pasado.

Su voz rejuvenecía y se suavizaba gradualmente. Tampoco le resultó difícil imaginarse a sí misma más joven. Las arrugas se estiraron, desapareció el mentón que ahora le colgaba horroroso, se desvanecieron las manchas en las mejillas y sobre todo las bolsas amarillas bajo los ojos. Tampoco estaban los numerosos achaques que habían empezado a atormentarla en su ancianidad. Revivía una madurez saludable y tranquila que, contemplada ahora, representaba quizá el período más feliz de su vida. Estaba sola, era cierto, pero ya se había acostumbrado a ello.

La mayoría de los que oía hablar consigo misma en las alturas ya no se hallaban entre los vivos. Ella era mucho más longeva que todos. En gran medida, lo atribuía a su forma de vida ordenada. Los demás, por lo general, eran los propios culpables de su muerte, ante todo por no prestar demasiada atención a la salud. Sabía que los más disolutos se burlaban a hurtadillas de su contención y mesura, y la llamaban asceta, pero era ella la que había tenido oportunidad de reírse la última. Nunca, sin embargo, lo había hecho. Era despectiva y testaruda, sí, pero no malévol. La desaparición de cada uno de ellos le había supuesto un duro golpe. Sus ojos se humedecieron mientras las voces, acalladas hacía tiempo, volvían a llegarle desde lo alto.

Según se aproximaba a los años jóvenes, volviendo a casa a través de la niebla, más la embargaba la angustia. Había necesitado mucho tiempo y esfuerzo para reprimir en lo más hondo de su ser, el acontecimiento de esa época que había

marcado toda su vida. Quizá las cosas habrían podido ser distintas si hubiera logrado borrarlo por completo de su memoria, pero, por supuesto, eso había sido imposible. Aunque reprimido, él siempre había estado allí, despertándose del olvido, a menudo en los momentos más inoportunos. No era capaz de saber cómo la iban a afectar los fragmentos sonoros de su pasado, pero le parecía evidente que no podría esquivarlos.

Su presentimiento se hizo realidad, pero no del modo que se temía. A juzgar por los castaños contados, tenía que estar ya muy cerca de su casa cuando el barullo en las copas cesó de repente. Se detuvo perpleja y prestó atención. Las voces irreales que primero la habían asustado, ahora le faltaban. Sin ellas se sentía tristemente abandonada al silencio sordo de la niebla. Entonces, a una distancia indefinida a sus espaldas oyó un sonido débil. Se repetía a intervalos regulares e iba aumentando, como si su fuente se le aproximara. Lo reconoció solo cuando casi la había alcanzado. Alguien caminaba por la calle a su encuentro.

A juzgar por la presteza de los pasos, podría tratarse de un hombre joven al que la niebla no le molestaba para andar de prisa. La señorita Margarita se quedó paralizada, temiendo que llegaran a chocar. Él no sabía que ella estaba ahí, así que podía suceder que tropezaran. Tenía que avisarlo de algún modo de que estaba allí. Tosió, pero al instante vio que no era necesario.

Como el haz de un reflector que se deslizara por la oscuridad para ahuyentarla, un óvalo de absoluta claridad cortó la niebla, moviéndose a lo largo de la calle. Cuando llegó hasta ella, se asomó por un extremo, de manera que pudo mirar dentro. El joven era alto y esbelto. Los rasgos de su cara eran firmes y regulares, bellos en su acentuada virilidad. Una larga cicatriz oblicua sobre la ceja izquierda no estropeaba la armonía; al contrario, parecía contribuir a ella de una forma insólita. El uniforme de gala de un oficial le quedaba como un guante. Calzaba botas altas relucientes de piel negra, guantes blancos y suaves y la gorra calada que casi le ocultaba el pelo muy corto. En la mano izquierda sujetaba dos paquetes envueltos en papel estampado y brillante atados con un lazo rojo. Uno era plano y el otro cuadrado.

La señorita Margarita sintió que se quedaba sin aliento. Abrió la boca, pugnando por respirar a pleno pulmón, pero era como si de pronto se hubiera hallado en un espacio sin aire. Además, no era capaz de moverse. El corazón le latía enloquecido. Sin embargo, su rigidez no duró mucho. Cuando la niebla gris la rodeó de nuevo, después de que el óvalo pasara a su lado, se sobresaltó y casi salió corriendo tras él. El médico, era cierto, le había prohibido semejante esfuerzo, pero ahora eso daba igual. Al alcanzar la claridad, continuó más despacio, jadeante, manteniéndose en el borde posterior.

Era la manera más segura de llegar a casa. El joven la llevaría allí sin equivocarse. La niebla ya no era un obstáculo. El camino se extendía diáfano ante ella, igual que se le aparecía cristalino lo que inexorablemente vendría a continuación. Él no tardó mucho en dejar la acera y torcer por un estrecho sendero de piedra que, a través de un prado, llevaba hacia el portal. Cuando se quitó la gorra y

llamó al timbre, la señorita Margarita se paró indecisa en el centro de la senda. Sabía quién iba a abrirle la puerta, pero le parecía impropio, más bien poco natural, contemplar a aquella persona. Además, seguía estando muy enfadada con ella. Al cabo de tantos años seguía sin poder perdonarle lo que había hecho.

La puerta se abrió, pero la ancha espalda del joven tapaba por completo la entrada a la casa. De pasada, antes de que se cerrara, vislumbró el borde del ligero vestido amarillo que la corriente hacía revolotear. Todavía lo conservaba, pero escondido, para que no le trajera recuerdos dolorosos. La señorita Margarita se quedó impotente en la calle. Seguía respirando mal, pero ya no se debía a la carrera. La imposibilidad de cambiar algo en el pasado lejano que de nuevo transcurría ante sus ojos la abrumaba mucho más que el esfuerzo físico. El óvalo de claridad, innecesario en la casa, se detuvo en el exterior esperando al joven, que no se entretendría mucho dentro.

La puerta cerrada no le impedía ver con nitidez lo que sucedía detrás de ella. Alegre, aceptó los dos paquetes. Siempre le habían encantado los regalos. Primero deshizo el lazo del paquete plano. Una amplia sonrisa inundó su cara, se puso de puntillas, entornó los ojos por un instante y tocó los labios del joven con los suyos en señal de gratitud y perdón. No fue más que un leve roce, apenas el anuncio de un beso, pero también el grado más alto de intimidad al que habían llegado. La lujosa edición de una antología de poemas le parecía maravillosa. ¡Cuánto deseaba tenerla! ¡Y cuánto había esperado que se la regalara él precisamente!

No podía imaginarse lo que había en el otro paquete. La impaciencia, como casi siempre, la traicionó, de modo que arrancó el lazo y rompió el brillante papel. Levantó apresurada la tapa de la caja morada cuadrada y con curiosidad miró el interior. La sonrisa desapareció en el acto. Su cara enrojeció como si alguien acabara de darle una bofetada. Le dirigió una mirada en la que el ultraje, el reproche y la recriminación por su deslealtad competían por el primer puesto. Sintió que los ojos se le arrasaban en lágrimas. Permaneció así unos segundos, muda, con la vista clavada en él, y luego hizo lo que su carácter despectivo y altanero le ordenaba con voz severa. Le puso en las manos los regalos, el papel, el lazo, el libro y la caja con el objeto dentro, se dio la vuelta y con paso raudo salió del salón. Entró en el dormitorio y prácticamente cerró dando un portazo tras de sí.

Se apoyó en la puerta, para impedirle que la siguiera. ¿Cómo podía haberle hecho aquello? Después de todo lo que había sucedido, el despertador no era solo una ofensa, sino también una humillación. ¿Por qué le habría mencionado, hacía dos días, mientras paseaban por el muelle, su capacidad para despertarse cuando quería, sin ayuda externa? Se había desnudado delante de alguien que no era digno de ello. Solo se rio, casi como si se burlara de ella. Le dijo que no la creía, que nadie era capaz de algo semejante. Y, además, como si no hubiera ya dicho bastante, añadió con voz traviesa que quizá lo creería si tuviera la oportunidad de verlo con sus propios ojos.

No se percató en seguida del pleno significado de sus palabras, porque no estaba

preparada para esas alusiones. Cuando por fin comprendió que creer en su capacidad suponía despertarse en la misma cama, giró sobre sus talones, enfadada, y empezó a alejarse rápidamente de él a lo largo del muelle. ¿Cómo se le había podido ocurrir una cosa semejante? ¿Por quién la había tomado? ¿Si ni siquiera estaban prometidos! E incluso aunque lo hubieran estado, el comentario seguiría siendo extremadamente inoportuno. Él corrió en su busca, la alcanzó y pidió excusas, pero ella lo ignoró por completo. Solo le dirigió la palabra cuando ya estaban muy cerca de su casa, y entonces, con voz fría y oficial, le dijo que la había ofendido y que no deseaba volver a verlo. Nunca más. No dejó que le respondiera. De nuevo le dio la espalda y entró en casa.

El enfado le duró toda la noche, pero a la mañana siguiente cedió. Eso también era parte de su naturaleza. El arrepentimiento representaba lo contrario del desprecio. Ya por la tarde se recriminaba a sí misma haber sido demasiado ruda con él. Quizá no pensaba en nada malo, solo había bromeado con torpeza, con toda seguridad ni siquiera era consciente de que la broma podía hierla. Por la noche, los pinchazos de las graves preguntas que se planteaba casi le dolían físicamente. ¿Qué haría si él se había tomado al pie de la letra lo que le había dicho al separarse? Por lo demás, ¿cómo podía entenderse «nunca más» de un modo distinto a «nunca más»? Bueno, existía la posibilidad de buscarlo y explicarle que «nunca más» no era tan definitivo como quizá podría parecer, pero no, eso, naturalmente, era imposible. El orgullo no permitía que el arrepentimiento se extendiera tan lejos.

Cuando a la mañana siguiente se presentó en la puerta de su casa, vestido con el uniforme de gala con el que lo había visto por primera vez, quedando prendada de él en el acto, hacía cuatro meses y medio, la invadió una oleada de felicidad. Apenas pudo contenerse para no arrojarse en sus brazos allí mismo, en la calle. Pero unos minutos más tarde le dio esa horrible bofetada con lo del despertador. Así que de pie, apoyada en la puerta del dormitorio, no intentó sofocar los gemidos. Le daba igual que él los oyera en el salón. Todo le daba igual. «Nunca más», esta vez era irrevocable. Lo único que quería era que se fuera, que desapareciera de su salón y de su vida.

Y él se fue. Del salón y de su vida. Antes de hacerlo depositó los regalos que le había traído en la mesa. Eran suyos y podía hacer con ellos lo que quisiera. De ningún modo podía llevárselos allí adonde iba. No había tenido la oportunidad de decirle el motivo principal de la visita. Por un instante pensó en dar unos golpecitos en la puerta de la alcoba y entregarle el llamamiento a filas que le había llegado la noche anterior. En menos de tres horas, se subiría al tren que lo llevaría directo al frente. Pero no lo hizo. Ya la conocía lo suficiente. Ella no le abriría de ningún modo. Echó un vistazo al salón lentamente, como si quisiera grabarlo para siempre en su recuerdo. Luego se puso la gorra en la cabeza y salió.

El óvalo de claridad estaba preparado para abrirle paso a través de la niebla que él no veía. Igual que no veía a la anciana diminuta y encorvada con la que casi se rozó.

Si al menos, a través del abismo del tiempo que los separaba, hubiera podido oír sus gemidos, le habrían resultado extrañamente familiares. Pero no los oyó. Ella, sin embargo, distinguió sus pisadas que se alejaban, mucho después de que la opaca niebla gris se cerrara tras él. Se quedó en el sendero, con la vista clavada en la calle invisible, hasta que volvió a reinar el silencio. Luego se dirigió por la parte empedrada del camino hacia la entrada de la casa. La niebla la rodeaba de nuevo pero ya no necesitaba ir con el brazo extendido hacia delante.

Fue directa al dormitorio. Allí guardaba un baúl lleno de recuerdos. Eran fotografías descoloridas, cartas amarillentas, objetos que el tiempo había corroído: el pasado que solo significaba algo para ella. Entre esas cosas viejas se hallaba una hoja de papel deslucida. La cogió y empezó a leer despacio las cuatro líneas mecanografiadas en ella, aunque, al igual que los poemas del libro, hacía mucho que se las sabía de memoria. El texto no era nada lírico, pese a que el que lo había redactado se había esforzado por darle un tono sublime. Pero los telegramas que el ejército envía a las familias de los fallecidos siempre, en el mejor de los casos, suenan patéticos.

Le había llegado solo tres días después de que lo dejara en el salón y se encerrara en el cuarto. No tenía ningún grado de parentesco con él, pero su nombre estaba en la lista de los que debían ser informados en caso de que muriera. El oficial que le había llevado la noticia añadió incómodo que no se lo había enterrado. En la carnicería general que era el frente no había muchas oportunidades de hacerlo, y rara vez quedaba algo de los muertos para enterrar. Después de la guerra, por supuesto, se haría una gran fosa común para todos los héroes caídos, y la llamarían para el funeral solemne. Nunca la llamaron, y aunque lo hubieran hecho no habría ido. Su relación con él, desde luego, no era común.

Colocó el telegrama en su sitio y cerró el baúl. Permaneció unos minutos junto a él sin saber qué hacer. ¿Qué hora era? La niebla en el exterior impedía tratar de averiguarlo mirando fuera. Eso le recordó el despertador en el bolso. Por desgracia no le podría indicar la hora porque ya no servía para eso. ¡Era una pena! No tenía otro reloj en la casa, tendría que adquirir uno normal. A decir verdad, no le importaba mucho saber la hora exacta, pero no podía vivir sin un reloj. Lo pondría en el salón o en la cocina.

Sacó el despertador, lo puso en la mesilla de noche y se sentó en la cama. Las agujas inmóviles señalaban la hora a la que se había parado, pero seguía haciendo tictac como si aún anduviera. Se quedó contemplándolo con la mirada vacía, y así permaneció hasta que se dio cuenta de que el sonido acompasado empezaba a actuar sobre ella. Seguramente aún no era la hora de dormir, pero ese día insólito la había agotado por completo. Podría descansar un rato. No tenía ni que desvestirse. Se tumbaría sobre la colcha. Nunca había dormido durante el día, y menos aún vestida, pero qué más daba. ¡Como si alguien pudiera verla! Además, no tenía a nadie a quién rendirle cuentas de sus actos.

Cerró los ojos. Antes de hundirse en una profunda oscuridad y silencio, dos pensamientos cruzaron veloces por su cabeza. De algún lugar emergió la convicción de que no iba a soñar nada. Eso estaba bien. Así descansarían mejor. Quién sabe qué sueños podrían asaltarla. Y además, esta vez, no tenía que programar su reloj interno. No tenía ninguna razón para despertarse a una hora determinada. Ya no la aguardaba ningún asunto inaplazable.

EPÍLOGO

EL TELÉFONO

Di un brinco en la silla cuando el sonido del timbre del teléfono me sacó de mis cavilaciones.

En el silencio sordo de la noche, ese sonido repentino pareció casi el estallido cercano de un trueno. En el primer momento de confusión, me quedé quieto, mirando fijamente al aparato sobre la mesa de trabajo, como si lo viera por primera vez. El repetido campaneó me hizo volver en mí. Mientras con un movimiento apresurado, casi asustado, me estiraba hacia el auricular, eché un vistazo a la esquina derecha inferior del monitor, donde cuatro cifras marcaban la hora. Era lo único escrito en el vacío blanco de la pantalla. Pasaban cuarenta y siete minutos de la medianoche.

No tenía ni idea de quién podía llamarme tan tarde. No era probable que se tratara de alguien conocido, porque todos saben que trabajo de noche, y no me molestarían. Salvo, claro está, en el caso de que hubiera sucedido algo que no pudiera aplazarse hasta el día siguiente, y eso difícilmente podía ser algo bueno. Pese a todo, esperaba que no fuera ninguna desgracia. Era mucho más factible que alguien se hubiera equivocado de número. A veces ocurría, aunque no a esa hora. ¿A quién se le ocurría llamar después de la medianoche? Y, por si fuera poco, sin poner cuidado al marcar. Realmente, la gente puede llegar a ser muy desconsiderada.

Me llevé el auricular al oído y contesté con brusquedad:

—Diga.

—Buenas noches —respondió alguien al otro lado del hilo. Por alguna razón estaba seguro de que sería una persona joven, y bajo el influjo de algo que la habría animado en exceso. Pero en cambio, oí la voz grave y seria de un hombre de mediana edad, de modo que decidí no enseñar las uñas. A mi joven interlocutor había estado dispuesto a soltarle un rollo sobre la mala educación, en este caso me limité a replicar:

—Buenas noches. —Aunque seguía de malhumor.

—Soy el Diablo —dijo el hombre con voz átona, como si fuera un amigo mío mencionando su nombre.

Me quedé sin palabras durante unos instantes y luego colgué. Habría podido entender que alguien se equivocara de número y me llamara en mitad de la noche, pero que lo hiciera a propósito para gastar una broma, y por si fuera poco ¡una persona adulta! ¡A qué degeneración habíamos llegado!

Pero en cuanto dejé el auricular en su sitio, el teléfono volvió a sonar. Esta vez no esperé a que el ocioso bromista hablara, sino que lo corté tajante.

—Si no deja de molestarme inmediatamente, llamaré a la compañía telefónica y pediré que lo localicen. No solo le tocará pagar una multa cuantiosa por lo que hace, sino que además puede acabar en la cárcel. ¿Es que no le da vergüenza comportarse de ese modo a su edad?

—¿Cómo podrían encontrar al Diablo? En la compañía le dirán que no ha habido

ninguna llamada a su número. Y el que estaría en apuros entonces sería usted. ¿Cómo iba a justificar la denuncia de una gamberrada inexistente?

El desconocido, evidentemente, no tenía intención de abandonar; de acuerdo, eso también tenía remedio. Colgué el auricular con fuerza, lo que era innecesario porque el golpe no podía oírse al otro extremo de la línea, pero para mí supuso cierto alivio. Luego busqué con los dedos el botón de desconexión del timbre en la parte de atrás del aparato y lo apreté. ¡Se acabó! ¡Qué oportuno! ¡Ojalá pudiera uno eliminar todos los problemas apretando un simple botón! Ahora veríamos cómo pensaba continuar aquel hombre su malicioso juego.

Lo vimos en seguida. Mejor dicho, lo oímos. El teléfono sonó de nuevo. Lo primero que pensé fue que no había apretado el botón adecuado. Había varios, y yo los utilizaba rara vez, así que era muy posible que me hubiera equivocado. Con el timbre sonando, levanté el aparato, le di la vuelta, verifiqué cuál era el botón que desconectaba el sonido y lo pulsé con firmeza, lo que era superfluo, porque bastaba con un leve roce. Sin embargo no sucedió nada. El penetrante timbre seguía retumbando a intervalos regulares. Lo apreté cuatro o cinco veces más, una tras otra, pero siguió sin servir de nada. Lo único que se me ocurrió fue que el interruptor se había estropeado. ¿Qué otra cosa podía ser? Me quedé mirando el aparato, sin saber qué hacer. Con cada nueva oleada de timbrazos implacables, más nervioso me iba poniendo. Tenía que pararlo cuanto antes. Por eso hice lo más sencillo, aunque no lo más inteligente. Volví a coger el auricular, totalmente consciente de que así le hacía el juego a ese maniático. Con los psicópatas no hay que entablar conversación, siempre se acaba mal.

—Óigame —empecé, pero la voz grave me interrumpió.

—¿Acaso creía realmente que podía librarse del Diablo apretando un botón? — Volví a colgar el auricular con fuerza, pero tras ese gesto no había solo indignación como la primera vez, sino los dedos helados de la angustia que de pronto me atenazaban el pecho. Quise persuadirme de que no le habría resultado difícil adivinar lo que había intentado hacer por la sencilla razón de que cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo, pero esa explicación no resultaba lo suficientemente satisfactoria. Sintiendo un hormigueo en el cuello, me levanté corriendo del escritorio y lo rodeé, me agaché y tiré del cable sacándolo de la toma del teléfono, y dando un profundo suspiro de alivio al hacerlo.

Pero el alivio apenas duró un instante. Estaba a punto de sentarme de nuevo cuando el teléfono volvió a sonar. Me quedé parado en el sitio, me di la vuelta y contemplé sin pestañear el cable desconectado. Luego miré fijamente el teléfono que sonaba, algo que de ningún modo era posible. Quizá habría permanecido más tiempo inmóvil, pero me pareció que el timbre era cada vez más fuerte. Si seguía aumentando de volumen, pronto lo oirían los vecinos, y solo me faltaba despertar al vecindario. No tenía elección. Levanté el auricular, esperé un momento y dije:

—Sí, dígame.

—¿Ha recuperado por fin la razón? —me espetó la misma voz con tono de reproche—. Es increíble cuánto le cuesta a la gente aceptar algo tan inofensivo como es una llamada telefónica del Diablo. ¿Qué habría sucedido si me hubiera presentado delante de su puerta en persona? Bueno, de todos modos tengo que reconocer que con usted ha ido relativamente de prisa, otras veces puede eternizarse y ser muy desagradable. Hay algunos que se portan como unos auténticos insensatos. Hay veces en que, al negarse testarudamente a enfrentarse a la realidad, incluso tiran el teléfono por la ventana de un edificio de varias plantas. Y luego el Diablo tiene la culpa de que el aparato, a pesar de haberse hecho añicos, continúe sonando, y encima tan fuerte que despierta a todo el barrio. Pero no queda más remedio. A algunas personas no se las puede tratar con delicadeza.

Hice una breve pausa antes de volver a hablar. Mi voz seguía siendo ahogada.

—¿Qué desea de mí?

—¿De usted? Nada.

De nuevo titubeé.

—Y entonces ¿por qué me ha telefoneado?

—Solo he respondido a su llamada.

—¿A mi llamada? —repetí asombrado, desplomándome sobre la silla.

—A su llamada, sí. ¿Es que no ha pensado hace un rato que vendería su alma al Diablo con tal de dejar de ver el monitor vacío delante de usted y recuperar la inspiración?

Tragué saliva. Quise preguntarle cómo sabía lo que había pensado, pero desistí porque me parecía una pregunta inoportuna. Además, seguramente ni me habría respondido. En lugar de eso dije:

—Pero eso solo era figurado..., metafórico, no lo pensaba literalmente.

—¿De veras? No me lo ha parecido así. Así pues, ¿no necesita mis servicios?

Debí decir en el acto que no los necesitaba. Aunque mi corazón batía alocadamente, y los oídos me silbaban, era lo bastante consciente como para discernir con sensatez. Con el diablo no hay que pactar de ningún modo.

Cuando respondí, arrastrándolas, las palabras: «Sí los necesito, pero el precio...», tuve la sensación de que salían de la boca de otra persona.

—Todo tiene un precio.

—¿Mi alma? —pregunté casi en un susurro.

—Ni hablar, qué ocurrencia. ¿Quién necesita el alma de un escritor? Y de uno fracasado, por si fuera poco.

Aunque debía tranquilizarme, la respuesta fue más bien una puñalada.

—¿Entonces? —repliqué con más firmeza. La vanidad herida me había devuelto la confianza en mí mismo.

—Me deleitaré con sus tormentos.

—¿Qué tormentos? —Mi voz volvió a sonar ahogada.

—Mentales, por supuesto. ¿Qué otros iban a ser? Sufrirá.

—Ah, bueno. —Callé para añadir en seguida con curiosidad—: ¿Y por qué voy a sufrir?

—Por algo que le será denegado.

—¿Y qué es?

—El éxito en vida o un lugar en la historia de la literatura. Usted elige.

—¿Puedo elegir entre esas dos cosas?

—Así es. Puede elegir libremente. Si desea entrar en la historia de la literatura como un gran escritor, lo conseguirá, pero solo a título póstumo. En vida será ignorado y cuestionado. Casi nadie lo leerá. Por eso, primero se sentirá furioso y luego frustrado, estará convencido de que con usted se está cometiendo una gran injusticia. Luego, empezará a albergar dudas sobre sí mismo, poco a poco empezará a perder las ganas de escribir, irá cayendo en la desesperación, y al final quizá acabe suicidándose. A decir verdad, confío en que lo haga. Esa salida es la mejor recompensa por mis servicios.

—Pero ¿por qué voy a suicidarme si sé que después de morir seré reconocido como un gran escritor?

—¿Está seguro de que eso sería consuelo suficiente? Además, ¿qué garantía tiene de que sería así?

—Pues nuestro acuerdo. Su palabra. —La voz me temblaba levemente.

—Muchos soltarían la carcajada si le oyeran decir que confía en la palabra del Diablo. Pese a que yo siempre cumplo los pactos que hago.

—Bien, ¿y la otra posibilidad?

—La popularidad lo aguarda. Sus libros se leerán mucho, y será muy famoso. Es probable que hasta sea muy rico. Ofuscado por el éxito, no le importará mucho que los expertos nieguen todo valor literario a su obra. Al menos no al principio. Pero según vayan pasando los años, la falta de reconocimiento le irá pesando. La certidumbre de que como escritor será rápidamente olvidado, le hará sentir que no ha llegado a nada, que es un inútil, un fracasado. Eso, probablemente no bastaría para incitarle al suicidio, lo que, ya me entiende, es una pena, pero el sufrimiento se prolongaría durante mucho tiempo.

No supe qué responder a aquello. Caímos en un tenso silencio.

—Pues no es que tenga mucho donde elegir, precisamente —dije por fin.

—Quizá, pero no tiene ninguna razón para quejarse. Al menos cuenta con una posibilidad. Cuántos escritores andan por ahí a los que nadie les ofrece una oportunidad, aunque, al igual que usted, me invocan. Algunos, incluso, todos los días y varias veces. Pero está claro que no se puede satisfacer a todos. ¿Adónde llegaríamos? Esos se quedan sin éxito en la vida y sin un lugar en la historia de la literatura.

De pronto, se me ocurrió una idea:

—Pero hay escritores que logran el éxito en vida, y ocupan un lugar muy alto en la historia de la literatura. ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué les dio a elegir?

—No les di a elegir nada. No precisaron mi ayuda, así que ni siquiera me llamaron. Ellos están bajo la protección de otro, por desgracia.

La línea telefónica otra vez se quedó muda. Y de nuevo fui yo el primero en hablar.

—¿Tengo que decirle inmediatamente lo que voy a elegir?

—No. No tiene que informarme en absoluto. Yo solo me daré cuenta con facilidad de lo que ha elegido en cuanto empiece a escribir. Estará muy claro.

—Pero ahí está el problema —dije suspirando—, ¿cómo empezar a escribir si no se me ocurre nada? ¿Acaso mantendríamos esta conversación si no fuera así?

—Bueno, al menos eso tiene fácil solución. Escriba una historia sobre nuestra charla.

—¿Sobre nuestra charla? —repetí confuso—. Pero yo no escribo historias de horror.

—¿Acaso es horror esto? —El tono de su voz parecía ofendido o irritado.

—No, no, por supuesto —me apresuré a rectificar—. Pero, de todos modos, la aparición del Diablo...

—No tiene que ser literal. Hágalo de manera figurativa, metafórica.

—Sería igualmente literatura fantástica.

—¿Tiene algo contra la fantasía? —De nuevo empleó el mismo tono ofendido.

—No, no, desde luego que no. Solo que nunca he probado con ella. Pero ¿por qué no? Puedo intentarlo...

—Bueno, ya ve. Le recomiendo que se ponga manos a la obra, mientras aún tiene las impresiones frescas en su cabeza.

—Claro, claro. —Hice una pausa—. Supongo que debería estarle agradecido.

—No me agradezca nada. Ahora le parece que le he hecho un gran favor, pero al final me maldecirá por ello. Y tampoco vuelva a llamarme. Sería inútil. Solo me aparezco una vez.

—Lo entiendo —respondí—. Entonces, adiós.

Me mordí la lengua, pero ya era tarde. Antes de que se cortara la comunicación, mi oído captó un sonido semejante a un gruñido, pero un tanto ronco y maligno. Colgué rápidamente.

Mi afición al orden me incitaba a volver a poner el cable del teléfono en la toma, es decir, en su lugar, pero no lo hice. Que se quedara así. Daba igual que no hubiera más llamadas nocturnas inesperadas. Sin embargo, cuando en lo alto de la pantalla vacía tecleé la primera frase del relato «El teléfono» —*Di un brinco en la silla cuando el sonido del timbre del teléfono me sacó de mis cavilaciones*— podría haber jurado que mis oídos se llenaron de un ruido agudo y penetrante.